

Andrew Neiderman

**Pactar
con
el
diablo**

Lectulandia

Kevin Taylor, treinta y tres años, casado, abogado inteligente y ambicioso, trabaja en un conservador bufete de provincias que no comparte sus intereses ni sus métodos. Un día recibe una fantástica propuesta para trabajar para John Milton Associates, un prestigioso gabinete especializado en casos criminales en Nueva York. Kevin acepta la oferta y, de repente, todos sus sueños se cumplen. John Milton Associates pone a su disposición todos los recursos profesionales y vitales necesarios para asumir su nuevo estatus profesional: Richard y su esposa Miriam reciben un lujoso apartamento en Nueva York, disfrutan de una limusina con chófer, ingresan un sueldo, que les permite un tren de vida que nunca habrían soñado y tienen la oportunidad de relacionarse con lo más chic de la ciudad. Pero, además, John Milton Associates no es sólo un gabinete de abogados, sino que es una gran familia cuyos miembros —los brillantes abogados y sus jóvenes esposas— componen un unido clan que lucha por el bienestar y la prosperidad de todos sus miembros. Un clan instalado en el éxito cuyas estrategias son cada vez más oscuras para Kevin, quien no puede evitar, sin embargo, sentirse fascinado por el lujoso mundo que habitan. Pero sobretodo por John Milton, cuyo dominio, generosidad y carisma parecen de otro mundo.

Pactar con el diablo ha sido llevada al cine por Warner Bros, con Keanu Reeves y Al Pacino como protagonistas.

Lectulandia

Andrew Neiderman

Pactar con el diablo

ePub r1.0

Titivillus 10.06.16

Título original: *The Devil's Advocate*
Andrew Neiderman, 1998
Traducción: Juan Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Por el modo en que el abogado Richard Jaffee bajó corriendo los peldaños del edificio de los tribunales, en la plaza Federal de Nueva York, más que ganar un caso parecía que acabara de perderlo. Mientras descendía a saltos la escalera de piedra, le bailaban por la frente mechones sueltos de su cabello azabache. Los transeúntes apenas le prestaban atención. La gente de Nueva York siempre tiene prisa por coger un tren, llamar a un taxi o abrirse paso para cruzar un semáforo en cuanto se pone verde. Con frecuencia, los individuos sólo se dejan llevar por el impulso que recorre las arterias de Manhattan, bombeados por el invisible aunque omnipresente corazón gigante que caracteriza el palpar de esa ciudad como algo único en el mundo.

El cliente de Jaffee, Robert Fundi, se rezagó para atraer la atención de los periodistas apiñados en torno a él con el inconsciente frenesí de las abejas obreras. Todos hacían a gritos las mismas preguntas: ¿Qué piensa el propietario de la principal empresa privada de saneamiento del Lower East Side sobre el hecho de haber sido declarado inocente de todos los cargos de extorsión? ¿El juicio ha estado politizado porque se ha hablado de usted como candidato a presidente de distrito? ¿Por qué el testigo clave de la acusación no ha dicho todo lo que supuestamente había mantenido durante el proceso?

—Damas... caballeros... —dijo Fundi, sacando un puro habano del bolsillo superior de la americana. Los periodistas esperaron mientras lo encendía y echaba las primeras bocanadas. Después el hombre levantó la vista y sonrió—. Tendrán que formular todas estas preguntas a mi abogado, que para eso le pago un montón de dinero —soltó riendo.

Todas las cabezas de la masa de informadores se volvieron simultáneamente hacia Jaffee en el preciso momento en que éste entraba en la parte de atrás de la limusina de John Milton & Associates. Uno de los periodistas más jóvenes y decididos se precipitó escaleras abajo, gritando:

—¡Señor Jaffee! Un momento, por favor. ¡Señor Jaffee!

La pequeña multitud de periodistas y amigos allí presentes rieron mientras el chófer cerraba la puerta de la limusina y rodeaba el coche hasta ponerse al volante. Al cabo de unos segundos arrancó.

Richard Jaffee se retrepó en el asiento y miró al frente.

—¿Al despacho, señor? —preguntó el chófer.

—No, Charon. Llévame a casa, por favor.

El egipcio alto, de piel aceitunada y ojos rasgados, miró el retrovisor como si éste fuera una bola de cristal. Su cara lisa, suave como la mantequilla, se arrugaba en las comisuras de los ojos. Solía hacer un gesto casi imperceptible para confirmar lo que veía y lo que sabía.

—Muy bien, señor —respondió. Se apoyó en el respaldo y adoptó la estampa del conductor de un coche fúnebre.

Richard Jaffee no se movió ni cambió de postura; tampoco miró a derecha ni a izquierda para ver lo que sucedía en la calle. Aquel hombre de treinta y tres años parecía estar envejeciendo por momentos. La cara se le estaba poniendo pálida, los ojos azul claro se volvían de un gris apagado y las arrugas de la frente cada vez eran más profundas. Se llevó las manos a las mejillas y las acarició con suavidad para asegurarse de que todavía no había entrado en fase de descomposición.

Finalmente cerró los ojos. Casi de inmediato se imaginó a Gloria tal como era antes de que se hubieran trasladado a Manhattan. La veía cuando se conocieron: despierta, inocente, habladora pero sencilla, muy confiada... Su fe y su optimismo habían sido estimulantes y reconfortantes. Había provocado en él un deseo impetuoso de dársele todo, de esforzarse al máximo por hacer que el mundo fuera tan dulce y feliz como ella lo imaginaba, de protegerla y cuidarla hasta que la muerte los separara.

Eso es lo que había ocurrido, hacía un mes, en una sala de partos del Manhattan Memorial Hospital, a pesar de que ella había recibido la mejor asistencia en lo que parecía ser un embarazo sin complicaciones y normal. Había dado a luz a un niño precioso, de rasgos perfectos y salud excelente, pero el esfuerzo realizado acabó con la vida de la madre de manera inexplicable. Los médicos no encontraron ninguna razón. A él le habían dicho que el corazón se había agotado, simplemente, como si esa víscera hubiera hecho una mueca, suspirado y perdido el aliento.

Sin embargo, Richard sabía por qué había muerto. Había confirmado sus propias sospechas y sólo se culpaba a sí mismo por haber traído a Gloria a esa ciudad. Ella había confiado en él, y él la había entregado al sacrificio como si fuera un corderillo.

En el apartamento, su hijo dormía de forma apacible, comía con avidez y crecía con normalidad, sin saber que había llegado al mundo sin su madre, que su peaje de la vida incluía la muerte de ella. Richard sabía que los psiquiatras le hablarían de lo natural que era mostrarse resentido hacia el niño, pero ellos qué sabían.

Desde luego era difícil, si no imposible, aborrecer de verdad al niño. Parecía tan desvalido y tan inocente... Para alumbrar su camino de vuelta a la cordura, Richard había tratado de eliminar de su interior el posible rencor, en primer lugar mediante la lógica y después utilizando el recuerdo de Gloria y la forma tan maravillosamente exaltada con que ella abordaba la vida.

No obstante, ninguna de esas cosas había funcionado. Después de ceder la responsabilidad del bebé a una niñera que vivía en la casa, casi nunca preguntaba por él y sólo de vez en cuando echaba un vistazo para ver cómo estaba. Richard nunca se preguntaba por qué lloraba su hijo ni se interesaba por su salud. Tan sólo había seguido adelante con su trabajo de abogado y había dejado que éste le fuera consumiendo para no pensar demasiado; de ese modo no recordaría nada ni pasaría la mayor parte del tiempo atormentado por los sentimientos de culpabilidad.

El trabajo le había servido como dique de contención de su tragedia personal, que en este momento le volvía a abrumar con los recuerdos de las sonrisas de Gloria, sus besos, su entusiasmo cuando se enteró de que estaba embarazada. Tras sus párpados cerrados rememoró docenas de instantes y de imágenes. Era como si estuviera en su sala de estar viendo una película en la televisión.

—Hemos llegado, señor —dijo Charon.

¿Ya habían llegado? Richard abrió los ojos. Charon ya había abierto la puerta y permanecía de pie en la acera. Richard agarró la cartera y salió de la limusina. A continuación miró a Charon. El chófer, metro noventa, era unos diez centímetros más alto que él, pero sus anchas espaldas y sus ojos penetrantes hacían que pareciera incluso más alto, un auténtico gigante.

Richard lo miró fijamente y en sus ojos percibió comprensión. El chófer era un hombre silencioso, si bien captaba todo lo que sucedía a su alrededor y daba la impresión de tener ya siglos de vida.

Richard asintió ligeramente, y Charon cerró la puerta y volvió al asiento del conductor. La limusina partió, y el abogado entró en el edificio de apartamentos. Philip, un policía retirado de la ciudad de Nueva York que trabajaba de guardia diurno de seguridad, entornó los ojos por encima del periódico y con un rápido movimiento se levantó del taburete que había tras el mostrador del vestíbulo.

—Felicidades, señor Jaffee. He escuchado el boletín informativo. Seguro que estará contento por haber ganado otro caso.

Richard sonrió.

—Gracias, Philip. ¿Todo va bien?

—Perfectamente bien, señor Jaffee, como siempre —contestó Philip—. Trabajando aquí, un hombre puede envejecer tranquilo —añadió, como de costumbre.

—Sí... —dijo Richard—. Claro...

Se dirigió al ascensor y se colocó al fondo de la cabina mientras las puertas se cerraban. Bajando los párpados, recordó la primera vez que él y Gloria habían entrado en el edificio, y evocó la emoción que ella sentía, la forma en que chillaba entusiasmada cuando recorrían el apartamento.

—Pero... ¿qué he hecho? —murmuró.

Cuando el ascensor llegó a su planta y las puertas se abrieron de golpe, lo mismo hicieron sus ojos. Richard se quedó un momento de pie y acto seguido se encaminó al apartamento. Tan pronto como entró, la señora Longchamp salió de la habitación del niño y le dio la bienvenida.

—Oh, señor Jaffee. —La niñera tenía sólo cincuenta años, pero se parecía a todas las abuelas: cabello totalmente gris, ojos bondadosos de color castaño y cara mofletuda—. Enhorabuena. Acabo de ver el boletín informativo. ¡Hasta han interrumpido los seriales!

—Gracias, señora Longchamp.

—No ha perdido ningún caso desde que empezó a trabajar en el bufete del señor

Milton, ¿verdad? —preguntó ella.

—Así es, señora Longchamp.

—Debe de estar muy orgulloso de sí mismo.

—Sí —contestó Richard.

—Brad está perfectamente —manifestó, a pesar de que él no le había preguntado nada. Richard asintió—. Precisamente estaba a punto de darle un biberón.

—Siga con ello, no faltaba más —dijo Richard. Ella sonrió y volvió a la habitación del niño.

Richard dejó la cartera, echó un vistazo al apartamento y a continuación atravesó lentamente la sala de estar hasta llegar a la terraza, que le proporcionaba una de las vistas más bonitas del río Hudson. Sin embargo, no se detuvo a admirar el panorama. Siguió andando con la determinación de quien siempre ha sabido exactamente adónde va. Acto seguido se subió a la tumbona para poner el pie izquierdo en la pared y apoyándose en la baranda de hierro colado se izó sobre el antepecho. Después, con un movimiento ágil y rápido, se agachó como si quisiera coger la mano de alguien que estuviera colgado en el vacío y se lanzó de cabeza a la calzada, quince plantas más abajo.

I

Kevin Taylor, de veintiocho años, levantó la vista de los periódicos extendidos sobre la larga mesa que se hallaba frente a él e hizo una pausa, para fingir que pensaba a fondo en algo antes de interrogar al testigo. Estos pequeños gestos espectaculares le salían de una manera natural y eran una combinación de su histrionismo y sus conocimientos de psicología. Por lo general, esos silencios inesperados entre la formulación de preguntas y el examen de documentos desconcertaba a los testigos. En esa ocasión estaba tratando de intimidar al director de una escuela primaria, Philip Cornbleau, un hombre de cincuenta y cuatro años, casi calvo, delgado, de cabello oscuro y piel pálida. Este se hallaba sentado en el estrado y mostraba su impaciencia: tenía agarradas las manos frente a sí y movía los dedos con nerviosismo.

Kevin echó una ojeada rápida al público. La expectación era tal que habría sido adecuado utilizar la vieja expresión de que «el aire se podía cortar con un cuchillo». Parecía que todo el mundo estuviera aguantando la respiración. De repente, cuando la luz del sol atravesó los grandes ventanales del Palacio de Justicia de Blithedale, la sala se iluminó. Fue como si un técnico de luces hubiera apretado un interruptor. Sólo faltaba que el director gritara, «¡Acción!».

La sala de vistas estaba de bote en bote, pero la mirada de Kevin se concentró en un hombre apuesto, de aspecto distinguido, situado en las últimas filas y que lo observaba fijamente con una sonrisa cariñosa y llena de orgullo; Kevin habría esperado esa mirada de su padre, aunque ese hombre no era lo bastante viejo para ser su progenitor. Tendría poco más de cuarenta años, y su aspecto revelaba cierto poder adquisitivo; Kevin reconoció el traje de rayas gris carbón de Giorgio Armani. Había echado el ojo codiciosamente a ese traje antes de comprarse el que llevaba en ese momento: uno cruzado de lana azul oscuro. Lo había adquirido en las rebajas por la mitad de lo que costaba el de Armani.

El hombre saludó a Kevin con una ligera inclinación de cabeza.

Unas cuantas toses secas procedentes de uno y otro lado interrumpieron el silencio de la sala. Lois Wilson, de veinticinco años, profesora de quinto curso, iba a ser juzgada por abuso de menores en la pequeña comunidad dormitorio de Nassau County, de Blithedale: casi todos sus residentes, de clase media alta, se trasladaban a diario a la ciudad de Nueva York. Con un aspecto bastante rural, Blithedale era una especie de oasis. Tenía terrenos ajardinados, calles anchas y limpias bordeadas de robles y arces rojos, y un barrio financiero relativamente tranquilo. No había grandes galerías comerciales, ni zonas excesivamente pobladas por grandes almacenes, gasolineras, restaurantes o moteles. Los anuncios tenían que ajustarse a códigos muy estrictos; los carteles llamativos o de colores vivos estaban prohibidos.

A sus habitantes les gustaba la sensación de estar en una especie de burbuja.

Podían ir y volver de Nueva York cuando les apeteciera, pero a su regreso llevaban una existencia tranquila y bien protegida y se sentían como Alicia en el país de las maravillas. No sucedía nada notorio, y eso era precisamente lo que querían.

Un día Lois Wilson, nueva profesora de la escuela primaria, fue acusada de abusar sexualmente de una niña de diez años. Una investigación realizada por la escuela desveló tres sucesos similares. Además, los antecedentes descubiertos y los rumores que corrían por el pueblo establecieron inequívocamente que la mujer era lesbiana. Vivía en una casa alquilada de las afueras de Blithedale con su novia, una profesora de idiomas de un instituto de segunda enseñanza cercano, y nunca salía con hombres ni se le conocían relaciones masculinas.

En el bufete de Boyle, Carlton & Sessler, nadie estaba demasiado entusiasmado con la idea de que Kevin llevara el caso. La verdad es que a éste, tan pronto se enteró del problema de Lois Wilson, le faltó tiempo para ofrecerle sus servicios; y una vez ella le hubo encomendado el asunto, amenazó con abandonar el gabinete si los socios más antiguos le prohibían hacerse cargo del mismo. Sus conflictos en la oficina iban cada día a más pues se mostraba disconforme con el enfoque conservador que tenían sus miembros sobre la ley y se sentía inquieto ante el rumbo que inevitablemente tomaría su vida si seguía allí demasiado tiempo. Ese era el primer caso espectacular y realmente sustancioso que caía en sus manos, el primero en el que podría exhibir sus habilidades y su perspicacia. Se sentía como un deportista que participa por fin en una competición importante. Quizá no eran los Juegos Olímpicos, pero sí algo más que los campeonatos escolares locales. Los periódicos metropolitanos ya estaban haciendo un seguimiento del caso.

El fiscal del distrito, Martin Balm, le propuso a Kevin llegar a un acuerdo inmediato para sacar la historia de los medios de comunicación y evitar todo sensacionalismo. Esperando suscitar la comprensión de Kevin, el fiscal remarcaba que la medida más importante que debía tomarse era la de mantener a las niñas alejadas de la sala de vistas y no hacerles pasar de nuevo por algo tan horroroso. Si Lois se declaraba culpable, le caerían cinco años de libertad vigilada y asesoramiento psicológico. Desde luego, su carrera como profesora habría llegado a su fin.

Sin embargo, Kevin le aconsejó a su cliente que no aceptara la propuesta, y ella estuvo de acuerdo con él. En ese momento se hallaba sentada de manera recatada, con la vista baja concentrada en las manos cruzadas sobre el regazo. Kevin le había dicho que tratara de no parecer arrogante, sino de mostrarse como una persona que sufría y que estaba herida. De vez en cuando sacaba el pañuelo del bolso y se lo llevaba a los ojos.

La verdad es que había ensayado esos gestos en el despacho de Kevin, quien le había enseñado cómo mirar con atención a los testigos o con optimismo al jurado. La grabó en vídeo y rebobinó una y otra vez mientras le daba indicaciones sobre el modo de mirar, la forma de peinarse, la postura de los hombros y la manera de mover las manos. Le decía que estábamos en la era visual: los iconos, los símbolos y las

posturas eran muy importantes.

Kevin se volvió para mirar rápidamente a su esposa Miriam, que estaba cuatro filas más atrás. Parecía nerviosa, tensa y preocupada por él. Al igual que Sanford Boyle, ella también le había sugerido que no se hiciera cargo del caso, pero Kevin estaba entregado a él más de lo que lo había estado a ningún otro durante sus tres años de experiencia como abogado. No hablaba de otra cosa; se pasaba horas y horas investigando, preparando las pruebas, dedicando a ello incluso los fines de semana; en definitiva, haciendo mucho más de lo que justificaban el anticipo y la minuta final.

Le dirigió a Miriam una sonrisa llena de confianza y se volvió de golpe, como si un resorte lo hubiera vuelto a su posición anterior.

—Señor Cornbleau, ¿fue usted mismo quien habló con las tres niñas el martes 3 de noviembre? —Sí.

—¿Fue la supuesta primera víctima, Barbara Stanley, quien le informó sobre esas otras tres? —Kevin asintió, como confirmando la respuesta antes de escucharla.

—Así es. Por eso las llamé a mi despacho.

—¿Puede contarnos qué dijo usted de entrada tan pronto llegaron?

—¿Cómo? —Cornbleau frunció el ceño, como si la pregunta fuera ridícula.

—¿Cuál fue la primera pregunta que formuló a las niñas? —Kevin dio unos pasos hacia el estrado del jurado—. ¿Les preguntó si la señorita Wilson les había tocado el culo? ¿Les preguntó si les había metido la mano por debajo de la falda?

—No, por supuesto.

—Entonces, ¿qué les preguntó?

—Les pregunté si habían tenido con la señorita Wilson el mismo tipo de problema que Barbara Stanley.

—¿El mismo tipo de problema? —Al oír la palabra «problema» hizo una mueca.

—Sí.

—De modo que Barbara Stanley contó a sus amigas lo que supuestamente le había sucedido a ella, y las tres le relataron a ella experiencias similares, pero ninguna se lo había explicado antes a nadie. ¿Está diciendo esto?

—Sí. Es lo que yo entendí.

—Vaya niña de diez años más carismática —soltó en un tono sarcástico Kevin, como si estuviera simplemente pensando en voz alta. Algunos miembros del jurado enarcaron las cejas. Un hombre calvo que se hallaba en el extremo derecho de la fila delantera ladeó la cabeza con aire pensativo y miró fijamente y con atención al director de la escuela.

Cuando Kevin se dio la vuelta y miró al público, advirtió que en el fondo de la sala el hombre de aspecto solemne había esbozado una amplia sonrisa y estaba asintiendo con una actitud alentadora. Kevin se preguntó si no sería un pariente de Lois Wilson, tal vez un hermano mayor.

—Bien, señor Cornbleau, ¿puede decirle a este tribunal qué curso estaba haciendo Barbara Stanley?

—Estaba en quinto de primaria.

—Quinto de primaria. ¿Y había tenido antes algún otro conflicto con la señorita Wilson?

—Sí —murmuró el director.

—¿Cómo dice?

—Sí. La envió a mi despacho en dos ocasiones por negarse a hacer sus deberes y por decir malas palabras en clase, pero...

—¿Podría usted afirmar por tanto y sin miedo a equivocarse que Barbara no sentía demasiado cariño por la señorita Wilson?

—Protesto, señoría. —El fiscal del distrito se levantó—. El abogado defensor está pidiéndole al testigo que llegue a una conclusión.

—Se acepta la protesta.

—Lo siento, señoría. —Kevin se dirigió de nuevo a Cornbleau—. Volvamos a las tres niñas, señor Cornbleau. Aquel día que estaban en su despacho, ¿le pidió a cada una de ellas que le contara su experiencia?

—Sí, creí que lo más oportuno era desentrañar el asunto.

—¿Está diciendo que mientras una contaba su historia, las otras dos escuchaban? —preguntó, torciendo el gesto para poner de relieve su sorpresa e incredulidad.

—Sí.

—¿No le parece algo impropio? Quiero decir, exponer a las niñas a esas historias... supuestas experiencias...

—Bueno, era una investigación.

—Sí, ya. ¿Había tenido usted con anterioridad alguna vivencia como ésta?

—No, nunca. Por eso me pareció tan escandaloso.

—¿Les advirtió a las niñas que si estaban inventándolo todo se meterían en un buen lío?

—Desde luego.

—Sin embargo, usted se inclinó más bien a creerlas, ¿no es cierto? —Sí.

—¿Por qué?

—Porque decían las mismas cosas y las describían de la misma manera. —Cornbleau parecía satisfecho consigo mismo y con su respuesta, pero Kevin se le acercó unos pasos y sus preguntas le bombardearon sin interrupción.

—Entonces, ¿podían haberlo ensayado?

—¿Qué?

—¿Podían haberse reunido para memorizar sus respectivas historias?

—No entiendo...

—¿Es posible?

—Bueno...

—¿No ha conocido usted a niños de esa edad que mientan?

—Por supuesto.

—¿Y a varios mintiendo a la vez?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿cabe dentro de lo posible?

—Supongo que sí.

—¿Lo supone?

—Bueno...

—¿Llamó a la señorita Wilson a su despacho para corroborar las historias, inmediatamente después de hablar con las niñas?

—Sí, desde luego.

—¿Y cuál fue la reacción de ella?

—No lo negó.

—Quiere usted decir que se negó a ser interrogada si no era en presencia de un abogado, ¿no es así? —Cornbleau reveló cierta agitación—. ¿Sí o no? —inquirió Kevin.

—Sí, esto es lo que dijo.

—Y acto seguido usted siguió adelante e informó al inspector escolar, y a continuación ambos llamaron al fiscal del distrito. ¿Es eso cierto?

—Sí. Seguimos las normas del consejo escolar para esta clase de cuestiones.

—¿Citó a su despacho a otros alumnos para proseguir con la investigación?

—No.

—Y usted y el inspector suspendieron temporalmente de sus funciones a la señorita Wilson antes de ser acusada formalmente, ¿es así?

—Como he dicho antes...

—Por favor, límitese a responder la pregunta. —Sí.

—Sí —repitió Kevin, como si esto fuera un reconocimiento de culpa. Hizo una pausa, su rostro dibujó una ligera sonrisa al volverse desde Cornbleau al jurado, y enseguida se dirigió de nuevo al director.

—Señor Cornbleau, ¿discutió en alguna ocasión con la señorita Wilson sobre sus tableros de anuncios? —Sí.

—¿Por qué?

—Eran demasiado pequeños y no se ajustaban a la norma.

—O sea, ¿mantenía usted una actitud crítica hacia ella como profesora?

—La decoración del aula contribuye a la eficacia de la enseñanza —respondió Cornbleau en tono pedante.

—Ya, ya, pero la señorita Wilson no... digamos, ¿no compartía el mismo criterio que usted respecto a los tableros de anuncios?

—No.

—De hecho, en el informe que usted redactó sobre ella la calificaba de «desdeñosa».

—Por desgracia, en la universidad no todos los aspirantes a profesores reciben la misma preparación —respondió Cornbleau con una sonrisa afectada.

Kevin asintió.

—Sí, ¿por qué no serán todos como nosotros? —preguntó en tono retórico, ante lo cual algunas personas del público ahogaron unas risitas.

El juez dio unos golpes con el mazo.

—También le reprochó usted a la señorita Wilson su forma de vestir, ¿verdad? —prosiguió Kevin sin dilación.

—Sí, creo que debería vestirse de una forma más discreta.

—Sin embargo, el jefe del departamento de la señorita Wilson le ha dado una y otra vez puntuaciones altas por su capacidad como enseñante —interrumpió Kevin, levantando la voz—. En el último informe decía lo siguiente —Kevin cogió el documento y leyó—: «Lois Wilson posee una comprensión intrínseca de los niños. Sea cual sea el obstáculo, parece capaz de ponerse a su nivel y animarlos». —Dejó el documento sobre la mesa—. Es un informe bastante favorable, ¿no cree?

—Sí, pero ya he dicho...

—No hay más preguntas, señoría.

Kevin volvió a su mesa con la cara roja de furia, algo que tenía la capacidad de lograr en cuestión de un segundo. Todos los ojos estaban puestos en él. Cuando miró hacia atrás al hombre elegante del público, observó que la sonrisa de éste había desaparecido de su rostro para dar paso a una sincera mirada de admiración. Kevin se sintió alentado.

Por otro lado, Miriam parecía triste, lo bastante para romper a llorar. Cuando él la buscó con la mirada, ella bajó rápidamente la suya. «Siente vergüenza ante mí —pensó Kevin—. Dios mío, todavía siente vergüenza. Pero no por mucho tiempo», concluyó con seguridad.

—Señor Balm, ¿hay más preguntas para el señor Cornbleau?

—No, señoría. Quiero llamar al estrado a Barbara Stanley —respondió el fiscal, con un tono de desesperación en la voz.

Kevin dio una palmadita en la mano de Lois Wilson, tratando de tranquilizarla. Había logrado llevar a la acusación al meollo del asunto.

Una niña gordinflona, con el cabello castaño claro rizado y cortado justo por debajo de las orejas, se acercó por el pasillo. Lucía un vestido azul pálido que incluía un cuello blanco con volantes y unas mangas blancas con muchos adornos. La holgada prenda parecía realzar su gordura.

Se sentó muy nerviosa y levantó la mano para prestar juramento. Kevin asintió para sí mismo y dirigió una mirada cómplice a Martin Balm. La niña había sido convenientemente instruida al respecto. Balm también había hecho los deberes; no obstante, Kevin tenía la sensación de que él había trabajado todavía más, y que eso sería lo que decantaría la balanza a su favor.

—Barbara —empezó diciendo Martin Balm, acercándose a ella.

—Un momento, señor Balm —interrumpió el juez. Acto seguido se inclinó hacia la niña y le preguntó—: Barbara, ¿sabes que acabas de jurar que... dirás la verdad?

—Barbara echó un vistazo rápido al público, y después se volvió hacia el juez y

respondió que sí con un gesto de cabeza—. Y lo que vas a decir aquí es muy importante, ya lo sabes, ¿no? —Ella repitió el movimiento afirmativo, aunque en esa ocasión de manera más leve. El juez volvió a apoyarse en el respaldo—. Proceda, señor Balm.

—Gracias, señoría. —Balm se aproximó al estrado de los testigos. Era un hombre alto, delgado, que había iniciado una prometedora carrera política. No se sentía nada cómodo con el caso, y por ello había tratado de que Kevin y Lois Wilson aceptaran su propuesta de acuerdo. Pero no lo había logrado y ahí estaba, dependiendo del testimonio de una niña de diez años—. Me gustaría que le explicaras al tribunal exactamente lo que le contaste al señor Cornbleau aquel día en su despacho. Ve despacio, por favor.

La niña gordinflona lanzó una rápida ojeada a Lois. Kevin le había dicho a ésta que mirara fijamente a todos los niños con atención, sobre todo a las tres niñas que avalaban las acusaciones de Barbara Stanley.

—Bueno... A veces, cuando hacíamos artes especiales...

—Artes especiales... ¿Qué son, Barbara?

—Artes especiales es arte, o lectura, o música. La clase va donde el profesor de arte o el profesor de música. —La pequeña recitaba, con los ojos medios cerrados. Kevin se dio cuenta de que Barbara estaba haciendo un gran esfuerzo por hacerlo todo correctamente. Cuando miró alrededor, advirtió que ciertos miembros del público disimulaban la sonrisa, animando en secreto a la niña. Sin embargo, el caballero del fondo de la sala parecía agitado, casi enfadado.

—Ya —dijo Balm, confirmando con un gesto—. Los alumnos cambian de aula, ¿verdad? —Ajá.

—Por favor, di sí o no, Barbara, ¿de acuerdo?

—Ajá... Quiero decir, sí.

—De acuerdo; así que, a veces, cuando teníais artes especiales... —apuntó Balm.

—La señorita Wilson nos decía a una de nosotras que se quedara un rato más al final —continuó Barbara, siguiendo la entrada que acababa de brindarle el fiscal.

—¿Quedarse un rato más al final significa estar sola con ella en el aula? —Sí.

—Sigue, por favor.

—Una vez me lo dijo a mí.

—Y sobre lo que pasó esta vez, ¿qué le contaste al señor Cornbleau?

Barbara se volvió un poco en el asiento para así poder evitar la mirada de Lois. Entonces respiró hondo y empezó.

—La señorita Wilson me pidió que me sentara a su lado y me dijo que yo estaba creciendo y convirtiéndome en una chica muy bonita, pero que había cosas que yo debía conocer sobre mi cuerpo, cosas de las que los adultos prefieren no hablar. —Hizo una pausa y bajó los ojos.

—Sigue.

—Decía que hay lugares especiales.

—¿Especiales?

—Sí.

—¿Y qué quería ella que tú supieras sobre estos lugares, Barbara? —La niña echó un vistazo rápido en la dirección de Lois Wilson y se volvió de nuevo hacia el fiscal —. Barbara, ¿qué quería que supieras? —repitió Balm.

—Que pasan cosas especiales cuando... cuando alguien los toca.

—Ya. Y entonces, ¿qué hizo? —Balm le hizo una señal con la cabeza para animarla a continuar.

—Me enseñó los lugares.

—¿Te los enseñó? ¿Cómo?

—Los señaló, y después me pidió que se los dejara tocar porque así yo lo entendería mejor.

—¿Se lo permitiste, Barbara?

La niña apretó con fuerza los labios y asintió.

—¿Sí o no? —Sí.

—¿Dónde te tocó exactamente, Barbara?

—Aquí y aquí —respondió Barbara, señalándose el pecho y entre las piernas.

—¿Sólo te tocó aquí o hizo algo más?

Barbara se mordió el labio inferior.

—Sabemos que es duro, Barbara. Pero para hacer las cosas bien, hemos de preguntarte todo eso. Lo enciendes, ¿verdad? —Ella contestó que sí con la cabeza—. Muy bien, cuéntaselo al tribunal. ¿Qué más hizo la señorita Wilson?

—Me puso la mano aquí —respondió, colocándose la mano derecha entre las piernas— y frotó.

—¿Puso la mano aquí? O sea, ¿por debajo de la ropa?

—Sí.

—¿Qué sucedió después, Barbara?

—Me preguntó si sentía algo especial. Yo le contesté que sólo un cosquilleo, y entonces pareció enfadada y retiró la mano. Me dijo que yo todavía no estaba preparada para entenderlo, pero que ella lo intentaría de nuevo en otra ocasión.

—¿Y lo hizo?

—Conmigo no —respondió Barbara con rapidez.

—¿Con amigas tuyas, con otras niñas de la clase? —Sí.

—Y cuando tú les contaste lo que la señorita Wilson te había hecho, ellas te explicaron a ti lo que les había hecho a ellas, ¿es así? —Sí.

Un débil murmullo recorrió la sala. El juez dirigió al público una mirada de reprobación, y se hizo el silencio al instante.

—¿Y entonces se lo contasteis todo al señor Cornbleau? —Sí.

—Muy bien, Barbara. Ahora el señor Taylor también te va a hacer algunas preguntas. Cuéntale toda la verdad igual que me la has contado a mí —dijo Balm; luego se volvió hacia Kevin y le dirigió una inclinación de cabeza.

También se le daban bien los gestos teatrales.

«Muy agudo —pensó Kevin—. Me voy a acordar de ésta: cuéntale toda la verdad igual que me la has contado a mí».

—Barbara —dijo Kevin antes de levantarse—, tu nombre completo es Barbara Elizabeth Stanley, ¿verdad? —Su tono de voz era suave y amistoso.

—Sí.

—En tu clase hay otra niña llamada Barbara, ¿no?

Ella asintió y Kevin se le acercó, todavía sonriente.

—Pero su nombre es Barbara Louise Martin, y para diferenciar, para distinguir entre una y otra, la señorita Wilson la llamaba a ella Barbara Louise, y a ti, simplemente Barbara, ¿verdad? —Sí.

—¿Te cae bien Barbara Louise?

La niña se encogió de hombros.

—¿Crees que a la señorita Wilson le gustaba más Barbara Louise que tú?

Barbara Stanley miró a Lois, cuyos ojos reflejaban la tensión.

—Sí —contestó.

—¿Porque Barbara Louise va mejor en clase?

—No lo sé.

—¿Intentaste que los otros niños tuvieran antipatía a Barbara Louise?

—No.

—Barbara, el juez te ha advertido antes que cuando se testifica ante un tribunal hay que decir la verdad. ¿Estás diciendo la verdad? —Sí.

—¿Pasaste a tus amigas de clase papelitos en los que te reías de Barbara Louise?

Los labios de Barbara temblaron un poco.

—¿Verdad que la señorita Wilson te sorprendió en la clase pasando esos papelitos a tus amigas? —insistió en la pregunta, confirmando con un gesto de la cabeza. Barbara miró a Lois Wilson y a continuación al público de la sala en busca de sus padres—. La señorita Wilson registra convenientemente todo lo que ocurre en el aula —precisó Kevin, volviéndose hacia Cornbleau—. También guardó los papelitos de Barbara. —Kevin desenvolvió un trozo de papel—. «Vamos a llamarla Barbara Lela», le escribiste a alguien, y a partir de entonces unos cuantos alumnos empezaron a llamarla así, ¿es verdad o no? —Barbara no respondió—. De hecho, las otras niñas que afirman que la señorita Wilson les hizo cosas siguieron tu ejemplo y llamaban a Barbara Louise «Barbara Lela», ¿es así?

—Sí. —Barbara estaba a punto de romper a llorar.

—Así que me acabas de mentir cuando te he preguntado si intentaste que los otros niños no fueran amigos de Barbara, ¿verdad? —preguntó con una aspereza inesperada. Barbara Stanley se mordió el labio inferior—. ¿Es así o no? —insistió. Ella asintió—. Y quizá también has mentido en todo lo que le has contado al señor Balm, ¿eh? —Ella negó rápidamente con la cabeza.

—No —replicó la pequeña con un hilo de voz. Kevin percibía las miradas de

furia y odio en algunos presentes en la sala. El ojo derecho de Barbara soltó una lágrima que se deslizó sin obstáculos por la mejilla.

—Siempre quisiste ser tan estimada por la señorita Wilson como lo era Barbara Louise, ¿verdad?

Barbara se encogió de hombros.

—De hecho, siempre quisiste ser la más estimada de la clase, la que tuviera más éxito tanto con los niños como con las niñas, ¿sí o no?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? No estarás mintiendo otra vez, ¿verdad? —Kevin lanzó una mirada al jurado—. Le confesaste esto a Mary Lester, ¿sí o no? —Ella empezó a negar con la cabeza—. Barbara, puedo pedir que Mary venga aquí; recuerda por tanto, que has de decir la verdad. ¿Le hablaste a Mary de que deseabas que todo el mundo detestara a Barbara Louise y que todos te apreciaran más a ti? —preguntó, subiendo su tono de voz.

—Sí.

—De modo que a Barbara Louise todo el mundo la aprecia mucho, ¿verdad? —Sí.

—A ti también te gustaría, ¿verdad? ¿Ya quién no? —soltó él, casi riendo. Barbara no sabía si tenía que responder la pregunta, aunque Kevin no necesitaba la respuesta—. Mira, Barbara, ya sabes que tú y las otras niñas estáis acusando a la señorita Wilson de hacer cosas sexuales, de haceros a vosotras cosas sexuales malas. ¿Hasta aquí, de acuerdo?

Con los ojos más abiertos, Barbara asintió. Kevin la miró fijamente.

—Sí —respondió ella por fin.

—¿Era la primera vez que te hacían cosas sexuales o que tú hacías algo sexual, Barbara? —preguntó rápidamente. En aquel momento se produjo en la sala un momentáneo grito de sorpresa, seguido de un murmullo de desaprobación. El juez hizo sonar el mazo.

Barbara asintió despacio.

—¿Sí?

—Sí —contestó.

—¿Y qué hay de aquella tarde, después de salir de la escuela, en que tú, Paula, Sara y Mary invitasteis a Gerald y Tony a tu casa, cuando no estaban tus padres, cuando no había nadie de tu familia? —preguntó Kevin con calma. Barbara se puso colorada y por un momento miró en vano a su alrededor. Kevin se le acercó y casi en un susurro preguntó—: Barbara, ¿sabías que Mary le contó a la señorita Wilson lo que pasó aquella tarde?

Barbara estaba aterrorizada. Negó rápidamente con la cabeza.

Kevin sonrió. Cuando miró a Martin Balm, advirtió la confusión de éste en su rostro. Hizo un gesto de confirmación y dirigió al jurado una mueca burlona.

—No te ha ido muy bien en la clase de la señorita Wilson, ¿verdad, Barbara? —

preguntó con un tono nuevamente suave y amistoso.

—No. —Barbara enjugó una lágrima—. Pero no es culpa mía —añadió acto seguido, contenta de que el interrogatorio tomara un rumbo distinto.

Kevin hizo una pausa, como si ya hubiera terminado, pero enseguida se dirigió otra vez a la niña.

—¿Crees que la señorita Wilson te tiene manía y esto te pone las cosas difíciles? —Sí.

—O sea, preferirías que ella dejara de ser tu profesora, ¿verdad?

Barbara era incapaz de evitar la mirada profunda de Lois. Se encogió de hombros.

—¿Sí o no? —apremió Kevin.

—Sólo quiero que deje de meterse conmigo.

—Ya. Muy bien, Barbara. ¿Cuándo ocurrió el incidente entre tú y la señorita Wilson? ¿En qué fecha?

—Protesto, señoría —dijo Balm, levantándose con rapidez—. No podemos pretender que la pequeña recuerde la fecha exacta.

—Señoría, la acusación presenta a esta niña como la principal testigo contra mi cliente. No podemos ponernos a seleccionar lo que debería recordar o no respecto a un alegato tan importante. En todo caso, si su testimonio adolece de imprecisión...

—Muy bien, señor Taylor; se admite su observación. Protesta denegada. Haga su pregunta, señor Taylor.

—Gracias, señoría. Bien, Barbara, dejemos la fecha. ¿Sucedió un lunes, un jueves? —preguntó Kevin con rapidez, casi echándose encima de la pequeña.

—Eeeh... era martes.

—¿Martes? —Dio otro paso en dirección a ella.

—Sí.

—Pero, Barbara, los martes no tenéis artes especiales —respondió él al instante, aprovechándose de un golpe inesperado de buena suerte: la confusión de la niña. Barbara miró alrededor, impotente.

—Bueno... quería decir jueves.

—Un jueves... ¿Seguro que no era un lunes? —Ella negó con la cabeza—. Además, cuando tenía un descanso, la señorita Wilson iba con frecuencia a la sala de profesores, es decir, no se quedaba en el aula después de que la clase hubiera terminado. —Barbara tan sólo miraba con los ojos inmóviles—. ¿Así que era un jueves?

—Sí —respondió con un hilillo de voz.

—Entonces cabe suponer que a las otras niñas también les pasó eso un jueves, ¿no? —preguntó, como si él mismo estuviera confundido.

—Protesto, señoría. A la niña no se le ha dado información sobre el testimonio de las demás testigos.

—En cambio —replicó Kevin—, yo opino que sí ha recibido dicha información.

—¿Por parte de quién? —inquirió Balm con indignación.

—Caballeros. —El juez golpeó con el mazo—. Se acepta la protesta. Limite sus preguntas a la declaración de la testigo que está en el estrado, señor Taylor.

—Muy bien, señoría. Barbara, ¿cuándo les contaste a las otras niñas lo que te ocurrió? ¿Fue enseguida? —preguntó Kevin antes de que ella pudiera recuperarse.

—No.

—¿Se lo dijiste en tu casa?

—Yo...

—¿Fue el día que hicisteis la fiesta con Gerald y Tony?

La niña se mordió ligeramente el labio inferior.

—Fue entonces, ¿no? ¿Escogiste aquella tarde por algún motivo? ¿Sucedió algo que te impulsara a contar la historia?

El rostro de Barbara comenzó a inundarse de lágrimas. Negó con la cabeza.

—Si quieres que la gente crea tu historia sobre la señorita Wilson, tendrás que contarle todo, Barbara. Todas las niñas tendrán que contarle todo —añadió—. ¿Por qué aquella tarde hablasteis de la señorita Wilson? ¿Qué hicisteis con los chicos?

El terror se reflejaba en la mirada de Barbara.

—A no ser, naturalmente, que lo hubieras inventado todo y hubieras convencido a las demás de hacer lo mismo —precisó, ofreciendo una salida fácil—. ¿Lo inventaste todo, Barbara?

La niña permanecía rígida como una piedra, aunque sus labios temblaban ligeramente. No respondió.

—Si dices la verdad ahora, todo terminará aquí —prometió Kevin—. Nadie tiene que saber nada más —añadió, casi en voz baja. La pequeña parecía aturdida—. ¿Barbara?

—Señoría —intervino Balm—, el señor Taylor está acosando a la testigo.

—No soy de la misma opinión, señor Balm —contestó el juez. A continuación se inclinó hacia ella—. Barbara, debes responder la pregunta.

—¿Le mentiste al señor Cornbleau porque no te gusta la señorita Wilson? —preguntó Kevin con rapidez. Fue una maniobra espléndida, ya que daba por sentado que ella ya había contestado de modo afirmativo. Por la comisura del ojo observó que algunos miembros del jurado enarcaban las cejas.

Barbara negó con la cabeza, aunque sus ojos empezaron a derramar una lágrima tras otra que se fueron deslizado por las mejillas.

—Ya sabes que podrías echar a perder la carrera de la señorita Wilson, ¿no, Barbara? —preguntó Kevin haciéndose a un lado para que Lois Wilson pudiera mirar directamente a la pequeña—. Esto no es un juego, como éste al que jugáis en tu casa, el de los «lugares especiales» —añadió Kevin con un susurro sonoro, cuando de repente pareció que al rostro de la niña se le había prendido fuego. Sus ojos estaban abiertos de par en par y miraba al público con una expresión desesperada—. Si antes no has dicho la verdad, es mejor que lo hagas ahora en vez de seguir contando mentiras. Piensa un poco y dinos la verdad, Barbara —insistió Kevin, que en ese

momento se hallaba de pie frente a ella y la miraba ferozmente con los ojos todo lo abiertos que podía.

Kevin dio un paso atrás, como un boxeador en busca del golpe definitivo que deje al rival fuera de combate.

—La señorita Wilson nunca tocó a las otras niñas. Consintieron en denunciarla debido a lo que hicieron aquella tarde en tu casa, ¿verdad? Las amenazaste con contárselo a todo el mundo si no colaboraban.

La boca de Barbara se abrió de par en par. Su cara estaba tan ruborizada como si se hubiera concentrado allí toda la sangre del cuerpo. Miraba constantemente a sus padres. Entonces Kevin cambió los pies de posición para taparle la visión del fiscal.

—No tenemos por qué hablar de lo que pasó en tu casa —le advirtió él con un tono compasivo—, pero ¿les dijiste a tus amigas lo que tenían que explicar y cómo tenían que hacerlo, Barbara? —prosiguió él, tratando de obtener a martillazos la respuesta que quería de ella—. Cuando las otras niñas suban a este estrado tendrán que hablar de aquella tarde y aquel juego, y tendrán que decir la verdad. Sin embargo, si la cuentas tú ahora, no hará falta que la escuchemos de boca de ellas. ¿Les dijiste lo que tenían que contar?

—Sí —murmuró, agradecida por la conmutación propuesta.

—¿Qué?

—Sí. —Se deshizo en lágrimas.

—De modo que ellas le contaron al señor Cornbleau lo que tú les dijiste que contarán —concluyó, remachando a fondo. A continuación, dibujando en su rostro una mezcla de furia y de tristeza, le dio la espalda a la pequeña y miró al jurado. Todos sus integrantes observaron a la niña y después dirigieron su atención a Kevin.

—¡Pero no mentí sobre lo que le conté yo! ¡No! —gritó Barbara ahogada por el llanto.

—Barbara, me parece que ya has dicho suficientes mentiras mientras has estado aquí sentada.

Kevin se volvió, y al mirar al fiscal movió la cabeza de un modo significativo. Barbara estaba llorando desconsoladamente, por lo que la tuvieron que ayudar a bajar del estrado y la acompañaron hasta una puerta lateral de salida.

Kevin volvió a su asiento mostrando un cierto pavoneo al tiempo que miraba al público de la sala. La mayoría de los presentes parecían conmocionados, confundidos. El señor Cornbleau estaba enfurecido, al igual que un buen número de ciudadanos indignados. El caballero del fondo le sonreía, pero Miriam sacudió la cabeza y se enjugó una lágrima que discurría por la mejilla.

Lois Wilson le buscó con la mirada a la espera de recibir alguna indicación. Él asintió, y acto seguido, de acuerdo con las instrucciones que le había dado, Lois miró a Barbara con una expresión indulgente y enjugó sus bien ensayadas y oportunas lágrimas.

El fiscal del distrito se levantó. De pie, frente al juez y el público, con una

expresión alelada, sabía que era inútil proseguir.

El Bramble Inn era uno de los mejores restaurantes que había justo al salir de Blithedale. Era un asador inglés, famoso por el cuello de cordero y los bizcochos caseros. A Kevin y Miriam Taylor les encantaba el ambiente que había desde el camino de adoquín hasta el amplio vestíbulo, en el que se observaban bancos de nogal americano y una chimenea de ladrillo. Para los Taylor no había nada más romántico que ir al Bramble Inn una noche que nevara, acodarse en la barra y tomar un cóctel mientras oían el crepitar del fuego y el crujir de los troncos. Como de costumbre, el local estaba atestado de clientes de clase media alta, muchos de los cuales conocían a Kevin. Algunos se detuvieron para felicitarle. Tan pronto él y Miriam dispusieron de un momento tranquilo, Kevin rozó con su hombro el de su esposa y la besó en la mejilla.

Hacía casi un mes que Miriam se había comprado la falda y la chaqueta de cuero negro que llevaba esa noche, pero las había tenido guardadas en el fondo del armario a la espera de que se le presentara pronto la ocasión de sacarlas y sorprender a Kevin. La falda, perfectamente ajustada, dibujaba la curva completa y suave de sus caderas y la firmeza de su trasero, y revelaba lo suficiente de sus piernas largas y bien formadas para parecer seductora aunque no llamativa. Debajo de la chaqueta llevaba una blusa de punto verde y blanco que daba la impresión de haber sido confeccionada a la medida de sus pechos firmes y sus hombros pequeños.

Con su casi metro ochenta y su cabello ondulado y oscuro que se le rizaba justo por encima de los hombros, cuando Miriam Taylor entraba en algún sitio lleno de gente siempre marcaba su propio territorio. Se había preparado durante un año en la Escuela de Modelos de Marie Simón, de Manhattan, y aunque nunca había tenido una auténtica experiencia profesional, conservaba la elegancia y el estilo de las modelos.

Al principio, Kevin se enamoró de su voz: grave, sexy, como la de Lauren Bacall. Incluso hizo que le recitara una de sus frases favoritas: «Sabes cómo se silba, ¿verdad, Sam?... Simplemente junta los labios y sopla».

Cuando ella le miró con sus ojos claros de color avellana, se volvió y le llamó «Kevin» en vez de «Sam», fue como si una mano se hubiera introducido por su estómago y le hubiera agarrado el corazón. Pensó que, ya puestos, podría llevar un collar alrededor del cuello y darle a ella la correa. Si se lo hubiera pedido, le habría puesto la luna a sus pies.

—Soy culpable de amarte con locura —le dijo—. El pecado poco conocido de querer en exceso a la esposa propia. Desde el día que te conocí, he pecado contra el Primer Mandamiento: Amarás a Dios sobre todas las cosas.

Se habían conocido en una fiesta organizada por su bufete —Boyle, Carlton & Sessler— cuando éste inauguró sus nuevas oficinas en un edificio de reciente

construcción de Blithedale. Miriam había asistido con sus padres. Su padre, Arthur Morris, era el dentista más famoso de la ciudad. Sanford Boyle presentó a Kevin a ella y a sus padres, y desde ese momento se invadieron uno a otro las respectivas órbitas lanzándose sonrisas y miradas a través de la sala, hasta que lograron estar solos y empezaron a hablar sin descanso, hasta que el fin de la fiesta los interrumpió. Ella aceptó ir a cenar con él aquella noche, y a partir de ese momento vivieron un romance intenso y apasionado. Antes de un mes Kevin le propuso matrimonio.

En ese momento, mientras estaban en la barra del Bramble Inn brindando por el éxito de Kevin, ella empezó a pensar en los cambios que se habían producido en él desde que se habían conocido.

«Qué viejo estás», pensaba. Kevin parecía superar de largo sus veintiocho años. En sus ojos verde jade y sus gestos se apreciaba una madurez, un control y una confianza en sí mismo que hacían pensar en un hombre de mucha más edad y experiencia. No era corpulento, pero con su más de metro ochenta y sus casi ochenta kilos estaba en buena forma y tenía un aspecto atlético y una vitalidad bien controlada. Cuando le convenía, se dejaba llevar por estallidos de exuberancia, pero la mayoría de las veces iba a su paso sin demasiados cambios de ritmo.

Era tan organizado, saludable, ambicioso y decidido que ella solía tomarle el pelo y cantarle un fragmento de una vieja canción pop: «Y es muy sano, oh, de cuerpo y mente. Es el hombre bien adaptado de la ciudad...».

—Bueno, dime lo que pensabas realmente cuando estabas sentada en la sala. ¿No has estado orgullosa de mí, aunque sólo sea un poquito?

—Oh, Kevin, no estoy diciendo que no estuviera orgullosa de ti. Has estado... magistral —contestó ella, aunque era incapaz de borrar de su cabeza la cara aterrorizada de la niña. No podía dejar de revivir los momentos de terror que reflejaron los ojos de la pequeña cuando Kevin amenazó con revelar lo que ella y sus amigas habían hecho en su casa—. Pero ojalá hubiera habido otro modo de ganar el juicio que no pasara necesariamente por esa amenaza. ¿No estás de acuerdo?

—Desde luego, pero tenía que hacerlo —contestó él—. Además, no pases por alto que Barbara Stanley utilizaba la amenaza de revelar lo mismo como chantaje a sus compañeras para que testificaran.

—Cuando has arremetido contra ella, la niña daba lástima —dijo Miriam. Kevin palideció.

—No fui yo quien formuló las acusaciones contra Lois Wilson —le recordó a Miriam—. Esto corrió a cargo de Marty Balm. Fue él, no yo, quien llevó a Barbara Stanley al tribunal para que fuera sometida a interrogatorio. Yo tenía una cliente que defender, y pensar en sus derechos y su futuro por encima de todo.

—Pero Kevin, ¿y si hubiera hablado con las otras para que testificaran porque tenía miedo de hacerlo ella sola?

—Entonces, la acusación debería haber planteado el caso de otra forma, protestando o como fuera; no es asunto mío. Ya te lo he dicho, Miriam, yo soy el

abogado defensor. Por tanto tengo que defender, utilizar todas las armas posibles; de lo contrario no estaría cumpliendo con mi obligación. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió. Tenía que estar de acuerdo, aunque a regañadientes. Él siempre tenía razón.

—¿No estás ahora un poquito orgullosa del modo en que me he desenvuelto ante el tribunal? —preguntó él de nuevo, arrimándose y dándole un golpecito con el hombro. Ella sonrió.

—Eres un actor frustrado, Kevin Taylor. La forma en que te movías, te dirigías al jurado, decidías la oportunidad de una pregunta o cambiabas la dirección de la mirada... —Ella rió—. Podían haberte nominado para los premios de la Academia.

—Parece una representación, ¿verdad? Me resulta difícil explicar lo que ocurre cuando entro en una sala de vistas. Es como si se levantara el telón y todo estuviera escrito en un guión. Casi no importa quién es el cliente o de qué trata el caso. Estoy simplemente allí, destinado a hacer lo que hago.

—¿Qué es eso de que no importa quién es el cliente o cuál es el caso? ¿Es que defenderías a cualquiera? —Él no contestó—. ¿Lo harías?

Kevin se encogió de hombros.

—Supongo que dependería del dinero que fuera a cobrar. —Miriam entornó los ojos y se lo quedó mirando.

—Kevin, quiero que seas sincero conmigo. —Él levantó la mano derecha y se volvió hacia ella.

—Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad...

—Hablo en serio —dijo ella, bajándole la mano.

—Muy bien, ¿de qué se trata? —Él se volvió de nuevo y se inclinó sobre la barra para acariciar su copa.

—Deja a un lado la jerga legal, el papel de la acusación, el papel del abogado defensor... todo eso. Has demostrado que las tres niñas mentían, que fueron obligadas a ello —o al menos han producido esa impresión—, y yo no niego que Barbara Stanley parece una manipuladora, pero ¿Lois Wilson abusó sexualmente de ella? ¿Se aprovechó de ella? Tú la interrogaste; pasaste mucho tiempo en tu despacho haciéndole preguntas.

—Quizá —contestó él, y el movimiento de su cabeza reveló algo que provocó un escalofrío en Miriam.

—¿Quizá?

—Yo la defendía. Como ya te he explicado, he advertido fallos en el planteamiento de la acusación y he abordado el asunto por donde ésta parecía más vulnerable —respondió él con displicencia.

—Pero si era culpable...

—¿Y cómo se sabe quién es culpable y quién no lo es? Si antes de aceptar un caso tuviéramos que estar totalmente convencidos de la inocencia de un cliente, sin tener la más leve sospecha sobre ella, nos moriríamos de hambre. —Hizo una señal a

alguien y pidió otra ronda.

Para Miriam fue como si por un momento la luz del sol hubiera desaparecido tras una nube. Se incorporó, echó un vistazo al bar y centró su atención en un hombre apuesto y de aspecto distinguido, de cabello color de ébano y tez oscura, sentado solo a una mesa que había en un rincón. Miriam estaba segura de que los miraba. De pronto, sonrió. Ella hizo lo mismo y rápidamente apartó los ojos. Cuando volvió a mirar, él seguía observándolos.

—Kevin, ¿conoces a ese hombre del rincón que nos mira con tanta atención?

—¿Qué hombre? —Se volvió—. Sí... bueno, no, pero hoy lo he visto en la sala de vistas.

El hombre sonrió otra vez e inclinó la cabeza. Kevin hizo lo propio. Entonces, el hombre, tomando eso como una invitación, se levantó y se acercó a ellos. Mediría algo más de metro ochenta y parecía estar en buena forma.

—Buenas noches —dijo; a continuación extendió la mano, grande, con los dedos largos y las uñas arregladas. En uno de los meñiques lucía un anillo liso de oro con una «P» grabada—. Permítame tomar parte en las felicitaciones que habrá recibido y añadir mi nombre a la lista de sus admiradores. Me llamo Paul Scholefield.

—Gracias, señor Scholefield. Mi esposa, Miriam.

—Señora Taylor —dijo el hombre, con una inclinación de cabeza—, tiene usted buenos motivos esta noche para estar hermosa y sentirse orgullosa de su marido.

—Gracias —respondió Miriam, ruborizada.

—No es mi intención molestar —prosiguió Scholefield—, pero hoy he estado en la sala de vistas y le he visto en acción.

—Sí, ya lo sé. Recuerdo que yo también he advertido su presencia. —Kevin lo miró atentamente—. Creo que no nos habíamos visto antes.

—No, no vivo aquí. Trabajo como abogado en un gabinete de Nueva York. ¿Me permite sentarme con ustedes un momento? —preguntó, señalando el asiento que había al lado de Kevin.

—Desde luego.

—Gracias. Veo que acaban de pedir una ronda; si no hubiera sido así, les habría invitado yo a una copa. —Hizo una señal al camarero—. Un cóctel de champán, por favor.

—¿A qué especialidad jurídica se dedica, señor Scholefield? —preguntó Kevin.

—Llámeme Paul, por favor. Nuestro bufete sólo se ocupa de asuntos penales. Tal vez haya oído hablar de él: John Milton & Associates. —Kevin pensó un instante e hizo un gesto negativo elocuente.

—No, lo siento.

—No importa. —Scholefield sonrió—. Es uno de estos bufetes del que uno no oye hablar a menos que se encuentre en un apuro. Nos hemos convertido en especialistas. La mayor parte de los asuntos que llevamos serían rechazados por otros abogados.

—Qué... interesante —dijo Kevin con cautela. Estaba empezando a lamentar el haber permitido a Paul sentarse con ellos. No quería hablar de temas profesionales—. Será cuestión de ver cómo está nuestra mesa, ¿verdad, Miriam? Ya tengo hambre.

—Sí —contestó ella, pillando la indirecta. Acto seguido le hizo una señal al maitre.

—Ya les he dicho que no es mi intención molestar —prosiguió Scholefield, comprendiendo enseguida y sacando una tarjeta—. No es que me haya dejado caer por casualidad en el juicio de hoy. Hemos oído hablar de usted, Kevin.

—¿En serio? —Los ojos de Kevin se abrieron como platos.

—Sí. Siempre procuramos estar al tanto de si aparecen buenos abogados jóvenes y prometedores que se dediquen a cuestiones penales, y precisamente ahora tenemos un puesto vacante.

—¿Ah, sí?

—Y después de haberlo visto en su actuación de hoy, me gustaría dejarle nuestra tarjeta y pedirle que considere la oferta.

—Bueno, yo...

—Sé que en el bufete en el que trabaja probablemente le ofrecerán una participación como socio, pero aun a riesgo de sonar un poco pretencioso, permítame indicarle que seguir ahí no le proporcionará ni la mitad de satisfacción profesional ni de ingresos que obtendría con nosotros.

—¿La mitad de ingresos?

—Su mesa está lista, señor —anunció el maître.

—Gracias. —Kevin se volvió hacia Scholefield—. ¿Ha dicho la mitad de ingresos?

—Sí. Sé lo que ganará en su bufete cuando sea un asociado más. Pero el señor Milton le doblará el sueldo de inmediato, y en un período relativamente corto usted recibirá también una cantidad importante en forma de dividendos, no me cabe duda. —Scholefield se puso de pie—. No quiero robarles más tiempo. Tienen derecho a estar solos —añadió, guiñándole el ojo a Miriam.

Ella sintió que se sonrojaba de nuevo. Paul alargó la tarjeta a Kevin.

—Simplemente, llámenos. No se arrepentirá. Enhorabuena de nuevo por su formidable victoria —añadió, levantando el vaso—. Señora Taylor... —Brindó otra vez y se fue.

Por un instante, Kevin permaneció quieto. Entonces bajó la vista y miró la tarjeta. Las letras de imprenta en relieve parecían salirse de la tarjeta, como si aumentaran de tamaño. Todo era distante: la música suave del restaurante, el débil murmullo que se oía alrededor, incluso la voz de Miriam. Se sintió como si fuera a la deriva.

—Kevin... —¿Eh?

—¿Qué era todo esto?

—No lo sé, pero parece interesante, ¿no?

Scholefield regresó a su mesa y le dirigió una sonrisa a Miriam, quien notó algo

repentino que tiraba de su corazón y lo hacía latir más deprisa.

—Kevin, la mesa ya está preparada.

—Muy bien —dijo él. Echó otro vistazo a la tarjeta, la introdujo rápidamente en su bolsillo y se levantó para seguir a Miriam.

Se sentaron a una de las mesas íntimas de un rincón de la parte trasera. La pequeña lámpara de aceite que había encima proyectaba un brillo amarillo, suave y mágico en ambos rostros. Pidieron un *zinfandel* blanco y lo bebieron despacio, mientras hablaban en voz baja, recordando otros tiempos, otras cenas románticas y otros momentos hermosos. La música suave los envolvía por todos lados como si fuera el tema de fondo de una película. Él le cogió la mano, se la llevó a los labios y le besó los dedos. Se miraban uno a otro tan absortos que, cuando el camarero fue a tomarles nota, pidió disculpas por interrumpirles.

Después de que les hubieran servido el primer plato y hubieran empezado a comer, Miriam sacó el tema de Paul Scholefield.

—¿Nunca habías oído hablar de ese bufete?

—No. —Pensó sobre ello y negó con la cabeza. Acto seguido, sacó la tarjeta y la miró con atención—. Sin embargo, eso no significa nada. ¿Sabes cuántos gabinetes hay solamente en la ciudad de Nueva York? Está bien situado —advirtió—, entre Madison y la Cuarenta y cuatro.

—Sin embargo, no es muy habitual que un abogado vaya a observar el trabajo de otro, ¿verdad, Kevin? —Él se encogió de hombros.

—No sé... no, no es tan extraño. Para verificar el trabajo de alguien lo mejor es ver cómo lo lleva a cabo. Además, no hay que olvidar —añadió con una satisfacción muy visible— que los periódicos de Nueva York han hecho un seguimiento del caso. El domingo pasado había una buena reseña en el *Times*.

Miriam confirmó las palabras de Kevin, pero él advirtió que ella estaba preocupada por algo.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé... esa forma en que ha dado su parecer y te ha entregado la tarjeta... Parecía tan seguro de sí...

—Supongo que esto es consecuencia del éxito. Me gustaría saber si hablaba en serio cuando ha mencionado lo del dinero... el doble de lo que ganaría como socio de Boyle, Carlton & Sessler... —Miró otra vez la tarjeta y movió la cabeza con incredulidad.

—Kevin, aquí ya ganas bastante.

—Nunca ganas lo bastante, y tampoco habrá muchos casos como éste de Lois Wilson. Es muy sencillo: aquí será difícil que abunden los casos penales, y lo que más temo es acabar metido en alguna de sus especialidades y tener la mesa llena de asuntos mercantiles o inmobiliarios.

—Eso antes no te preocupaba.

—Ya lo sé. —Se inclinó hacia delante y sus ojos quedaron fijos en la luz de la

pequeña lámpara. De repente, su rostro, que hasta ese momento había tenido una expresión suave y serena, se volvió tenso y acalorado—. Sin embargo, esta vez en el juicio me ha pasado algo, Miriam. He sentido algo especial. Por momentos estaba... enardecido. Era como moverte continuamente en el filo de la navaja, ser consciente de que cada palabra es clave... algo más que los conflictos generados en torno a la propiedad: la vida de alguien que está en juego. El futuro de Lois Wilson estaba en mis manos. Sería igual que comparar a un cirujano del corazón o del cerebro con un médico de cabecera que enyesa una pierna rota.

—Tampoco sería tan terrible tener de vez en cuando algún caso relacionado con temas inmobiliarios —replicó ella con voz débil. El estado de agitación de Kevin le quitaba el aliento.

—No, pero cuanto más difícil y más crítico es el caso, más perspicaz puedo ser. Estoy seguro. En definitiva, que no soy un leguleyo, Miriam. Soy... soy abogado.

Ella asintió al tiempo que su sonrisa se debilitaba. En la voz de Kevin, en sus ojos, había algo que la asustaba. Miriam percibía cada vez con mayor claridad que la vida que ella había planeado para ambos no iba a satisfacerle.

—Pero Kevin —dijo al cabo de unos instantes—, antes nunca habías hablado de eso, y seguramente tampoco lo harías ahora si no fuera porque ha aparecido ese hombre.

—Tal vez no —contestó él, encogiéndose de hombros—. Quizá no sé lo que quiero. —Miró de nuevo la tarjeta y la guardó en el bolsillo—. De todos modos, tenemos tiempo para pensarlo bien. No creo que en el bufete me propongan asociarme con ellos el lunes por la mañana. Esos tres tendrán que reunirse un montón de veces, creen que las cosas deben asentarse y madurar. —Entonces rió, pero con una risa seca y fría, distinta de la habitual—. Es probable que nunca hagan el amor con sus esposas sin antes examinar cuidadosamente los pros y los contras. Pero en todo caso, si lo piensas un poco y tienes en cuenta cómo son ellas, no sé cómo podrían ser impulsivos en eso.

Rió de nuevo, en esa ocasión de modo despectivo, pero Miriam se mantuvo al margen. Kevin nunca se había mostrado desdeñoso con los Boyle, los Carlton ni los Sessler. Para ella siempre había estado claro que él quería ser como ellos.

—Esta noche el cordero está estupendo, ¿no? —preguntó él; ella sonrió y asintió, ansiosa por dejar la discusión a un lado y así reducir la frecuencia de pulsaciones de su corazón y eliminar el aleteo de mariposas que sentía en su pecho.

Funcionó. No volvieron a hablar de leyes ni de casos judiciales. Después de tomar el postre y el café se sintieron más animados, regresaron a casa e hicieron el amor con un apasionamiento que ella no recordaba.

No obstante, a la mañana siguiente Miriam observó que Kevin iba al armario en busca del pantalón que llevaba puesto en el Bramble Inn. Sacó la tarjeta de Paul Scholefield, la miró y la introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta que iba a llevar el lunes cuando fuera a trabajar.

Durante todo el fin de semana Kevin tuvo una sensación de frialdad a su alrededor. Los amigos de quienes esperaba una llamada de felicitación no dieron señales de vida. Miriam tuvo una conversación telefónica con su madre, que no resultó muy agradable, como él comprobó más tarde. A instancias de Kevin, Miriam le contó los detalles y ella acabó confesándole que su madre, por defenderlo a él, había tenido una dura discusión con una de sus supuestas buenas amigas.

El mismo casi tuvo un altercado cuando el domingo por la mañana se detuvo en la gasolinera, y Bob Salter, el dueño, le soltó con tono sarcástico que ya estaba bien de que en este país los maricones y las tortilleras siempre se salieran con la suya.

Y también le sorprendió la fría acogida que recibió en la oficina el lunes por la mañana. Mary Echert, que tenía las funciones de secretaria suya y de recepcionista, apenas si le dio los buenos días, y mientras él se dirigía a «su agujero en la pared», Teresa London, secretaria de Garth Sessler, le lanzó una tímida sonrisa y desvió rápidamente la mirada.

No hacía mucho que había llegado cuando sonó el interfono y Myra Brockport, secretaria de Sanford Boyle, con una voz que le recordaba a una maestra muy severa que él había tenido en la escuela primaria, dijo:

—Señor Taylor, el señor Boyle desea verlo inmediatamente.

—Gracias —contestó. Se levantó y se ajustó la corbata. Se sentía confiado, alegre. ¿Y por qué no? En tres cortos años había dejado ya una señal imborrable en el arraigado y reputado viejo bufete. Brian Carlton y Garth Sessler habían tardado algo más de cinco años en formar parte de la sociedad. En aquella época el nombre era simplemente Boyle & Boyle, y en ella Sanford trabajaba con su padre, Thomas, un hombre ya de ochenta y tantos años, pero todavía perspicaz y capaz de imponer sus opiniones a su hijo de cincuenta y cuatro.

Kevin temía que Boyle, Carlton y Sessler se resistieran a ofrecerle un puesto de socio. Había un cierto esnobismo en ellos con respecto al bufete. Los tres eran hijos y nietos de abogados. Parecía como si se consideraran miembros de una familia real, descendientes de monarcas que heredaran cetros y tronos, conservando cada uno su propio reino: bienes inmobiliarios, herencias...

Poseían las mejores casas de Blithedale. Sus hijos conducían Mercedes y BMW e iban a la Ivy League; dos de ellos ya estaban a punto de licenciarse en derecho. Gozaban del respeto y la admiración de todos los miembros de profesiones liberales de la comunidad, de modo que ser invitado a sus fiestas constituía una señal de distinción, como la constituía también que ellos se dignaran asistir a las que organizaran los demás. Convertirse en socio suyo era como recibir una unción sagrada.

Dado que durante toda su vida había formado parte de la alta sociedad de esa comunidad, Miriam era profundamente consciente de todo eso. Ella y Kevin habían llegado a un punto en que habían decidido construir la casa de sus sueños. Miriam hablaba de tener niños. Su existencia como miembros de la clase media alta parecía

garantizada, y no había habido nunca ninguna duda sobre el deseo de Kevin de establecerse en la pequeña comunidad de Long Island. Él había nacido y se había criado en Westbury, donde todavía vivían sus padres, que estaban a cargo de una oficina de contabilidad. Había estudiado derecho en la Universidad de Nueva York y había vuelto a Long Island para encontrar la chica de sus sueños y ponerse a trabajar. Él era de ahí; ahí estaba su destino.

O quizá no.

Abrió la puerta del despacho de Sanford Boyle, saludó a los tres socios y tomó asiento frente a la mesa de Sanford, consciente de que así se colocaba en el centro, con Brian Carlton a su derecha, y Garth Sessler a su izquierda. «Parece que me quieran tener rodeado», pensó, divertido.

—Kevin —empezó Sanford. Era el más viejo de los tres, Brian Carlton tenía cuarenta y ocho años, y Garth Sessler, cincuenta, y al que más se le notaba la edad. Miraba de un modo suave, como si nunca hubiera tenido que hacer mucho más que cortar el césped y sacar la basura. Era casi calvo, le colgaban las mejillas, y siempre que hablaba le temblaba la papada—. Ya te acuerdas de cómo nos sentimos cuando nos anunciaste que querías ocuparte de este caso.

—Sí. —Miró de uno a otro. Los tres permanecían sentados como si fueran los jueces austeros de un tribunal puritano; todas las líneas y los rasgos de sus rostros estaban esculpidos a fondo: más que hombres parecían estatuas.

—Todos creemos que en el juicio estuviste magistral... preciso y mordaz. Quizá demasiado mordaz.

—¿Cómo dice?

—Para doblegar la resistencia de la niña, prácticamente la aporreaste.

—Hice lo que tenía que hacer —replicó Kevin, apoyándose en el respaldo. Le dirigió una sonrisa a Brian Carlton; éste, alto, delgado, con un bigote oscuro, también se reclinó mientras mantenía apretadas las puntas de sus largos dedos como si tan sólo fuera a supervisar la discusión sin participar en ella. Por su parte, Garth Sessler, tan impaciente como de costumbre, daba ligeros golpecitos con los dedos en el brazo de la silla.

Sin saber por qué, Kevin se dio cuenta en ese momento de lo mucho que le habían desagradado siempre los tres. De acuerdo, eran brillantes, pero tenían tanta personalidad como un programa de procesamiento de datos. Sus reacciones eran automáticas e impasibles.

—Seguro que estás al corriente de los rumores que corren. Todos hemos estado la mayor parte del fin de semana al teléfono hablando con clientes, amigos... —Agitó dos veces la mano frente a su cara, como si estuviera espantando moscas—. El caso es que las reacciones son más o menos las que nos temíamos. Nuestros clientes, de quienes dependemos en gran medida para nuestra subsistencia, no están por lo general demasiado satisfechos con la posición que hemos mantenido en ese asunto de Lois Wilson.

—¿Que posición? ¿No sabe esa gente que uno es inocente hasta que se demuestra su culpabilidad? Yo la defendí y ella fue exculpada.

—Ella no fue exculpada —dijo Brian Carlton, alzando las comisuras de los labios en un gesto sarcástico—. La acusación tan sólo levantó las manos en señal de rendición y retiró los cargos después de que tendieras una trampa a aquella niña de diez años y le hicieras confesar que había dicho algunas mentiras.

—Esto no cambia nada —objetó Kevin.

—Desde luego que sí —replicó Brian—, aunque no me sorprende que no veas la diferencia.

—¿Qué insinúa?

—Volvamos al principio —interrumpió Garth Sessler—. Como ya tratamos de explicarte cuando te implicaste tan a fondo en el asunto, aquí siempre hemos procurado alejarnos de los casos controvertidos. Somos un bufete prudente y moderado; no buscamos publicidad ni notoriedad. Esta clase de cosas ahuyenta a los clientes acaudalados que viven en nuestra comunidad. Bien —prosiguió, tomando con firmeza las riendas de la discusión—. Sandford, Brian y yo hemos estado examinando tu historial en el gabinete, y consideramos que eres una persona trabajadora y responsable, además de tener un futuro prometedor.

—¿Prometedor? —Kevin se volvió instintivamente hacia Brian. Había empezado a trabajar con ellos con la idea de que el futuro ya había llegado. Ya no era tan sólo un abogado prometedor.

—En derecho penal —precisó Brian, tajante.

—Área que no nos interesa —concluyó Sandford.

—Ya veo. Entonces, ¿esto no es una reunión para ofrecerme la condición de socio de Boyle, Carlton & Sessler?

—La condición de socio de pleno derecho no es algo que nosotros concedamos de la noche a la mañana —dijo Garth—. Su valor no reside sólo en las retribuciones económicas sino en lo que significa, y ello depende de la inversión que se hace tanto en el bufete como en la comunidad. ¿Por qué...?

—Sin embargo, no hay ninguna razón por la que no puedas ser socio de pleno derecho con bastante rapidez en algún bufete especializado en cuestiones penales —interrumpió Sanford Boyle. Despidió una fina sonrisa y se movió hacia delante, con las manos cruzadas sobre el escritorio—. No es que no estemos satisfechos con el trabajo que has hecho aquí. Esto quiero dejarlo claro.

—O sea que no me están despidiendo sino comunicando que me encontraría mejor en algún otro gabinete —espetó Kevin con aspereza. Se reclinó en la silla, encogiéndose de hombros y sonrió—. La verdad es que, de todas formas, estaba considerando la posibilidad de presentar la dimisión.

—¿Cómo dices? —preguntó Brian, inclinándose hacia delante.

—Ya tengo otra oferta, caballeros.

—¿Ah, sí? —Sanford miró rápidamente a sus socios. Brian mantuvo su expresión

pétrea. Garth enarcó las cejas. Kevin sabía que no le creían, como si no fuera en absoluto posible que él contemplara la eventualidad de irse a otro bufete. La arrogancia de los tres empezaba a irritarle—. ¿En otro bufete de la zona?

—No... hasta el momento no puedo decir nada más —contestó, sin evitar que sus labios casi mintieran por sí solos—. Pero les aseguro que serán los primeros en conocer todos los pormenores. Después de Miriam, naturalmente.

—Desde luego —dijo Sanford, aunque Kevin sabía que los tres socios tomaban a menudo decisiones sin consultar con sus respectivas esposas, lo que le brindaba otro motivo de menosprecio hacia ellos: sus relaciones con sus esposas e hijos eran demasiado impersonales. Se estremeció sólo de pensar que algún día los cuatro podrían haber estado reunidos en ese mismo despacho discutiendo la conveniencia o no de conceder la condición de socio a un abogado joven y brillante como él; un abogado que quizás habría podido iniciar una carrera más estimulante y satisfactoria en cualquier otro lugar pero que tal vez se sintió tentado de aceptar la seguridad y respetabilidad de («Dios me libre», pensó de repente) Boyle, Carlton, Sessler & Taylor.

—Bien, más vale que vaya a mi mesa y acabe con todo el papeleo del caso Wilson. Gracias por sus pobres muestras de confianza en mí —añadió, y se fue dejándoles con los ojos fijos en la estela que dejaba tras de sí.

Cuando cerró la puerta experimentó una sensación deliciosa de libertad, como en una caída libre desde un avión: en sólo unos minutos había lanzado un desafío al hipotético destino. Permaneció un momento allí de pie, como quien controla con seguridad su futuro.

Myra no entendía a qué obedecía la amplia sonrisa que cubría la cara de Kevin.

—¿Se encuentra bien, señor Taylor?

—Sí, estoy bien, Myra. No me había sentido mejor... en tres años, exactamente.

—Oh, yo...

—Hasta luego —dijo rápidamente, y volvió a su despacho.

Durante un buen rato se quedó sentado a su mesa, pensando. Después metió la mano en el bolsillo y sacó lentamente la tarjeta que le había dado Paul Scholefield. La dejó allí encima y la observó un instante; pero llegó un momento que ya no la miraba, sino que sus ojos fueron más allá y penetraron en su propia imaginación, donde se veía a sí mismo ante un tribunal defendiendo a un hombre acusado de asesinato. El ministerio público presentaba un caso difícil, con indicios vehementes de culpabilidad, pero se enfrentaba a Kevin Taylor, de John Milton & Associates. El jurado prestaba atención a todas y cada una de sus palabras. Los periodistas le perseguían por los pasillos del Palacio de Justicia suplicándole alguna información, pronósticos, declaraciones...

Mary Echert llamó a la puerta y le trajo el correo, interrumpiendo su ensueño. Dirigió una sonrisa a su jefe, pero éste, al advertir la expresión en los ojos de su secretaria, cayó en la cuenta de que ya había empezado la cháchara.

—Hoy no me he olvidado de ninguna cita, ¿verdad, Mary?

—No. Mañana por la mañana ha de reunirse con el señor Setton por el asunto de su hijo; le he traído el informe policial que me pidió.

—Ah, sí. El asunto de ese chico de dieciséis años que se dio un paseo con el coche de su vecino, ¿no?

—Efectivamente.

—Un caso interesantísimo... —Ella ladeó la cabeza, desconcertada por el sarcasmo. Tan pronto como la secretaria se hubo marchado, Kevin llamó a John Milton & Associates y preguntó por Paul Scholefield.

Quince minutos más tarde se dirigía a Manhattan, y ni siquiera había llamado a Miriam para contarle lo que había pasado.

En Blithedale, Boyle, Carlton & Sessler tenían una oficina cómoda y decorada con buen gusto. Hacía casi veinte años que Thomas Boyle había convertido una pequeña casa de dos pisos estilo Cape Cod en el bufete que compartió con su hijo Sanford. Parte del encanto del local residía en su atmósfera hogareña. Allí uno se sentía relajado; «quizá demasiado», pensaba Kevin. Antes nunca lo había contemplado de ese modo. Siempre había valorado el toque doméstico de cortinas y tapices, de alfombras y accesorios. Por la mañana dejaba una casa para meterse en otra. Al menos, esto es lo que pensaba al principio.

Sin embargo, todo cambió desde el momento en que entró en John Milton & Associates. Bajó del ascensor en la planta veintiocho, que ofrecía una vista espectacular del centro de Manhattan y de East River. Al final del pasillo había unas puertas dobles de roble que exhibían la inscripción «John Milton & Associates, abogados». Entró y se encontró en una lujosa recepción.

El amplio espacio abierto, el largo sofá de piel marrón, la butaca y las sillas también de piel, todo era un reflejo del éxito. En la pared a que estaba arrimado el sofá había un enorme cuadro abstracto de vivos colores que parecía un Kandinsky original. Kevin pensó que ése debía ser el aspecto de un bufete de prestigio.

Cerró la puerta tras él y caminó sobre la exuberante alfombra oscura aterciopelada, con la sensación de desplazarse sobre una capa de malvavisco. Aquella impresión dibujó una sonrisa en su rostro mientras se acercaba a la recepcionista, que se hallaba sentada a una mesa de teca en forma de media luna. Esta apartó la vista del procesador de textos para saludarle e intensificó su sonrisa al instante.

En vez de recibir la bienvenida de parte de la familiar Myra Brockport, con su cara tan poco atractiva, o de Mary Echert, con su pelo gris, su piel pálida y sus ojos taciturnos, que eran las encargadas de atender a los clientes en Boyle, Carlton & Sessler, aquí quien se ocupaba de ello era una deslumbrante morena que muy bien hubiera podido participar en el concurso de Miss América.

El cabello, negro como el carbón, le bajaba recto y le caía suavemente sobre los hombros, de modo que los extremos casi le tocaban las paletillas. Parecía italiana, como Sofía Loren, con su nariz romana y sus pómulos salidos. Los ojos oscuros casi resplandecían.

—Buenas tardes —le dijo—. ¿Es usted el señor Taylor?

—Sí. Tienen ustedes una oficina muy bonita.

—Gracias. El señor Scholefield está deseoso de verle; lo acompañaré inmediatamente a su despacho. —Se levantó—. ¿Le apetece algo de beber... té, café, una Perrier?

—Una Perrier, gracias. —Y la siguió a través del vestíbulo en dirección al pasillo

del fondo.

—¿Con un trozo de piel de lima? —preguntó ella, volviéndose.

—Sí, gracias.

Mientras la chica le conducía por el corredor hasta llegar a una pequeña cocina, él estaba como hipnotizado por el movimiento de su cuerpo. Medía al menos metro setenta y cinco, y lucía una falda negra de punto y una blusa blanca con mangas largas. La falda se ceñía tanto a sus caderas y su trasero que cuando los músculos se extendían él advertía la arruga. Rió para sus adentros, pensando en las censuras que todo ello recibiría de Boyle, Garitón y Sessler.

Ella le dio el vaso que contenía el burbujeante líquido y unos cubitos de hielo.

—Gracias.

La mirada de los ojos y la calidez de la sonrisa de la mujer provocaron un hilillo de excitación que le corrió por las ijadas, lo que le hizo sonrojarse.

—Por aquí.

Pasaron frente a un despacho, una sala de reuniones y otro despacho más hasta llegar a una puerta que exhibía una placa con el nombre de Paul Scholefield. La secretaria llamó y abrió.

—Señor Scholefield, está aquí el señor Taylor.

—Gracias, Diane —dijo Paul Scholefield, dando la vuelta a su mesa para dar la bienvenida a Kevin. Ella hizo una inclinación de cabeza y se fue; por un momento el recién llegado fue incapaz de quitarle los ojos de encima. Comprensivo, Scholefield esperó—. Me alegro de verlo, Kevin.

—Los despachos son magníficos. —El de Paul Scholefield tenía el doble de tamaño que el de Sanford Boyle. El diseño era moderno, los muebles de cuero negro brillante, y las estanterías y la mesa de un blanco lustroso. A la izquierda había dos grandes ventanas que daban a East River—. Una vista espléndida.

—Impresionante, ¿verdad? Todos los despachos tienen vistas parecidas. El suyo también.

—¿Cómo?

—Por favor, siéntese. Ya le he dicho al señor Milton que está usted aquí. Iremos a verlo después de que luyamos terminado.

Kevin se reclinó en la silla de cuero negro que había frente a la mesa de Scholefield.

—Me alegra que decidiera considerar en serio nuestra oferta. Se puede decir que estamos literalmente colapsados por el exceso de trabajo —dijo Paul Scholefield, con ojos emocionados—. Así, ¿su actual bufete le ha ofrecido formar parte de la sociedad?

—No exactamente. Lo que me han ofrecido es la oportunidad de encontrar algo más adecuado a mi carácter —respondió Kevin.

—¿Qué? —Paul sostuvo la sonrisa.

—Al parecer, el caso de Lois Wilson y la forma en que lo planteé les ha causado

ciertas molestias. La técnica jurídica, los trucos legales, todo está bien mientras se haga con discreción. No hay nada en contra de manipular a una abuela para conseguir una parte de su fortuna o de encontrar formas de eludir el pago de impuestos para enriquecer todavía más a sus clientes acaudalados —precisó Kevin con amargura.

Paul movió la cabeza y se echó a reír.

—Esto es ser miope, provinciano y estrecho de miras. Por eso su sitio está aquí, Kevin. El señor Milton acertó con usted —añadió, con una expresión que se había vuelto seria—. Su sitio está aquí... con nosotros.

—¿Eso dijo el señor Milton?

—Así es. Él fue el primero en localizarlo, y cuando se trata de evaluar a personas normalmente acierta. Es un hombre que tiene una perspicacia extraordinaria.

—Pero... no sabe nada de mí —objetó Kevin, con la duda de cómo alguien podía estar tan seguro de él sin conocerlo.

—No, pero siempre está buscando nuevas perspectivas... le gusta ir a vistas y juicios a observar abogados, igual que los ojeadores de béisbol van a presenciar partidos a los institutos. Él fue el primero en verlo en acción y luego me envió a mí, siguiendo el método por el que nos ha contratado a todos.

Hoy los conocerá: Dave Kotein, Ted McCarthy y nuestras secretarias.

Pero en primer lugar permítame mostrarle su despacho; después iremos a ver al señor Milton.

Kevin tomó el último sorbo de su Perrier, se puso de pie para seguir a Paul, y ambos cruzaron la puerta y salieron al pasillo. Se detuvieron ante la puerta de un despacho de la que visiblemente se había sacado la placa haría poco.

—Tuvo que ser algo importante lo que le indujera a abandonar este bufete —comentó Kevin. Los ojos de Paul se entrecerraron mientras asentía.

Así es. Fue una tragedia personal: se suicidó poco después de que su esposa muriera de parto. Se llamaba Richard Jaffee, y era un abogado brillante. Mientras estuvo aquí no perdió un solo caso.

—Oh, no lo sabía.

El señor Milton todavía está bastante trastornado, todos lo estamos, como puede imaginarse. Pero el hecho de que venga a trabajar con nosotros, Kevin —añadió, poniéndole la mano en la espalda—, nos va a animar a todos.

—Gracias —dijo Kevin—, aunque parece un traje demasiado grande para mí —añadió—. No sé si responderé a sus expectativas.

—No exagero. Si el señor Milton dice que puede, es que no hay duda —replicó Paul, avalando su afirmación con un gesto de cabeza. A Kevin casi se le escapa la risa ante aquella entusiasta muestra de fe. Sin embargo, Paul Scholefield lo había dicho muy serio.

Este abrió la puerta, y Kevin entró en su futuro despacho.

En aquel momento Kevin pensó en la cantidad de veces que, durante los últimos tres años, había estado sentado a su mesa, en la oficina de Boyle, Carlton & Sessler, y

había soñado con ser un abogado famoso de Nueva York, con un despacho lujoso desde el que se contemplara una gran vista.

En ese momento se hallaba frente a él una mesa en forma de ele con una mullida silla de cuero, un sofá de cuero blando y cómodo, y otra silla también de cuero situada delante de la mesa. La alfombra parecía tan lujosa como la del vestíbulo, y las cortinas eran de un beige brillante. Las paredes estaban cubiertas de revestimientos ligeros de nogal americano, lo que le daba a la habitación un aspecto fresco y limpio.

—Todo parece nuevo.

—El señor Milton ordenó que se decorara de nuevo. Espero que le guste.

—¿Gustarme? Es una maravilla —respondió Kevin. Paul asintió. A Kevin le deslumbraba todo lo que había en el despacho, desde el sofisticado aparato telefónico chapado en oro hasta el conjunto de lápiz y pluma de oro macizo. En las paredes había colgados incluso marcos plateados para sus fotos, y otros que albergarían sus títulos y distinciones. Había el mismo número que en su despacho de Blithedale. «Vaya coincidencia —pensó—. Buen presagio».

Kevin se acercó a las ventanas que había detrás de la mesa. Tal como había dicho Paul, el panorama de la ciudad era espléndido.

—¿Qué le parece?

—Magnífico. —Se dirigió al cuarto de baño y observó los accesorios nuevos y brillantes y las paredes alicatadas. Había incluso una ducha—. Me podría instalar ahora mismo —dijo mientras echaba otro vistazo general al despacho y detenía la mirada en la estantería que ocupaba la mayor parte de la pared izquierda—. No tengo que traer nada. —Se echó a reír—. Es... es increíble.

—El señor Milton estará contento de que esté usted satisfecho con su despacho, Kevin. —Paul miró su reloj—. Ya es hora de que vayamos a verlo.

Cuando se disponían a salir, se detuvo para mirar hacia atrás y movió la cabeza con un gesto significativo.

Es exactamente el despacho que yo había soñado.

Es como si... —Se volvió hacia el sonriente Paul Scholefield—. Como si hubiera estado presente en mis sueños.

Después de llamar, Paul abrió la puerta y dio un paso atrás para permitir que Kevin entrara primero. Este tuvo que admitir que estaba nervioso. Paul había ensalzado tanto la figura de John Milton que estaba confuso respecto a lo que se podía encontrar.

La misma alfombra que cubría el vestíbulo y recorría el pasillo era la que se desparramaba a partir de la puerta del despacho de John Milton y cubría todo el suelo del mismo. Al fondo había una mesa de caoba oscura y una silla de cuero marrón de respaldo alto. También se observaban otras dos sillas de cuero frente a la mesa. Detrás de ésta, tres grandes ventanas, casi de la altura y la anchura de la pared,

brindaban una perspectiva amplia y despejada de la ciudad y del cielo, como si fuera Dios quien tuviera que asomarse a ellas.

Al principio, Kevin quedó tan impresionado por el resplandor y la luminosidad de la habitación que no vio a John Milton sentado en su silla. Cuando avanzó unos pasos y advirtió su presencia, fue como si aquel hombre se hubiera hecho realidad saliendo de las sombras.

—Bienvenido a John Milton Associates, Kevin —dijo. Este enseguida percibió la calidez de aquella voz suave; le recordó el tono amistoso, franco y tranquilizador del reverendo Pendleton, de la Iglesia episcopalista de Blithedale, que en pocos instantes creaba un ambiente cómodo y relajado. Con frecuencia, Kevin trataba de imitarlo en los juicios. Lo llamaba en secreto su «voz del domingo».

John Milton parecía tener poco más de sesenta años y presentaba una curiosa combinación de rasgos juveniles y de persona mayor. Tenía abundante cabello, pulcramente arreglado y peinado, aunque todo gris.

Cuando Paul cerró la puerta, el señor Milton se levantó desplegando un cuerpo de casi metro noventa y dibujando una sonrisa en lo que en primera instancia parecía un rostro esculpido en alabastro. Lucía un traje de seda gris oscuro en el que asomaba un pañuelo de bolsillo color rubí, y una corbata del mismo color.

Kevin advirtió cómo los hombros de John Milton se elevaban cuando le tendió la mano. Daba la impresión de estar en estupenda forma física, lo que se sumaba a la extraña aunque interesante mezcla de juventud y madurez. Al acercársele, Kevin observó un rubor carmesí en sus mejillas. Milton le estrechó la mano con fuerza, como si hubiera esperado largo tiempo ese momento.

—Encantado de conocerlo, señor Milton.

Mientras uno y otro se miraban, los ojos de John Milton parecieron metamorfosearse, pasando de un oscuro apagado a un color orín tornasolado. Tenía una nariz grande y recta, surcada de suaves líneas que por momentos le daban al rostro una apariencia eternamente juvenil. Incluso daba la impresión de que las arrugas de las comisuras de los ojos las había pintado alguien hacía unos instantes. Sus labios finos presentaban una tonalidad anaranjada, la mandíbula era cerrada y la piel tersa, aunque exhibía una mirada paternal, un rostro lleno de sabiduría.

—Paul te ha mostrado el que podría ser tu despacho, o al menos eso espero.

—Oh, sí. Es fantástico. Me encanta.

—Me alegro, Kevin. Siéntate, por favor. —Hizo un gesto dirigido a la silla de cuero marrón, respaldo alto y brazos de caoba oscura, en los que había, talladas a mano, figuras de la mitología griega: sátiros, minotauros—. Gracias, Paul —añadió. Kevin miró hacia atrás y vio que Paul abandonaba el despacho.

John Milton volvió a su silla. Según advirtió Kevin, había en él una cierta solidez, algo regio en la forma de mover la cabeza y los hombros. Se sentó como el rey que ocupa su trono.

—Como ya sabes, hemos estado pensando en ti durante algún tiempo, Kevin. Nos

gustaría que empezaras la semana próxima. Admito que es un plazo corto, pero va tenemos un caso destinado para ti —explicó, golpeando ligeramente una gruesa carpeta que se hallaba a su derecha.

—¿En serio? —Quería preguntar a Milton cómo sabía que él iba a aceptar el puesto ofrecido, pero creyó que podría parecer de poca educación—. ¿De qué se trata?

—Te lo entregaré a su debido tiempo —respondió John Milton con firmeza. Kevin se dio cuenta de la facilidad con que el señor Milton pasaba de un tono amistoso y cálido a otro categórico y resuelto—. En primer lugar, deja que te explique mi forma de pensar. Mis compañeros, como pronto comprobarás, no son meros asociados. En muchos aspectos lo son, pero representan algo más que esto, son mi familia. Somos un auténtico equipo, leales unos a otros no sólo en lo referente a nuestras relaciones profesionales. Cada uno se preocupa de los demás y de sus familias. Nadie trabaja en un espacio vacío; el hogar, la vida, todos los problemas tienen un efecto en nuestro trabajo. ¿Lo entiendes?

—Sí —contestó Kevin; en aquel momento le vino a la cabeza el hombre al que iba a sustituir. ¿Estaba el señor Milton preparando el terreno para hablar de ello?

—Ya lo suponía —dijo John Milton, reclinándose hasta que su rostro quedó cubierto por una sombra, como si una nube se hubiera echado encima del sol que lucía fuera—. Por eso no encontrarás extraño que yo te haga sugerencias, incluso que trate de ayudarte en aspectos que, digamos, no están relacionados directamente con tu trabajo.

»Por ejemplo, estoy seguro de que te convendría vivir en la ciudad. Precisamente soy propietario de un edificio de apartamentos bastante lujosos en una zona ideal de Manhattan, y hay uno que está libre; podríais ocuparlo sin pagar alquiler.

—¿Sin pagar alquiler?

—Exactamente. Ya te he dicho que me preocupo por mis asociados y sus familias. En todo caso, tengo la forma de amortizarlo —precisó—, aunque ahora lo importante no es esto, sino hacer todo lo posible para que tú y tu esposa disfrutéis de una vida agradable y cómoda mientras estéis con nosotros. Soy consciente de que ambos mantendréis lazos familiares en el lugar en que vivís ahora —continuó rápidamente—, pero Blithedale no queda tan lejos, y aquí tendréis una nueva familia —añadió, inclinándose hacia delante y saliendo de la sombra para sonreír.

Kevin asintió.

—Suenas... fantástico. Desde luego, tendré que hablar de ello con mi mujer —puntualizó al instante.

—Por supuesto —dijo John Milton, levantándose—. Hablemos ahora un rato de derecho; te expondré mi filosofía.

»La ley ha de ser interpretada y ejecutada de manera estricta. La justicia es un beneficio resultante pero no la causa del sistema jurídico. Este está concebido para mantener el orden, para tener a todo el mundo bajo control. —Desde la esquina de la

mesa miró a Kevin y sonrió de nuevo—. A todo el mundo, desde los considerados virtuosos hasta los criminales.

»La compasión —prosiguió John Milton, como un profesor universitario dando una clase— no tiene sitio en el sistema porque es subjetiva, imperfecta y susceptible de sufrir cambios, mientras que la ley puede ser perfeccionada y permanecer universal y eterna. —Hizo una pausa y observó a Kevin, que asintió con rapidez.

»Me parece que entiendes perfectamente lo que digo y que estás de acuerdo conmigo.

—Sí —respondió Kevin—. Quizá no lo habría expresado en los mismos términos, pero sí, coincido con usted.

—Triunfaremos siempre y cuando no olvidemos que ante todo somos abogados —dijo John Milton, con ojos que ardían de determinación. Kevin estaba como hipnotizado. Cuando John Milton hablaba, lo hacía siguiendo un ritmo ondulante, a ratos tan suave que Kevin sentía como si leyera los labios del hombre y repitiera las frases con su propia voz. No obstante, de repente adoptaba una actitud dinámica y el tono pasaba a ser enérgico y vibrante.

El corazón de Kevin empezó a latir con fuerza mientras el rubor le cubría el rostro. La última vez que recordaba haberse sentido tan acalorado fue cuando jugaba en el equipo de baloncesto del instituto y se disponía a jugar el partido decisivo del campeonato. En el vestuario, Marty McDermott, el entrenador, soltó un discurso que hizo salir a los jugadores a la pista con suficiente ardor en sus corazones como para aplastar a todos los equipos de la liga juntos; Kevin estaba ansioso por tener el balón en las manos. Igual que en ese momento ardía en deseos de volver a actuar ante un tribunal.

—Nos entendemos uno a otro más de lo que crees, Kevin —dijo John Milton asintiendo con calma—; y tan pronto me di cuenta de ello, le di instrucciones a Paul para hacerte una propuesta. —Por un instante miró fijamente a Kevin y después le dirigió una sonrisa casi maliciosa—. Tomemos este último caso que has llevado... —John Milton se volvió a sentar, adoptando una postura más relajada.

—¿Lois Wilson? ¿La maestra de escuela acusada de abuso de menores?

—Sí. Hiciste una defensa formidable. Te diste cuenta de las lagunas que presentaba el planteamiento de la acusación y atacaste por ahí una y otra vez, centrando su atención en ellas...

—Sabía que el director la tenía tomada con ella y también que las otras niñas mentían...

—Sí —replicó John Milton, inclinándose hacia delante y extendiendo los brazos sobre la mesa como si quisiera envolver a Kevin con ellos—. Sin embargo, también sabías que Barbara Stanley no mentía y que Lois Wilson era culpable.

Kevin tenía los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, digamos que no estabas del todo seguro, pero en tu interior creías que la señorita Wilson había abusado de Barbara Stanley y que ésta, temerosa de hacer la

denuncia ella sola, metió a sus amigas en un lío descomunal y logró que la apoyaran. Por su parte, el idiota del director le tenía ganas a la maestra...

—Yo no tengo la seguridad de todo esto —afirmó Kevin lentamente.

—Muy bien —dijo John Milton, sonriendo de nuevo—. Como abogado de ella, hiciste lo que tenías que hacer. —De repente dejó de sonreír; en realidad, parecía enfadado—. La acusación debería haber hecho los deberes igual que hizo la defensa. Eras el único abogado auténtico de la sala —añadió—. Por ello te admiro y quiero que trabajes conmigo. Kevin, perteneces a esa clase de abogados cuyo sitio está en este bufete.

Kevin se preguntaba cómo John Milton sabía tanto del caso Lois Wilson, pero esta curiosidad se desvaneció muy pronto. Había demasiadas distracciones, demasiadas cosas maravillosas en las que pensar. A continuación hablaron del salario, y quedó claro que Paul Scholefield había exagerado. Era el doble de lo que ganaba no en el bufete actual. El señor Milton dijo que dispondría todo lo necesario para que pudieran trasladarse al nuevo apartamento de inmediato si Miriam daba su consentimiento. Tan pronto como terminó, el señor Milton llamó a su secretaria y le pidió que buscara a Paul Scholefield. Este llegó al instante, como si hubiera estado todo el rato esperando al otro lado de la puerta.

—Lo dejo otra vez en tus manos, Paul. Kevin, bienvenido a nuestra familia —dijo John Milton, extendiendo la mano. Kevin hizo lo propio y ambos se las estrecharon con fuerza.

—Gracias.

—Y como te he dicho, antes del fin de semana se hará todo lo necesario para hacer posible el traslado al apartamento. Puedes llevar a tu esposa cuando gustes para que ella lo vea.

—Gracias otra vez. No sé si podré esperar. —John Milton asintió, comprensivo.

—Todo un personaje, ¿verdad? —dijo Paul en voz baja cuando hubieron salido del despacho.

—Es fantástico el modo en que aborda lo esencial de las cosas. En torno a él hay como un aura de pragmatismo, aunque no he tenido la sensación de que fuera un típico hombre de negocios. También ha sido muy afectuoso.

—Oh, desde luego. Si he de serte sincero —dijo Paul, deteniéndose en el pasillo—, todos le queremos. Es como... un padre. —Kevin manifestó su acuerdo con un gesto de cabeza.

—Sí, así es como yo me he sentido. —Miró hacia atrás—. Como si estuviera ahí sentado y hablando con mi padre.

Paul se echó a reír y puso el brazo alrededor de Kevin, mientras seguían andando por el corredor hasta llegar al despacho de Dave Kotein. Este, un hombre de treinta y un años, tenía una edad más cercana a la de Kevin. También se había licenciado en derecho en la Universidad de Nueva York, por lo que enseguida se pusieron a recordar los profesores que habían tenido en común. Dave era delgado, de algo

menos de metro ochenta, tenía el pelo castaño claro y lo llevaba corto, casi al estilo militar. Kevin pensó que Miriam lo encontraría atractivo porque tenía unos ojos azules de niño y una sonrisa suave y agradable que en cierto modo le recordaba la de Seth, su hermano pequeño.

A pesar de su cuerpo delgado, Dave poseía una voz profunda y resonante; cualquier director de coro habría vendido su alma para hacerse con ella. Kevin se lo imaginaba en un juicio, interrogando a un testigo, con aquella voz reverberando sobre las cabezas de un público atentó. Desde que fueron presentados, Kevin tuvo la impresión de que Dave Kotein era un hombre inteligente y perspicaz. Más tarde, Paul le contaría que Dave se había licenciado como uno de los cinco mejores de su promoción de la Universidad de Nueva York y que tuvo la oportunidad de trabajar en un gran número de prestigiosos bufetes de Nueva York y Washington.

—Sigamos con el recorrido —dijo Paul—. Tú y Dave tendréis mucho tiempo para conoceros, así como vuestras esposas.

—Muy bien. ¿Tenéis niños? —preguntó Kevin.

—Todavía no, pero no tardaremos —contestó Dave—. Norma y yo nos hallamos más o menos en el mismo punto que tú y Miriam —añadió. Kevin esbozó una sonrisa, pero entonces encontró extraño que también conocieran tanto sobre su vida personal. Paul se anticipó a la reflexión.

—Sobre los eventuales futuros asociados hacemos un estudio completo —precisó—, de modo que no te sorprendas de lo mucho que podamos saber de ti.

—¿Seguro que esto no es una sucursal de la CIA?

Dave y Paul se miraron uno a otro y rieron.

—Yo tuve la misma sensación cuando Paul y el señor Milton me propusieron venir a trabajar aquí.

—Hablaemos más tarde —dijo Paul, y él y Kevin salieron y se dirigieron a la biblioteca jurídica.

Esta era el doble de la de Boyle, Carlton & Sessler y estaba totalmente actualizada. Había un ordenador que, según explicó Paul, estaba conectado a los archivos policiales, incluso a nivel federal, y un ordenador principal que les suministraba información de casos precedentes u obtenidos a través de investigaciones para poder entender y examinar los informes criminales y las pruebas forenses. Una de las secretarias estaba frente a un teclado introduciendo nueva información procedente de uno de los investigadores privados del bufete.

—Wendy, te presento a Kevin Taylor, nuestro nuevo asociado. Kevin, ella es Wendy Allan.

La secretaria se volvió y de nuevo Kevin se vio sorprendido por una cara y una silueta hermosas. Wendy Allan parecía tener veintidós o veintitrés años. Su pelo color melocotón estaba suavemente cortado en capas y formaba un flequillo que se arrollaba como emplumado sobre su frente. Cuando sonreía, le brillaban los ojos castaños.

—¿Qué tal?

—Hola.

—Wendy actuará al mismo tiempo de secretaria tuya y de Dave hasta que contratemos otra —explicó Scholefield. Kevin sonrió para sus adentros ante la perspectiva de tener su propia secretaria.

—Espero trabajar pronto con usted, señor Taylor.

—Lo mismo digo.

—Sería mejor que fuéramos a ver a Ted —dijo Paul en voz baja—. Acabo de acordarme de que esta tarde tiene que asistir a una declaración judicial.

—Por supuesto.

Siguió a Paul hasta la salida, no sin antes mirar atrás para captar la sonrisa que Wendy Allan todavía le dirigía.

—¿Cómo podéis concentraros en el trabajo habiendo esas hermosas mujeres a vuestro alrededor? —preguntó Kevin medio en broma. Paul se detuvo y se volvió hacia él.

—Wendy y Diane son hermosas, como ya habrás comprobado, igual que Elaine y Carla, pero también son secretarias sumamente eficientes. —Paul sonrió y echó una mirada hacia la biblioteca—. El señor Milton dice que la mayoría de los hombres tienden a pensar que las mujeres hermosas no son inteligentes. En una ocasión ganó un caso precisamente porque el demandante partía de esa base. Un día le pediré que te hable de eso; recuérdamelo. Por cierto —añadió, bajando la voz—, el señor Milton las ha contratado a todas personalmente.

Kevin asintió, y prosiguieron hacia el despacho de Ted McCarthy.

A Kevin, McCarthy le recordaba en ciertos aspectos a sí mismo. Era dos años mayor y tenía más o menos el mismo aspecto físico, salvo que el cabello de Ted era negro, su tez más morena, y los ojos castaño oscuro. Pero el caso es que ambos habían nacido y se habían criado en Long Island. McCarthy había vivido en Northport y había estudiado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Syracuse.

Al igual que Miriam, la esposa de Ted McCarthy también había crecido en Long Island y había trabajado como recepcionista de una consulta médica de Commack. Tampoco tenían niños, aunque pensaban tenerlos pronto.

Kevin tuvo la impresión de que Ted McCarthy era un hombre metódico. Estaba sentado tras una mesa negra de madera de roble, y todos sus papeles aparecían bien ordenados al lado de una gran fotografía de su mujer y otra de él y ella el día de su boda, ambas en sendos marcos de plata. En comparación con los de Dave Kotein y Paul Scholefield, su despacho era bastante espartano, y producía una sensación de más orden y pulcritud.

—Encantado de conocerte, Kevin —dijo McCarthy, levantándose de la silla cuando Paul procedía a presentarlos. Igual que Dave y Paul, Ted poseía una voz impresionante, y su dicción era clara y nítida—. Después de oír al señor Milton y a

Paul hablar de ti, sabía que pronto estarías entre nosotros.

—Parece que todo el mundo lo ha sabido antes que yo —dijo Kevin con humor.

—Lo mismo me sucedió a mí —puntualizó Ted—. Estaba trabajando en el bufete de mi padre sin la menor intención de cambiar de aires, cuando un día Paul entró en contacto conmigo. El mismo día que vine aquí a hablar con el señor Milton me puse a pensar en la manera de comunicarle la noticia a mi padre.

—Es extraordinario.

—Es raro el día en que no ocurre algo especialmente emocionante. Y ahora que estarás con nosotros...

—Ardo en deseos de empezar —exclamó Kevin.

—Buena suerte y bienvenido a bordo —dijo Ted—. Tengo que marcharme enseguida; he de asistir a una declaración judicial de un cliente al que se le acusa de violar a la hija adolescente de su vecina.

—¿En serio?

—Te hablaré del caso en nuestra reunión habitual del equipo —precisó Ted.

Kevin asintió e inició el movimiento de seguir a Paul, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

—Me gustaría saber una cosa, Ted —dijo Kevin, preguntándose cómo Miriam y los padres de ambos reaccionarían ante su decisión.

—Adelante.

—¿Cómo le comunicaste la noticia a tu padre?

—Le expliqué lo mucho que deseaba especializarme en derecho penal y la grata impresión que me causó el señor Milton.

—Pero ibas a heredar el bufete familiar, ¿verdad?

—Oh... —Ted sonrió y movió la cabeza—. Al cabo de un tiempo te darás cuenta de que éste también es un bufete familiar.

Impresionado por la sinceridad de Ted, Kevin hizo un gesto de aprobación. Acto seguido volvió a lo que iba a ser su despacho y se sentó a la enorme mesa. Se reclinó en la silla, poniendo las manos detrás de la cabeza, y entonces la hizo girar para mirar la ciudad a través de la ventana. Se sentía a las mil maravillas. No daba crédito a la suerte que tenía: un bufete de prestigio, un apartamento lujoso y gratuito en Manhattan...

Se dio la vuelta y miró en los cajones de la mesa: blocs en blanco, plumas nuevas, una agenda por estrenar... no faltaba nada. Estaba a punto de cerrar el cajón lateral inferior cuando algo llamó su atención. Era una cajita de joyería. La abrió y vio que contenía un pequeño anillo de oro con la inicial «K» grabada en él.

—¿Qué, probando las medidas de la silla? —preguntó Paul mientras entraba.

—¿Cómo? Ah, sí. ¿Qué es esto? —inquirió Kevin al tiempo que mostraba el anillo.

—Ya lo has encontrado, ¿eh? Cosas del señor Milton, un regalo de bienvenida. A los demás también nos lo hizo.

Kevin sacó el anillo de la cajita con cautela y se lo probó. Se ajustaba a la perfección. Levantó los ojos maravillado, aunque el rostro de Paul no revelaba ninguna sorpresa.

—Con pequeños detalles como éste nos muestra la atención que nos dedica como personas; aquí está la diferencia entre este bufete y los demás, Kevin.

—Es evidente. —Kevin reflexionó por un momento y después levantó la vista del anillo—. ¿Pero cómo sabía que iba a aceptar el puesto?

Paul se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que conoce bien a las personas.

—Es asombroso. —Entonces echó un vistazo al despacho—. Ese hombre... ¿Jaffee?

—¿Qué quieres saber de él?

—¿Nadie se percató de lo que pasaba?

—Sabíamos que estaba deprimido. Todo el mundo echó una mano en algo. El señor Milton contrató una niñera para el bebé; los demás hacíamos lo que podíamos, lo llamábamos, lo visitábamos... Todos nos sentimos culpables; todos fuimos responsables.

—No he querido insinuar...

—Oh, no, por supuesto —dijo Paul—. Lo que pasa es que todos vivimos en el mismo edificio de apartamentos. Deberíamos haber sido capaces de ayudarlo.

—¿Todos vivís en el mismo bloque?

—El mismo en que vivirás tú. De hecho, vas a trasladarte al apartamento de Jaffee.

Kevin se quedó inmóvil y mirando fijamente. No sabía cómo Miriam tomaría eso.

—¿Cómo... cómo lo hizo?

—Saltó desde la terraza. Pero no te preocupes —dijo Paul, sonriendo con rapidez—, no creo que el apartamento esté maldito.

—Sin embargo, quizá sería prudente ocultarle esa información a mi esposa.

—Oh, por supuesto. Al menos hasta que os hayáis instalado y ella haya podido comprobar por sí misma lo seguros y cómodos que estáis. Con el tiempo, no la sacaré de allí a rastras ni una manada de elefantes salvajes.

Cuando estaba a punto de salir de la autopista, Kevin se dio cuenta de lo mucho que su vida y la de Miriam iban a cambiar. No es que lamentara nada de lo ocurrido... todo lo contrario, a lo largo de su vida y su carrera no recordaba haberse sentido más emocionado. Era sólo que, cuanto más se acercaba a la pequeña e idílica comunidad en la que él y Miriam habían planeado vivir para siempre, más cuenta se daba de que su decisión iba a alejarlos de esa existencia que habían proyectado.

No obstante, los cambios eran todos a mejor, y algunos también ella los querría, pensó. Lo contrario sería absurdo. Más dinero significaría que la casa de sus sueños sería incluso más grande de lo que habían imaginado. Además se volverían más cosmopolitas y se alejarían de lo que él concebía en ese momento como un provincianismo sofocante.

Y, acaso lo más importante, ampliarían su círculo de amigos y conocerían a gente mucho más interesante, a la que la llamada sofisticada clase alta de Blithedale no le llegaba ni a la suela del zapato. Los otros dos abogados del bufete de John Milton le cayeron bien enseguida, y tenía confianza en que a Miriam le pasaría lo mismo.

Regresó a su despacho y comprobó si tenía algún mensaje. Miriam había llamado, pero decidió que hablaría con ella cuando llegara a casa.

Él y Miriam vivían en Blithedale Gardens, un complejo de residencias urbanas de madera de cedro que se hallaba justo en las afueras de la ciudad propiamente dicha, en un entorno rústico y poblado de árboles. Las casas tenían dos pisos, eran cómodas y espaciosas, y disponían de una chimenea de ladrillo para quemar leña. El complejo residencial tenía una piscina comunitaria y dos pistas de tenis de tierra. Durante esos primeros años no habían pasado estrecheces de ningún tipo, pero mientras observaba la ciudad en el corto trayecto a su casa, Kevin se sintió de repente muy crítico. Advirtió algo que hasta el momento había pasado por alto: se respiraba una atmósfera que adormecía a sus habitantes, que les hacía sentirse pasivamente conformes. En ese momento en que se planteaba nuevos objetivos, se daba cuenta de que éstos serían inalcanzables si no se marchaba.

Metió el coche en el garaje, pero antes de llegar a la puerta principal Miriam ya había abierto. Con la preocupación pintada en su rostro, retrocedió hacia el vestíbulo.

—¿Dónde has estado? Creí que me llamarías antes de comer y que podríamos vernos; estaba impaciente por saber lo que Sanford Boyle te iba a decir.

Kevin entró en la casa, cerrando la puerta suavemente tras él.

—Olvídate de Boyle, de Carlton y de Sessler.

—¿Qué? —Miriam se llevó la mano derecha a la garganta—. ¿Por qué? ¿No te han propuesto que seas su socio?

—¿Socio? Qué va. Precisamente todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

Él movió la cabeza.

—En vez de despedirme directamente me han aconsejado que me busque algo más adecuado para mí... para mi carácter —respondió. Pasó frente a ella en dirección a la sala de estar y se dejó caer pesadamente en el sofá.

Miriam se quedó atrás, perpleja.

—Ha sido por este último caso, ¿verdad?

—La gota que ha colmado el vaso, supongo. Escucha Miriam, yo no les servía a ellos y ellos no me servían a mí.

—Pero Kev... después de tres años en que sólo habían pasado cosas buenas... —Hizo una mueca—. ¡Sabía que no debías haberte hecho cargo de ese caso, lo sabía! ¡Mira ahora lo que ha pasado! —gritó. El corazón le latía con violencia, sin poderlo evitar. ¿Qué había pasado aquí? Pues que su marido había defendido a una conocida lesbiana y después había perdido el trabajo que tenía en uno de los bufetes de más prestigio de la comunidad. Parecía como si oyera su madre: «Ya te lo decía yo».

—Tranquilízate. —Kevin le dirigió una sonrisa.

—¿Que me tranquilice? —Miriamladeó la cabeza. Era extraño que él no estuviera más disgustado—. ¿Dónde has estado, Kevin? —Miró el reloj que había en la repisa de la chimenea—. Además, ¿no has llegado a casa muy temprano?

—Siéntate aquí. —Dio unas palmaditas al cojín que había a su lado—. Tengo muchas cosas que contarte.

—Ha llamado tu madre —dijo ella, casi como si presintiera las palabras de Kevin y quisiera recordarle sus vínculos en Blithedale.

—La llamaré dentro de un rato. ¿Se encuentra bien?

—Oh, sí. Quería felicitarte por haber ganado el juicio —añadió con sorna.

—Perfecto. Ahora va a sentirse todavía más contenta.

—¿Por qué, Kevin? —Miriam optó por sentarse frente a él, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Cariño, no te pongas nerviosa. Todo lo que hagamos a partir de ahora servirá para que nuestra vida mejore.

—¿Cómo?

—Bueno, es evidente que voy a irme de Boyle, Carlton & Sessler. Ya era hora.

—Antes solías estar muy orgulloso de trabajar ahí —dijo ella con tristeza.

—Solía... claro. Pero ¿qué sabía yo? Sólo era un muchacho, acababa de salir de la facultad y estaba contento de tener un trabajo como éste, pero ahora...

—¿Qué? ¿Ahora, qué? —preguntó Miriam con más contundencia.

—Escucha —dijo él, inclinándose hacia delante—. ¿Recuerdas aquel hombre que el viernes por la noche estuvo un rato con nosotros en el Bramble Inn y me dio su tarjeta? —Sí.

—Bueno, después de mi animada discusión con aquellos tipos tan penosos he pensado en el asunto.

—¿Y qué has hecho?

—Le he llamado y después he ido a Manhattan. Ha sido como... como meterme en uno de mis ensueños. Eso sí es un bufete de renombre en Nueva York; espera a verlo. Para empezar, está en la planta veintiocho y la vista desde allí es magnífica. Pero el caso es que están literalmente colapsados de trabajo, lo que indica el rápido crecimiento de su prestigio en Nueva York. Y necesitan desesperadamente un abogado.

—¿Qué has hecho, Kevin?

—En primer lugar, quiero dejar claro que Paul no exageraba. Me pagarán el doble de lo que habría ganado en Boyle, Carlton & Sessler este año aunque éstos hubieran hecho justicia ofreciéndome la condición de socio de pleno derecho. Un montón de dinero, Miriam. En segundo lugar, sólo haré lo que quiero hacer, es decir, ocuparme de asuntos penales.

—Pero ¿y si no funciona? Aquí tú tienes seguridad, estás haciendo algo de cara al futuro.

—¿Qué es eso de si no funciona? Cabía esperar algo más de confianza por parte de mi esposa. —Al instante fabricó una mirada de decepción, como si estuviera ante un tribunal.

—Sólo trataba de...

—Ya lo sé. Cualquier cambio importante siempre da miedo, pero después de haber conocido a todo el mundo... porque creo que esto es lo mejor por lo que respecta a los dos, Miriam: los otros asociados, Ted, Dave y Paul, están todos casados y ninguno tiene todavía niños. Dave, Ted y sus esposas son más o menos de nuestra edad. Así que podremos relacionarnos con personas con quienes tenemos algo en común. Dime la verdad, ¿qué compartes tú realmente con Ethel Boyle, Barbara Carlton o Rita Sessler? Sabes muy bien que se creen más que nosotros sólo porque no soy un socio del bufete; y recuerda las veces que te has quejado de que te trataban como si fueras una niña.

—Pero tenemos otros amigos.

—Sí, es cierto. Pero ya es hora de ampliar los horizontes, cariño. Las personas de que te hablo viven y trabajan en Nueva York. Asisten a espectáculos y conciertos, van a exposiciones de arte, se toman largas temporadas de vacaciones. Por fin vas a hacer todas las cosas que siempre has deseado.

Ella se reclinó en la silla. Quizás él tenía razón. Tal vez había estado toda su vida demasiado enclaustrada. Posiblemente había llegado el momento de salir del cascarón.

—¿De verdad crees que será un cambio acertado, Kev?

—Oh, cielo —dijo él, levantándose y acercándose a ella—. No sólo va a ser acertado sino magnífico.

La besó y se sentó a su lado, al tiempo que le cogía las manos.

—Da igual lo feliz que me sintiera yo con el cambio; lo seguro es que no haría

nada que pudiera hacerte desgraciada. Simplemente no funcionaría. Está muy claro que... que somos parte el uno del otro.

—Sí. —Miriam cerró los párpados y se mordió ligeramente el labio inferior. Entonces él le acarició la mejilla y ella abrió los ojos.

—Miriam, te quiero. No creo que exista otro hombre que quiera más a una mujer.

—Oh, Kev... —Se besaron otra vez y en aquel momento ella vio el anillo de oro.

—¿De dónde has sacado esto, Kevin? —le dijo, cogiéndole la mano y acercándose el anillo para examinarlo de cerca—. ¡Aquí está tu inicial!

—Te va a parecer increíble. Es un regalo del señor Milton, una especie de presente de bienvenida.

—¿En serio? Pero ¿cómo sabía él que ibas a aceptar su oferta?

—Cuando conozcas al señor Milton, ya lo entenderás. Es un hombre que transmite éxito, confianza, autoridad.

Ella meneó la cabeza y volvió a mirar el anillo.

—Veinticuatro kilates de oro macizo —dijo él, agitando la mano.

—Está claro que te han encandilado.

—Sí, es verdad —confesó.

—Oye Kevin, tendremos que trasladarnos cada día a la ciudad. Tú nunca habías querido eso.

Él sonrió.

—El señor Milton ha encontrado una solución magnífica. Parece demasiado perfecto para ser verdad, pero lo es.

—¿El qué? Explícate —dijo ella, casi saltando del sofá. Él reía ante la impaciencia de Miriam.

Bueno, parece que a raíz de un caso que el señor Milton llevó hace años, compró un edificio de apartamentos en Riverside Drive, y ahora mismo hay uno libre.

¿En Riverside Drive? ¿Quieres decir que iremos vivir a Nueva York?

—Miriam reprimió una oleada de agitación. Kevin sabía que a ella no le entusiasmaba la idea de vivir en la ciudad.

Adivina por cuánto se vende el apartamento.

—Ni idea.

—¡Seiscientos mil dólares!

—¡Pero Kevin, no podemos pagar eso!

—No tenemos que pagar nada.

No entiendo.

—Es nuestro hasta que estemos en condiciones de construir la casa de nuestros sueños. Sin pagar alquiler ni nada; ni siquiera la factura de la luz.

Miriam se quedó con la boca abierta de una forma tan aparatosa que él fue incapaz de contener la risa otra vez.

—Y escucha... Ted McCarthy, Dave Kotein y Paul Scholefield, junto a sus respectivas esposas, Jean, Norma y Helen, también viven en el edificio.

—¿Y donde vive el señor Milton?

—En un ático de lujo de la misma finca. Es que precisamente hoy me lo ha dicho Ted McCarthy... John Milton & Associates es como una gran familia.

La resistencia de Miriam empezó a quebrarse, aunque la curiosidad podía con ella.

—¿Y qué hay del señor Milton? ¿No tiene esposa y familia propia?

—No. Tal vez ésa sea la razón de que trate a sus asociados como si fueran su familia.

—¿Cómo es él?

Kevin se reclinó.

—Miriam —empezó diciendo—, es el hombre más carismático y encantador que he conocido. —Mientras le estuvo describiendo a ella la reunión con John Milton, tuvo la extraña sensación de que la estaba realmente reviviendo. En su cabeza habían permanecido vivos todos los detalles.

Más tarde, después de una cena tranquila, fueron a dormir, mentalmente exhaustos. Por la mañana, Kevin atribuiría el agotamiento que aún le duraba a la intensa pesadilla que había tenido. Estaba ante el tribunal, otra vez con el caso de Lois Wilson, sólo que esta vez, cuando miraba al juez, a quien veía era al señor Milton, que le sonreía con aprobación desde su silla. Kevin se volvió hacia Barbara Stanley, que estaba sentada desnuda en el estrado de los testigos. Por su parte, Lois Wilson se hallaba de pie tras ella y se inclinaba hacia delante para deslizar las puntas de los dedos sobre los pezones de la pequeña. Entonces levantaba la vista, lo miraba a él de forma lasciva y a continuación se inclinaba otra vez para introducir la mano entre los muslos de la niña.

—¡No! —gritó.

—Kevin...

—¡No! —En aquel momento abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? —¿Eh?

—Estabas gritando.

—¿Qué? Ah... —Se frotó la cara con fuerza para hacer desaparecer las intensas imágenes que todavía perduraban en sus ojos—. Ha sido sólo una pesadilla.

—¿Quieres contármela? —preguntó Miriam con una voz muy débil.

—No. Voy a dormir otra vez. Estoy bien, no es nada —respondió él. Ella gimió con gratitud y rápidamente se quedó dormida. Instantes después, también Kevin se dejó vencer por el sueño.

Cuando se despertó, Kevin llamó a la oficina para comunicar que no iría y para pedirle a Mary que aplazara la reunión con los Setton. La secretaria quedó sorprendida y quiso saber más, pero Kevin cortó la conversación con brusquedad. Acto seguido, él y Miriam se levantaron, desayunaron y salieron para la ciudad. El

suelo estaba cubierto de una capa de nieve de unos cinco centímetros. Era la segunda vez que lo estaba este año, y no habían llegado ni siquiera a diciembre. La blanda alfombra de copos frescos blancos y lechosos crujía bajo sus pies, lo que transmitió a Miriam la alegría de la Navidad. En su memoria tintineaban las campanas de los trineos y, cuando ya en el coche fijó la vista en la carretera, vio un fragmento de cielo azul que asomaba a través de un claro entre las nubes. Los rayos del sol caían y transformaban las ramas nevadas de los árboles en palos relucientes de algodón dulce.

No obstante, el intenso tráfico que había en Grand Central Parkway convirtió rápidamente los copos blancos y limpios en fango marrón y negro de aspecto grasiento. Los vehículos que iban delante de ellos despedían el lodo helado hacia su cristal delantero, donde los limpiaparabrisas lo quitaban con una monótona regularidad. Justo enfrente de ellos, unas nubes bajas y grises se demoraban amenazadoras en el horizonte.

—Esto de desplazarse a la ciudad a diario no es para mí —murmuró Kevin mientras se acercaban a la cabina de peaje—. La tensión y el tiempo que se pierde me pondrían enfermo.

—Pero, por otra parte, vivir en la ciudad no es siempre agradable, Kevin. Problemas para aparcar, tráfico...

—Para dejar el coche no habrá ninguna pega, cariño. Hay un aparcamiento privado y seguro en el sótano del edificio.

—¿En serio?

—Y para ir a trabajar tampoco tendré que coger el coche. El señor Milton manda una limusina cada día para ir a recogerlos y llevarnos de vuelta a casa. Me dijo que ésta acababa siendo una especie de segunda oficina... Paul, Ted, Dave y yo discutiendo asuntos, etcétera.

—¿Y el señor Milton?

—Supongo que la utiliza en horas diferentes. —Ella lo miró fijamente—. Todavía no lo sé todo, cariño. Pero lo sabré, lo sabré —soltó en un sonsonete.

Cuando entraron en la ciudad, ella se reclinó en el asiento. Tan pronto Kevin giró por Blazer Avenue y se aproximó a Riverside Drive, Paul Scholefield salió de la limusina de John Milton & Associates, que estaba aparcada frente al edificio de apartamentos, y le hizo señal de que se metiera en el aparcamiento subterráneo.

Se abrió la puerta y metió el coche dentro.

—Tenéis el 15D —dijo Paul, señalando los espacios correspondientes—. Más vale que ya lo dejes allí.

Kevin retrocedió y aparcó. Paul abrió la puerta del lado de Miriam y la ayudó a salir del coche mientras Kevin daba la vuelta y se aprestaba a saludarlo.

—Encantado de verla de nuevo, señora Taylor.

—Por favor, llámeme Miriam.

—Miriam; por favor, llámeme Paul —contestó él con una sonrisa—. Ahí mismo

hay un ascensor —indicó, señalando a la derecha—. El aparcamiento se abre con un pequeño mando a distancia. —Sacó uno del bolsillo de su chaqueta y se lo dio a Kevin—. Tienes otro en la mesa de la cocina del apartamento. —A continuación se dirigió a Miriam—. Habrá notado que este garaje tiene calefacción —añadió orgullosamente, y apretó el botón para llamar al ascensor. Al instante se abrió la puerta, y les hizo un gesto para que pasaran delante.

—¿Desde cuándo tú y Helen vivís aquí, Paul? —inquirió Kevin.

—Nos trasladamos tan pronto como el señor Milton adquirió el edificio. Hace ya... seis años.

—Es una zona muy bonita, ¿verdad? —preguntó Miriam. Paul sonrió.

Estamos cerca del Lincoln Center, de varias galerías de arte, no muy lejos del barrio de los teatros... Tendrá todo Nueva York al alcance de la mano, Miriam dijo, y la puerta del ascensor se abrió.

Paul les cedió el paso, indicándoles que salieran y fueran hacia la derecha.

Paul se detuvo ante el 15D que, al igual que los demás apartamentos, tenía una puerta grande de madera oscura de roble, con un pequeño mazo de metal como aldabón.

—Qué original —exclamó Miriam, mirando el aldabón—. Me encantan las cosas antiguas.

Paul sacó las llaves, abrió la puerta de par en par y dio un paso atrás.

En el otro extremo del amplio vestíbulo, y visible nada más entrar, estaba el comedor. Las cortinas de terciopelo azul oscuro y con adornos dorados estaban descorridas de forma que quedaba al descubierto la hilera de ventanas. Incluso en un día tan gris como aquél la luz inundaba la habitación.

—Soleado... espacioso... —dijo Miriam tan pronto como entraron.

El suelo del vestíbulo estaba cubierto de tablas de madera dura. A la derecha, a unos dos metros y medio, se observaba la entrada a la sala de estar, a la que se accedía bajando dos peldaños y en la que había una chimenea de mármol blanco. La alfombra, que parecía sin estrenar, era de un azul pálido, no tan brillante como la que tenían en Blithedale. Sin embargo, la habitación no estaba vacía. En el rincón derecho había un piano antiguo.

—¡Oh, Kev! —exclamó Miriam, llevándose la mano a la garganta—. ¡Lo que siempre había deseado! —Bajó los peldaños que conducían a la sala de estar y tocó ligeramente las teclas—. ¡Y está afinado! —Tocó los primeros compases de *Memory*.

—Miriam toca muy bien —explicó Kevin—. Precisamente estábamos hablando de comprar un piano, pero hicimos cálculos y decidimos esperar a tener nuestra casa.

—¿Cómo es que está aquí? —preguntó Miriam.

—Es del señor Milton —contestó Paul con naturalidad, encogiéndose de hombros—. Siempre lo ha tenido aquí.

Miriam pasó cariñosamente la mano por encima del piano y sonrió.

—Qué sorpresa más maravillosa... —murmuró.

—Me alegra que vaya a poder tocarlo —dijo Paul. Todavía asombrada, ella meneó la cabeza y se dirigió al comedor.

—Iba a poner papel como éste en nuestro comedor. De hecho, fui a una tienda que hay cerca de casa y elegí uno muy parecido.

Miriam levantó la vista para mirar la centelleante lámpara de araña y prosiguió su recorrido hacia la larga cocina de color amarillo limón, sacudiendo incrédula la cabeza al ver los electrodomésticos nuevos, la larga mesa y el espacio disponible para cocinar. Desde el rincón destinado al desayuno se gozaba de la misma vista sobre el río Hudson que desde el comedor.

Sin embargo, lo que le quitó el aliento fue el dormitorio principal. Incluso Kevin se quedó sin habla. El cuarto casi doblaba el tamaño del que tenían en Blithedale, y en él había un largo tocador de mármol empotrado en un descansillo situado a la derecha del cuarto de baño. Los espejos ocupaban todo lo ancho de la pared.

—Oye, Kev, aquí dentro nuestra cama de matrimonio parecerá diminuta. Tendremos que comprar otros muebles.

Ay, ay, ay... —Desplazó la mirada hacia Paul—.

Ya empezamos; que si necesitamos esto, lo otro...

—La verdad es que lo vamos a necesitar, Kev.

Muy bien, muy bien.

—No se preocupe por ello, Miriam. Kevin podrá permitírselo —dijo Paul.

—Gracias por tu ayuda, colega.

Paul se echó a reír.

—A mí me pasó lo mismo, amigo mío. Mi mujer salió de compras y todavía no ha vuelto.

Miriam siguió soltando exclamaciones de admiración mientras recorría el cuarto de baño principal, con su enorme bañera y sus accesorios de bronce, y procedió a examinar el segundo dormitorio. Al cabo de un instante volvió diciendo que el anterior inquilino había convertido ese dormitorio en una habitación para niños.

—Las paredes están empapeladas con imágenes de dibujos animados —añadió.

—Bueno, puede cambiar todo lo que quiera —precisó Paul.

—Oh, no. Una habitación para niños me parece perfecta. De hecho, estamos planeando formar pronto nuestra propia familia —aclaró, mirando a Kevin a la espera de que éste confirmara sus palabras. Este asintió, sonriendo.

—¿Significa eso que va a sentirse feliz aquí? —preguntó Paul en tono de broma.

—¿Feliz? Quiero trasladarme lo antes posible —respondió ella, provocando la risa incluso de Kevin ante aquel inesperado entusiasmo.

Al margen de lo bonito que fuera el apartamento, él había previsto toda clase de resistencias. Si bien en la última década Blithedale y las comunidades circundantes se habían hecho cada vez más urbanas, ella se tenía por una chica de campo. Estaba

además la cuestión de la seguridad, los problemas del tráfico y la contaminación. Por último, tanto los padres de ella como los de él reforzaban la hipotética oposición al cambio, no sólo porque pudieran creer firmemente en los aspectos negativos del mismo sino porque querían que Kevin y Miriam se quedaran donde estaban. Sin embargo, Miriam parecía pasar por alto todo aquello. Al menos de momento.

—Oh, Kev, ni siquiera me había dado cuenta de la terraza —dijo ella mientras cruzaba la sala de estar en dirección a las puertas acristaladas. Kevin miró a Paul, pero éste no mostró ninguna señal de emoción, a pesar de que un brillante abogado y buen amigo suyo se había arrojado por esa terraza poniendo fin a su vida. Miriam abrió las puertas y salió al exterior—. Kevin, ven aquí.

Él se acercó a su lado y juntos permanecieron allí un rato contemplando el extraordinario panorama.

—Quita el aliento —dijo Miriam—. Imagínate, aquí sentados las noches de verano, bebiendo vino, mirando las estrellas...

Kevin hizo un gesto de asentimiento, pero no podía dejar de pensar en Richard Jaffee. ¿Qué pasó por la cabeza de aquel hombre para hacer una cosa así? Porque tal como estaba colocada la baranda, tuvo que encaramarse y saltar por encima. No era algo que pudiera hacerse con facilidad, como fruto de un impulso. Tuvo que pensar antes todos los pasos, y sentir que era lo único que cabía hacer. Una auténtica tragedia.

—¿Estás de acuerdo, Kevin?

—¿Eh? Ah, sí, sí... No... no tengo palabras —contestó. Gracias a Dios que sonaba el timbre.

—¿Ya tenemos invitados? —dijo Paul.

Los tres fueron al vestíbulo y abrieron la puerta. Norma Kotein y Jean McCarthy irrumpieron a toda prisa en el apartamento como una brisa fresca de aire primaveral, riendo y hablando las dos a la vez.

Yo soy Norma Kotein.

Y yo Jean McCarthy.

—Evidentemente, tú debes de ser Miriam —dijo Norma—. No podíamos esperar. Dave me advirtió que sería mejor daros tiempo a que os instalaraís, pero Jean dijo...

—¿Por qué? De todas formas, esto es lo que tenemos que hacer: ayudarles a instalarse —soltó Jean.

—¿Qué tal? —dijo Norma, cogiendo la mano de Miriam en las suyas. Esta simplemente se quedó de pie, sonriendo—. Vivo en el 15B.

—Y yo en el 15C —intervino Jean, y tomó la mano de Miriam en el momento en que Norma la soltaba.

Entonces se callaron un instante para recuperar el aliento.

—Paul... —reclamó Norma.

—Oh, ellos son Kevin y Miriam Taylor. Me parece que ya lo sabíais.

—Todos los abogados son iguales —dijo Jean—. No pronuncian una palabra de

más a menos que les paguen por ello.

Ambas rieron, casi al unísono. En cierto sentido, parecían hermanas. Aunque Norma lucía el pelo arreglado como el de un paje y Jean lo llevaba largo y recogido en los extremos —que le caían suavemente sobre las clavículas—, las dos lo tenían de color castaño claro, si bien el de Norma era un poquito más oscuro. Medían algo menos de metro setenta y exhibían tipos pequeños y firmes. Norma estaba un poco más entrada en carnes.

Kevin pensó que eran las dos mujeres más chispeantes que había conocido. Los ojos azul claro de Norma brillaban como joyas cubiertas por hielo, y los verdes de Jean centelleaban de un modo parecido. Sus rostros eran tersos y suaves; sus mejillas, vivas y saludables; y los labios, de un rojo intenso. Vestían vaqueros, una sudadera azul oscuro parecida y zapatillas rosa de lona LA Gear; era como si llevaran una especie de uniforme.

—Has de venir a mi apartamento a tomar café. Tengo unos pastelitos sin azúcar espléndidos —dijo Jean, cogiendo a Miriam del brazo—. Hay una panadería justo entre Broadway y la Sesenta y tres...

—Como si la hubiera descubierto ella... Yo la vi primero —se quejó Norma en broma.

Miriam no tuvo más remedio que reír mientras prácticamente la llevaban en volandas hacia la puerta. Dirigió una mirada a Kevin en vano.

—No pasa nada —dijo—. Paul y yo vamos a la oficina. Volveré en un par de horas... para rescatarte —añadió, y soltó una risotada.

—¿Rescatarla? —Norma se enderezó—. Esto es lo que nosotras estamos haciendo. ¿Por qué querría ella tomar parte en ese aburrido galimatías jurídico cuando tenemos montones de cosas que contarle sobre tiendas?

—Al menos no se aburrirá mientras yo esté fuera —murmuró Kevin.

—Nunca más habrá un día aburrido en su vida —dijo Paul, pero con tal arrogancia y determinación que Kevin tuvo que mirarlo para asegurarse de que no exageraba deliberadamente sólo para resultar divertido.

No exageraba.

—¿Dónde está tu esposa, Paul?

—Helen es un poco más tranquila que esas dos, pero cuando se la conoce es igual de simpática —respondió—. Bueno, vamos. Tenemos la limusina ahí enfrente.

Kevin asintió. Antes de cerrar la puerta a sus espaldas miró hacia atrás y oyó las carcajadas de Norma y Jean, seguidas por las de Miriam.

¿Tan bueno y maravilloso era todo eso?

Le extrañaba el hecho de hacerse siquiera esas preguntas.

—¿Café? —preguntó Paul.

A continuación se inclinó para servir dos tazas de la cafetera que el chófer había

preparado y había dejado encima del calentador empotrado en un pequeño armario.

—Gracias. —Kevin se reclinó en el suave asiento de cuero negro y pasó las manos con admiración sobre el acolchado mientras la limusina arrancaba. Era un Mercedes con el interior algo modificado—. Ese es el modo ideal de desplazarse a través de Nueva York.

—Lo mismo creo yo. —Paul le alcanzó la taza—. Ni siquiera reparas en la ciudad. —Se reclinó en el asiento que había frente a Kevin y cruzó las piernas—. Aquí cada mañana tomamos el café, y disponemos siempre de un ejemplar del *Wall Street Journal* para relajarnos antes de ir al tajo. Lo he hecho tanto tiempo que ya lo doy por sentado.

—Llevas ya seis años con el señor Milton, ¿verdad?

—Sí. Yo trabajaba en el interior, en un pueblo pequeño llamado Monticello. Aparte de algún accidente de tráfico ocasional, la mayoría de los asuntos tenían que ver con cuestiones inmobiliarias. El señor Milton me conoció cuando defendí a un médico local en un pleito por negligencia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te fue en el juicio?

—Un triunfo aplastante. —Entonces se inclinó hacia Kevin—. A decir verdad, el cabrón era absolutamente culpable por su conducta arrogante, insensible e irresponsable.

—Y en esas circunstancias, ¿cómo te las arreglaste para ganar?

—Para empezar, desconcerté a la supuesta víctima cuando estaba en el estrado. El hombre había sido tratado de una lesión en un ojo y el médico en cuestión tardó varios días en examinarlo. Se fue de fin de semana a jugar al golf y se olvidó de decirle a su colega que atendiera al pobre palurdo. Entretanto, el ojo fue empeorando. Por supuesto, lo perdió.

—Dios mío.

—Era un pobre patán, un peón que trabajaba en la autopista. Fue su hermana quien le animó a iniciar un proceso legal, pero él no se acordaba de cuándo el médico le había examinado y de qué hizo éste en realidad; además, por suerte para nosotros, el expediente que obraba en poder del hospital era bastante pobre. Desde luego hice venir a un especialista de Nueva York para que testificara que el médico y su equipo habían actuado correctamente. Le pagué al hijo de puta cinco mil dólares por una hora de trabajo, pero al médico le saqué un buen fajo.

—¿Y qué fue del pobre desgraciado? —preguntó Kevin antes de poner en orden sus propias ideas.

Paul se encogió de hombros.

—Le hice una oferta a su abogado, pero el gilipollas creía que iba a sacar un montón de pasta; el muy avaricioso... Hacemos lo que tenemos que hacer, ¿comprendes? Lo sabemos todos muy bien. En cualquier caso —prosiguió—, poco después de eso el señor Milton fue a visitarme. Fuimos a comer juntos, hablamos, y al día siguiente vine yo a la ciudad a verlo a él. Y desde entonces estoy aquí.

—Y supongo que nunca lo has lamentado.

—En ningún momento.

—Bueno, estoy impresionado por todo y en especial por el señor Milton. —Kevin reflexionó un instante—. Con tanta agitación como hubo ayer, no caí en preguntarte nada sobre él. ¿De dónde es?

—De Boston. Estudió en la Facultad de Yale.

—¿De familia rica? ¿El padre también era abogado?

—Era rico, pero no abogado. No le gusta demasiado hablar de su pasado. Su madre murió al darle a luz y él no se llevaba bien con su padre, quien lo echó de casa.

—Oh...

—Al parecer, es lo mejor que pudo haberle ocurrido. Obligado a espabilarse por su cuenta, trabajó duro y pronto logró una reputación. Es un hombre hecho a sí mismo en el sentido más pleno de la expresión.

¿Cómo es que no se ha casado? No es...

—Él tiene sus mujeres, aunque es muy cauteloso ante los compromisos. Es un soltero empedernido pero feliz. Se lo monta bien nuestro Hugh Hefner... —soltó Paul con sarcasmo.

Kevin se echó a reír y miró por la ventanilla a la multitud de gente que cruzaba la calle. Era todo apasionante: trabajar en Nueva York, estar rodeado de éxito y que re ofrecieran tantas cosas.

«¿Qué he hecho para merecer todo eso?», se preguntaba, pero entonces se acordó del consejo favorito de su abuelo —a caballo regalado no le mires el dentado— y ya no le dio más vueltas al asunto. Estaba ansioso por empezar.

Tan pronto como entraron en la oficina, Diane les comunicó que el señor Milton, Dave y Ted les estaban esperando en la sala de reuniones.

—Oh, casi lo olvidaba; hoy tenemos reunión. La verdad es que eres muy afortunado —añadió Paul, dando a Kevin una palmadita en el hombro—. Vas a ser bautizado de inmediato.

La sala de reuniones era rectangular, estaba muy iluminada y no tenía ventanas. Aparte de un gran reloj IBM colgado en la pared de atrás, no se observaba ninguno de los primorosos cuadros que adornaban el vestíbulo y el pasillo. Las paredes insípidas y el suelo de baldosas grises inmaculadas le dieron a Kevin la impresión de estar en una sala de reconocimiento de un hospital. No se percibía olor alguno, ni agradable ni de ninguna otra clase. Un aparato de aire acondicionado muy silencioso inyectaba aire fresco y esterilizado en la habitación.

El señor Milton se hallaba sentado a la cabeza de la larga mesa negra, que constituía, junto con las sillas, el único mobiliario de la sala. Dave y Ted estaban sentados uno frente a otro en el centro, ante diversos papeles y carpetas pulcramente colocados sobre la mesa. A ambos lados había un asiento vacío, entre ellos y el señor Milton. Carla estaba sirviendo café.

—Buenos días —dijo el señor Milton—. ¿Le ha gustado a tu esposa el apartamento?

—Lo ha encontrado fantástico. No creo que pueda sacarla de allí en todo el día.

Dave y Ted se miraron uno a otro con complicidad. Estaba claro que habían experimentado experiencias similares con sus propias esposas. Kevin advirtió que John Milton tenía la costumbre de mantener la sonrisa muy ceñida en torno a los ojos, como si cada parte de su rostro tuviera una reacción independiente ante las cosas. La boca permanecía firme, y las mejillas, tensas.

—Ah, y antes de que se me olvide, muchas gracias por el anillo.

—Ya has mirado en tus cajones, ¿eh? —John Milton se volvió hacia Dave y Ted, que sonrieron de forma ostensible—. Ya os dije que era un joven entusiasta. —Todos observaron a Kevin como transmitiéndole una señal de aprobación—. Por favor, Kevin, siéntate a la derecha de Dave.

—Muy bien —dijo Kevin, mirando a Dave—. Buenos días. —Este y Ted respondieron a la vez—. Paul se sentó a la derecha del señor Milton y se puso las gafas de leer mientras abría su carpeta.

—Empezaremos enseguida —explicó John Milton—. Me complace que hayas podido asistir. Sin ser nada formal, hacemos estas reuniones periódicamente para que todos sepamos lo que está haciendo cada uno.

—¿Quiere un café? —preguntó Carla con suavidad.

—No, gracias. Ya he tomado demasiados por la mañana.

La secretaria se desplazó rápidamente a la silla situada detrás del señor Milton, donde tenía un bloc y un bolígrafo. Cuando ya estuvo preparada, levantó la vista.

—Ted, ¿por qué no empiezas tú? —sugirió el señor Milton. Ted McCarthy miró su carpeta.

—De acuerdo. Martin Crowley vive en la segunda planta de un edificio de apartamentos situado entre la Ochenta y tres y York. Trabaja de cocinero de comida rápida en el Ginger's Pub, que está entre la Cincuenta y siete y la Sexta. Tiene este empleo desde hace casi cuatro años. Los propietarios y el gerente sólo pueden referir de él cualidades positivas: responsable y buen trabajador. Toda su vida ha estado soltero, y en Nueva York no tiene familia. Es corpulento y lleva el cabello corto, más o menos como Dave. —En ese momento miró a Dave y sonrió; pero éste no le devolvió la sonrisa.

—Prosigue —dijo el señor Milton en voz baja, cerrando los párpados como si las palabras de Ted le produjeran un placer sensual.

—Sin embargo, sus vecinos, a diferencia de los Blatt por supuesto, no tienen mucho que decir de él. Es solitario, amable, pero vive aislado. Tiene una afición... construir maquetas de aviones. Su casa está literalmente abarrotada de ellas.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y un años.

—Vamos con la chica —ordenó el señor Milton.

—Sus vecinos de al lado, los Blatt, tienen dos hijos, un chico de diez años y una chica de quince. Ella, que se llama Tina, llegó una noche a casa presa de un ataque de nervios, afirmando que Martin la había invitado a subir a su apartamento para enseñarle las maquetas de aviones, pero que una vez allí la había violado. Entonces llamaron a la policía.

—¿La llevaron al médico?

—Sí, pero no encontraron restos de semen; ella afirmó que Martin se había puesto un preservativo. —Ted levantó los ojos—. Y añadió que aunque la estaba violando, él le confesó que estaba preocupado por el sida.

—¿Por pillarlo o por contagiarlo? —soltó Dave con sarcasmo.

—La chica no precisó ese extremo.

—Entonces, aparte del testimonio de la joven, ¿qué más hay? —inquirió el señor Milton en un tono de voz que echó a todo el mundo para atrás.

—Bueno, presentaba algunas erosiones en los hombros y los brazos. Y sus bragas estaban rasgadas. En una inspección posterior del apartamento de Martin se encontró un peine gris perla que la madre de Tina afirma que es de su hija.

—Aunque fuera de ella, eso tan sólo demuestra que estuvo en el apartamento, no que la violaran —observó Paul.

—¿Dijo Martin algo que le incriminara? —preguntó John Milton.

—Fue lo bastante inteligente para negarse a contestar ninguna pregunta hasta no estar en presencia de un abogado.

—¿Estaba en su casa en el momento en que presuntamente atacó a la chica?

—Sí, y solo. Sostiene que estaba ocupado en una nueva maqueta de avión.

—¿Qué más?

—Bueno... —Ted echó un vistazo a sus papeles—. Hace unos seis años fue

acusado de violar a una niña de doce años en Tulsa, Oklahoma. No llegó a ser procesado.

—Da igual. Aunque le llamemos al estrado, ellos no le pueden formular preguntas sobre acusaciones anteriores sino sólo sobre condenas.

—No creo que tenga que subir al estrado. Hoy he hecho algunas investigaciones en la escuela de la chica. Resulta que tiene fama de ser sexualmente promiscua. He conocido a dos chicos que estarían dispuestos a testificar. La puedo desacreditar rápidamente. De hecho, he empezado a filtrar esa información a la familia. Quizá ni siquiera tengamos que ir a juicio.

—Muy bien, Ted. —La sonrisa del señor Milton salió de sus ojos, discurrió hacia abajo temblando a través de las mejillas y alcanzó las comisuras de la boca—. Muy bien —repitió con suavidad—. De todas formas, me gustaría conocer los detalles del incidente de Tulsa —añadió, e hizo un leve gesto con la mano derecha que representó la señal para que Carla garabateara algo en su bloc—. ¿Dave?

Dave Kotein asintió y abrió su carpeta. A continuación levantó la vista para hacer la introducción de sus comentarios.

—Parece que esta semana los titulares de prensa van a ser para mí —dijo Dave.

—Estupendo, podemos aprovechar la publicidad —replicó Paul. El señor Milton se volvió hacia él y ambos intercambiaron miradas de satisfacción.

—Dave lleva un caso al que se ha dado mucha publicidad, Kevin —explicó el señor Milton—. Tal vez hayas leído algo sobre él: una serie de alumnas de un colegio mixto han sido violadas y atrocemente asesinadas, y sus cuerpos, mutilados; los crímenes se han producido en una zona que, desde el área norte del Bronx, recorre Yonkers y llega hasta Westchester. Un hombre ha sido detenido y acusado de los hechos.

—Sí. Precisamente la semana pasada encontraron una víctima, ¿verdad?

—El martes —puntualizó Dave—. En la esquina del aparcamiento y el hipódromo de Yonkers. Metida en una bolsa de basura de plástico.

—Ya me acuerdo. Fue especialmente espantoso.

—Eso era sólo la mitad de lo que hay. —Entonces sacó de la carpeta un fajo de documentos y los sostuvo en la mano mientras se los mostraba—. Aquí está el resto. El informe del funcionario de justicia describe con precisión detalles de lo que parece ser una cámara de tortura nazi, cosa en la que, por cierto —dijo, dirigiéndose al señor Milton—, la acusación tratará de cargar las tintas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kevin, sin poder reprimir la espontánea curiosidad.

—Mi cliente, Karl Obermeister, fue miembro de las Juventudes Hitlerianas. Por supuesto, afirma que entonces sólo era un chico y que se limitó a obedecer órdenes, pero resulta que su padre se distinguió como guardia en Auschwitz.

—Eso no importa. Aquí no se juzga a la familia —observó el señor Milton, haciendo con la mano un gesto de rechazo.

—Bien —dijo Dave, y volvió a sus papeles.

—Pero en el informe del funcionario había algo más, ¿no? —inquirió el señor Milton—. Quizá Kevin debería conocer su contenido. —Sorprendido, Kevin se volvió.

—Bueno, por mí sí, yo...

—Además de tener los pechos cortados en rodajas, se había introducido un hierro al rojo vivo en la vagina de la mujer —empezó Dave con rapidez.

—Entonces seguro que no encontrarían restos de semen —soltó Ted.

—¡Dios mío! —exclamó Kevin.

—Kevin, hemos de ser capaces de aguantar lo que sea. En este bufete nos las vemos tanto con crímenes horribles como con delitos de guante blanco —precisó el señor Milton. Su tono era duro y conciso. Aquello estuvo muy cerca de lo que para Kevin era una reprimenda.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Lo siento.

—Prosigamos —ordenó el señor Milton.

—Obermeister fue detenido en las inmediaciones al despertar sospechas en un policía que hacía su ronda. Parecía estar demasiado inquieto para admitir que conducía a mayor velocidad de la permitida. Era la mañana siguiente al día en que se descubrió uno de los cadáveres, y el policía se acordaba de Karl Obermeister. Fueron a su apartamento para hacerle unas preguntas, pero un oficial excesivamente ambicioso fue bastante más lejos. Registró el piso sin mandamiento judicial y encontró cierres de alambre similares a los utilizados para atar a las víctimas. Se llevaron a Karl, lo metieron en una celda durante cinco horas y le estuvieron interrogando hasta que confesó.

—O sea que confesó —dijo Kevin entre dientes.

—Sí —respondió Dave, sonriendo—, pero he examinado a fondo todo lo que hizo la policía y estoy seguro de que el tribunal va a declarar el sobreseimiento de la causa. Mientras lo tuvieron detenido en la comisaría, en ningún momento le permitieron llamar a un abogado; además, no le leyeron sus derechos como es debido y las supuestas pruebas halladas por el detective son inadmisibles. En realidad, no tienen nada. Karl pronto estará en la calle —añadió al tiempo que se volvía hacia el señor Milton, que le dirigió una sonrisa. Dave cerró y abrió los ojos como si hubiera recibido una bendición.

—Muy bien, Dave, muy bien. Has hecho un buen trabajo, realmente bueno.

—Enhorabuena, Dave —dijo Paul.

—Francamente magnífico —añadió Ted.

Kevin miró a sus compañeros de mesa; todos parecían estar muy contentos. Le pasó por la cabeza la idea de que Dave Kotein era judío, y que defender con éxito a alguien con antecedentes nazis debería haberlo incomodado. Sin embargo, no había ninguna señal de ello. Sus ojos irradiaban sólo orgullo.

—Aun así —intervino el señor Milton—, me gustaría revisar el informe del

funcionario. Hágame una copia, Carla —dijo sin volverse hacia ella. La secretaria lo anotó en su libreta. Entonces el señor Milton miró a Paul y a los demás—. Y ahora Paul someterá a nuestra consideración un caso bíblico.

Ted y Dave sonrieron.

—¿Bíblico? —preguntó Kevin, incrédulo.

—Caín y Abel —puntualizó Paul. Acto seguido, observó a John Milton.

—Exactamente. Descríbelo, Paul, por favor. —Scholefield abrió su carpeta.

—Pat y Morris Galan tienen cuarenta y pico años.

Pat es decoradora de interiores, y Morris posee y dirige una pequeña planta de embotellado. Tienen un hijo de dieciocho años, Philip, pero cuando Pat ya había cumplido cuarenta y uno, tuvieron el segundo, Arnold. Fue una de esas decisiones que cuestan de tomar. Según dicen ellos, no se veían capaces de resolver el dilema y el tiempo corría. Así que tuvieron el niño. Sin embargo, un bebé a esas edades es más una carga pesada que otra cosa. Pat quería seguir trabajando y al final lamentó haber tenido el niño.

—¿Ha admitido esto? —preguntó el señor Milton.

—Iba a la consulta de un psicólogo y, en lo que respecta a los sentimientos hacia el bebé, era sincera porque creía que ello contribuía a resolver el problema. Además, los Galan tenían problemas en su matrimonio —prosiguió—. Cada uno reprochaba al otro su falta de dedicación al bebé. Pat acusaba a Morris de sentir celos del trabajo de ella. Finalmente buscaron asesoramiento.

—Entretanto, buena parte de la responsabilidad del cuidado del pequeño recayó en Philip quien, al ser un adolescente activo, ya con su propia vida, también se sentía agraviado por aquella carga. Al menos ésta es la imagen que yo me he formado.

—Describe el crimen —ordenó el señor Milton.

—Una noche, mientras bañaba a su hermano pequeño, Philip perdió el control y lo ahogó.

—¿Lo ahogó? —preguntó Kevin. Paul lo había dicho con absoluta indiferencia.

—Le estaba lavando el pelo; en aquel momento Arnold —Miró sus papeles—... tenía cinco años. Ofrecía resistencia, se quejaba... En eso que Philip perdió los estribos y metió la cabeza del niño bajo el agua demasiado rato.

—Dios mío. ¿Y dónde estaban los padres?

—Ahí está la cuestión, Kevin. Que estaban fuera de la ciudad, haciendo cada uno sus cosas. En todo caso, la señora Galan nos ha pedido que defendamos a su hijo Philip. El marido no quiere saber nada de él.

—¿El historial de Philip es violento? —preguntó Dave.

—Nada anormal; algunas peleas en la escuela, aunque nunca ha estado fichado. También es un buen estudiante. En general cae bien. Pero el caso es que no está demasiado arrepentido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kevin—. ¿No se da cuenta de lo que ha hecho?

—Sí, pero... —Paul dirigió su atención a John Milton— no lo lamenta en absoluto. Su falta de arrepentimiento está tan clara que el ministerio fiscal va a acusarlo de asesinato con el agravante de premeditación. Su argumento será que nadie le dijo que bañara a su hermano, que sólo lo hizo para matarlo. En el interrogatorio su madre admitió que no le dio instrucción alguna de que tenía que bañar a Arnold.

»Preferiría no llamarlo al estrado. Por la forma en que habla de su hermano muerto... Si yo formara parte del jurado, también lo declararía culpable.

—Pero él lo pudo haber planeado, ¿no? —preguntó Kevin.

—Nuestro trabajo consiste en demostrar que no lo hizo —soltó rápidamente John Milton—. Tenemos que defenderlo, no hacerle el trabajo a la acusación. ¿Cómo lo vas a enfocar, Paul?

—Creo que usted tenía razón con respecto a los padres. Los trataré sin contemplaciones, intentando sacar el máximo provecho de su situación, y explicaré que el chico estaba sometido a una presión enorme. Después llamaré al doctor Marvin para que confirme su estado mental inestable... confusión de roles y todo eso, y que al mismo tiempo el muchacho vivía otras tensiones propias de la adolescencia, las que han convertido el suicidio de jóvenes en una epidemia.

Entonces se dirigió a Kevin.

—No sé si lo pudo haber planeado, Kevin. Como dice el señor Milton, la señora Galan me ha contratado para defenderlo, no para acusarlo. Además, aunque el chico sigue sin mostrar arrepentimiento por lo que ha hecho, creo que en realidad sufre una distorsión emocional y un complejo de víctima por culpa de sus padres.

»Cuando aquella noche volvieron, él dormía en su habitación. Sus padres ni siquiera miraron la cuna de Arnold. Fue a la mañana siguiente cuando el señor Galan encontró a su hijo pequeño en la bañera.

—Dios mío...

—Kevin, después de estar con nosotros una temporada —dijo el señor Milton— dejarás de hacer esas exclamaciones. —Kevin estaba desconcertado—. No debería sorprenderte saber que el mundo está lleno de dolor y sufrimiento. Y por otra parte no parece que Dios esté haciendo demasiado al respecto.

—Lo sé. Simplemente no entiendo cómo puede uno acostumbrarse a todo esto.

—Pues lo haces, o al menos te vuelves lo bastante duro para hacer bien tu trabajo. Ya sabes algo de esa clase de cosas —añadió John Milton, sonriendo. La insinuación era una clara referencia a la defensa de Lois Wilson. Kevin enrojeció. Miró alrededor para comprobar que todos lo miraban.

Paul tenía un semblante tan serio como el del señor Milton. Dave exhibía la preocupación en el rostro. Ted sonreía.

—Supongo que todo es cuestión de tiempo —señaló Kevin—, y de adquirir experiencia.

—Sabias palabras —terció John Milton—: tiempo y experiencia. Y ahora que ya

te has enterado de los asuntos actuales del bufete, ya puedes empezar a pensar en tu propio caso.

John Milton deslizó una carpeta hacia Dave, quien se la pasó a Kevin. A pesar de su deseo de empezar con algo apasionante, éste sintió como si cientos de carámbanos resbalaran por su espalda. Todos los ojos estaban puestos en él, por lo que se apresuró a sonreír.

—Va a ser un asunto que te entusiasmará, Kevin; un auténtico bautismo de fuego —dijo John Milton—. En todo caso, aquí no hay nadie que no haya pasado por ello; y míralos ahora.

Kevin los miró a todos, uno tras otro. En ellos apreció la intensidad de un Acab buscando a su Moby Dick. Sintió como si pasara a formar parte de algo más que un bufete de abogados; se incorporaba a una especie de hermandad de sangre, de defensores de los malditos. A partir de la ley y de los procedimientos legales construían fortalezas; con esos mimbres fabricaban sus armas. Con independencia de cuál fuese su elección, siempre salían victoriosos y alcanzaban el éxito.

Y lo más importante de todo es que estaban ansiosos por complacer a John Milton, quien en ese momento estaba reclinado en la silla, satisfecho, saciado de todas las historias y planes que anticipaban las batallas a librar ante el tribunal.

—Kevin, la próxima vez que nos reunamos te escucharemos a ti —dijo John Milton, y se levantó. Todos se pusieron de pie y observaron cómo abandonaba la sala, con Carla detrás de él.

Tan pronto como hubieron salido, Dave, Ted y Paul se dirigieron a Kevin.

—Por un momento he creído que se iba a enfadar —observó Dave—. Cuando dijiste «Dios mío»...

—¿Por qué tenía que enfadarse por eso?

—Si hay algo que el señor Milton no puede soportar es que un abogado sienta compasión por una víctima cuando tiene un cliente que defender. Este se antepone a cualquier otra cosa —explicó Paul.

—Y esto es especialmente cierto en el caso de Dave —precisó Ted.

—¿Por qué?

—Porque el cliente de Dave, a diferencia de los nuestros, no tiene dónde caerse muerto. El señor Milton está financiando todo el proceso.

—¿Estás de broma?

—En absoluto —respondió Dave—. Advirtió una grieta en el planteamiento de la acusación y se metió por ella. Es su estilo.

—Y por eso tenemos tanto éxito —añadió Ted con orgullo, casi con arrogancia.

Kevin asintió y miró a sus nuevos colegas otra vez. «No son caballeros y esto no es la Tabla Redonda de Camelot, pero acabarán siendo igual de legendarios», pensó. Estaba seguro de ello.

Miriam tenía miedo de que su cara quedara arrugada para siempre a causa de aquella sonrisa invariable. Desde que Kevin se hubo ido, no había dejado de reír ni sonreír. Norma y Jean tenían una capacidad inagotable de entretenimiento. Cuando una aflojaba la marcha, la otra aceleraba. Al principio creyó que las dos habían tomado algo, estimulantes o alguna cosa así. Tenía la sensación de que las dos mujeres sólo podían ser tan vitales y habladoras y estar tan excitadas durante tanto rato si recibían un aporte extra de combustible.

Sin embargo, sus filosofías de la vida parecían indicar lo contrario. Eran fanáticas de la salud, lo que explicaba los pastelitos sin azúcar; y Miriam tuvo que admitir que las dos eran ejemplos perfectos de calidad de vida: cuerpo en buena forma, cutis claro y cremoso, hermosos dientes blancos, ojos brillantes, autoimagen positiva...

Aunque no trabajaban ni ejercían profesión alguna, parecían gozar de la vida en toda su plenitud. Llegaron a programar y organizar sus días con el fin de ser capaces de hacer todo lo que querían. Por la mañana limpiaban y cocinaban, después de lo cual venían las clases de aeróbic los lunes, miércoles y viernes. El martes lo reservaban para ir al supermercado y hacer toda la compra. Los jueves visitaban museos y galerías de arte; y, por supuesto, los sábados y domingos iban al cine y al teatro. En sus agendas, la mayor parte de las noches estaban marcadas por cenas, espectáculos o fiestas con amigos.

Además, a Miriam enseguida le quedó claro que Norma, Jean y Helen Scholefield, a la que todavía no conocía, formaban un grupo unido y autosuficiente. No hablaban de nadie más que no fueran ellas. Al parecer, las tres parejas iban juntas a todas partes, incluso durante las vacaciones que tomaban cuando lo permitía el calendario judicial.

Tal como Kevin había señalado, esas mujeres urbanas estaban continuamente ocupadas, y la vida que llevaban era cómoda e interesante. Miriam no podía imaginárselas pasando una tarde hojeando revistas, viendo culebrones en la televisión o simplemente esperando a que sus maridos volvieran del trabajo, que es lo que ella había estado haciendo últimamente. La verdad es que cada vez había sido más difícil lograr que alguna de sus amigas de Blithedale la acompañara a la ciudad a ir de compras o asistir a algún espectáculo; «hacer frente al tráfico y a la muchedumbre» acababa resultando un esfuerzo demasiado grande.

Sin embargo, las dos eran totalmente inconscientes e insensibles ante cualquier dificultad que presentara la ciudad; aquí vivían tan bien o mejor que en otro sitio... sin ninguna sensación de inseguridad o de miedo, sin percibir los inconvenientes, y lo que es más importante quizá para alguien como Miriam que había crecido y vivido en Long Island, sin sensación alguna de estar encerradas. Y sus casas eran tan espaciales y luminosas como ellas.

El apartamento de Norma estaba decorado con un estilo tradicional, muy parecido

al que ella y Kevin tenían en Blithedale; la diferencia es que los colores de Norma y Dave eran más clásicos. El de Jean estaba más iluminado, y exhibía colores ligeros, espacios amplios y un mobiliario ultramoderno que incluía montones de cuadrados, cubos, plástico y vidrio. Aunque a Miriam no le gustó demasiado, despertó su interés. Ambos apartamentos tenían las mismas vistas espectaculares que el suyo.

—No hemos hecho más que hablar. —Norma cayó por fin en la cuenta. En ese momento se hallaban sentadas en su sala de estar bebiendo vino blanco en grandes copas—. Y no te hemos dejado decir nada a ti.

—Es igual.

—No, es de mala educación —replicó Jean, reclinándose y cruzando sus piernas largas y delgadas; en el tobillo izquierdo lucía una cadena de oro salpicada de pequeños diamantes. Miriam no había pasado por alto la opulencia de ambas. Los dos apartamentos estaban llenos de cosas caras, desde los aparatos de televisión de tamaño descomunal y los equipos estereofónicos más avanzados hasta los muebles, los adornos y los elementos decorativos.

—Para ser sincera, lo he pasado muy bien sentada y admirando vuestros apartamentos. Las dos tenéis cosas muy hermosas.

—Tú también las tendrás —afirmó Norma.

Miriam empezó a mover la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Miriam? —preguntó rápidamente Jean.

—No, no pasa nada. Sólo que me cuesta creer lo rápido que va todo. Siento como si de la noche a la mañana me hubieran arrancado de un mundo y me hubieran colocado en otro completamente distinto. No es que no sea todo muy bonito... es... simplemente...

—Agobiante —apostilló Norma, inclinándose para darle unas palmaditas en la rodilla—. Ya verás lo deprisa que te adaptas y lo mucho que te gustará, ¿sí o no, Jean?

—Es verdad —respondió Jean, y las dos rompieron a reír. Miriam tuvo que sonreír, mientras su ansiedad le embargaba sigilosamente de nuevo.

—Bueno, volvamos contigo. Mientras tu joven y guapo esposo se consumía en los tribunales, ¿qué has estado haciendo todo ese tiempo en, cómo es..., Blithedale? —preguntó Norma.

—Sí, Blithedale. Es una comunidad pequeña, pero nos encanta. Quizá debería decir que nos encantaba. —Hizo una pausa—. Es curioso, parece que ya llevemos meses aquí —dijo Miriam en voz baja. Esa sensación la impulsó a llevarse los dedos a la garganta. Las otras dos mujeres se miraron, con parecidas sonrisas de regocijo en sus labios—. Bueno —prosiguió Miriam—, el caso es que traté de trabajar como modelo, pero a lo máximo que llegué fue a hacer algunos pases en grandes almacenes. Enseguida me di cuenta de que no era una profesión a la que quisiera realmente dedicarme. Ayudaba a mi padre...

—Es dentista, ¿no?

—Sí. Estuve de recepcionista en su consulta durante casi medio año, y después decidí concentrarme en Kevin y nuestra casa. Este año queremos tener niños.

—Nosotras también —dijo Norma.

—¿Cómo?

—Que queremos tener niños este año —precisó, mirando a Jean—. De hecho...

—Hemos estado conspirando para tenerlos más o menos al mismo tiempo, aunque los chicos no lo saben. —Rompiéron a reír—. A lo mejor quieres apuntarte.

—¿Apuntarme? —Miriam se quedó boquiabierta.

—La verdad es que el señor Milton se lo sugirió a Jean en una de sus fiestas. Espera a ver el ático. Es probable que un día de éstos haya una fiesta para celebrar la llegada de un nuevo asociado.

—Oh, organiza fiestas magníficas, comidas de auténtico gourmet, música, invitados interesantes...

—¿Qué quieres decir con que el señor Milton lo sugirió? —preguntó Miriam, dirigiéndose a Jean.

—A veces tiene un sentido del humor algo retorcido. Él sabía que estábamos planeando tener niños este año; entonces me llevó aparte y me preguntó si no sería estupendo que Norma y yo tuviéramos los niños más o menos por las mismas fechas, y si fuera posible la misma semana. Se lo comenté a Norma y a ella le pareció una gran idea.

—Lo estamos llevando como si fuera una campaña, marcando en el calendario los días que empiezan las incursiones —explicó Norma, y ambas, rieron otra vez. Entonces Jean se detuvo bruscamente.

—Te enseñaremos nuestro plan y tal vez así te animes, a no ser que tú y Kevin ya hayáis...

—No, todavía no.

—Estupendo —dijo Norma, reclinándose.

Miriam se dio cuenta de que no hablaban en broma.

—Así, ¿vuestros maridos no lo saben?

—No lo saben todo —contestó Norma.

—¿Tú le cuentas a tu marido todo lo que haces? —preguntó Jean.

—Estamos muy unidos, y esto es tan importante...

—También nosotras lo estamos —intervino Norma—, pero Jean tiene razón. Hay cosas personales que hay que mantener en secreto, que como mujer sólo te pertenecen a ti.

»Las tres hemos de permanecer unidas —dijo Norma—. Los hombres son maravillosos, pero, al fin y al cabo, son hombres.

—Deberías decir las cuatro —corrigió Jean. Norma parecía desconcertada—. Las cuatro hemos de estar unidas. Te olvidas de Helen.

—Sí, claro, Helen. Lo que pasa es que últimamente la vemos muy poco. Se ha vuelto muy... introvertida dijo, lanzando teatralmente la mano hacia arriba. Ella y

Jean soltaron una carcajada.

—¿Qué quieres decir?

—La verdad es que estamos siendo injustas. Después de la muerte de Gloria Jaffee, Helen sufrió una especie de depresión nerviosa y empezó a tomar medicación; ahora está siguiendo una terapia. En todo caso, es una persona amable y cariñosa, y muy atractiva —explicó Norma.

—¿Gloria Jaffee?

Norma y Jean se miraron rápidamente una a otra.

—Oh, lo siento —dijo Jean—. Creía que ya sabías lo de los Jaffee. —Se volvió hacia Norma—. He metido la pata, ¿verdad?

—Me parece que sí.

—¿Quiénes son los Jaffee? —preguntó Miriam.

—De todas formas, seguro que te hubieras enterado muy pronto. Simplemente me sabe mal haber lanzado un jarro de agua fría sobre el buen rato que estábamos pasando —dijo Jean.

—No te preocupes. En todo caso, necesito algo que me devuelva a la realidad. Es ingenuo pensar que todo será siempre mantequillas y pan tierno —replicó Miriam.

—Me gusta esta actitud —dijo Norma—, de verdad. Ya es hora de que en nuestro grupo haya alguien que vea las cosas desde una perspectiva distinta. A veces Jean y yo estamos demasiado exaltadas, y estos días que Helen está deprimida tendemos a evitar cualquier asunto desagradable.

—Habládme de los Jaffee —insistió Miriam.

—Richard Jaffee es el abogado a quien tu marido va a sustituir. Se suicidó después de que su esposa muriera de parto —explicó Jean a toda prisa.

—¡Dios mío!

—Sí. Lo tenían todo para... vivir felices. El niño nació sano —prosiguió Norma— y Richard era genial. Dave dice que Richard era el abogado más perspicaz que había conocido, incluyendo al señor Milton.

—Una verdadera tragedia. —Miriam reflexionó por un momento y enseguida levantó la vista—. Vivían en nuestro apartamento, ¿verdad? —Norma y Jean asintieron—. Ya me había imaginado algo... la habitación del niño...

—Oh, lamento que te haya afectado —gimió Jean.

—No te preocupes, estoy bien. ¿Cómo murió el señor Jaffee?

Norma sonrió de manera afectada y meneó la cabeza.

—Saltó desde la terraza a la calle —respondió Jean con rapidez—. Ya está, te hemos contado toda esa horrible historia; pero si ahora tú te sientes desdichada, Ted va a echarme las culpas a mí.

—No, estoy segura de...

—Dave tampoco se va a sentir entusiasmado por lo que respecta a mí —dijo Norma.

—No, de verdad, no pasa nada. Es cosa mía. Simplemente, Kevin tenía que

habérmelo dicho desde un principio.

—Él sólo trata de protegerte —objetó Norma—. Como haría todo buen marido. Dave y Ted son de la misma pasta, ¿verdad, Jean?

—Desde luego. No podemos reprocharles nada, Miriam.

—¡Pero no somos niñas! —exclamó Miriam. En vez de sentirse molestas por esa reacción, las otras dos rieron.

—No, claro que no —contestó Norma—. Pero nos quieren, nos cuidan, nos protegen... Quizá todavía no te das cuenta de lo importante que es eso, Miriam, pero créeme... créenos, dentro de un tiempo verás lo maravilloso que es. Y te explico la razón: Jean y yo nunca nos interesamos por los espantosos detalles de los casos que ellos llevan entre manos, y ellos no hablan de esos asuntos delante de nosotras.

—Es un signo de ternura, ¿no te parece? —añadió Jean.

Miriam miró a una y otra sucesivamente, y acto seguido se reclinó. Sí, tal vez era una señal de ternura; si no se hubiera implicado tanto en los detalles del caso de Lois Wilson, quizá no se habría sentido tan disgustada por el modo en que Kevin lo había llevado y se podría haber alegrado más de su éxito. Un éxito que había contribuido a todo lo que tenía enfrente.

—Al fin y al cabo —Norma seguía arrimando el ascua a su sardina—, ellos trabajan duro para hacer que todo nos resulte agradable.

—Lo menos que podemos hacer —terminó diciendo Jean— es ponerles las cosas fáciles. —Soltaron una carcajada al unísono y bebieron un sorbo de vino. Durante unos momentos, Miriam no abrió la boca.

—Habládme de Helen Scholefield. ¿Cómo es?

—Oh, está mejor. La terapia la ha ayudado mucho. Tan pronto como supo que no se encontraba bien, el señor Milton le sugirió que visitara a cierto especialista —explicó Norma.

—Además ha vuelto a pintar otra vez, y esto también la ha ayudado —añadió Jean.

—Sí, y lo hace muy bien. Estoy segura de que le gustará enseñarte lo que hace.

—Es muy buena, la verdad. Me recuerda a Chagall, pero con un toque de Goodfellow. ¿Recuerdas? Ese artista abstracto cuya exposición visitamos en la Galería Simmons del Soho el mes pasado —precisó Jean. Norma hizo un gesto que confirmaba las palabras de su amiga.

Miriam sacudió la cabeza y les dirigió una sonrisa.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Jean.

—Las dos parecéis tan... cosmopolitas —dijo, utilizando la expresión de Kevin—. Lo tomáis todo con calma y nada os da ningún miedo. Es magnífico. Os admiro.

—Mira, me parece que tú has estado enclaustrada en el mundo de Long Island —dijo Jean, al tiempo que su rostro se mostraba más sosegado y su expresión se volvía más seria—. ¿Tengo razón o no?

Miriam pensó por un instante. A veces había tenido esa sensación. A los doce

años sus padres la habían enviado a una escuela privada, y a partir de entonces fue a un colegio universitario exclusivo y a continuación a la escuela de modelos: siempre mimada y protegida. Y estaba claro que, desde que se casaron, Kevin la había tratado así. En ese momento se le pasó por la cabeza que él había ido a trabajar a Boyle, Carlton & Sessler y había concebido la vida para ambos en Blithedale sólo porque así lo había querido ella. ¿Había representado eso un freno para él? ¿Acaso Kevin podía haber tomado antes la decisión de que ambos vinieran a ese mundo nuevo en que estaban ahora? A Miriam le incomodaba pensar que había sido egoísta, y sin embargo...

—Supongo que sí.

—No es que Norma y yo hayamos tenido las cosas difíciles en la vida. El padre de Norma es cirujano plástico y su consultorio se encuentra en Park Avenue; ella ha vivido en el selecto East Side toda su vida. En cuanto a mí, procedo de una familia acaudalada de Suffolk Country. Mi padre es corredor de Bolsa, y mi madre, una agente inmobiliaria capaz de vender el puente de Brooklyn —añadió.

—La conozco y no tengo ninguna duda de ello —le confirmó Norma.

—Pero no te preocupes —dijo Jean—. En cuestión de días estarás igual que nosotras, haciendo casi las mismas locuras, lo quieras o no —añadió en tono profético. Tras un momento de silencio, Norma estalló en una carcajada. Jean siguió su ejemplo, y tal como ésta había previsto, Miriam rompió también a reír.

Ya fuera de la sala de reuniones, los asociados se separaron para seguir trabajando cada uno en su caso respectivo. Kevin se despidió de todos y se dirigió a su despacho mientras miraba por encima el expediente que Milton le había entregado. Se sentó en la silla de cuero y siguió leyendo toda la documentación contenida en la carpeta al tiempo que hacía anotaciones y diseñaba estrategias. Casi una hora después se reclinó en la silla, movió la cabeza y sonrió. Si los otros sabían lo que el señor Milton acababa de darle, no lo habían demostrado en absoluto. Era uno de esos casos que podría lanzar a la fama a un abogado joven de la noche a la mañana debido al gran seguimiento de que iba a gozar en los medios de comunicación. Y John Milton había decidido dárselo a él.

¡A él! Ni siquiera su ego inflamado ni su ambición continuamente insatisfecha le habían preparado para una oportunidad como ésta, sobre todo habiendo en el bufete otros tres abogados con mucha más experiencia que él en cuestiones penales.

Sin duda, John Milton quería que se pusiera a trabajar inmediatamente. El caso acababa de aparecer en primera plana de los periódicos. De hecho, lo que John Milton había hecho en el prólogo del expediente era anticiparle quién sería su cliente, al que con toda probabilidad iban a acusar del asesinato de su esposa.

Hace algo de más de veinte años, Stanley Rothberg, de cuarenta y un años, se había casado con Maxine Shapiro, hija única de Abe y Pearl Shapiro, propietarios de uno de los mayores y más famosos complejos hoteleros de Catskill Mountain, el Shapiro's Lake House, situado en Sandburg, una pequeña comunidad del interior cercana al lugar donde Paul Scholefield había comenzado a trabajar como abogado. Ciertamente, lo primero que pensó Kevin fue que quizás habría sido más lógico darle el caso a Paul, que sin duda conocería mejor la región. La cuestión es que el Shapiro's Lake House había adquirido un gran prestigio debido a los famosos que actuaban allí, la antigüedad del edificio y la aparición, hacía unos diez años, del pan de pasas de Shapiro's Lake House, cuya receta era seguramente de Pearl Shapiro, un producto fácil de encontrar en los supermercados y muy anunciado en televisión.

Tanto Abe como Pearl Shapiro habían fallecido hacía tiempo. Stanley Rothberg había empezado a trabajar en Lake House de mozo hasta que llegó a camarero de comedor. Había conocido y se había enamorado de Maxine, y (no era un secreto para nadie), sin la aprobación inicial de Abe y Pearl, se había casado con ella para convertirse a la larga en el director general de uno de los mayores hoteles de aquella zona turística.

Maxine había resultado ser una mujer enfermiza, que con el tiempo había desarrollado una diabetes que confirió a sus huesos una gran fragilidad. Había perdido una pierna y quedado confinada en una silla de ruedas durante los últimos

años. Una enfermera cuidaba de ella todo el día. El pasado fin de semana la habían encontrado muerta a consecuencia de una sobredosis de insulina. El señor Milton estaba convencido de que Stanley Rothberg sería acusado de asesinato en primer grado. Además, todo el mundo parecía saber que él tenía una amante. Los Rothberg no tenían hijos, de modo que él era el único heredero del multimillonario complejo turístico y del negocio de la panadería. Había un motivo claro y una oportunidad idónea.

Kevin percibió la presencia de John Milton en el umbral de la puerta y levantó rápidamente la vista de los papeles. Una de las cosas que más empezaban a asombrarle del hombre era que daba la impresión de cambiar de aspecto cada vez que lo veía. En ese preciso momento parecía más grande, más alto e incluso un poco más viejo. En su cara había arrugas que no había advertido antes... ¿o era sólo un truco luminotécnico?

—¿Ya estás en ello, eh? Muy bien, Kevin. Me gusta cuando uno de mis asociados echa mano a un asunto con tenacidad —dijo, cerrando el puño—. Si mantienes esta tensión y este anhelo, siempre saldrás airoso de tus pleitos en los tribunales.

—Leí algo sobre esta historia en el periódico del domingo. Por lo que sé, todavía no se ha formalizado la acusación; sin embargo, usted prevé que así va a ser.

—No hay ninguna duda de ello —replicó John Milton, entrando en el despacho. Las arrugas desaparecieron—. Tengo información de que la detención se producirá dentro de pocos días.

—Y lógicamente el señor Rothberg también debe de contar con ello. ¿Cuándo lo conoció?

—Oh, todavía no lo conozco.

—¿Cómo dice?

—Quería que te familiarizaras con el caso antes de que él viniera. Quizás al principio se sienta nervioso al ver que alguien tan joven va a encargarse de su defensa, pero cuando se dé cuenta de lo competente que eres...

—No lo entiendo. —Kevin cerró el expediente y se acercó a la mesa—. ¿Me está diciendo que todavía no tenemos el caso en el bufete?

—Oficialmente no, pero lo tendremos. Creo que organizaré una reunión entre nosotros y Stanley Rothberg para principios de la semana que viene. En todo caso, tengo entendido que hasta entonces no se habrá producido la detención. Ya me encargaré yo de la comparecencia y de la fianza.

—Pero ¿cómo estamos tan seguros de que va a venir a nosotros? ¿Ha llamado por teléfono?

John Milton sonrió, seguro de sí mismo, mientras sus ojos cambiaban de nuevo al color orín tornasolado, si bien en esa ocasión el tono final fue algo más brillante.

—No te preocupes por dónde irá cuando se encuentre en dificultades; sabrá qué hacer. Hay amistades comunes que ya han hablado con él. Confía en mí, Kevin. Por cierto, también deberías examinar el historial médico de su mujer.

—Sí —respondió Kevin, mirando fijamente mientras sus pensamientos sufrían interferencias provocadas por impulsos confusos. La idea de llevar un caso como éste lo atraía con fuerza, pero al mismo tiempo le producía un cierto desasosiego. ¿Por qué el señor Milton le había dado a él, un nuevo asociado, un caso como aquél con tanta rapidez? ¿No habría sido mejor empezar con algo más sencillo e ir aumentando progresivamente la dificultad hasta llegar a un asunto como el de Stanley Rothberg?

—Estoy seguro de que ya tienes alguna idea para la defensa. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Bueno, después de leer lo mucho que sufrió Maxine Rothberg estaba pensando... Ella y Stanley no tenían niños; estaba condenada a ir en silla de ruedas y a vivir rodeada de restricciones en medio del glamour y de una atmósfera llena de atractivos. Se debió de sentir terriblemente frustrada y desgraciada.

—Precisamente ésta es mi teoría... Suicidio.

—Según pone aquí, aunque había una enfermera a tiempo completo, de vez en cuando se ponía ella misma las inyecciones.

John Milton volvió a sonreír, moviendo la cabeza.

—Kevin, eres un joven muy perspicaz. Intuyo que voy a estar plenamente satisfecho con tu trabajo. Investiga también a la enfermera. Ya verás que podemos utilizar muchas cosas. —Inició el gesto de volverse para abandonar el despacho.

—Señor Milton...

—¿Sí?

—¿Cómo consiguió toda esta —pasó la palma de la mano sobre la carpeta cerrada— información tan detallada?

—Dispongo de investigadores privados que trabajan a pleno rendimiento, Kevin. Te los iré presentando de vez en cuando para que te transmitan informes directamente, aparte de que yo también guardo muchas cosas en mis archivos informáticos. —Soltó una carcajada, corta y discreta—. Has oído hablar de los picapleitos que persiguen ambulancias para solicitar la representación de víctimas de accidentes, ¿no? Pues bien, nosotros perseguimos crímenes. Aquí es importante mostrarse agresivo, Kevin. Te compensa en muchos más aspectos de los que puedas imaginar.

Kevin asintió y observó cómo el señor Milton se alejaba. Después se reclinó en la silla.

Había hecho bien. El mundo urbano era distinto y mucho más estimulante. Estaba en Nueva York, donde los mejores compiten entre sí, y donde sólo los mejores están en condiciones de hacerlo. Boyle, Carlton y Sessler se pondrían pálidos ante un bufete como el de John Milton & Associates; y pensar que hubo un tiempo en que, siendo todavía un neófito, había creído que eran algo especial, ellos y su fascinante existencia de clase media alta. Pero la verdad es que eran débiles; en realidad, mientras nadaban en la abundancia se morían poco a poco. ¿Dónde estaba el desafío? ¿Cuándo llegaban de verdad al límite y corrían riesgos? A él no le llegaban ni a la

suela del zapato. Nadie había tenido las agallas de representar a Lois Wilson, y ahora estaban *molestos* porque su reputación inmaculada había sufrido una afrenta. La aventura más intrépida de sus vidas consistía en descubrir un nuevo restaurante para gourmets. ¡Y él había estado a punto de convertirse en uno de ellos!

John Milton lo había rescatado. Exacto, esto es lo que había hecho, rescatarlo.

De pronto, Kevin se levantó, sujetó con fuerza la carpeta bajo el brazo y salió.

—Oh, señor Taylor. —Wendy lo llamó, saliendo desde detrás de su mesa como una sirena surgiendo del agua al mismo tiempo que Kevin abandonaba el despacho—. Lo siento, no lo he visto entrar.

—No importa. Tenía intención de quedarme sólo un rato, pero con tanto papel se me ha ido el santo al cielo.

Ella asintió, mientras sus ojos castaño oscuro se oscurecían aún más, como si hubiera sabido de inmediato qué podría bastar para atraer la atención de Kevin. Se echó el pelo hacia atrás y fijó su atención en la carpeta que él llevaba bajo el brazo.

—Oh, espere. —Se volvió y fue a toda prisa hacia el armario que había detrás de su mesa, del que sacó un maletín de cuero de color rubí—. Iba a dárselo cuando empezara oficialmente, pero puesto que ya... —Entonces se lo entregó—. En un lado, había unas letras grabadas en un color marrón oscuro, como de sangre seca. Rezaba: «John Milton & Associates». En el extremo inferior derecho había otras letras impresas: «Kevin Wingate Taylor».

—Es precioso. —Pasó los dedos sobre las letras en relieve. Wendy sonrió.

—Todos los asociados tienen el mismo. Es un regalo del señor Milton.

—Tengo que acordarme de darle las gracias. Y gracias también a usted, Wendy.

De nada, señor. ¿Puedo hacer algo por usted?

Kevin pensó por un instante.

—Sí. Averiguar todo lo posible sobre la diabetes y buscar toda la información de que se disponga sobre Shapiro's Lake House, el complejo hotelero de Catskill. Wendy sonrió de oreja a oreja.

—Todo esto ya está hecho, señor Taylor.

—¿Ah, sí?

—El señor Milton lo pidió el miércoles pasado.

—Fantástico. Bueno, pues pasaré después y empezaré a mirármelo. Gracias.

—Que pase un buen día, señor Taylor.

Salió al pasillo y miró dentro del despacho de Ted McCarthy, que estaba al teléfono. Este saludó con la mano, y Kevin prosiguió su camino. La puerta del despacho de Dave Kotein estaba cerrada, por lo que siguió hasta la recepción y pidió a Diane que llamara a la limusina.

—Está esperándolo frente a la puerta principal, señor Taylor. Utilícela cuanto quiera. Charon no volverá hasta última hora del día.

—Gracias, Diane.

—Que tenga un buen día, señor Taylor.

—Lo mismo digo.

Prácticamente andaba a saltos sobre la alfombra. Las secretarias eran tan hermosas y amables, sinceras, cálidas... Hablaban de forma que encandilaban. En ese lugar todo era agradable: los colores, la exuberancia, la novedad... No quería irse.

Descendió en el ascensor canturreando, y después de bajar saludó con la mano al guardia de seguridad, que le devolvió el saludo como si ya fueran viejos amigos. Tan pronto como salió por la puerta giratoria se detuvo y entrecerró los ojos. Las nubes que encapotaban el cielo se habían dispersado bastante, y los rayos del sol del mediodía se reflejaban en los cristales, la acera y la brillante superficie de la limusina. Charon abrió la puerta del coche y dio un paso atrás.

—Gracias, Charon. Primero volveré al apartamento y después iré a comer al Russian Tea Room.

—Muy bien, señor Taylor. —Cerró la puerta con suavidad, y momentos más tarde ya estaban en camino. Kevin se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Tenía tantas cosas que contarle a Miriam que ya se veía hablando con vehemencia y sin parar durante toda la comida y el viaje de regreso a Blithedale. Y cuando él le contara lo del primer encargo como asociado de John Milton...

Abrió los ojos y pasó los dedos por la superficie del maletín, lo abrió y echó un vistazo a la carpeta. Seguro que pronto aumentaría de tamaño. Kevin rió para sus adentros. «Esos sí son abogados bien preparados», pensó. Ya tenía un montón de material a su disposición, esperándole. Y no hablemos de la oficina: investigadores privados, biblioteca informatizada, secretarias eficientes... Volvió a apoyar la espalda en el asiento, mientras la confianza en sí mismo iba en aumento. Con esa red de apoyo tras él, todo tenía que salirle bien.

Entonces, algo que Wendy había dicho le provocó una sensación de extrañeza. Pensó que él habría oído mal, pero para estar seguro abrió el expediente y miró las fechas relacionadas con algunos de los hechos.

La secretaria había dicho que el señor Milton había pedido la información sobre la diabetes y Shapiro's Lake House el miércoles de la semana anterior...

A Maxine Rothberg la encontraron muerta el pasado fin de semana. ¿Cómo es que el señor Milton ya tenía interés en ello el miércoles de la semana anterior?

«Seguramente Wendy se ha confundido; o quizá yo he entendido mal», pensó. Y cerró el maletín.

Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿Más vino? —preguntó Norma mientras inclinaba la botella hacia el vaso de Miriam.

—No. Será mejor que vuelva al apartamento. Kevin me estará buscando.

—¿Y qué?

—Deja que te busque —dijo Jean. Esta miró a Miriam e hizo un gesto de

desaprobación con la cabeza—. Norma, me parece que aquí hay mucho trabajo que hacer.

—A veces los hombres tienden a no valorarnos como es debido; dan por sentadas muchas cosas —advirtió Norma—. Hemos de hacer que se mantengan alerta, que la emoción siga viva y que se vean obligados a pensar. De lo contrario te conviertes simplemente en otra de sus posesiones.

—Kevin no es así —replicó Miriam.

—Tonterías —soltó Jean—. Es un hombre, no puede evitarlo.

Norma y Jean rieron de nuevo. Por un momento a Miriam le parecieron dos crías con la picardía reflejada en los ojos.

Antes de que nadie pudiera añadir nada más sonó el timbre.

—Será Kevin —dijo Miriam.

Se levantaron. Mientras se dirigían a la puerta, Norma rodeó a Miriam con los brazos.

—Estamos ansiosas por que te traslades —le dijo—. Si estamos cerca de ti tendremos la oportunidad de revivir aquellos descubrimientos que en su día nos parecieron maravillosos. —Jean abrió la puerta para darle la bienvenida a Kevin.

—Hola. Así que nos has encontrado. —Se volvió y le guiñó el ojo a Miriam—. Pensamos que al final lo lograrías.

—Una deducción sencilla —dijo Kevin mirando a Miriam—. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, desde luego.

—No tienes por qué preocuparte —soltó Jean, al tiempo que sonreía y volvía a hacerle un guiño a Miriam—. Ya es una de nosotras.

—Espero que esto sea bueno —bromeó Kevin. Entonces dibujó una expresión coqueta en sus ojos y las dos soltaron una risita. Norma abrazó y besó a Miriam, y a continuación Jean hizo lo propio.

—Hasta pronto —dijo Miriam. Las otras dos permanecieron de pie una junto a la otra en el umbral de la puerta, sonriendo, mientras ella y Kevin se dirigían al ascensor.

—Parece que habéis empezado bien, ¿eh? —Sí.

—No pareces muy entusiasmada —dijo Kevin con cautela.

En el ascensor, Miriam se quedó en silencio, pero justo antes de que la puerta se abriera en la planta del vestíbulo, se volvió hacia él.

—¿Por qué no me hablaste de los Jaffee?

—Oh... —Kevin asintió—. Tenía que suponer que ellas lo harían. Bueno —prosiguió, respirando hondo mientras entraban en el vestíbulo—, es una historia muy deprimente y quería evitarle a nuestro apartamento esa carga. —La miró—. A la larga te lo habría contado todo. Lo siento, no hice bien en ocultártelo. Quería que sólo estuvieras rodeada de cosas bonitas, de felicidad. Quiero que ésta sea la mejor época de nuestra vida, Miriam.

Ella hizo un gesto que indicaba comprensión. Era exactamente lo que Norma y Jean le habían dicho: Kevin quería protegerla de la tristeza y la depresión. Decidió no reprochárselo.

—Es una tragedia, pero no tiene por qué afectarnos —dijo por fin.

Él sonrió satisfecho.

—Eso mismo pienso yo. —Y la abrazó.

—¿Por qué bajamos aquí? —preguntó ella, al darse cuenta de que estaban en el vestíbulo—. ¿No tendríamos que ir al aparcamiento de abajo?

—Tengo una sorpresa. —Kevin movió la cabeza en dirección a la puerta principal. Cuando ya llegaban, Philip salió de detrás de su mesa para saludarlos—. Miriam, te presento a Philip. Es el encargado de la seguridad durante el día.

—Encantado de conocerla, señora Taylor. Si tiene algún problema o necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Muchas gracias.

Philip les abrió la puerta. Cuando ya estuvieron fuera, Charon hizo lo propio con la de la limusina.

—¿Qué es esto? —preguntó Miriam, paseando la mirada desde la limusina al chófer.

—Es el coche de la oficina, siempre a disposición de los asociados. Charon, ésta es mi mujer, Miriam.

Charon asintió, y con sus ojos rasgados la examinó con tanta atención que ella se sintió cohibida e instintivamente cruzó los brazos sobre sus pechos.

—Hola —dijo ella, y se metió dentro a toda prisa. Miró hacia atrás mientras Kevin entraba tras ella.

—¿Adónde vamos?

—Al Russian Tea Room —respondió—. He reservado una mesa desde este teléfono nada más salir del despacho. ¿Le apetece un cóctel, señora? —preguntó abriendo la licorera—. Si quieres, te preparo tu *bloody mary* favorito.

Cócteles en una lujosa limusina, mesa reservada en el Russian Tea Room, un magnífico apartamento en Riverside Drive, nuevas amigas jóvenes y llenas de vitalidad... Miriam meneó la cabeza, incrédula. Ante la expresión de su rostro, a Kevin se le escapó la risa.

—Creo que prepararé también uno para mí. —Esa copa no iba a hacer otra cosa que aumentar aún más la euforia de Miriam—. Bueno —dijo Kevin, reclinándose después de haber ejercido de barman—, cuéntame algo de tu visita. ¿Cómo son esas dos?

—Al principio me han resultado un poco agobiantes, sobre todo si pienso en las mujeres de Blithedale. A veces parecen cosmopolitas y nada superficiales, pero hay otros momentos en que hablan y actúan como si fueran adolescentes. En todo caso son muy divertidas.

—Lamento haber tardado tanto pero...

—Oh, ni siquiera me he dado cuenta de la hora que era; me han tenido muy ocupada.

Empezó describiendo el apartamento de Jean y Ted, y después pasó al de Norma. Siguió hablando sin parar, contándole mil y un detalles de sus nuevas amigas, excepto, claro está, sus planes para hacer coincidir sus partos y lo contentas que estuvieron al averiguar que ella todavía no estaba embarazada.

Durante la comida, estuvo un par de veces a punto de explicárselo, pero cada vez que iba a hacerlo pensaba en cómo Norma y Jean se tomarían el que ella desvelara su primer secreto. Ello podría echar a perder su amistad antes de que ésta siquiera se hubiera iniciado; además, ¿qué importancia tenía? Era una idea graciosa e inofensiva que, tal como ellas la habían planeado, tenía muy pocas posibilidades de hacerse realidad.

Después de comer, volvieron al apartamento para echarle otro vistazo antes de regresar a Blithedale. Miriam tenía que confirmar que todo aquello era real. Kevin esperaba en el umbral mientras ella recorría de nuevo el piso.

—Es un apartamento hermoso, ¿verdad, Kev? —preguntó, como si sus sensaciones necesitaran ser reforzadas. ¿Cómo puede permitirse cedernos un apartamento sin que paguemos alquiler? Con él podría ganar un montón de dinero, ¿no?

—Lo va a amortizar mediante alguna desgravación fiscal. Como decía mi abuelo, a caballo regalado...

—Sí, ya sé, pero de todos modos... —Le embargó un estremecimiento de temor. Ese magnífico trabajo de Kevin, el extraordinario apartamento, nuevos amigos fantásticos... ¿Las cosas maravillosas ocurrían con esa facilidad?

—¿Por qué dar la espalda a la buena suerte? —preguntó él.

Ella se volvió hacia Kevin y se encogió de hombros. Después sonrió. Kevin tenía razón. Había que relajarse y disfrutar de todo aquello. Él la abrazó.

—Te quiero, Miriam. Haré todo lo posible para que tengas lo mejor.

—No me estaba quejando de nada, Kev.

—Ya lo sé. La cuestión es ¿por qué vamos a renunciar a tener todas esas cosas?

Se besaron, echaron otra mirada al apartamento y salieron.

Kevin se percató de que el viaje de vuelta a Blithedale estaba siendo muy distinto del que habían hecho hacia la ciudad por la mañana. En el trayecto de ida, se hubieran podido contar con los dedos de una mano todas las palabras que Miriam había pronunciado. Sin embargo, desde que fueron al Russian Tea Room hasta el momento en que llegaron a su calle de Blithedale Gardens, Miriam casi no paró de hablar. Su entusiasmo desmedido disipó todos los temores que había tenido él de que ella no se sintiera feliz con los cambios propuestos.

En el camino hacia casa, Kevin intentó en varias ocasiones hablarle de los casos

que habían discutido en la reunión con sus colegas y del suyo propio pero cada vez que empezaba, ella lo interrumpía con otra sugerencia para el nuevo apartamento.

Era como si ella no quisiera oír nada relacionado con el trabajo. Por lo general, Miriam siempre quería conocer los detalles del caso en cuestión, incluso cuando se trataba de aburridas negociaciones sobre asuntos inmobiliarios. Al final, él meneó la cabeza, se reclinó y se limitó a conducir.

Sólo cuando Blithedale apareció a la vista, Miriam dio por concluido su monólogo. Parecía como si hubieran cruzado una frontera invisible y hubieran regresado del mundo de los sueños a la realidad. Las nubes matutinas habían desaparecido por completo, y el cielo de aquella tarde de finales de noviembre era de un azul claro y cristalino. Los niños estaban a punto de bajar del autobús escolar, lanzando una avanzada de voces alegres desde sus pequeñas figuras antes de que éstas cruzaran la puerta y bajaran los peldaños.

El calor del sol había reblandecido y fundido buena parte de la nieve caída la noche pasada, de modo que ésta sólo persistía en fragmentos de césped y más o menos esparcida por las aceras. Casi al mismo tiempo que bajaron del autobús, los niños e incluso algunas niñas comenzaron a lanzarse bolas de nieve. Kevin sonrió ante ese juego inocente. Una hilera de vehículos siguió lentamente al autobús vacío a lo largo de la calzada de tres carriles. Aquella armonía y aquel brillo relativamente rústicos contrastaban marcadamente con la atmósfera urbana llena de energía, agitada y bulliciosa, que habían abandonado hacía poco. Estar aquí tenía un efecto tranquilizador. Miriam se reclinó, mientras dibujaba en su rostro una sonrisa dulce y angelical.

—Ojalá pudiéramos tenerlo todo, Kev —dijo, volviéndose lentamente hacia él—. El alboroto de Nueva York y la tranquilidad de Blithedale.

—Lo tendremos. ¡Podemos tenerlo! —soltó, dirigiéndose a ella con los ojos abiertos de par en par por la emoción—. Si no tenemos que pagar alquiler por un apartamento en la ciudad, podemos plantearnos seriamente lo de pasar los fines de semana y el verano en Long Island.

—De acuerdo. Oh, Kevin, lo haremos, ¿verdad? ¡Lo vamos a tener todo!

—¿Por qué no? —Rió—. Sí, ¿por qué no?

Kevin decidió no contarle a Miriam nada de su primer caso en John Milton & Associates hasta que hubiera vuelto de Boyle, Carlton & Sessler, aunque ardía en deseos de hacerlo. Estaba seguro de que ella se sentiría ilusionada y orgullosa cuando le escuchara.

Cuando llegaron a su calle de Blithedale Gardens, Kevin le dijo a Miriam que lo mejor sería ir a ver a Sanford Boyle para comunicarle lo que había decidido.

—Tengo ganas de restregárselo por las narices... ¡el doble de sueldo! Con lo pagados de sí mismos que son...

—Kev, no te muestres arrogante —le advirtió ella—. Vales más que ellos; al fin y al cabo, a la larga los arrogantes se acaban saliendo con la suya.

—Tienes razón. Seré comedido igual que... igual que haría el señor Milton —dijo—. Él sí es un hombre de categoría.

—Tengo muchas ganas de conocerlo. Por el modo en que Norma, Jean y tú habláis de él, parece Ronald Reagan, Paul Newman y Lee Iacocca, todos en uno.

Kevin soltó una carcajada.

—De acuerdo, de acuerdo. Reconozco que tal vez exagero un poco. Supongo que simplemente estoy emocionado, y la verdad es que tú siempre has tenido los pies en el suelo más que yo. Estoy contento de que estés conmigo para ayudarme a no perder la perspectiva, Miriam.

—Seguramente ésta es la impresión que doy —replicó ella—. Norma y Jean me han dicho algo parecido.

—¿Sí? No me extraña; es evidente que saben reconocer a una persona perceptiva e inteligente cuando la tienen delante.

—Oh, Kev.

Él la besó en la mejilla.

—Debería llamar a mis padres —dijo Miriam mientras salía del coche—. Y los tuyos, ¿qué?

—Los llamaré por la noche.

Ella observó cómo el coche se alejaba, al tiempo que la emoción también crecía en su interior. Respiró profundamente y miró alrededor. No podía evitar que todo aquello le gustara. Aquel pueblo tranquilo y pintoresco y la vida sencilla que llevaba allí le proporcionaban una sensación de equilibrio y le permitían vivir en armonía consigo misma. Hasta el momento les habían ido muy bien las cosas, mejor que a muchos otros de su edad, ¿estaban siendo demasiado ambiciosos, o Kevin tenía razón cuando se preguntaba en voz alta por qué otras personas, menos sagaces o inteligentes que él, disfrutaban más de la vida?

Miriam entendió que era un error retener a Kevin, y sin embargo no podía hacer que parara aquel revoloteo de mariposas instalado justo debajo de su pecho. Pero llegó a la conclusión de que no había nada de qué preocuparse y de que esa sensación era una reacción natural: a cualquiera le ocurriría lo mismo después de un día de tantas novedades.

Sin darle más vueltas, se puso enseguida en marcha y su cabeza empezó a dar forma a un montón de planes e ideas para el traslado que se avecinaba.

Las secretarías de Boyle, Carlton & Sessler notaron que a Kevin le sucedía algo. Éste lo advirtió en la cara de Myra cuando entró en la oficina.

—Myra, ¿está el señor Boyle?

Los grandes ojos castaños de la mujer lo examinaron, pero él exhibía una sonrisa hermética como una máscara.

—Sí.

—Pregúntele si puedo verlo dentro de unos diez minutos, por favor. Estaré en mi despacho.

Al llegar a éste, le sorprendió lo pequeño, insignificante e incluso sofocante que lo encontraba en ese momento. Casi se le escapó una carcajada cuando entró en él. Las dimensiones de la mesa eran la mitad de la que tenía en John Milton & Associates. Se sintió como quien de la noche a la mañana pasa de tener un Chevy o un Ford a conducir un Mercedes.

¿Y qué había allí esperando desde que resolviera con éxito el asunto de Lois Wilson? Echó un vistazo a los expedientes que había en la mesa... el del adolescente que se paseó en coche sin autorización, el testamento que debía redactar para los Benjamín y el caso de la multa de tráfico de Bob Paterson por exceso de velocidad. ¡Bravo!

Se reclinó en la silla y puso los pies encima de la mesa. Adiós a este despacho, pensó. Adiós a las frustraciones, a los ensueños y las envidias; adiós a las mentalidades provincianas sin futuro.

¡Hola, Nueva York!

Myra lo llamó por el teléfono interior.

—El señor Boyle lo atenderá ahora, señor Taylor.

—Muchas gracias, Myra —soltó casi cantando.

Se levantó con rapidez, aspiró fuerte escondiendo el estómago, echó un vistazo alrededor una vez más y se dirigió al despacho de Sanford Boyle para comunicarle que abandonaba el bufete.

—Ya veo. Así que aquella oferta de que hablabas te ha salido bien, ¿eh? —Las cejas de Boyle se volvieron hacia dentro, como gusanos que se hubieran puesto en movimiento.

—Y ganaré el doble que aquí, aunque hubiera sido socio de pleno derecho, Sanford. —Las cejas de Boyle estuvieron a punto de saltar de su cabeza—. Es en John Milton & Associates.

—La verdad es que no he oído nunca hablar de ellos, Kevin —dijo Sanford Boyle.

Kevin se encogió de hombros. La respuesta no lo sorprendió. Se quedó con las ganas de decirle: «Usted y sus socios de “pleno derecho” no saben gran cosa de lo que ocurre en el mundo que hay fuera de su pequeña y preciosa Blithedale, pero créame, Sanford, ahí fuera existe un mundo más grande, más diverso y mucho más interesante que este pueblo».

No lo dijo; gracias a las advertencias de Miriam sobre la arrogancia, mantuvo el control. En vez de ello, volvió a su despacho y empaquetó la mayor parte de sus pertenencias personales. Myra, Mary y Teresa no acudieron a desearle buena suerte. Cuando llevó las cosas al coche, miró hacia arriba con el desengaño y la desaprobación en los ojos. En pocas palabras resumió mentalmente la censura de que había sido objeto. No toleraban la ambición, eran bucólicos, de miras estrechas y

mezquinos. «Mentalidades típicamente pueblerinas —pensó—, que me condenan por querer mejorar mi suerte en la vida de manera rápida y espectacular». Estaba seguro de que ellos le consideraban un desagradecido. «Y esperan que me caiga de cabeza. Menuda sorpresa se llevarán cuando lean sobre mí en el *New York Times* tan pronto como empiece el caso Rothberg.»

Cuando se metió en el coche tuvo una sensación de regocijo y de alivio. Pero Mary Echert no pudo aguantar la indignación, igual que las otras dos, y tuvo que salir fuera a despedirse de él.

—Todos estamos muy disgustados y lamentamos que las cosas hayan acabado así, señor Taylor —manifestó.

—Esperaba que alguien se alegraría por mí, Mary. Porque la verdad es que no me voy al infierno. —Entró en el coche y cerró la puerta. Ella permaneció allí, con las manos cruzadas y mirándolo. Entonces Kevin bajó la ventanilla—. De todas formas, le agradezco todo lo que ha hecho. Usted siempre ha sido una secretaria eficiente y competente, Mary, y la aprecio de verdad. —No pudo evitar un cierto tono condescendiente; le salió de modo natural. Ella asintió, con el rostro muy serio. El puso el motor en marcha, y la mujer se volvió. De repente se dio la vuelta, como si hubiera recordado algo.

—No iba a decírselo —soltó ella—. Por teléfono fue muy desagradable.

—¿Quién?

—Gordon Stanley, el padre de Barbara Stanley.

—Oh, ¿y qué dijo? Aunque no es que ahora importe demasiado.

—Dijo que usted algún día se dará cuenta de lo que ha hecho y se aborrecerá a sí mismo —contestó Mary. Él se dio cuenta de que para ella aquello era lo apropiado para la ocasión, como si le entregara una típica tarjeta de felicitaciones o algo por el estilo. Se limitó a mover la cabeza y arrancó, dejando allí a la secretaria que observaba al coche mientras se alejaba.

Esto introdujo una nota negativa y dejó algo maltrecho su estado de ánimo. Pero, por suerte, John Milton venía a rescatarlo, casi como si conociera los problemas por los que iba a pasar. Cuando llegó a casa, Miriam le saludó desde la puerta. Su expresión era tan luminosa y embelesada como la primera vez que apareció ante sus ojos el apartamento de Nueva York.

—Oh, Kevin. ¡No te lo puedes ni imaginar! ¡Qué atenciones!

—¿Qué?

—Mira —dijo ella, conduciéndolo a la sala de estar—. Lo han traído poco después de que tú te fueras. —Encima de la mesa había un enorme ramo de docenas de rosas de color rojo sangre—. ¡Y me las ha enviado a mí!

—¿Quién?

—El señor Milton, tonto. —Cogió la tarjeta y la leyó—: Para Miriam, en el principio de una vida nueva y maravillosa. Bienvenida a nuestra familia. John Milton.

—¡Caramba!

—Oh, Kevin, nunca creí que pudiera llegar a ser tan feliz.

—Tampoco yo —dijo él.

Y como una antorcha que se consumiera en la oscuridad, el oportuno regalo de John Milton redujo a cenizas todas las dudas que pudieran quedar respecto a abandonar Blithedale.

Cuando Kevin y Miriam llegaron al apartamento con los hombres de las mudanzas, Norma y Jean ya los estaban esperando, dispuestas a ayudar, vestidas con vaqueros y sudaderas y con las mangas remangadas.

—¡Oh, qué amables! —exclamó Miriam.

—No digas tonterías —replicó Norma—. Somos como los Tres Mosqueteros. —Se agarraron de un brazo y gritaron—: Uno para todos y todos para uno. —A Miriam se le escapó la risa, y empezaron las tres a desempaquetar lo que había en las cajas de cartón mientras Kevin dirigía a los hombres que subían los muebles. Tan pronto como hubieron instalado el equipo estéreo en la sala de estar, Norma llevó el dial a una emisora de música un poco pasada de moda, y ella y Jean se pusieron a cantar contagiando a Miriam con su actitud festiva, riendo y bailando mientras trasladaban cosas de un sitio a otro. Kevin movía la cabeza y sonreía. Las tres se comportaban como si se conocieran de toda la vida.

Ver a Miriam así le hacía sentirse muy feliz. En Blithedale, las amigas de ella eran serias, muy tradicionales. Aunque le apeteciera, Miriam casi nunca tenía la oportunidad de dejarse ir y hacer tonterías.

Encargaron unas pizzas e hicieron un descanso para comer. Después Kevin se duchó y se cambió para poder ir un rato al despacho. Las mujeres se quedaron discutiendo el mejor emplazamiento para cuadros, fotos y todo tipo de chucherías, y volvieron a cambiarlo todo de sitio. Cuando Kevin estaba listo para irse se detuvo en el umbral de la sala de estar y anunció su marcha.

—De todos modos, tengo la sensación de que todo será más fácil si no estoy presente —declaró. Nadie puso ninguna objeción—. ¿Nadie va a pedirme que me quede? —Las tres mujeres, todas con la misma expresión en el rostro, se detuvieron y le miraron como si él fuera algún extraño que hubiera entrado sin llamar desde el pasillo—. Vale, de acuerdo, no os pongáis de rodillas, es algo que no soporto. Hasta luego, cariño —dijo, al tiempo que besaba a Miriam en la mejilla.

Al cerrar la puerta del apartamento, oyó las risas de las chicas y se dirigió al ascensor. Alentado por lo bien que iba todo, se sintió lleno de entusiasmo y con unas ganas enormes de llegar al despacho.

En el preciso momento que pulsó el botón del ascensor, oyó que se abría y cerraba una puerta al final del pasillo. Se volvió y vio a una mujer que salía del apartamento de los Scholefield. Se imaginó que sería Helen, la esposa de Paul. Llevaba un cuadro envuelto en un papel marrón. Como quien se halla en estado de trance, se movía despacio, con pasos pausados. Cuando salió de la penumbra y llegó a la zona iluminada, Kevin distinguió sus rasgos físicos.

Era una mujer alta, casi tanto como Paul, con el cabello de color pajizo y la tez

blanca. Llevaba el pelo prendido con pasadores a los lados y cepillado hacia abajo justo hasta el centro de las paletillas. Aunque parecía andar un poco rígida, su porte era majestuoso. Lucía una blusa blanca de algodón, con cuello y mangas con volantes. La blusa era tan fina que se podía apreciar con facilidad la exuberancia de sus pechos. Estos eran altos y firmes y, aunque llevaba una falda larga con flores estampadas, advirtió que sus piernas eran largas, y sus caderas esbeltas. Las sandalias de cuero negro iban sujetas con correas que se anudaban en los tobillos.

Se abrió la puerta del ascensor, pero Kevin había quedado tan hipnotizado por la mujer que no se dio cuenta de que se cerraba de nuevo. Helen se volvió hacia él, con una sonrisa que empezaba en torno a una mirada suave y acuosa y se desplazaba rápidamente hacia los labios de color anaranjado claro. En el puente de la nariz y en la parte superior de las mejillas había unas minúsculas pecas de color albaricoque. En las sienes la piel era tan fina que se adivinaba el entramado de pequeñas venillas.

Kevin saludó con un gesto.

—¿Es usted la señora Scholefield?

—Sí, y usted es el nuevo abogado —respondió ella, expresándolo con tal firmeza que parecía clasificarlo para toda la vida.

—Kevin, Kevin Taylor. —Él extendió la mano, y ella la estrechó con la que tenía libre. Los dedos de la mujer eran largos pero delicados. La palma de la mano era tibia, quizás algo caliente; la mano de alguien que tiene fiebre. En las mejillas se apreciaba un ligero rubor.

—Precisamente me dirigía a su apartamento con un presente de bienvenida. —Alzó el cuadro para indicar a qué se refería. Al estar envuelto, Kevin no vio qué tipo de pintura era—. Lo he hecho especialmente para ustedes.

—Muchas gracias, es muy amable. Miriam ya me ha dicho que es usted artista. Miriam es mi esposa... —dijo—. Cuando vinimos a ver el apartamento, Norma y Jean llamaron y entraron, y después Miriam se quedó con ellas, supongo que chismorreando sobre todo lo habido y por haber. No es que los hombres no lo hagamos también, sólo que... —De repente tuvo la sensación de que estaba parloteando como un tonto y se calló. Ella no dejó de sonreír, aunque sus ojos se entrecerraron mientras recorrían la cara de Kevin—. Están todas allí dentro —añadió, señalando su puerta—, en el apartamento... haciendo rodar los muebles una y otra vez. —Entonces estalló en una carcajada.

—No tengo la menor duda. —Ella le miró a los ojos con tanta atención que él se sintió cohibido y asintió tímidamente.

—Tengo que... tengo que ir un rato al despacho.

—Sí, claro.

Kevin pulsó de nuevo el botón.

—Estoy seguro de que nos veremos mucho a partir de ahora —dijo al abrirse las puertas otra vez.

Helen no respondió. Tan sólo cambió sus pies de posición para poder mirar a

Kevin cuando éste ya estaba dentro del ascensor y antes de que se cerraran las puertas. Para él, la expresión de la mujer movía a la compasión. Le hizo pensar en un minero que está a punto de bajar a las entrañas de la tierra para contraer silicosis.

Estaba claro que había un gran contraste con las otras dos. A Helen se la veía abatida, seguramente por lo que había dicho Paul... era tímida, introvertida. Y sin embargo, le resultaba extraño que alguien concentrara tanto su mirada en él. Quizá se debía en parte a que era una artista. Ya se sabe, concluyó Kevin, los artistas siempre están examinando los rostros de las personas, buscando nuevas ideas, nuevos temas. Bueno, ¿qué más da? Aunque lo cierto es que la encontró bastante atractiva. En su cara había una dulzura y una tranquilidad de espíritu que le daban un aspecto angelical. Y aunque la había visto sólo unos instantes, quedó intrigado por el secreto de sus largas piernas y de sus pechos firmes. Le gustaban las mujeres que tenían un atractivo sutil. Las que trabajaban en el bufete de John Milton eran seductoras, pero todo era tan visible que no había nada especial en ellas. «Su erotismo es superficial», pensó. Sí, eso es. Helen Scholefield no era frívola ni superficial.

Sacudió todos esos pensamientos de su cabeza y se apresuró a través del vestíbulo hasta la limusina, que ya le estaba esperando.

Todo el mundo, desde el portero hasta las secretarias, le saludó con tanta efusividad y lo observó con tanta admiración en sus ojos que no pudo evitar el sentirse muy importante. No habían pasado ni cinco minutos cuando John Milton le llamó y le pidió que fuera a su despacho.

—¿Todo va bien, Kevin?

—Perfecto. Y Miriam me advirtió que no se me olvidara darle las gracias por esas rosas preciosas. Ha sido muy amable de su parte.

—Me alegro de que le gustaran. Tienes que acordarte de hacer cosas como ésta, Kevin —le aconsejó en tono paternal—. A las mujeres les gusta que las mimen. No te debes olvidar de decirle lo importante que es ella para ti. En el paraíso, Adán desatendió a Eva y al final lo pagó caro.

Kevin no sabía si reír o asentir. John Milton no sonreía.

—Lo tendré en cuenta.

—De todas formas, estoy seguro de que tratas bien a tu mujer, Kevin. Siéntate —dijo John Milton, reclinándose—. Bien, todo ha ocurrido como te conté que estaba previsto. Esta mañana han detenido y fichado a Stanley Rothberg, y lo han acusado del asesinato de su esposa. Aparecerá en los periódicos y noticiarios durante todo el día y toda la noche.

Kevin contuvo la respiración. Simplemente iba a ocurrir, así de sencillo. Iba a llevar lo que muchos abogados considerarían sin ninguna duda el caso más apasionante de su carrera. «Muchos trabajan años para lograr algo así, y la mayoría sin éxito», pensó.

—Sé que ahora estás muy ajetreado con el traslado y todo eso, pero ¿crees que estarás listo para tener una reunión con Rothberg mañana por la mañana?

—Desde luego —respondió Kevin. Si hacía falta trabajaría todo el día y toda la noche.

—Como te dije, tendrás que estudiar todos los aspectos del caso, y demostrarle que estás preparado y que vas a representarlo y defenderlo con toda la agresividad posible.

—Así lo haré.

—Bien. —John Milton sonrió, con los ojos brillantes—. Ésa es la actitud que esperaba de ti. Venga, no quiero hacerte perder más tiempo, y no dudes en llamarme para cualquier duda que tengas. Por cierto —añadió mientras buscaba algo en el cajón superior de su mesa y sacaba una tarjeta—, éste es el número de teléfono de mi casa. No está en la guía, por supuesto.

—Oh, gracias. —Kevin lo cogió y se puso de pie—. ¿A qué hora vendrá Rothberg?

—La entrevista será a las diez en la sala de reuniones.

—De acuerdo. —Kevin tragó saliva. El corazón le latía con fuerza por la emoción—. Será mejor que me ponga a trabajar enseguida. Gracias por su confianza en mí —añadió, y salió del despacho.

Wendy le había dejado encima de la mesa los documentos que él le había pedido. En primer lugar leyó todo lo referente a la diabetes, a fin de familiarizarse con los síntomas y los tratamientos.

A continuación pasó a la enfermera de Maxine, una mujer negra de cincuenta y dos años llamada Beverly Morgan, que también había estado al cuidado de la madre de Maxine en sus últimos años de vida, desde que ésta sufrió un ataque de apoplejía. Su experiencia como enfermera era impecable, aunque su vida personal estaba salpicada de hechos trágicos. Tenía dos hijos, pero su marido la había abandonado cuando los niños eran pequeños. Uno de ellos, cuando tenía poco más de veinte años, ya presentaba un buen número de antecedentes criminales y había estado encarcelado en un par de ocasiones. Había muerto de sobredosis de heroína cuando sólo tenía veinticuatro años. El otro se había casado y tenía dos hijos y, al igual que su padre, había abandonado a su familia y en ese momento estaba trabajando en la costa oeste.

Por lo visto aquella vida de sufrimiento había podido con ella y, aunque no se podía considerar una bebedora empedernida, le daba a la botella lo bastante para atraer la atención. ¿Por qué, si no, habían descubierto los investigadores del señor Milton los incidentes en el bar del hotel y el hecho de que ella guardaba una botella en la habitación? No es extraño que el señor Milton le sugiriera el análisis de toda esa información. Era fácil que la enfermera hubiera cometido un error con la insulina de Maxine Rothberg. En fin, todo ello proporcionaba un buen pretexto para desviar la atención, algo que desconcertara al jurado y desvirtuara el enfoque de la acusación. Si el fiscal trataba de utilizar a Beverly Morgan como testigo contra Stanley Rothberg,

él sabía ya cómo desacreditar su declaración.

El aspecto que pintaba peor de toda la historia era la aventura de Stanley Rothberg. Según lo que había leído hasta el momento, al parecer el asunto había empezado más o menos cuando Maxine cayó enferma. Kevin tendría que diseñar una estrategia sobre la cuestión. Inicialmente, tuvo la impresión de que Stanley debía confesarlo rápidamente para así dejar despejada la línea argumental de que su cliente no podía abandonar a su esposa, sobre todo cuando ella estaba enferma, pero que también, como hombre, tenía unas necesidades que satisfacer. «Sí, estableceré un razonamiento en torno esas premisas», pensó. Los jurados valoran mucho la sinceridad, incluso cuando alguien está confesando una acción inmoral. Se imaginó a Rothberg hecho pedazos en el estrado, lamentando pesaroso la tragedia de su vida. Stanley Rothberg había amado, se había divertido, pero, ¡ay!, cuánto había sufrido.

Sonaron los violines. Kevin sacudió la cabeza. «Mira —le dijo a su conciencia—, podría ser verdad; podría muy bien ser así como sucedió». Todavía tenía que hablar con Rothberg y decidir qué hacer, pero su punto de vista de hombre le convenció de que el alegato era verosímil.

Abrió la tercera carpeta para enterarse del historial clínico de Maxine Rothberg y comprobó enseguida que su médico, el doctor Cutler, podría ser un testigo eficaz para la defensa. Tendría que declarar que le había dado instrucciones a Maxine Rothberg sobre el modo de inyectarse ella misma la insulina y la dosis precisa. Al parecer, también tendría algún comentario negativo que hacer sobre Beverly Morgan, sugiriendo con claridad que debía haber sido sustituida. Evidentemente, aún tenía que examinar el planteamiento de la acusación, pero toda esa información previa reforzó la confianza en sí mismo.

Al oír que alguien llamaba a la puerta, levantó la vista. Paul Scholefield asomó la cabeza.

—¿Cómo va todo?

—Oh, muy bien, estupendamente. Entra.

—No quiero interrumpir. Sé que te ha caído en las manos un asunto gordo.

—Gordo no es la palabra. ¡Es el caso Rothberg!

Paul se sentó sonriente, y a Kevin le pareció que no se sorprendía demasiado.

—Ya sabes, el caso que ha estado en primera plana las últimas dos semanas, más o menos —subrayó.

Paul hizo un gesto de confirmación.

Es el sistema del señor Milton. Cuando tiene confianza en alguien...

Kevin miró la puerta abierta y entonces se inclinó sobre la mesa para hablarle a Paul en voz baja.

—Paul, aunque pueda sonar desagradecido o falsamente modesto, no entiendo por qué John Milton me tiene tanta confianza. Apenas me conoce, y además el tipo de trabajo que yo he hecho hasta ahora...

—Todo lo que sé es que todavía no se ha equivocado con ninguna persona, y eso

vale tanto para nosotros como para cualquier cliente o testigo. En todo caso, si necesitas ayuda puedo echarle una mano...

—Pero tú ya tienes tus propios asuntos...

—No importa. Aquí todos tenemos tiempo para ayudarnos unos a otros. Cada uno tiene sus propios expedientes, pero cuando hace falta aunamos esfuerzos. El señor Milton considera que cada uno de nosotros somos como los tentáculos de un pulpo. Y en cierto modo es así: alimentando al bufete nos alimentamos a nosotros mismos. Bueno, ¿qué tal marchan las cosas en el apartamento?

—Fantásticamente bien. A propósito, mientras esperaba el ascensor he conocido a tu esposa.

—¿Ah, sí?

—Una mujer muy atractiva.

—Sí, es verdad. Nos conocimos en Washington Square. Creo que antes de mirarla ya me había enamorado de ella.

—Emana una especie de paz.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Paul, sonriendo—. Recuerdo lo apasionado que yo estaba al principio de casados. Ya sabes, en nuestro trabajo todo son tragedias, te parece que arrastras el mundo sobre tus espaldas. Pero cuando llegaba a casa, era como si lo dejara todo tras la puerta. —Kevin lo miró un instante. Le complacía comprobar que otro hombre amaba a una mujer tanto como él amaba a Miriam.

—Nos traía un cuadro, algo que ella había hecho especialmente para nosotros.

—¿En serio? Lo ignoraba, no había observado nada nuevo. —Parecía que la información lo había perturbado. Vaciló un momento y después bajó la mirada.

—¿Pasa algo malo?

—Me temo que sí. Ayer nos dieron una mala noticia.

—Oh, lo siento. ¿Hay algo que podamos hacer?

—No, la cuestión no es ésta. Hemos intentado tener niños y no ha salido bien. El médico de Helen ha confirmado que ella... no puede quedar embarazada.

—Oh, lo lamento.

—Son cosas que pasan. Como ha dicho el señor Milton esta mañana cuando se lo he hecho saber, hay que empezar de nuevo. Y jugar con las cartas que te han dado.

—Creo que es un buen consejo.

Por un momento, Kevin se planteó cómo reaccionaría si descubriera que él o Miriam eran estériles. Siempre había sido muy importante para él tener un hijo. Al igual que cualquier otro futuro padre joven, había soñado a menudo con llevar a su hijo a ver partidos de béisbol o con comprarle muñecas a su hija. Desde el día del nacimiento ya empezaría a ahorrar para que pudieran ir a la universidad. Él y Miriam habían decidido que querían al menos un niño y una niña, y que llegarían a intentarlo hasta cuatro veces. Con el dinero que él iba a ganar, se podrían permitir tener cuatro niños.

—Sí, bueno, estamos pensando en adoptar uno.

Kevin asintió.

—¿Qué le pasó al niño de los Jaffee?

—Se lo quedó el hermano de Richard; también es abogado, o sea que ya te puedes imaginar. Le dijo al señor Milton que haría todo lo que estuviera en su mano para que el hijo Richard siguiera los pasos de su padre.

¿El señor Milton lo conocía?

Se hizo cargo de él después del... del suicidio de Richard. El hombre es así. Bueno —dijo, levantándose—, te dejo con tu trabajo. Que vaya bien. Ah, por cierto —se volvió desde el umbral de la puerta—, por ahí se dice que muy pronto el señor Milton organizará una fiesta en tu honor en su ático. Y créeme, cuando John Milton celebra una fiesta, la cosa es el no va más.

Agotada, Miriam se reclinó en el sofá. Dejando aparte el rato que había dedicado a comer, desde que se había levantado por la mañana no había parado ni un minuto. Norma y Jean eran de gran ayuda, pero al final se habían puesto muy pesadas discutiendo quién de las dos sería la primera en invitar a Kevin y a ella a cenar por primera vez. Ya harta, Miriam les propuso que lanzaran una moneda al aire, y ganó Norma. De modo que Kevin y ella irían a cenar a casa de Norma al día siguiente por la noche, y a casa de Jean, dos noches después.

Sin embargo, los momentos más delicados de la tarde tuvieron que ver con la visita de Helen Scholefield. De entrada, fue muy extraña la forma en que apareció de repente, como si fuera un fantasma. Ninguna de las tres había oído el timbre ni que entrara nadie. Norma, Jean y ella precisamente habían parado un momento después de haber estado arrastrando el sofá de un lado a otro de la sala de estar, riendo a carcajadas ante su manifiesta indecisión. Miriam notó que había alguien más en la habitación y dirigió la mirada hacia la puerta. Por un momento creyó que Kevin había vuelto porque se había olvidado algo.

Y allí estaba ella, agarrando el cuadro contra su cuerpo y mirándolas con una expresión dulce pintada en el rostro. A Miriam le hizo pensar en una mujer mayor que sonriera con envidia al observar a unos niños mientras jugaban.

—¡Oh! —exclamó Miriam. Rápidamente miró a las otras chicas.

—Helen... —le dijo Norma—. No te hemos oído entrar.

—¿Cómo estás? —preguntó enseguida Jean.

—Bien —contestó, y dirigió su atención a Miriam—. Hola.

—¿Qué tal?

—Helen, te presento a Miriam Taylor —dijo Norma con rapidez—. Miriam, ella es Helen Scholefield.

Miriam asintió.

—Le he traído algo, un regalo de bienvenida. —Helen dio unos pasos adelante y le entregó el cuadro envuelto—. Espero que le guste.

—Gracias.

—Estoy segura de que lo ha pintado ella misma —soltó Jean.

Miriam levantó la vista rápidamente del paquete.

—Sí, lo he hecho yo, pero no tenga reparo en decir que no le gusta. Mi pintura es especial... diferente. Sé que no todo el mundo la sabe apreciar —señaló mientras miraba intencionadamente a Norma y Jean.

Miriam fijó sus ojos en Helen pensando que, caso de ser así, no tenía sentido regalar una pintura propia a unos desconocidos. ¿Por qué no averiguar primero si ellos eran capaces de valorar el tipo de arte que practicaba?

—Kevin y yo no tenemos ninguna obra de arte para colgar. Y me temo que en esta materia somos bastante ignorantes.

—Pero ya no lo seréis más —advirtió Norma.

—Tal vez Helen también quiera venir con nosotras esta semana al Museo de Arte Moderno —dijo Jean. Todos los ojos se fijaron en Helen, que les dedicó una amplia sonrisa.

—Quizá —contestó con un tono indeciso.

—¿Le apetece una taza de café? —preguntó Miriam, sin desenvolver aún el cuadro.

—Oh, no, por favor. Está muy ocupada.

—¿Por qué no descansamos un rato? —propuso Jean—. Nos vamos a volver medio tontas de tanto mover muebles de un lado a otro.

—De todas formas, no puedo quedarme —dijo Helen—. Tengo hora de visita con el médico.

—Oh, lo siento —replicó Miriam.

—Sólo quería pasar un momento y saludarla.

—¿Por qué no viene más tarde, cuando haya regresado? —sugirió Miriam.

—Sí —dijo Helen, aunque la promesa o la esperanza estaban ausentes de su voz. Entonces echó un vistazo alrededor—. Su apartamento va a quedar precioso, tan precioso como —miró a Norma y después a Jean—... como los nuestros.

—Estoy muy ilusionada con la idea de vivir aquí... las vistas, la proximidad a tantos museos y buenos restaurantes...

—Sí. Estamos cerca de todo, tanto de cosas buenas como de cosas malas.

—No queremos pensar en nada malo —espetó Jean, con un tono de reproche.

—No... claro, ya lo supongo. ¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Por qué iba a hacerlo nadie? —preguntó de un modo artificioso. De pronto pareció como si la mujer estuviera sola, pensando en voz alta. Miriam miró a Norma, quien movió la cabeza con un gesto significativo. Jean alzó los ojos hacia el techo y después apartó la mirada.

—¿Te va a llevar Charon a tu cita con el médico? —le preguntó Norma, con un interés evidente en que se largara.

—Charon nos lleva a todas partes —respondió Helen—. Éste es su cometido.

Los ojos de Miriam se abrieron como platos. Qué manera más rara de expresarlo», pensó.

—Pues a lo mejor te está esperando abajo —sugirió Jean.

Miriam observó que la expresión dulce y enigmática de Helen daba paso a otra de acusada complicidad cuando fijó la atención en las dos mujeres. A continuación sonrió cordialmente otra vez y se volvió hacia Miriam.

—Lamento que mi primera visita haya sido tan corta, pero quería asegurarme de pasar y saludarla antes de ir al médico.

—Gracias. Y gracias también por el cuadro. Pero si ni siquiera lo he desenvuelto... Vaya descortesía. Sólo estaba...

—No se apure —dijo Helen con rapidez. Tocó la mano de Miriam, y ésta la miró a los ojos y vio lo que seguramente era una angustia mental insoportable—. Es diferente —admitió—, pero tiene un significado.

—¿De verdad? Qué interesante... —En ese momento empezó a desenvolverlo. Helen dio un paso atrás y observó a Norma y Jean, que tenían la atención concentrada en el paquete. Después de quitar todo el papel, Miriam levantó el cuadro.

Durante un largo rato, nadie abrió la boca. Los colores estaban llenos de vitalidad; eran tan brillantes que parecía como si hubiera una bombilla encendida detrás de la tela. Al principio Miriam no sabía cómo había que mirarlo, pero dado que Helen no hizo ninguna objeción supuso que lo estaba sosteniendo en la posición correcta.

En la parte superior, se advertían largas y suaves pinceladas de color zafiro que surgían de una hostia situada en el centro, la cual tenía el color y la textura de la oblea de la comunión. Inmediatamente debajo del azul había una zona de color verde oscuro que adoptaba la forma de una empalizada, de extremos puntiagudos, y la pendiente muy empinada. Asomando por la empalizada había una figura de mujer maleada y deformada hasta haber adquirido una forma líquida, aunque mostraba una cara bien definida en la que se advertía una expresión de agonía y terror mientras el cuerpo se salía por encima del borde de la valla y caía hacia lo que parecía ser un mar de sangre hirviendo. Había también minúsculas burbujas, del color blanco de los huesos, que surgían de ese mar.

—Bueno —dijo Norma—, desde luego tiene un significado.

—¡Vaya colores! —exclamó Jean.

—Nunca había visto nada igual —intervino Miriam, y acto seguido se preguntó si el comentario habría sonado negativo—. Pero yo...

—Si no lo quiere, lo entenderé perfectamente —precisó Helen—. Ya le he dicho que mi pintura es especial.

—No, no, sí lo quiero. Desde luego que sí. Y la verdad es que también tengo ganas de ver la reacción de Kevin... la de cualquiera. —Se volvió hacia Helen—. Es claramente una de esas cosas que despierta la atención y suscita en todo el mundo el interés por hablar de ella, Gracias. —Miró fijamente a Helen durante un instante—. Era algo muy especial para ti, ¿verdad? —Sí.

—Esto lo hace incluso más valioso para mí —dijo Miriam, intentando parecer sincera, si bien se dio cuenta de que sonaba algo paternalista—. En serio —añadió.

—Si no lo es ahora, lo será —soltó Helen con un tono profético. Miriam miró a Norma y Jean. Ambas apretaban los labios como si quisieran contener la risa—. Bueno, siento tener que irme tan pronto, pero...

—Oh, no, no... ya lo entiendo. —«Más de lo que te imaginas», pensó Miriam—. Ya nos veremos otro día. Tan pronto nos hayamos instalado, Paul y tú tenéis que venir un día a cenar. —Helen sonrió como si Miriam hubiera dicho algo ridículo.

—Gracias —dijo, y salió.

—Gracias a ti. —Las palabras de Miriam sonaron cuando Helen ya estaba en el pasillo. Nadie dijo nada hasta que se cerró la puerta; En ese momento Norma y Jean se miraron una a la otra y prorrumpieron en una sonora carcajada. Miriam movía la cabeza y sonreía.

—¿Qué voy a hacer con esto?

—Mételo en el armario del pasillo.

—O en la puerta de entrada, por la parte de fuera —sugirió Jean—. Servirá para disuadir a ladrones y vendedores de enciclopedias.

—Me ha dado mucha pena, está realmente trastornada. Este cuadro... —Lo alzó de nuevo—. Es como una pesadilla.

—Tiene un significado —soltó Norma con sarcasmo, y ella y Jean volvieron a reír.

—Sí, dice «¡aarrg!» —exclamó Jean, agarrándose la garganta con las manos y dejándose caer sobre las rodillas. Norma y Miriam no pudieron evitar la risa.

—Simplemente lo dejaré en el rincón hasta que vuelva Kevin. Tan pronto como lo vea, entenderá por qué prefiero no colgarlo.

—No obstante, has estado estupenda —dijo Norma—. La has controlado muy bien.

—Supongo que iba a ver a su psicólogo.

—Sí. Paul está muy ocupado... Siento pena por él. Pero nosotras hemos tratado de ayudar, ¿verdad, Jean?

—Cuatro semanas después de la muerte de Gloria llamamos a Helen y la invitamos a salir por ahí con nosotras, pero prefirió permanecer encerrada en casa, pensativa y melancólica. Al final, el señor Milton convenció a Paul de que hiciera algo. Si ahora crees que es rara, tendrías que haberla visto justo después de la muerte de Gloria. Un día vino a mi apartamento y se puso histérica, y empezó a decir a voz en grito que teníamos que irnos todos de aquí, que corríamos peligro... como si fuera el edificio el que hubiera provocado la muerte de Gloria y el suicidio de Richard. Yo no entendía nada de lo que estaba farfullando y al final llamé a Dave. Él localizó a Paul, y éste vino y se la llevó.

—Llamaron a un médico que le recetó unos sedantes —prosiguió Norma—. Está claro que todavía está bajo sus efectos.

—Estaría muy unida con Gloria Jaffee.

—No más de lo que lo estábamos nosotras —soltó Jean con aspereza, mostrándose ofendida.

—Sólo pensaba...

—Lo que pasa es que es... tan sensible... —explicó Norma, colocándose el dorso de la mano derecha en la frente—. Porque claro, es una artista y el alma de un artista se encuentra en continua agitación. A pesar de todo —continuó, adoptando el tono de un profesor universitario pedante—, detecta la ironía trágica que subyace a todas las cosas. —Y suspiró.

—De todas formas, no puedo evitar sentir pena por ella —dijo Miriam, al tiempo que dirigía la mirada hacia la puerta como si Helen todavía estuviera allí.

—Y nosotras también —replicó Jean—. Lo que pasa es que ya estamos un poco cansadas de todo esto. Es un auténtico muermo. De acuerdo, Gloria Jaffee tuvo un final trágico y el suicidio de Richard fue algo horrible, pero todo pertenece al pasado y ya no podemos hacer nada por volver atrás.

—Tenemos que seguir viviendo —añadió Norma.

—Lo mejor es mostrarnos vitales y animadas siempre que Helen esté con nosotras —sugirió Jean—. Nos lo aconsejó el señor Milton, ¿te acuerdas, Norma?

—Claro que me acuerdo. Bueno... —Miró su reloj—. Creo que voy a ducharme y a preparar la cena.

—Yo también —dijo Jean.

—No sé cómo daros las gracias.

—No te preocupes, ya encontrarás la manera —soltó Norma, y todas se echaron de nuevo a reír.

Miriam pensó que era fantástico sentirse así de feliz. Y esas dos podían lograr que cualquiera se sintiera así rápidamente. Antes de que se fueran las abrazó.

Tan pronto como hubieron salido, Miriam se dejó caer pesadamente en el sofá y cerró los ojos. Seguramente se quedó dormida porque la siguiente cosa que vio fue a Kevin de pie frente a ella, sonriendo y moviendo la cabeza. Todavía llevaba el maletín en la mano.

—Escaqueándote del trabajo, ¿eh?

—Oh, Kev. —Se frotó la cara con las palmas de las manos y miró alrededor—. Me habré quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Las seis y algo.

—¿En serio? Pues vaya cabezadita. Norma y Jean se han ido hace más de una hora.

—Pero por lo que veo habéis currado un montón —soltó, echando un vistazo—. Te mereces una magnífica cena en un restaurante. Mientras venía hacia aquí en la limusina, Dave y Ted me han hablado de uno que está a tan sólo un par de bloques hacia el oeste, un italiano pequeño que lo lleva una familia, muy sencillo y todo con un toque casero. Suena tranquilo de verdad, ¿no? —Sí.

—Vamos a ducharnos... juntos.

—Kevin, si hacemos eso, pasarán siglos antes de que cenemos.

—De esto no me cabe duda —dijo él, acercándose a ella y levantándola del sofá. Se abrazaron y se besaron—. Después de todo, hemos de estrenar el dormitorio: hoy será nuestra primera noche. —Ella rió y le besó en la punta de la nariz. Acto seguido, cada uno rodeó con sus manos la cintura del otro y se pusieron en movimiento.

—Eh... —dijo Kevin de repente—. ¿Qué es esto? —preguntó, al tiempo que observaba el cuadro de Helen Scholefield. Miriam lo había dejado en el suelo, contra la pared del fondo.

—Kevin, la esposa de Paul ha venido un momento. Ha sido... un poco extraño. Ha traído este cuadro como regalo de bienvenida. No sabía qué hacer con él.

—No se habrá sentido mal por eso, ¿verdad? —inquirió él con rapidez.

—Por supuesto que no. Pero mira, Kevin. Es espantoso.

—Bueno, lo colgaremos durante un tiempo y después lo quitaremos.

—Seamos serios, Kevin. Yo no quiero tener esa cosa en una pared de mi casa. La gente...

—Sólo una temporada, Miriam.

—Pero si por su parte no habrá ningún problema. Ha reconocido que su pintura era especial, diferente, y que entendería que a alguien no le gustara.

—No puedes hacer esto —repitió él, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? Esta es mi casa, y soy yo quien ha de decidir lo que pongo y lo que no pongo en ella.

—No digo lo contrario, Miriam. —Kevin pensó por un instante—. Pero no quiero que Paul y Helen Scholefield resulten más heridos de lo que ya lo están.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando he salido me he encontrado con Helen en el pasillo y me he dado cuenta de que tenía problemas emocionales. Paul ha venido a mi despacho, hemos estado hablando y me ha contado que ayer tuvieron malas noticias. Al parecer ella no puede tener hijos. —Oh.

—Por si faltaba algo...

—Ya... —Entonces ella miró el cuadro—. No es extraño que pinte cosas como ésta. De acuerdo. Lo colgaremos durante un tiempo. Lo pondré en aquel rincón, donde no llamará demasiado la atención, lo que no quiere decir que vaya a pasar inadvertido demasiado rato a cualquiera que venga.

—Esto es una mujer —dijo Kevin, y la besó—. Ahora vamos a ver lo de la ducha esta, ¿no?

Ella sonrió, miró hacia atrás y meneó la cabeza.

—¿No es irónico, Kev? La tragedia de una mujer fue la de tener un hijo, y la de otra es no poder tenerlo.

—Sí. Bueno lo mejor es mostrarnos vitales y animados cuando Helen esté con nosotros —sugirió él.

La frase le sonaba, y Miriam entonces recordó que era precisamente la misma que habían pronunciado Norma y Jean.

—¿Es el señor Milton quien te ha dicho esto?

—¿El señor Milton? —Kevin no pudo contener la risa—. Sé que me he deshecho en alabanzas sobre ese tío, pero de verdad, Miriam, también sé pensar por mí mismo.

—Por supuesto que sí —replicó ella enseguida. Sin embargo, era algo realmente extraño.

Stanley Rothberg estaba sentado en la silla que se hallaba a la derecha del señor Milton. En el mismo momento que entró en la sala de reuniones, Kevin lo estudió con rapidez. No aparentaba cuarenta y un años sino bastantes más. Trataba de disimular la calva prematura de su coronilla peinándose de un lado al otro largas hebras de pelo de un color sucio. Aunque con su metro noventa largo era un hombre alto, exhibía en sus hombros una curva tan acentuada que casi parecía jorobado. Las bolsas que tenía bajo los ojos, las marcadas arrugas del rostro y la negra barba incipiente le daban el aspecto desabrido de un camarero de bar nocturno.

A pesar de lucir una chaqueta de sport y unos pantalones Pierre Cardin de color azul oscuro, Rothberg mostraba un aspecto desastrado que disparó todas las alarmas en la cabeza de Kevin. A éste no le gustaba la expresión soñolienta de los ojos de Rothberg; sabía que los jurados la interpretarían como una señal de culpa, engaño o malicia. Incluso la sonrisa del hombre le pareció totalmente falta de cordialidad: una comisura de la boca se levantaba más que la otra, lo que le daba un carácter burlón.

El padre de Kevin solía advertir a su hijo que nunca juzgara un libro por la cubierta. Para ilustrar esto se remitía a todos los clientes adinerados que tenía en su gestoría y que por la forma de vestir parecían pobres. Sin embargo, cuando volvió a utilizar esa expresión después de que Kevin ya se hubiera licenciado en derecho, éste se vio obligado a discrepar.

—Sé lo que quieres decir, papá —había replicado—, pero si yo tengo que llevar a uno de esos clientes ante un tribunal, haré que se vista de forma que parezca una persona distinguida. Los miembros de los jurados sí juzgan los libros por las cubiertas.

«Las primeras impresiones son con demasiada frecuencia las impresiones finales», pensó, y la primera impresión que tuvo de Stanley Rothberg fue la de que aquel individuo era culpable; parecía perfectamente capaz de empujar a su mujer a un precipicio. Tenía toda la pinta de ser egoísta, desdeñoso y desconsiderado.

—Stanley —dijo John Milton—, le presento a Kevin Taylor.

—Qué tal, señor Rothberg. —Kevin extendió la mano.

Rothberg la miró fijamente unos instantes y a continuación dibujó una amplia sonrisa mientras alargaba la suya por encima de la mesa para estrechar la de Kevin.

—Su jefe dice que es usted un joven muy prometedor. También dice que no debo preocuparme en absoluto por poner mi vida en sus manos.

—Haré lo que pueda, señor Rothberg.

—La cuestión está —replicó Rothberg con rapidez— en si lo que pueda será suficiente. —La sonrisa desapareció de su cara.

Kevin miró al señor Milton, cuyos ojos estaban tan concentrados en Kevin que

éste sintió como si estuvieran quemándole el alma. Se enderezó.

—Más que suficiente —replicó, incapaz de evitar un ligero tono de arrogancia—, y si me ayuda destrozaremos el planteamiento de la acusación de forma tan incontestable que no quedará ninguna duda de su inocencia. —Rothberg asintió sonriente.

—Esto está bien. —Entonces se volvió hacia John Milton—. Esto está bien —repitió, gesticulando en dirección a Kevin.

—Stanley, no le pondría en manos de Kevin si no tuviera una confianza absoluta en su capacidad para ganar el caso. Y además puede confiar en que tendrá a su disposición todos los recursos y medios de la oficina.

»La juventud de Kevin jugará además a su favor. Todo el mundo espera que usted contrate uno de los criminalistas más prestigiosos de la ciudad y que utilice su dinero para hacerse con los servicios de un bufete famoso, y en consecuencia obrar en concierto contra el ministerio público. Sin embargo, usted está seguro de su inocencia. No necesita un abogado caro que tenga una buena imagen en los medios de comunicación, sino uno competente que sea capaz de exponer los hechos con claridad y de oponerse a cualquier prueba circunstancial que sugiera su culpabilidad. Esto causará una gran impresión.

—Sí —confirmó Rothberg—. Sí, ya le entiendo.

—Lo que no saben ellos —prosiguió el señor Milton, sonriendo— es que Kevin está más preparado que la mayoría de los abogados de esta ciudad, que basan su actividad en el bombo publicitario que sus casos tienen en la prensa. Kevin tiene más oficio que nadie porque posee una intuición natural. —Milton observó a éste con admiración—. Cuando se trata de defender a sus clientes es tenaz e implacable. Si yo tuviera que comparecer ante un tribunal, me gustaría que me defendiera un abogado como él.

Aunque la adulación de John Milton sonaba sincera, Kevin se sintió incómodo. Casi parecía que le felicitaba por ser un asesino a sueldo. No obstante, Rothberg estaba impresionado.

—Ya, ya veo. Bien, muy bien. Entonces, ¿qué tengo que hacer para colaborar? —preguntó Rothberg.

—Esta es la actitud que hay que tener —soltó el señor Milton. Acto seguido se levantó—. Le dejo en las competentes manos de su abogado. Kevin, si me necesitas ya sabes dónde estoy. Podría desearle buena suerte, Stanley —dijo, mirando a Rothberg—, pero no es una cuestión de suerte sino de habilidad y oficio, cualidades que le sobran a quien va a encargarse de su asunto. —Le dio a Kevin una palmadita en la espalda—. Adelante. —Y se marchó.

Kevin hizo un gesto de asentimiento, se sentó y abrió el maletín para empezar a hacer precisamente lo que el señor Milton quería que hiciera: impresionar a Stanley Rothberg con su dominio del caso. Empezó analizando la enfermedad de Maxine y después hizo varias preguntas acerca de la enfermera. Se dio cuenta de que las

respuestas de Rothberg eran concisas y cautelosas; se estaba comportando como si ya estuviera en el estrado de los testigos mientras lo interrogaba el fiscal del distrito.

—Señor Rothberg, quiero que entienda...

—Llámeme Stanley. Vamos a tener que vernos muy a menudo...

—Stanley, quiero que entienda una cosa: para que yo pueda hacer mi trabajo lo mejor posible, no debe haber sorpresas.

—¿Sorpresas?

—No debe ocultarme nada que el fiscal pueda saber o utilizar.

—Desde luego, no pase cuidado. No ser sincero con mi abogado sería como declararme culpable.

—No siempre es la culpa la causa de que las personas sean reservadas o digan la verdad a medias. A veces se puede tener miedo de parecer culpable si se da a conocer un hecho determinado, y entonces se oculta incluso al abogado. Mire, tengo que evaluarlo todo. Yo sé lo que se ha de ocultar y lo que no —añadió. Rothberg hizo una inclinación de cabeza, al tiempo que abría los ojos algo más. Kevin tuvo la sensación de que le estaba causando una impresión claramente favorable.

—¿Durante cuánto tiempo usted y su esposa durmieron en habitaciones separadas?

—Inmediatamente después de que Maxine cayera enferma de gravedad. Lo hice para que todo le resultara más cómodo. Su habitación se convirtió en un auténtico hospital, sobre todo después de que le amputaran la pierna: medicinas, material, una cama especial... Como ya sabrá, había una enfermera a tiempo completo. —Kevin asintió y se recostó en la silla.

—Tal vez lo más grave que la acusación pueda utilizar en su contra sea el hecho de que usted guardaba en su habitación una provisión aparte de insulina y agujas —Kevin hizo una pausa y echó un vistazo a sus anotaciones—, en el fondo de un armario. Pero nunca hizo falta que usted le pusiera ninguna inyección a su esposa, ni se lo pidieron en ninguna ocasión, ¿verdad?

—No, ni siquiera podía mirar cuando lo hacía la enfermera.

—Entonces, ¿por qué guardaba la insulina en el armario? ¿Por qué no la dejó en la habitación de su mujer?

—Yo no la puse allí.

—Pero tampoco niega que estuviera allí, ¿no es así? Los agentes judiciales la encontraron. ¿Me está diciendo que jamás supo que la insulina se encontraba en el armario?

Rothberg dudó un instante.

—Mire, la verdad es que la vi allí el día antes de la muerte de Maxine, pero no le di ninguna importancia.

—No la puso ahí pero la vio y no le dio importancia. ¿No le preguntó nada a la enfermera?

—Kevin, tengo muchas cosas en la cabeza. Dirijo un complejo hotelero

importante y un negocio en alza, el del pan de pasas. Estamos abriendo mercados en Canadá —afirmó con orgullo—. Lo pasé por alto, simplemente.

—Han localizado la receta, y resulta que en la cantidad que se hallaba en su armario falta una parte, la suficiente para preparar una dosis mortal. Lógicamente, el alegato del fiscal va a basarse en que ésa fue la insulina utilizada para provocar la muerte de su esposa. No se ha encontrado ninguna jeringuilla con las huellas de usted, pero si alguien hubiera querido...

Rothberg tenía los ojos inmóviles.

—La cantidad de insulina que había en la habitación de su esposa no era pequeña. Por tanto, no parece haber razón alguna para que nadie hiciera uso de la provisión guardada en su armario y dejara el resto allí —añadió Kevin, poniendo el acento en este último aspecto—. ¿Se da cuenta de lo que esto nos sugiere?

Rothberg hizo un gesto afirmativo.

—Bien, entonces ¿cómo se explica esto, Stanley? Sobre esa cuestión tendrá usted que ayudarme —soltó Kevin en un tono jocoso.

—Tengo que confesarle algo —dijo finalmente Rothberg—. No quería que el asunto surgiera durante el juicio, pero está claro que a usted se lo tengo que contar.

—Adelante.

—Maxine descubrió que yo... estaba saliendo con otra mujer, una chica que se llama Tracey Casewell. Trabaja en el departamento de contabilidad del hotel.

—Ya lo sé, y creo que esto es más bien un secreto a voces. Tiene usted que entender que a los ojos de la acusación, y quizá también a los del jurado, esto puede suponer un móvil añadido. Ya tenía apuntada la conveniencia de discutir con usted esta aventura romántica y el mejor modo de abordarla en el proceso, pero ¿qué tiene que ver eso con que la insulina estuviera en su habitación?

—Maxine y yo tuvimos una pelea. Fue terrible. Yo no quería que ella se enterara de lo de Tracey, ya había sufrido bastante. La verdad es que no fue una discusión: ella se dedicó a gritar mientras yo me limité a estar allí de pie, aguantando el chaparrón. Me amenazó de mil maneras... Pensé que tan sólo estaba acalorada y que no cumpliría ninguna de sus amenazas, así que no presté demasiada atención. A ver si me entiende, por aquella época era una mujer muy enferma y esto ya estaba afectando a su estado mental.

—¿Y qué más?

—Una de las amenazas era que se iba a quitar la vida de forma que me acusaran a mí. Y parece que es eso lo que hizo. —A continuación se reclinó en la silla, satisfecho de su explicación.

Una vez acabada la entrevista, y cuando ya ambos se estaban estrechando la mano en el vestíbulo para despedirse, Kevin oyó alboroto al final del pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Diane.

—El señor McCarthy... —Su sonrisa rebosaba de satisfacción—. Ha logrado que retiraran los cargos contra su cliente.

—¿De verdad? —Corrió hasta el despacho de Ted. Dave, Paul y el señor Milton se encontraban frente a la mesa de Ted, y éste se hallaba de pie junto a la silla. Todos sostenían un vaso en la mano, y habían abierto una botella de champán.

—Kevin, has acabado justo a tiempo —señaló John Milton—. Ven a brindar con nosotros. Siempre lo hacemos cuando alguien del bufete gana un caso. —John Milton llenó un vaso y se lo dio—. Por Ted —dijo, levantando el suyo.

—Por Ted —corearon todos, y bebieron.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Kevin, tragando con rapidez.

—Los Blatt han retirado la acusación contra Crowley. Cuando descubrieron lo promiscua que había sido su pequeña y cayeron en la cuenta de que todo eso saldría en el juicio, decidieron dar marcha atrás —explicó Ted. Dave y Paul soltaron una carcajada. En el rostro de John Milton relucía una amplia sonrisa. Kevin tuvo la sensación de que el jolgorio le hacía parecer más joven, las arrugas de su cara se disipaban y la alegría se desbordaba por sus ojos. De repente, su expresión cambió por completo.

—Aquí hay una lección que hemos de aprender —afirmó el señor Milton en un tono grave—. No todas las maniobras legales han de producirse en la sala de juicios. —Entonces se volvió hacia Kevin—. Cuando prepares un caso piensa en la forma en que dos boxeadores abordan la fase previa del combate. Antes de empezar, hay diversas maneras de comerle la moral a tu adversario, de desconcertarlo para que pierda confianza en sí mismo y en su argumentación.

»Bueno —añadió, sonriendo de nuevo—, esto supone otro motivo para hacer una fiesta. Celebraremos la incorporación de Kevin al bufete, y además el éxito de Ted. Os espero a todos en el ático este fin de semana. —Kevin advirtió que la emoción y la alegría los embargaba a todos—. ¿Todo el mundo está libre?

—Por nosotros no hay problema —respondió Dave.

—Ni por nosotros —añadió Ted.

—Magnífico —exclamó Paul. Entonces todos miraron a Kevin.

—¿Y nuestros invitados de honor? Ya es hora de que conozcamos a Miriam.

—Allí estaremos. Gracias.

—Muy bien. Caballeros, volvamos al trabajo.

Todos felicitaron otra vez a Ted y se marcharon. Dave y Paul, todavía bastante excitados por el triunfo de Ted y los brindis, fueron directamente a sus despachos. John Milton rodeó la espalda de Kevin con el brazo y los dos salieron al pasillo.

—Kevin, supongo que no te has sentido abandonado al quedarte solo con Rothberg. Pero éste es tu caso, eres tú quien está a cargo del asunto, y quería que él entendiera eso.

—Oh, en absoluto. Y gracias por todos los piropos que me ha lanzado.

—Lo he dicho en serio, todas y cada una de las palabras. Bien, ¿cómo ha ido tu

reunión con Rothberg?

—Según su teoría, su esposa se quitó la vida de modo que él se comiera el marrón. Sostiene que ella se enteró de su aventura con la chica y que organizó un plan combinado de venganza y suicidio colocando a escondidas la insulina fatal en la habitación de él.

—Parece verosímil —dijo John Milton—. ¿De quién es este verso: «La furia del infierno no iguala a la de una mujer despreciada»?

Kevin hizo una pausa para mirarlo y comprobar si hablaba en serio. Se le escapó una sonrisa afectada.

—¿Hay algo que no te convence en la teoría de Rothberg?

—Él afirma que vio la insulina en el armario donde ella la había colocado a escondidas, pero que lo pasó por alto debido a que estaba muy ocupado con el hotel y los negocios; incluso después de que su mujer lo amenazara con amañar las pruebas para que él pareciera culpable. Sí, hay algo en todo eso que no me cuadra.

—La cuestión es la siguiente: ¿Puedes enfocar el asunto de forma que el jurado se trague tu versión? Has de tener confianza en tu planteamiento, Kevin —advirtió John Milton.

Kevin se dio cuenta de que si ahora no decía las cosas pertinentes, John Milton podía muy bien retirarle el caso y asignárselo a Ted, que ahora estaba libre.

—Bueno, sería de cierta ayuda que Rothberg no tuviera nada que ver con la compra de la provisión de insulina que hallaron en su armario. Investigaré sobre ello. Lo más probable es que el medicamento fuera enviado al hotel y que la enfermera firmara el recibo. La iré a ver y averiguaré lo que sabía sobre la relación entre Stanley y Maxine. A lo mejor la señora Rothberg le confió lo mucho que odiaba a Stanley por lo que éste estaba haciendo, o quizás oyó por casualidad la riña entre ambos cónyuges. Si la enfermera oyó las amenazas de la esposa de que él se las pagaría todas juntas, y de que se suicidaría de manera que él pareciera culpable...

—Magnífico. Cuando le insinúes que puede ser acusada de la muerte de Maxine seguro que se abrirá y te dirá todo lo que sepa. Infórmele de que todo el mundo está al corriente de su problema con la bebida —sugirió John Milton—, así tal vez se sienta más inclinada a colaborar. ¿Sabemos ya por dónde andaba Stanley Rothberg en el momento en que fue administrada la dosis mortal de insulina?

Kevin hizo un gesto afirmativo, pero no parecía demasiado satisfecho. John Milton lo captó al instante.

—¿Estaba con su amante?

—Si un hombre está demasiado atareado para recordar que había una provisión de insulina en su armario, seguro que tiene muchas cosas que hacer por ahí.

—Creo que deberíamos seguir tu intuición inicial, Kevin. Utiliza un enfoque basado en la sinceridad. Haz que Rothberg confiese su aventura, colócale al lado de su amiga y que ésta también testifique. Permitamos que, en su fuero interno, el jurado lo acuse de adulterio, pero no que lo condene por asesinato sólo porque fue un marido

infiel. Además, no podemos presentar a la esposa como vengativa y suicida si no desarrollamos primero el supuesto de la infidelidad y le proporcionamos así un motivo para su acción.

—Creo que su médico también puede sernos de ayuda en esto —precisó Kevin—. En sus informes mencionó la depresión que sufría la mujer.

—Sí, claro —dijo John Milton, al tiempo que su rostro se iluminaba—. Fantástico.

Parecía que la emoción del hombre se desplazara como si fuera una corriente eléctrica que partiera de su corazón acelerado, bajara por su brazo y llegara al corazón de Kevin.

—Desde luego —añadió, deteniéndose ante la puerta del despacho de Kevin—, iría muy bien que tuviera remordimientos de conciencia, que todavía se culpara a sí mismo de la muerte de su esposa.

—No tengo la impresión de que se sienta así —aclaró Kevin.

—Bueno, pues procura que el jurado sí la tenga —recomendó el señor Milton. Entonces le dirigió una sonrisa, aunque en esa ocasión acompañaba a una expresión traviesa, casi picara. Parecía más un adolescente que había acabado de gastar una broma en Halloween que un abogado experto que estuviera planificando una estrategia legal.

—Espero ser capaz de hacerlo —dijo Kevin, casi hablando en voz baja. Estaba cautivado por el resplandor de los ojos de John Milton—. Éste le dio una palmada en la espalda.

—Lo harás muy bien, estoy seguro. Tenme al corriente. —Y siguió andando por el pasillo. Kevin lo observó un instante y entró en su despacho.

Se sentó, y de pronto le vino a la cabeza el consejo de John Milton: «Creo que deberíamos seguir tu intuición inicial... utiliza un enfoque basado en la sinceridad», había dicho. Era cierto, su olfato le había llevado a plantearlo así. Sin embargo, no recordaba haber hablado de ello con John Milton. Recordaba tan sólo haberlo pensado.

Se encogió de hombros. Llegó a la conclusión de que se lo habría mencionado en algún momento. ¿Qué otra cosa si no? No podía ser que el hombre adivinara sus pensamientos.

Kevin volvió a sus papeles y empezó a revisar la entrevista mantenida con Rothberg. Los otros asomaron la cabeza por si bajaba con ellos a comer, pero Wendy ya se lo había preguntado. Él le había encargado un bocadillo, y ella se había ofrecido voluntaria para quedarse durante la hora de la comida a ayudarlo a tomar notas y buscar ciertas informaciones. Kevin estaba impresionado por la dedicación y el esfuerzo que ponían todos en John Milton & Associates, lo que le empujaba a trabajar con más empeño.

Debido al éxito de Ted con su caso, el trayecto hasta el apartamento al final de la jornada estuvo muy animado. Kevin advirtió que Paul y Dave se mostraban tan

felices como Ted; parecían más una familia que un grupo de abogados que trabajaran en el mismo bufete. Un rato después Kevin lamentó ser el único en aportar una nota negativa e interrumpir el buen humor que imperaba, pero se dejó llevar por su interés en la reacción de Ted ante su éxito para así poder compararlo con su propia actitud ante el desenlace del caso Lois Wilson.

—Ted, a pesar de todo, ¿creías que Crowley era culpable? Quiero decir, aun sabiendo que la chica era promiscua, ¿la violó o no? —preguntó.

Todo el mundo dejó de sonreír, y por un instante la atmósfera pareció cargada de tensión.

—Yo no obligué a los Blatt a retirar los cargos. Fue decisión suya —replicó a la defensiva.

—Era el fiscal del distrito quien debía haberlos convencido de no retirar la acusación —añadió Paul.

—Ted sólo hizo aquello que está preparado para hacer y por lo que le pagan unos honorarios —subrayó Dave—. Lo mismo que tú cuando defendiste a Lois Wilson.

—Oh, no pretendía insinuar lo contrario ni mucho menos. Simplemente tenía curiosidad por saber qué sensación te producía tu cliente, Ted.

—Kevin, si queremos ser abogados defensores tenemos que dejar a un lado los sentimientos, la moral o las valoraciones personales. Ésta es una de las primeras cosas que aprendí del señor Milton, y me ha servido de mucho.

—Nos ha servido a todos —dijo Paul, confirmando sus palabras.

—Imagina a un médico que ha de atender a un enfermo —explicó Dave—. Al principio de estar aquí, un día el señor Milton me hizo esta analogía. El médico no juzga la moral, las ideas políticas ni el estilo de vida de sus pacientes. Lo que hace es tratar la enfermedad, analizar los síntomas y tomar las medidas pertinentes. Para tener éxito como abogado defensor, hay que separar el cliente del caso: tratar las acusaciones, analizar los hechos y emprender la acción judicial que corresponda. Si tuviéramos que creernos todo lo que nos dicen nuestros clientes, y que además fuera preceptivo que nos cayeran bien, nos moriríamos de hambre.

Ted y Paul se echaron a reír. Kevin asintió. En aquel momento recordó haberle dicho algo parecido a Miriam cuando ella le cosió a preguntas sobre la enérgica defensa que él había hecho de Lois Wilson.

—Si no puedes convivir con esto, quizá deberías ir a trabajar a la oficina del fiscal —soltó Paul. Acto seguido sonrió—. Y además, ¿sabes cuánto ganan?

Estallaron de nuevo en carcajadas, incluso Kevin. Paul les sirvió a cada uno un cóctel y todos se reclinaron mientras reaparecía el ambiente relajado.

—Por cierto —intervino Kevin—, ¿cómo lo hace el señor Milton para ir a su casa y venir al despacho?

—En la limusina. El hombre es un adicto al trabajo. Llega a la oficina mucho antes que nosotros y a menudo se queda en ella hasta bien entrada la noche —respondió Paul—. Charon le lleva la cena. Pero vaya lugar al que llega cuando vuelve

a su casa. Espera a ver el ático. Aquello sí es lujo y hedonismo.

—¡Hay tres cuartos de baño, cada uno con su jacuzzi! —exclamó Dave.

—Y vaya vista —añadió Ted—. Es como estar en la cima del mundo. Siempre tengo la sensación...

—De ser Dios —dijo Paul.

—Sí. —Ted sonrió para sus adentros—. Recuerdo la primera vez que subí allí arriba. Los dos estábamos contemplando la ciudad, y Milton me rodeó los hombros con su brazo y me dijo: «No sólo permaneces ahora encima de todo; tú estás por encima de todo y todo será tuyo». Estaba tan emocionado que fui incapaz de abrir la boca, pero él lo entendió. Sí, él lo entendió —repitió Ted. Kevin observó que Paul y Dave, con las caras serias, hacían un gesto de asentimiento.

«En torno a esto hay algo especial, algo distinto y único», pensó Kevin. Tal vez estaban todos en la cima del mundo. De repente se dio cuenta de que los tres lo miraban fijamente.

—¿Crees que exageramos? ¿Crees que lo elogiamos demasiado? —preguntó Dave.

Kevin se encogió de hombros.

—La verdad es que a mí me dejó impresionado. La primera vez que le hablé a Miriam del bufete y del señor Milton, me dejé llevar por la exaltación.

—Es un mirlo blanco —dijo Paul—. Tenemos suerte de trabajar con él.

—Muy bien dicho —soltó Ted, alzando el vaso—. Por el señor Milton.

—Por el señor Milton —corearon Dave y Paul. De nuevo miraron todos a Kevin.

—Por el señor Milton —dijo, y todos bebieron. Kevin no podía sustraerse a la sensación de haber participado en una especie de ritual—. Así que organiza una gran fiesta, ¿eh?

—Vienen también las secretarias e invita siempre a gente interesante —precisó Dave—. Dile a Miriam que lo pasaréis muy bien. La verdad es que en esas fiestas uno no se da cuenta de que pasa el tiempo.

—Parece que va a ser divertido —dijo Kevin. Los tres lo miraron y sonrieron de la misma forma: sus expresiones eran tan parecidas que era como si llevaran puesta la misma máscara.

Cuando Charon detuvo la limusina frente al edificio de sus apartamentos y abrió la puerta para que salieran, ya volvían todos a reír. Dave acababa de contar el chiste que le había explicado el ayudante del fiscal. Las risas siguieron dentro del vestíbulo, y allí Dave contó el chiste por enésima vez, esta vez a Philip, el encargado de la seguridad.

A Kevin le encantó aquel ambiente de camaradería, que mantuvieron incluso en el ascensor, bromeando acerca de su respectivo pasado universitario. Cuando se separaron para ir a sus respectivos apartamentos, todavía sonaban las risas.

Cuando Kevin entró en casa, Norma y Jean estaban de pie a cada lado del piano escuchando la pieza que Miriam tocaba. Entonces ellas levantaron la vista y le

hicieron señal de que no interrumpiera. En todo caso, Miriam estaba tan concentrada interpretando a Beethoven que ni siquiera se enteró de que él había llegado.

Las chicas parecían tan extasiadas que Kevin fue de puntillas hasta el sofá y se sentó. Cuando Miriam terminó la pieza él también aplaudió, y ella se volvió radiante.

—Oh, Kev. Ni siquiera he oído que entrabas. ¿Des de cuándo estás aquí?

—Un par de docenas de compases. —Se encogió de hombros.

—Es maravillosa —dijo Norma—. Le estaba diciendo que en el ático del señor Milton hay un piano grande, y ya que pronto va a haber una fiesta...

—El viernes por la noche.

—¡Oh, fantástico! —exclamó Jean—. ¡Este fin de semana tocarás para todos!

—Pero... si no lo hago tan bien —objetó Miriam.

—Nada de falsa modestia. Tú tocas muy bien y lo sabes —dijo Norma de modo terminante. Después se dirigió a Kevin—. Mañana por la tarde iremos a un concierto que hay en el Lincoln Center: Mahler, la Sinfonía n.º 2, Resurrección.

—¿Te das cuenta, Kev? Por fin he conocido gente a quien le gusta la música clásica...

—Y también el rock —puntualizó Jean.

—Sin olvidar el *country* y el *western* —añadió Norma.

Las tres estallaron en una carcajada. Por la forma en que se abrazaban y se daban codazos amistosos, Kevin tuvo la impresión de que parecían realmente amigas de toda la vida. Miriam parecía muy feliz. La cosa funcionaba.

—Más vale que vaya moviendo el culo —dijo Norma—. Si Kevin está en casa es que Dave está en casa.

—Y Ted.

—Por cierto —soltó Kevin cuando ya se iban—, Ted estará de muy buen humor, Jean. Ha ganado una pelea por K.O. sin siquiera empezar el combate.

—¿Cómo? —Ella hizo una mueca como si en vez de darle una buena noticia Kevin fuera a revelar algo terrible. Él miró a Miriam al instante y percibió que ésta hacía un gesto de desaprobación con la cabeza—. Me refiero al caso que llevaba; seguramente debía haber dejado que fuera él quien te lo contara.

—Ah, ya. No, Ted nunca me explica los detalles prácticos y engorrosos de su trabajo. Sabe lo mucho que detesto enterarme de esas cosas. Ni siquiera leo nada de los procesos cuando aparecen publicados en los periódicos.

—Yo tampoco —terció Norma—. Es mejor dejar los sucesos desagradables del mundo al otro lado de la puerta, como cuando te limpias los pies en la alfombra antes de entrar en casa —añadió. A continuación se volvió hacia Jean—. Es lo que dice el señor Milton, ¿no?

—Sí, es cierto.

Sonriendo, ambas dirigieron su atención a Kevin. La sorpresa había dejado a éste con los ojos abiertos de par en par.

—Oh, claro —dijo casi sin pensar.

—Adiós, Miriam. Hablaré contigo más tarde —dijo Jean.

—Yo también —soltó Norma, haciendo coro, y se marcharon.

Durante un instante, Kevin permaneció mirando fijamente la puerta cerrada. Acto seguido se volvió hacia Miriam.

—Hemos pasado un día maravilloso —empezó ella sin dejarle abrir la boca—. Primero hemos ido al Museo de Arte Moderno a ver una magnífica exposición de cuadros de Moscú que era la primera vez que se exhibía en Occidente. Después nos hemos acercado al Village para comer. Norma conocía un restaurante pequeño en que había una espléndida variedad de quiches. Después hemos vuelto a la parte alta de la ciudad y hemos visto una película australiana de la que todo el mundo habla maravillas. La fantástica banda sonora la constituían fragmentos de Beethoven, así que hemos vuelto y me he puesto a tocar un poco.

»Por cierto —añadió, después de detenerse apenas para recobrar el aliento—, como sabíamos que no llegaríamos a tiempo para preparar la cena, hemos parado en una enorme tienda de platos preparados y he comprado ensalada de langosta, pan francés y una botella de Chardonnay. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. —Kevin sacudió la cabeza.

—¿Estás disgustado por algo?

—No. —Rió—. Simplemente... estoy contento porque tú también lo estás.

—¿Has tenido tú también un buen día? —Sí.

—Muy bien —soltó ella con rapidez—. Las chicas me han dicho que esto es todo lo que debo preguntarte. Tengo que persuadirte de que alejes de tu cabeza los problemas del trabajo y te relajes completamente. Así que... dúchate y ponte cómodo. Yo voy a poner la cena y a buscar algo de música para cuando estemos cenando. —Y antes de que él pudiera responder, se fue a la cocina mientras él reflejaba en el rostro una sonrisa que revelaba su desconcierto.

Le alegraba que ella se estuviera adaptando con tanta facilidad, pero había algo en todo aquello que le preocupaba; era como un dolor vivo y agudo instalado en el pecho. Tal vez no tuviera importancia, pero, como a veces ocurre, también podía ser el aviso de algo fatídico.

Hizo un gesto que pretendía minimizar la importancia del asunto y se dirigió al cuarto de baño.

Antes de que llegara el fin de semana, John Milton & Associates tuvo otra cosa más que celebrar. Dave Kotein consiguió que el juez rechazara la confesión de Karl Obermeister fundamentándose en que los agentes policiales que lo habían detenido y el ayudante del fiscal no le habían permitido llamar a un abogado antes de llevárselo para tomarle declaración. El juez también desestimó las pruebas encontradas en el apartamento de Obermeister ya que se había hecho un registro completo del mismo sin el mandamiento judicial preceptivo y sin que se hubieran formulado los cargos de

antemano.

Sin la declaración y sin las pruebas halladas en el apartamento, el fiscal estaba considerando seriamente la conveniencia o no de proseguir con la acusación. El señor Milton pronosticó que los cargos contra Obermeister serían retirados hacia el lunes.

—Tan pronto como ocurra esto —dijo Dave—, Obermeister abandonará la ciudad.

—Pero, Dave, ¿no crees que cometerá el mismo crimen vaya donde vaya? —preguntó Kevin una vez hubieron terminado su reunión habitual.

—Kevin, ¿es que vas a salir a la calle a detener a todos los criminales en potencia? Las cárceles se llenarían hasta reventar. En todo caso, yo ya he terminado con Obermeister. Y en cuanto a los sentimientos de culpa, mira, fue a Bob McKensie a quien se le fue el asunto de las manos. Que cargue él con los remordimientos de conciencia —subrayó Dave.

Kevin asintió. Aquello era algo a lo que él era muy sensible. Había utilizado el mismo argumento al manifestarle Miriam su preocupación por el caso de Lois Wilson. La defensa que Kevin hizo de ésta había dejado en su conciencia una carga mayor de la que le habría gustado admitir. No obstante, cuando le embargaba esa sensación recordaba la explicación del señor Milton sobre la ley y las responsabilidades que un abogado tenía ante ella y su cliente. Éstos eran los criterios con los que medir la acción judicial. Cuando aparecía la conciencia en el mundo del derecho, no hacía otra cosa que convertirse en un obstáculo. Kevin había trabajado siempre según esa filosofía, que en ese momento seguía siendo su modelo.

Sin embargo, ¿creía realmente en ella? Trataba desesperadamente de evitar la pregunta. Había demasiado en juego. Quería triunfar en Nueva York y responder a las expectativas que el señor Milton había depositado en él. No era momento de poner en entredicho la filosofía jurídica de uno mismo y volverse blando. Además, tenía que preparar el juicio de un asunto importante.

A todo ello había que añadir que a cada día que pasaba Miriam estaba más enamorada de su nueva vida. Cuando Kevin volvía por la tarde a casa la encontraba siempre tan emocionada, contenta y llena de entusiasmo como el día anterior. Ella rara vez hablaba de Blithedale, de sus viejos amigos ni de las cosas que antes rodeaban su existencia cotidiana, e incluso llegó a no hacer apenas llamadas telefónicas ni escribir cartas. Desaparecieron por completo todas las quejas y dudas expresadas al principio. Quizás estaban todavía en la luna de miel, pero el caso es que no recordaba que hubiera habido ningún momento triste entre ellos desde que llegaron.

Con todo, Kevin estaba asombrado por la forma en que Miriam hablaba con su madre por teléfono cuando defendía todo lo referente al cambio operado en sus vidas y criticaba las opiniones de su madre calificándolas de ideas estúpidas llenas de prejuicios, y tachándola a ella de persona de miras estrechas. Cuando sus padres vinieron el jueves a cenar, Miriam los abrumó. Para empezar, cocinó un magnífico

plato para gastrónomos refinados (Norma había conseguido la receta del chef de las Four Seasons). A continuación refirió con pelos y señales todos los conciertos y espectáculos a los que había asistido con sus amigas desde que llegó a la ciudad. Dándose tono, habló sin parar y con rimbombancia de sus visitas en los museos, de los restaurantes en los que había estado, de la gente que había conocido... En su conversación aparecían todo el rato los nombres de Jean y Norma, y el único momento algo más tranquilo fue una pequeña referencia a Helen Scholefield.

Kevin quedó sorprendido por el modo en que Miriam evitó contarles a sus padres la razón de la depresión de Helen, como si censurara su descubrimiento de que era incapaz de tener hijos.

—Por eso tenemos todavía aquí este horrible cuadro, mamá. En realidad, Kevin propuso que lo colgáramos un tiempo para no herir los sentimientos de esa mujer. —Entonces se volvió hacia él—. En el fondo es muy sensiblero. Pero a pesar de todo, me gusta que sea tan considerado.

—Bueno, es un detalle muy atento de tu parte, Kevin —dijo la madre de Miriam—, pero el cuadro es tan horroroso que ni siquiera puedo mirarlo. Me produce escalofríos.

—Oh, no le des más vueltas. Mira —replicó Miriam, al tiempo que se levantaba y descolgaba el cuadro—, lo voy a dejar en el suelo de cara a la pared hasta que os vayáis. Papá —añadió—, voy a tocar tu pieza preferida.

Acto seguido se dirigió al piano y tocó mejor y con más sentimiento que en ninguna otra ocasión que Kevin recordara. Sus padres escuchaban maravillados.

Ya hacia el final de la velada, en el momento de irse, la madre llevó a Kevin aparte mientras Miriam se despedía de su padre.

—Kevin, lo cierto es que ella está muy feliz aquí. Por todo lo que imaginé al principio nunca lo hubiera creído, pero parece que habéis hecho un cambio magnífico. Me alegra por los dos.

—Gracias, mamá.

—Llamaré a tus padres y se lo contaré —murmuró.

—Vendrán la semana que viene, pero seguramente mamá estará ansiosa de que usted le lleve noticias.

—Y las va a tener. Os pondré por todo lo alto —añadió, y le besó en la mejilla.

Una vez se hubieron ido, Miriam fue a la cocina a lavar los cacharros y Kevin volvió a la sala de estar. Su mirada se desvió hacia el cuadro de Helen Scholefield. Lo recogió del suelo, lo colgó de nuevo y después de dar un paso atrás lo observó con atención durante un buen rato. La cara de la mujer ejercía sobre él una especie de atracción. Casi podía oír sus gritos mientras se lanzaba desde el borde de la empalizada hacia el hirviente mar rojo que había abajo. En un momento determinado, sus rasgos faciales adoptaron una forma más precisa, y por un instante le recordaron el rostro de Miriam. Kevin sintió un escalofrío que le recorría la espalda de arriba abajo, y tuvo que cerrar los ojos. Cuando los volvió a abrir, el cuadro era otra vez

como antes: abstracto. La cara de Miriam había desaparecido. «Vaya visión... aunque sólo fuera un momento», pensó.

Kevin fue a la cocina y rodeó a Miriam con los brazos. Le dio la vuelta y la besó como si fuera la última vez.

—Kev —dijo ella, recuperando el aliento—. ¿Qué pasa?

—Nada... la cena estaba estupenda. Ha sido una gran noche y sólo quería que supieras lo mucho que te quiero. Miriam, voy a hacer todo lo que pueda para que seas feliz.

—Ya lo sé, Kev. Pero mira todo lo que has hecho ya. Me encanta que mi futuro esté en tus manos. —Lo besó en la mejilla y se dio la vuelta para seguir lavando la vajilla de plata. Él la observó un momento y después deambuló un poco hasta llegar a la terraza. A pesar de que era noviembre y el aire era frío, salió fuera y miró desde la baranda. El mundo que había abajo no parecía real. Trató de imaginarse cómo sería caer desde una altura así.

¿Fue sólo la trágica muerte de su esposa lo que había empujado a Richard Jaffee a hacer algo así? ¿Cómo es que no pensó en su hijo y en su responsabilidad para con él?

De repente cayó sobre él un relámpago difuso. Se protegió los ojos, miró hacia arriba y se dio cuenta de que John Milton había llegado a su casa y había encendido las luces de la azotea y de la terraza. La mayoría de los focos estaban orientados de forma que iluminaran hacia abajo y así la luz cubriera el edificio desde la planta quince hacia arriba. Como si sus asociados y sus esposas estuvieran bajo su protección.

«O bajo su hechizo», pensó Kevin. Era la primera vez que pensaba algo así, pero lo atribuyó a la melancolía que le había embargado al salir a la terraza y ponerse a pensar en el suicidio de Richard Jaffee. El frío de la noche lo obligó a entrar otra vez. Oyó que Miriam cantaba en la cocina. Esto y la cálida atmósfera del apartamento puso punto final a sus sensiblerías.

—Charon nos ha traído nuestra propia llave —dijo Miriam, sin pretensión alguna de disimular lo impresionada que estaba—. He llamado a Norma y me ha dicho que todos los asociados tienen una. El resto de la gente, invitados y todo eso, tienen que pedirle al guardia jurado que les abra con la suya —añadió, con un tono inequívocamente arrogante en su voz.

«Creía que el arrogante era yo», pensó Kevin. Hizo un gesto de aprobación y observó la llave de oro que Miriam sostenía en la mano. Parecía de oro macizo. Ella le leyó el pensamiento.

—Es de oro macizo. Se lo he preguntado a Charon y me lo ha confirmado. Casi se le ha escapado una sonrisa.

Kevin cogió la llave, le dio la vuelta y apreció su tacto en la mano.

—Es algo extravagante, ¿no crees?

Miriam se la arrebató.

—Pues no sé. —Se encogió de hombros y se miró una vez más en el espejo del pasillo. Había ido con Norma y Jean a comprar algo especial para la ocasión. Kevin estaba sorprendido: el vestido negro de punto le quedaba tan ceñido que se apreciaban las marcas de las costillas en la tela. No dejaba los hombros al descubierto, pero el escote era tan bajo que se le veía buena parte de los pechos; Y además no llevaba un sujetador normal, sino una especie de Wonderbra —algo que Norma y Jean le habían sugerido— que se le ajustaba por la parte inferior de los pechos, elevándolos y dándoles forma. En los bordes superiores del escote se observaban seductores toques de carmesí.

No era Miriam. A veces su indumentaria la hacía realmente atractiva pero no de una manera tan evidente. Ella tenía clase, era reservada, y se preocupaba más de tener estilo y elegancia que de parecer seductora.'

Y nunca se había puesto tanto maquillaje: el lápiz y la sombra de ojos eran demasiado fuertes. Se había aplicado colorete a las mejillas y en sus labios lucía un rojo púrpura brillante.

Kevin comprobó que ella había preferido no ponerse el collar que combinaba con los pendientes de oro y perlas, conjunto que él le había regalado por su cumpleaños. No es que necesitara ningún otro adorno; Miriam tenía un cuello delicado, cuyas curvas bajaban suavemente hacia los hombros, muy femeninos, que se ajustaban perfectamente a las manos de Kevin cuando éste la acercaba para besarla. Pero la ausencia de joyas alrededor del cuello acentuaba la desnudez, y la hacía parecer incluso más provocativa.

También se había arreglado el cabello de una forma distinta; ahora lo llevaba rizado y con volumen, lo que le confería un aspecto fiero y tempestuoso. No es que

estuviera en contra de esto en concreto, sino que con ese vestido y ese maquillaje, y además el peinado, parecía alguien de poca categoría, una prostituta callejera. Sí, había en ella una nueva sensualidad, y eso lo excitaba; pero también había algo que lo incomodaba.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Es... diferente —respondió él, con el tono más diplomático del que fue capaz.

Ella volvió a buscar su imagen en el espejo.

—Sí, ¿verdad? Decidí que debía cambiar un poco mi aspecto. Norma y Jean creían que hasta ahora mi estilo era demasiado tradicional. —Se le escapó la risa—. Tendrías que haber visto cómo imitaban a la gente de clase media alta de Long Island... ya sabes, esa mandíbula rígida, las vocales cerradas, los sonidos nasales... «¿puede enseñarme ese chal de zorro?» —añadió, imitando a las imitadoras como si estuviera en una peletería.

—Nunca he pensado que tú fueras así, cariño, ni tampoco tradicional. Siempre has sido muy elegante. ¿Es eso lo que llevan ahora las mujeres de tu edad?

—¿Las mujeres de mi edad? Lo que hay que oír... —Se puso las manos en las caderas y frunció el entrecejo.

—Sólo era una pregunta. Tal vez he estado demasiado metido en mis libros y no me he enterado de lo que estaba pasando.

—Creo que nos ha pasado a los dos, más de lo que nos imaginamos.

—¿Ah, sí? —«Increíble», pensó. Hacía bien poco tiempo era él quien intentaba convencer a Miriam de eso mismo, y en ese momento las palabras de ella daban a entender que había sido él el que quería quedarse en el refugio seguro de Long Island.

—No te gusta mi aspecto, ¿verdad? —Miriam empezaba a hacer morros.

—No digo que no me guste, te queda muy bien. Lo que no sé es cómo puedo dejarte salir así de casa. Me pasaré la noche peleándome con todos los tíos.

—Oh, Kevin. —Entonces miró el reloj—. Será mejor que subamos. Ahora se lleva llegar puntualmente tarde.

Él asintió y abrió la puerta. Cuando ella pasó por su lado le pellizcó la mejilla.

—¡Kevin! Me vas a echar a perder el maquillaje.

—Vale, de acuerdo. —Se disculpó, levantando las manos. Acto seguido se inclinó hacia ella, dirigiéndole una mirada lasciva—. Pero creo que esta noche podríamos hacer el niño.

—Más adelante.

—Puedo esperar... un poco. —Kevin soltó una carcajada y se encaminaron hacia el ascensor. Se abrieron las puertas y entraron. Miriam introdujo la llave bajo la letra «A», la hizo girar y sonrió a Kevin mientras las puertas se cerraban. Él movió la cabeza con un gesto socarrón. Ella dejó caer la llave en el pequeño bolso negro que hacía juego con el vestido.

—Se entra directamente en su sala de estar —le susurró Miriam mientras se elevaba el ascensor.

—Ya lo sé. Me lo han dicho ellos.

Sin embargo, cuando las puertas se separaron ambos permanecieron allí un instante, como atemorizados. La sala de estar del señor Milton era tan ancha y tan larga como un almacén remodelado metido en una buhardilla. En el centro había una fuente rodeada de un sofá circular de terciopelo de color borgoña, en el que había gran cantidad de cojines y almohadas de todos los tamaños. Pequeños focos reproducían los colores del arco iris sobre el agua centelleante que brotaba de una azucena gigante de mármol blanco situada en la fuente.

El suelo estaba cubierto por una alfombra mullida, de color blanco lechoso, «de esas en las que —pensó Kevin— te apetece arrodillarte y pasarle las manos por encima». En las paredes había colgadas cortinas de color rubí entremezcladas con cuadros, la mayoría de ellos modernos y casi todos originales. Algunos incluso parecían pintados por Helen Scholefield. A lo largo de las paredes, y colocados entre diversos elementos del mobiliario, se advertían pedestales que sostenían esculturas de piedra y madera.

En la pared más lejana se observaban los amplios ventanales que Dave, Ted y Paul le habían descrito con tanto fervor en la limusina. Las cortinas habían sido totalmente descorridas para proporcionar una impresionante vista del perfil de Nueva York. A lo lejos, a la derecha, estaba el piano de cola, sobre el cual había un candelabro de oro macizo, sospechó Kevin. En el rincón izquierdo se advertía un equipo estéreo empotrado cuyos altavoces estaban también incrustados en las paredes e incluso en el techo. Un disc jockey negro, alto y muy delgado, tenía frente a él un plato giratorio y hacía comentarios al tiempo que sonaba la música. Llevaba la camisa de seda negra abierta hasta el ombligo, así como un medallón dorado colgado de una cadena también de oro que relucía contra su piel de color de ébano.

La sala estaba iluminada por hileras de luces colocadas en huecos del techo, y cerca de los sofás y butacas había encendidas algunas lámparas de cristal Tiffany & Waterford, en una gran variedad de formas y tamaños. Inmediatamente a la derecha estaba el bar; el revestimiento estaba construido con piedra sin labrar pulimentada, y la madera de roble constituía el componente principal de la larga y estrecha superficie, junto a la que se alineaban taburetes acolchados de color negro. Dos camareros preparaban cócteles tras la barra y, al margen de cuáles fueran sus movimientos, las dos imágenes reflejadas en el espejo posterior provocaban la ilusión óptica de que iban siempre una fracción de segundo por detrás. Un estante de nogal americano estaba lleno de copas de vino resplandecientes como diamantes.

A la izquierda, cerca de la entrada, el señor Milton había hecho construir una pequeña pista de baile con azulejos de color escarlata. Las luces estroboscópicas que giraban por encima proyectaban sobre los invitados una mezcla de azules, verdes y rojos, que cambiaban y se distorsionaban al son de la música. La pista estaba encerrada en una pared de espejos para que la luz se reflejara en todas partes y los que bailaran vieran siempre su movimiento. Algunos parecían hipnotizados por sus

propias imágenes.

En la fiesta había ya unas treinta o cuarenta personas. Kevin vio que cada una de las secretarias había venido con un acompañante. Wendy saludó con la mano desde la pista de baile. Diane, que estaba sentada en el sofá con su pareja, hizo lo propio.

—Son nuestras dos secretarias —explicó Kevin rápidamente.

—¿Secretarias? —Miriam paseó la mirada desde Wendy a Diane. La primera lucía un conjunto azul brillante formado por blusa y pantalones, escotado por detrás, y cuyos lados estaban cortados con tanto ángulo que se le veían la mitad de los pechos. Diane llevaba unos vaqueros negros y un *body* muy ajustado también negro, y se adivinaba que no llevaba sujetador por la forma en que los pechos se anunciaban a través del fino material.

—No me extraña que cada día estés tan ansioso por ir al trabajo —se quejó Miriam. Kevin respondió con una sonrisa perversa.

Pero la verdad es que por todas partes había mujeres atractivas flanqueadas por hombres que lucían americanas y trajes de sport. El acontecimiento tenía un aspecto opulento: los camareros llevaban chaquetas blancas y corbata negra; las camareras, por su parte, lucían blusas blancas y faldas negras y se movían de aquí para allá, sosteniendo bandejas de entremeses calientes de aspecto delicioso, cócteles, copas de champán...

Diane se recostó en el sofá, y dos hombres empezaron a darle uvas para comer, provocándola y tocándole los labios, hasta que ella cogió los dedos de la mano de uno de ellos y se los metió en la boca junto con las uvas. En aquel preciso momento Kevin oyó a su izquierda unas carcajadas femeninas, se volvió y vio a hombres y mujeres bailando tan juntos que parecían estar en pleno éxtasis sexual. En el centro de la amplia sala una pelirroja metida en carnes, descalza y que lucía algo parecido a una túnica, se acercaba al bar lentamente; bajo la luz brillante, sus pechos se revelaban por completo. «Ya podría ir en topless», pensó Kevin. Una vez en el bar, la mujer se reunió con dos hombres que se le acercaron tanto como si ella fuera un imán y ellos estuvieran hechos de hierro.

Kevin empezó a tener la sensación de que él y Miriam se habían metido en una orgía romana moderna. Estaba fascinado, excitado y divertido. No era de extrañar que sus asociados estuvieran tan ilusionados por asistir a otra fiesta en el ático.

Al fondo, cerca de los ventanales, el señor Milton y sus asociados permanecían de pie, sosteniendo cada uno una copa de champán. John Milton lucía una chaqueta de esmoquin de color escarlata y unos pantalones a juego. Tan pronto advirtió la presencia de Kevin y Miriam en el ascensor, le dijo algo a Paul Scholefield. Éste le hizo una señal al discjockey, y la música cesó.

Todo el mundo guardó silencio. El señor Milton dio unos pasos adelante.

—Damas y caballeros, quiero presentarles a nuestro nuevo asociado y su esposa, Kevin y Miriam Taylor.

Los asistentes prorrumpieron en aplausos. Kevin miró a Miriam y advirtió que

ella estaba radiante; sus ojos centelleaban por la emoción. No recordaba haberla visto nunca así, tan resplandeciente, con las llamas de su belleza natural atravesando el maquillaje. Ella apretó la mano de él con la suya.

—Gracias —dijo Kevin, inclinando la cabeza a derecha e izquierda.

El señor Milton se dirigió a ellos y la música continuó. Todo el mundo volvió a lo que estaba haciendo antes. Miriam buscó con la vista a Norma y Jean, y las localizó saludándola desde el otro lado de la pista de baile. Más o menos a mitad de camino, en la izquierda, estaba sentada Helen Scholefield, con una pose de satisfacción en sí misma, observando a los reunidos y sosteniendo en la mano un vaso de vino blanco. Estaba tan rígida que parecía una de aquellas estatuas de alabastro.

—Bienvenidos —dijo John Milton.

—Miriam, quiero presentarte al señor Milton —señaló Kevin. Con su mano derecha, John Milton cogió la mano extendida de Miriam y a continuación la cubrió con la izquierda. Sonrió.

—Me dijeron que eras una mujer muy atractiva, Miriam, pero se quedaron muy cortos. —Ella se ruborizó.

—Gracias. En realidad es como si ya lo conociera. Todo el mundo habla mucho de usted.

—Espero que bien. —Simuló mirar a Kevin con el ceño fruncido.

—No tenga usted ninguna duda —replicó Kevin, levantando la mano derecha. John Milton soltó una carcajada.

—Permitidme que os ofrezca algo de beber y que después os presente a algunos de mis invitados. Y espero que a no mucho tardar —prosiguió, sosteniendo todavía la mano de Miriam entre las suyas—, Miriam nos deleite tocando el piano para todos nosotros.

—Oh, no... se lo han dicho. —Y lanzó una mirada de reproche a Norma y Jean, que estaban observando y sonriendo sin disimulo.

—No tuvieron necesidad de hacerlo. Ya lo sabía. Tu reputación te precede —añadió con rapidez, y Miriam se rió.

—Creo que necesitaré esa copa —dijo, provocando la risa de Kevin. Mientras los tres cruzaban la sala se detuvieron frente a un camarero, y John Milton les ofreció un cóctel antes de proceder con las presentaciones.

Kevin estaba impresionado con la gran diversidad de profesionales que asistían a la fiesta, entre los cuales había abogados de otros bufetes. Había oído hablar de muchos de ellos, y a otros los recordaba de sus tiempos en la universidad, cuando los estudiantes de derecho discutían sobre los sitios ideales para trabajar. Conocieron también a dos médicos especialistas del corazón.

Por otro lado, Kevin identificó a un actor bastante famoso de Broadway, renombrado por sus personajes de carácter. También entablaron conversación con un

célebre columnista del *New York Post*, y finalmente les presentaron a Bob McKensie, ayudante del fiscal del distrito.

—De vez en cuando, a Bob le gusta hacer una visita al campamento enemigo —bromeó el señor Milton, para añadir acto seguido con un tono serio pero burlesco—: sobre todo cuando tenemos una nueva estrella.

—Todavía no soy una estrella —replicó Kevin al tiempo que estrechaba la larga mano de McKensie.

Con más de metro noventa, el aspecto del ayudante del fiscal le recordaba a Lincoln; aunque un tanto desgarrado, por la forma en que le dio la mano dedujo que era fuerte. En su rostro pequeño y oscuro asomaban unos ojos tristes y unas facciones marcadas.

—El problema está —dijo McKensie— en que tarde o temprano todo aquel que trabaja para John Milton acaba convirtiéndose en una estrella, lo que hace cada vez más difícil el trabajo de la oficina del fiscal.

John Milton rió de buen grado.

—Escucha Bob —dijo—, nosotros no os lo ponemos más difícil, sino que os obligamos a esforzaros para dar lo mejor de vosotros mismos. Deberíais estarnos agradecidos.

—Lo que hay que oír... —replicó McKensie, moviendo la cabeza con resignación—. ¿Se da cuenta de por qué él y sus asociados son tan tremendos en una sala de juicios? Encantado de conocerlo, Kevin. Tengo entendido que va a encargarse del caso Rothberg.

—Así es.

—Pues, como se suele decir, nos veremos en el tribunal. —McKensie inclinó la cabeza hacia Miriam y se fue a hablar con otros invitados.

—Vaya tipo más serio —soltó Kevin—. ¿No sonríe nunca?

—Ultimamente tiene pocos motivos para sonreír —contestó el señor Milton, con los ojos brillantes—. Venid, voy a enseñaros el resto del ático. —John Milton tomó a Miriam del brazo, y los condujo a la izquierda, donde la puerta daba a un pasillo en el que a ambos lados se hallaban tres habitaciones de invitados, un estudio, tres cuartos de baño y el dormitorio del anfitrión.

Todas las habitaciones eran grandes. Los cuartos de baño, totalmente alicatados, eran majestuosos y cada uno tenía su propio jacuzzi, tal como le habían contado sus compañeros.

—No me gusta esta disposición como de coches colocados en un tren de transporte —explicó John Milton mientras recorrían el pasillo—, pero no tenía ganas de tirarlo todo abajo y hacerlo nuevo.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamaba una y otra vez Miriam, en especial al detenerse en uno de los cuartos de baño.

John Milton la contempló un instante y a continuación le hizo un guiño a Kevin.

—Más tarde, si os apetece, no tengáis reparos en utilizar el jacuzzi. Primero que

llega, primero en servirse.

Cuando llegaron al dormitorio de John Milton y miraron dentro, Kevin entendió por qué Paul y los otros hablaban del lujo y el hedonismo del ático. La pesada cama de roble del centro era enorme; y tanto el somier como el colchón y la ropa de cama estaban hechos a medida. Parecía la cama que hubiera hecho fabricar para sí Enrique VIII. En las columnas largas y voluminosas que sostenían el dosel, un artesano había grabado figuras mitológicas: unicornios, sátiros, cíclopes... Kevin se acordó de algunos de los muebles del despacho de su jefe. Quizá todo se debía al mismo artesano.

La colcha y las almohadas de tamaño descomunal habían sido hechas siguiendo un modelo escarlata y blanco, que hacía juego con la decoración del cuarto: cortinas escarlata y blancas, lámparas cuyas pantallas reflejaban una luz rubí, y paredes blancas con estallidos de rojo en espiral que parecían explosiones de estrellas. El suelo estaba cubierto por la misma alfombra blanca del espacio principal de la casa.

Encima de la cama, el techo estaba lleno de espejos. Cuando miraron hacia arriba, les pareció como si todos los presentes estuvieran licuados y se derramaran en el centro de la habitación. «Las distorsiones deben de contribuir a formar interesantes cuadros eróticos», rumió Kevin.

—Deduzco que el rojo es su color favorito —dijo, cuando advirtió que John Milton le dirigía una sonrisa.

—Sí. Me gustan los colores limpios e intensos... el rojo, el blanco, el negro puro. Tal vez ello obedezca a mi inclinación por las cosas claras y libres de elementos que las enturbien. Detesto oír a la gente decir que algo o alguien no es ni bueno ni malo. La vida es mucho más sencilla cuando identificamos las cosas con acierto y las conocemos por lo que son. ¿No lo crees así? —preguntó a Miriam.

—Oh, sí, claro —respondió ella, con su curiosidad atrapada en los muebles, los armarios, la artesanía y la enorme cama. En la pared que se hallaba justo enfrente de ésta había empotrada una pantalla gigante de televisión.

—Bueno, ya os he retenido demasiado tiempo. Volvamos a la fiesta y divirtámonos, ¿eh? —Apagó las luces, y los tres regresaron a la sala donde estaba la concurrencia.

Para Kevin y Miriam aquello era una fiesta maravillosa, saturada de conversaciones interesantes. Había gente que hablaba de los nuevos espectáculos de Broadway y también de los menos convencionales. Kevin participó en una acalorada discusión política con algunos abogados y un magistrado del tribunal supremo del estado. Miriam y él bailaron juntos y también con otras personas: ella sobre todo con Ted y Dave, y Kevin con las esposas de éstos.

Sin embargo, Helen Scholefield no se movió ni un solo momento de su silla. Siempre que Kevin la miraba la sorprendía con los ojos fijos en él. Al final se decidió, cruzó la sala y se acercó a saludarla. Se dio cuenta de que Paul permanecía de pie junto al señor Milton, y de que ambos lo miraban con atención.

«Probablemente están preocupados por ella», fue la reflexión de Kevin.

—No parece que se lo esté pasando muy bien —dijo él—. ¿Quiere que le traiga algo para comer o beber? ¿Le gustaría bailar conmigo?

—No, estoy bien. Debería preocuparse por usted mismo... y por su esposa —replicó, sin que en sus palabras se apreciara ningún tono de sarcasmo ni de enfado.

—¿Cómo dice?

—¿Lo está pasando bien, señor Taylor?

Él se echó a reír.

—Puede llamarme sólo Kevin. Sí, muy bien. Es una gran fiesta.

—Es sólo el principio. La fiesta ni siquiera ha empezado.

—¿Ah, no? —Él echó un vistazo a su alrededor. En ese momento ella lo miraba fijamente, con aquella dureza que ya había mostrado el día que la conoció al ir a subir al ascensor. Aquello lo cohibía y lo ponía nervioso—. Eh... dígame, ¿hay algún cuadro suyo aquí?

—Sí, algunos. No obstante, pertenecen a mi primera época. Por entonces yo sólo pintaba lo que el señor Milton quería. Desde luego no quería que pintara el cuadro que ustedes tienen en su apartamento. ¿Todavía está allí?

—Oh, claro, por supuesto. Creo que es... muy interesante.

—No deje de mirarlo, Kevin Taylor. Es la única esperanza que le queda —advirtió ella, antes de que Paul se les acercara.

—Helen, ¿cómo estás, cariño?

—Estoy cansada, Paul. ¿Te importaría si me voy a casa? —Paul miró instintivamente hacia el señor Milton—. Al señor Milton no creo que le importe —añadió con rapidez—, ya tiene una nueva distracción. —Entonces se volvió hacia Kevin y le dirigió una mirada incisiva.

Sumido en un cierto desconcierto, Kevin miró a Paul, pero éste se limitó a menear la cabeza.

—No hay ningún problema, cariño. Vuelve al apartamento. No llegaré demasiado tarde.

—No más tarde de lo habitual, estoy segura de ello —replicó Helen con mordacidad antes de levantarse—. Buenas noches, Kevin Taylor —dijo, e inició el trayecto hacia la puerta. De repente se detuvo y se dio la vuelta, ladeó la cabeza y preguntó—: A usted todo esto le gusta, ¿verdad?

Kevin sonrió y alzó un poco los brazos.

—No puede menos que gustarme —contestó.

—Él sabe escoger —dijo ella, como confirmando una idea.

—Venga, Helen, vete abajo —soltó Paul con un tono de reprobación. Obediente, ella se volvió y prosiguió su camino hacia el ascensor—. Lo siento —murmuró Paul mientras la observaba—. Creí que si la traía a la fiesta se animaría un poco, pero está demasiado deprimida. El médico le recetó unas pastillas que por lo visto no sirven de mucho. Mañana hablaré con él.

—Lo lamento sinceramente. Si hay algo que Miriam y yo podamos hacer...

—Gracias, pero hoy es vuestra noche. Lo único que tenéis que hacer es pasarlo bien. No dejemos que esto nos agüe la fiesta. Venga, vamos al despacho del señor Milton. Ted y Dave están allí. —Paul lanzó una mirada airada en la dirección en que se hallaba su esposa, frunciendo el entrecejo y sacudiendo la cabeza mientras ella subía al ascensor. Helen permanecía rígida como una estatua, y cuando las puertas se cerraron se pintó en su rostro una sonrisa enigmática de Mona Lisa.

Kevin buscó a Miriam y la divisó mientras se dirigía a la pista de baile con el señor Milton. Esperó a que empezaran.

—Mira el jefe, parece veinte años más joven.

—Sí —dijo Paul, y su rostro adquirió una expresión más relajada—. Vaya tío. Vamos.

Los dos empezaron a cruzar la amplia sala. Justo antes de meterse en el pasillo, Kevin miró hacia atrás y se dio cuenta de que nunca había visto en público a Miriam moviéndose y contorsionándose de aquella forma tan insinuante.

—Vamos —repitió Paul, y Kevin siguió por el pasillo hasta llegar al despacho, donde esperaban los otros colegas.

A partir de las sonrisas que se advertían en las caras de Ted, Dave y Paul, Kevin dedujo que la reunión no era algo espontáneo. Después de que Ted le llenara otra copa de champán —esta vez de una botella de Dom Perignon—, Dave se aclaró la voz.

—Kevin, queríamos despistarnos un rato de la multitud para hablar contigo —dijo—. Pero primero lo primero. —Levantó la copa—. Los tres queríamos aprovechar esta oportunidad para dar la bienvenida a nuestra familia jurídica a otro miembro. Que su talento, su ingenio y sus conocimientos alcancen su plena expresión en las batallas venideras a librar ante los tribunales.

—Eso, muy bien —corearon Ted y Paul.

—Por Kevin —dijo Dave.

—Por Kevin —repitieron todos, y a continuación bebieron.

—Gracias, compañeros. Quiero hacer mención de lo mucho que valoro todo lo que vosotros y vuestras esposas habéis hecho para ayudarnos a mí y a Miriam. Deseo fervientemente formar parte de todo esto. Mi único temor está en no ser capaz de estar a la altura de las elevadas expectativas que se han creado respecto a mí.

—Oh, sí podrás, colega —soltó Paul.

—Todos empezamos teniendo esta sensación —precisó Ted—. Y te sorprenderás de lo rápido que se supera.

Se sentaron porque Dave quería contar un nuevo chiste. Cuando hubo terminado, las carcajadas se oían por todo el pasillo. Bebieron más champán y se contaron más historias. Llegó un momento en que Kevin no tenía ni idea de cuánto tiempo había

transcurrido, pero de repente todos dejaron de hablar al escuchar los sonidos del piano.

—Debe de ser tu mujer —dijo Dave—. Nos hemos enterado de que toca muy bien.

Se levantaron enseguida y se unieron a la gente que se había agolpado en torno a Miriam y el piano. El señor Milton estaba de pie a su izquierda, apoyando la mano en la parte superior del piano y mirando al público. Mostraba una expresión de orgullo, como si Miriam fuese su hija... o incluso su esposa.

Kevin se acercó más. Los dedos de Miriam se deslizaban sobre las teclas con una elegancia y una delicadeza desconocidas para él. La expresión de la cara era sin embargo sombría, y permanecía sentada casi inmóvil, con un porte de seguridad en sí misma que no revelaba dudas, indecisiones ni incertidumbres. Parecía una pianista profesional.

Y la música... Era maravillosa. Kevin no reconocía la pieza y se preguntó si sería algo que ella hubiera preparado sólo en el caso de que le pidieran que tocara. Pero lo cierto es que Miriam no parecía alguien a quien le hubieran hecho semejante petición, sino más bien que la habían contratado para ello. Cuando Kevin se fijó en las caras de la gente, advirtió expresiones de gran reconocimiento y admiración. Con los ojos totalmente abiertos, los asistentes a la fiesta se hacían gestos recíprocos de confirmación. Era como si Miriam fuera otro de los hallazgos del señor Milton.

«Pero no lo es», pensó Kevin. Todo era muy extraño. Empezó a sentirse un poco abrumado y lamentó haberle dado tanto al champán, pero aunque había perdido la cuenta de las copas que había bebido, cuando miró la que tenía en la mano notó un impulso irresistible de llevársela a la boca. El color rosa que había predominado ante sus ojos se iba convirtiendo en rojo sangre.

Diane lo miraba, y él le sonrió. Ella hizo con la cabeza un gesto dirigido a Miriam y levantó las cejas. De pronto la sala dio una vuelta completa sobre sí misma. Kevin se tambaleó, pero mantuvo el equilibrio al agarrarse a una silla de respaldo alto que se encontraba a su derecha. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Cuando abrió de nuevo los ojos tuvo la sensación de estar unos centímetros por encima de una rueda de molino. El suelo parecía moverse bajo sus pies. Movié otra vez la cabeza y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, Diane estaba a su lado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella en voz baja.

—Sólo algo mareado. Creo que he bebido demasiado champán.

—No se preocupe. Nadie le está prestando atención. Están todos embelesados con Miriam. Apóyese en mí, y le ayudaré a volver al estudio; allí podrá descansar un poco. También le traeré una toallita húmeda.

—Sí, quizá tenga razón.

Diane abrió camino mientras Kevin mantenía los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, pues cuando los abría todo parecía dar vueltas. La secretaria le condujo hasta el mullido sofá de cuero del despacho y fue a buscarle una toallita. Kevin se reclinó,

apoyando la cabeza en la parte superior del sofá y trató de abrir los ojos. El techo parecía un *jacuzzi*, y tuvo la horrible sensación de que iba a caer dentro de él, de modo que volvió a cerrarlos y los mantuvo así hasta que notó el paño frío en la frente.

—Dentro de un momento se sentirá mejor —dijo Diane.

—Gracias.

—¿Quiere que me quede aquí?

—No, no se preocupe. Sólo voy a descansar un rato. Cuando Miriam termine, dígame dónde estoy y que me encuentre bien.

—Descuide.

—Gracias —dijo él, y cerró los ojos. En pocos instantes se quedó dormido. Cuando despertó, no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado allí. Al principio estaba confundido. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado a ese lugar? Se frotó la cara con las palmas de las manos y echó un vistazo al estudio. En tan sólo un momento todo le volvió a la memoria, y cayó en la cuenta de la absoluta tranquilidad que reinaba. No se oía música ni ningún otro ruido procedente de la fiesta.

Se levantó. Aunque algo inseguro al principio, pronto recuperó la serenidad. Fue hacia la puerta y salió. El pasillo estaba muy iluminado, pero no así la sala grande. Desconcertado, se dirigió hacia allí recorriendo el vestíbulo a toda prisa. La fuente todavía funcionaba, pero ya habían apagado las luces de colores. Aún se advertía una lámpara pequeña encendida en el bar. Las cortinas había sido corridas y cubrían los amplios ventanales. El equipo estéreo estaba desconectado y ya no había discoteca. La mayor parte de la luz de la sala venía del ascensor, cuya puerta permanecía abierta.

—Pero qué narices...

Se frotó enérgicamente la cara, como si quisiera restaurar todo lo anterior, pero nada cambió.

—¿Hola? —Escuchó el eco de su voz en la enorme sala—. ¿Señor Milton?

Se dio la vuelta y miró hacia el pasillo.

—¿Miriam?

No oía nada salvo el ruido suave y monótono de la fuente.

«Miriam no se habrá ido sin mí —pensó—. Es para volverse loco. ¿Pero dónde coño está todo el mundo? ¿Qué es esto? ¿Alguna broma que me gastan por haberme sentado mal el champán?». Claro, ¿qué otra cosa si no? Todos deben de estar escondidos en esas habitaciones, al menos los colegas. Rió para sus adentros y sacudió la cabeza. Vaya elementos.

Empezó a recorrer el pasillo, sin hacer apenas ruido, a la espera de que Dave o Ted salieran de repente de alguna habitación. Sin embargo, cuando se detuvo ante la primera puerta y miró dentro, no vio otra cosa que oscuridad. Lo mismo sucedió con la segunda y la tercera, así como en los cuartos de baño. Ya sabía que en el estudio no había nadie.

Se paró ante la puerta del dormitorio del señor Milton y escuchó. Todo estaba en

silencio. Llamó con suavidad y esperó.

—¿Señor Milton?

No hubo respuesta. ¿Era cuestión de llamar más fuerte? «Debe de haberse ido a dormir —pensó Kevin—. La fiesta ha terminado, todos se han marchado y él se ha ido a la cama. Y Miriam se ha ido sin mí. Tal vez estaba enfadada. Diane le habrá contado dónde estaba yo y lo que ha ocurrido. Ella ha venido a buscarme, no ha logrado despertarme y se habrá sentido molesta. Seguramente el señor Milton le ha dicho que me dejara dormir la mona. Si ahora lo despertara, me diría que me fuera para abajo. Sí, claro. ¿Qué otra cosa podría ser?», se preguntó.

Escuchó tras la puerta unos instantes más y acto seguido se volvió y recorrió de nuevo el pasillo en dirección a la sala y el ascensor. «Vaya nochecita», murmuró para sus adentros después de pulsar el botón y de que las puertas se empezaran a cerrar.

Cuando éstas se abrieron de nuevo mostraron un pasillo absolutamente silencioso. Salió y se dirigió rápido a la puerta de su apartamento, hurgando en el bolsillo en busca de la llave. Le sorprendió que todas las luces del piso estuvieran apagadas. ¿Creía Miriam que él no volvería? «Joder, estará enfadada de verdad», pensó. No se acordaba de haber estado jamás tan borracho.

Entró en el apartamento y se detuvo al advertir que la puerta del dormitorio estaba cerrada. Por debajo se distinguía algo de luz... al menos había dejado una lámpara encendida para cuando él llegara. Kevin comenzó a preparar sus excusas. No obstante, cuando agarró el pomo de la puerta se quedó quieto al oír algo parecido a gemidos emitidos con la boca tapada. Escuchó un instante. El sonido aumentaba su intensidad. Cuando se dio cuenta de que era un gemido erótico, fue como si le atravesara una espada de hielo. Cogió el pomo de nuevo, pero en el momento en que lo tocaba los dedos se le entumecían, se congelaban, y las puntas le quemaban como si el pomo estuviera hecho de hielo seco. Intentó apartar la mano, pero la piel se le había quedado pegada al metal. Ya tenía los dedos insensibles, así que giró el pomo, empujó la puerta con el hombro, y ésta cedió poco a poco unos centímetros hasta que se abrió lo suficiente para dejar ver con claridad qué sucedía.

En la cama había una pareja desnuda. En la cabeza del hombre había algo que le resultaba tremendamente familiar. Kevin entró en la habitación. Se acercó a los pies de la cama. El cuerpo del hombre hizo una pausa, interrumpiendo la penetración. La mujer que estaba debajo se movió hacia la derecha y se incorporó lo suficiente para que él pudiera verla con nitidez. ¡Era Miriam!

—¡No! —gritó Kevin.

El hombre separó sus labios de los de Miriam, pero se mantuvo inmóvil, mirándola. Ella alargó el brazo, alcanzó su espalda y lo atrajo de nuevo para besarle los labios. En cuestión de un momento ya habían vuelto a empezar y se movían rítmicamente, mientras Miriam gemía y apretaba sus dedos con fuerza en las nalgas de él, atrayéndolo hacia ella, pidiendo penetraciones más largas y profundas. Entonces ella levantó las piernas, con las que rodeó la cintura del hombre. La energía

y la intensidad de aquel acto eran tan elevadas que la cama crujía y los muelles del colchón chirriaban.

—¡No! —gritó Kevin.

Rápidamente se dirigió a un lado de la cama y extendió el brazo para agarrar al hombre por la espalda, intentando arrastrarlo, levantarlo. Pero el individuo parecía estar pegado a ella, firmemente sujeto. Kevin le aporreó la espalda, descargando todo el peso de su cuerpo en cada golpe, pero el hombre parecía no apercibirse de nada: seguía adelante, penetrando, jodiendo sin parar. Kevin lo agarró por la cintura, pero en vez de separarlo de Miriam se vio arrastrado a seguir su movimiento, y se encontró que estaba empujándolo a cada penetración y tirando de él cada vez que volvía hacia atrás. Forcejeó para liberarse de su cuerpo, pero tenía las manos pegadas a él. Los gemidos de Miriam eran cada vez más fuertes. Llegó al éxtasis y gritó de placer.

—¡Miriam! —Entonces sus manos quedaron libres.

Desesperado, Kevin agarró al hombre del cabello y empezó a tirar de él hacia atrás, desgarrándoselo casi desde la raíz. Por fin, el desconocido se levantó de encima del cuerpo de Miriam y empezó a darse la vuelta de forma lenta y pausada. Kevin le soltó el pelo y se dispuso a pegarle un puñetazo. Sin embargo, cuando se hubo vuelto del todo, Kevin abrió el puño y se apretó ambas manos contra la cabeza.

—¡No! —gritó—. ¿Qué...?

Se estaba mirando a sí mismo. Y la conmoción lo hizo regresar tambaleando a la oscuridad.

—¡No! —gritó Kevin en la oscuridad, incorporándose en la cama.

—¿Kevin? —Miriam se inclinó para encender la lámpara que había en el extremo de la mesilla de noche. Tan pronto como el dormitorio estuvo iluminado, Kevin giró en redondo con el miedo y el desconcierto pintados en el rostro.

—¿Qué? ¿Dónde...? —Dirigió una mirada feroz a Miriam, que se había dejado caer sobre la almohada y lo observaba con ojos de sorpresa—. Miriam... Yo... ¿Cómo me he metido en la cama? ¿Dónde está...? —Se dio la vuelta, buscando en la habitación señales de... ¿de quién? ¿De él mismo?

Con su movimiento de cabeza, Miriam revelaba su inquietud. Hizo un esfuerzo y se sentó en la cama.

—¿Dónde está quién?

Él la miró fijamente. Ella parecía confundida de verdad.

—¿Cómo me he metido en la cama? —murmuró.

—Kevin Taylor, ¿no te acuerdas de nada?

—Yo... —Respiró hondo, y acto seguido se apretó las palmas de las manos contra los ojos—. Lo último que recuerdo es que estaba en el estudio, me he despertado, y al ver que no quedaba nadie he bajado y...

—Tú no has bajado. Te han traído. —¿Ah, sí?

—Tus colegas te han encontrado borracho y farfullando en el suelo del despacho del señor Milton. Una de las secretarias les ha contado lo que te había pasado y entonces te han cogido y te han traído aquí abajo, discretamente. Cuando he acabado de tocar otra pieza en el piano, Paul Scholefield se me ha cercado y me ha dicho dónde estabas. Me ha explicado que te habías quedado dormido como un tronco, así que no he bajado enseguida. Me he quedado hasta que la gente ha empezado a marcharse. Entonces me he despedido del señor Milton y he venido por mi propio pie. Poco después de que me metiera en la cama, te has despertado y hemos...

—¿Qué?

—Hemos hecho el amor. Has estado maravilloso. Creo que ha sido una de las veces que mejor... pero entonces, ¿estabas borracho todo el rato y no sabías lo que hacías? ¿No te acuerdas de nada?

—¿Hemos hecho el amor? —Reflexionó sobre las palabras de ella y lo que él había imaginado—. Entonces sólo ha sido un sueño. —Soltó una carcajada de alivio—. Sólo ha sido un sueño —repitió.

—¿Qué es lo que ha sido sólo un sueño?

—Nada... Oh, Miriam, lo siento. Supongo que no me he dado cuenta de que estaba bebiendo demasiado. Me he perdido el resto de la fiesta.

—No importa, nadie ha reparado en ello. Ya te he dicho que tus compañeros lo

han resuelto todo de manera impecable.

—¿Y el señor Milton?

—No has de preocuparte por él. Le caes bien de verdad. Lo he pasado de maravilla... sobre todo después, tanto si tú te acuerdas como si no. Quizá deberías beber más a menudo —añadió.

Kevin caviló un instante. ¿No era capaz de acordarse de haber hecho el amor?

—¿He estado bien?

—Todo lo que puedo decir es que me has tocado donde nunca antes lo habías hecho. Era como si...

—¿Qué? —Advirtió que Miriam se ponía colorada ante la idea—. Venga, cuéntamelo.

—Era como si tú crecieras dentro de mí hasta que yo estuviera llena de ti. Si no hemos hecho el niño esta noche, no sé cuando lo haremos. —Se inclinó sobre él y le besó en los labios con suavidad—. Siento haberme descontrolado un poco —susurró. La manta se deslizó y dejó sus pechos al descubierto.

—¿Descontrolado?

—Te he clavado las uñas muy fuerte. En todo caso, si te he arañado éste es el precio a pagar por ser tan apasionado. —Miriam lo besó otra vez, metiendo su lengua en la boca de él, casi ahogándolo—. Nunca lo olvidaré —le dijo en voz baja después de besarlo—, aunque tú ya lo hayas hecho.

—Bueno... Yo... nunca había estado tan borracho para olvidar algo, y menos aún si eso era haber hecho el amor. Lo siento, pero te resarciré por ello.

—Más te vale —musitó ella. A continuación se tumbó sonriendo, y entonces a Kevin le vinieron a la memoria las imágenes que recordaba del sueño. Trató de alejarlas agitando la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que estoy un poco mareado. Voy a echarme un poco de agua en la cara. Joder, vaya noche. —Se deslizó de la cama y fue al cuarto de baño. Cuando se miró al espejo advirtió que tenía los ojos como inyectados en sangre. Se refrescó la cara y echó una meada. Antes de salir se volvió y miró sus nalgas desnudas en el espejo. En ellas no se observaba ni una sola marca.

«¿Que me ha arañado? —Se encogió de hombros—. Seguramente se ha excitado tanto que se lo ha imaginado. Bueno, gracias a Dios que lo que he visto era sólo una pesadilla. Pero vaya lástima que me lo haya perdido. Por el modo en que ella lo ha descrito, tiene que haber sido fantástico».

Kevin rió para sus adentros y volvió a la cama. Miriam lo abrazó e hicieron el amor, pero cuando terminaron ella parecía decepcionada.

—¿Qué te ocurre? ¿No ha sido tan bueno como antes?

—Debes de estar cansado —respondió ella—. Ha estado bien —añadió al advertir la expresión de disgusto en el rostro de Kevin—, pero no ha sido igual. No importa, estoy segura de que otro día sí lo será.

—De todas formas, otro día no voy a emborracharme como esta vez, te lo aseguro.

Ella lo miró recelosa.

—¿Cuándo has abandonado la fiesta para ir al estudio?

—Estabas tocando el piano... de manera magnífica. Nunca te había oído tocar así, Miriam. Y esa pieza... ¿Cuándo aprendiste esa nueva composición?

—No era nueva, Kevin. La he tocado a menudo.

—¿Sí? Es curioso. La verdad es que tampoco la recuerdo —dijo, moviendo la cabeza con aire preocupado.

—Quizás el champán se ha cargado parte de tu memoria —soltó ella con sarcasmo.

—Lo siento. Creo... que voy a dormir.

—Sí, mejor será. —Y se dio la vuelta.

Kevin se tumbó y reflexionó sobre todo aquello. Hacer el amor apasionadamente es algo fantástico que conlleva una gran entrega. Era increíble que lo hubiera olvidado. No tenía ninguna explicación.

«Ni tampoco la tiene la pesadilla», pensó. Por el momento las dos experiencias parecían anularse una a otra. Cerró los ojos y al cabo de un rato se quedó dormido.

Por la mañana, Ted y Dave llamaron para preguntar cómo se encontraba.

Paul vino a verlo en persona.

—Creo que tengo que daros las gracias a todos, amigos —dijo Kevin—, pero el caso es que no me acuerdo absolutamente de nada.

—Bueno, la verdad es que estabas más dormido que despierto cuando te trajimos aquí abajo... Bueno, mejor sería decir que te arrastramos. —Le guiñó el ojo a Miriam—. Tocaste de maravilla, Miriam.

—Gracias —replicó ella, y le lanzó a Kevin una mirada de autosuficiencia que le hizo enarcar las cejas.

El resto del fin de semana fue extraordinario. El sábado, Dave, Ted, Norma, Jean, él y Miriam fueron a una primera sesión en Broadway. Gracias a la relación que tenía con la dirección del teatro, el señor Milton les había proporcionado entradas de primera fila muy codiciadas.

Paul se excusó diciendo que quería acompañar a Helen al médico, y les dijo que se reuniría con ellos más tarde para ir a cenar, pero no apareció.

Más adelante les contaría que su esposa no había tenido ganas de ir a ningún sitio y que él no había querido dejarla sola en casa.

El domingo subieron todos al ático a ver el partido de fútbol americano por televisión. Paul también acudió, pero Helen se quedó descansando en su apartamento.

Él les explicó que a su esposa le habían puesto una medicación más fuerte.

—He tenido que contratar una enfermera para que esté con ella —les dijo—. Por suerte, la que había tenido Richard Jaffee, la señora Longchamp, estaba disponible, así que no os extrañe si la veis por ahí. Si no se observan mejoras pronto —precisó,

dirigiéndose a todos—, tendré que internar a Helen en un sanatorio.

—Tienes que hacer lo que más le convenga, Paul —dijo el señor Milton, y después lo llevó aparte para hablar con él.

Norma y Jean trajeron palomitas de maíz calientes untadas con mantequilla que ellas mismas habían preparado en la cocina del señor Milton, y la atención de todos volvió a centrarse en el partido.

La semana siguiente el bufete estuvo muy ajetreado. Se celebraba la vista oral del caso de Paul, y Dave y Ted iniciaron sendos casos con nuevos clientes. Dave defendía al hijo de un médico que supuestamente hurtaba drogas de su padre y las vendía en la universidad. Ted tenía entre manos un típico caso de allanamiento de morada, en el que el ladrón era alguien a quien él ya había defendido en una ocasión y conseguido que lo absolvieran. Explicó que su deseo era llegar a un acuerdo y, efectivamente, antes de finalizar la semana había negociado un arreglo por el que a su cliente le caería un período de reclusión equivalente a una cuarta parte del que habría recogido una sentencia en caso de haber ido a juicio.

El asunto de Paul también se desarrollaba según lo planeado. La pretensión del fiscal del distrito de demostrar que Philip Galan era culpable del asesinato de su hermano pequeño resultó ser una estrategia errónea. A pesar de la falta de remordimiento del chico, Paul contó con pruebas periciales psiquiátricas que ponían de manifiesto el historial de conducta impulsiva de Philip y su condición de joven emocionalmente trastornado.

Tal como Paul pretendía, logró demostrar que en cierto sentido los padres eran los verdaderos culpables. La resolución del tribunal fue que Philip recibiera tratamiento psiquiátrico.

El jueves Kevin tenía que reunirse con Beverly Morgan, la enfermera de Maxine Rothberg. Después de la muerte de Maxine había abandonado el hotel y estaba viviendo con una hermana en Middletown, Nueva York, una pequeña ciudad que se hallaba más o menos a una hora de Manhattan. Kevin dispuso lo necesario para que Charon lo llevara.

La hermana de Beverly Morgan tenía una casa pequeña, de estilo Cape Cod, en una calle lateral. Era un barrio más bien pobre, de calles estrechas y casas viejas y en estado ruinoso; los pequeños porches tenían un aspecto desolado, y las aceras estaban llenas de grietas y agujeros. En el interior del área de Nueva York había nevado más y con más frecuencia, de modo que la nieve medio derretida y el barro de la última tormenta dificultaban el paso por la angosta calle.

Kevin encontró la zona muy deprimida: todo parecía triste y deprimente.

Beverly Morgan estaba sola en casa. La mujer negra tenía cincuenta y ocho años, era rechoncha y su cabello de un color oscuro veteado en todo el centro por mechones blancos como la nieve. Se lo habían cortado de manera desigual, «tal vez su hermana —pensó Kevin—, o alguien no profesional».

Sus grandes ojos negros, cuyo blanco brillaba, revelaban una mirada temerosa y

desconfiada. Llevaba un jersey amarillo y verde de colores vivos, y debajo un vestido de una pieza de color verde pálido que parecía un uniforme de enfermera teñido. Antes de saludarlo, la mujer echó un vistazo rápido a la limusina. Charon permanecía de pie junto al asiento del conductor y le devolvió la mirada.

—¿Es usted el abogado? —preguntó ella, con la atención puesta todavía en Charon.

—Sí, señora. Me llamo Kevin Taylor.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza y dio un paso atrás para permitirle el paso, no sin mirar de nuevo a Charon antes de cerrar la puerta.

La pequeña entrada estaba cubierta por una alfombra liviana, manchada y descolorida. A la derecha se advertía un colgador de pino oscuro para sombreros y abrigos, y en la pared contigua un espejo cuadrado de más de medio metro de lado con un marco también de pino que hacía juego.

—Deje aquí el abrigo —dijo Beverly, indicando el colgador con un gesto.

—Gracias. —Kevin se desprendió de su abrigo de lana y ante y lo colgó con rapidez. Toda la casa estaba impregnada de un aroma delicioso, el de un pollo que estaban friendo. Se le hizo la boca agua—. Hay algo que huele bien, ¿eh?

—Ah... —respondió ella con vacilación, y se volvió para indicarle la sala de estar, una pequeña pieza con una estufa de carbón que calentaba demasiado el ambiente. Kevin se aflojó la corbata y echó un vistazo alrededor. Los muebles habían sido comprados en las rebajas de unos grandes almacenes, y los cojines del sofá estaban deslucidos. Lo único atractivo era un reloj antiguo de caja de pino, que daba la hora exacta.

—Un reloj fantástico —señaló.

—Era de mi padre. Lo conservó siempre, por mal que le fueran las cosas. Siéntese. ¿Quiere un té?

—No, no, gracias.

—Bien, pues vamos a ello. Ya he tenido experiencias con abogados en otras ocasiones —dijo, sentándose frente al sofá, en un butacón marrón que parecía ajustársele perfectamente al cuerpo. Cruzó las piernas y soltó una sonrisa afectada.

—Bueno, éste es un caso bastante importante —precisó Kevin.

—Los casos de los ricos siempre son importantes.

Kevin intentó sonreír. Entonces advirtió que en la estantería inferior había una botella de bourbon y un vaso al lado, en el que todavía quedaba algo de whisky. Abrió el maletín y sacó un grueso bloc de notas. Después se reclinó.

—¿Qué puede decirme del modo en que murió la señora Rothberg?

—Lo que ya le conté al fiscal del distrito —contestó con celeridad—. Entré en la habitación y la vi estirada en la cama de cualquier manera, por lo que al principio creí que había tenido un ataque cardíaco. Llamé enseguida al médico, intenté la resucitación cardiopulmonar y telefoneé al hotel para que dieran el aviso al señor Rothberg.

—¿Cuándo la vio usted consciente por última vez?

—Inmediatamente después de cenar. Me senté un rato con ella para hacerle compañía, y entonces me dijo que estaba cansada pero que le dejara la televisión encendida. Así que fui a mi cuarto a ver el programa que estaban dando en otro aparato que yo tenía allí. Cuando volví ya estaba muerta.

—¿Aquel día le había suministrado usted la dosis de insulina habitual? —Sí.

—¿Está usted segura de que le dio la dosis correcta?

—Sí, por supuesto —respondió con firmeza.

—Ya. —Kevin fingía tomar anotaciones. En realidad escribió «parece estar a la defensiva», aunque se dio cuenta de que, en la posición de ella, cualquiera tendría derecho a estar así.

—Permítame que vaya al grano, Beverly. ¿Le importa que la llame Beverly?

—Es mi nombre.

—Bien. Voy a ir al meollo del asunto y no le haré perder más tiempo. —Ella asintió, entornando los ojos recelosa—. ¿Sabe usted algo que pueda incriminar al señor Rothberg? Por ejemplo, ¿lo vio entrar en la habitación de su esposa después de que usted hubiera salido?

—No. Fui directamente a mi cuarto, ya se lo he dicho.

—Bien. Ya sabe que se encontró una provisión de insulina en el dormitorio del señor Rothberg. ¿Tiene esto para usted alguna explicación?

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Beverly, usted sabrá que el señor Rothberg tenía una aventura.

—Desde luego.

—¿Lo sabía también la señora Rothberg? —Sí.

—¿Alguna vez se lo comentó a usted?

—No. Fue una señora hasta el final.

—Entonces, ¿por qué dice que ella lo sabía? —preguntó él con presteza, adoptando el porte y el tono de voz de los interrogatorios.

—Tenía que saberlo. Había gente que venía a verla.

—Entonces, ¿oyó usted por casualidad a alguien hablando de esto con ella?

La mujer vaciló un instante.

—No insinúo que estuviera usted espiando, pero seguramente mientras hacía sus quehaceres por allí cerca...

—Sí, a veces oía algo.

—Ya. ¿Por casualidad sorprendió usted —inadvertidamente, por supuesto— alguna conversación entre el señor y la señora Rothberg sobre la cuestión?

—¿Se refiere usted a alguna discusión? No, nunca oí nada, pero muchas veces había entrado yo en la habitación justo después de que hubiera salido el señor Rothberg, y ella parecía disgustada.

—Bien. —Kevin se quedó un instante mirándola fijamente—. ¿Considera usted que la señora Rothberg estaba bastante deprimida?

—La verdad es que no puede decirse que hubiera un montón de cosas que la hicieran feliz. Estaba inválida y su esposo estaba ligando por ahí. Sin embargo, a pesar de lo mal que lo pasaba, casi siempre conseguía estar de buen humor. Era toda una mujer, una auténtica señora, ¿comprende? —repitió con énfasis.

—Sí, claro. —Él se reclinó y adoptó una posición más relajada—. Usted también lo pasó bastante mal durante un tiempo, ¿verdad, Beverly? —preguntó con el tono de voz más compasivo de que fue capaz.

—¿Cómo?

—En su propia vida, su familia...

—Sí, es cierto.

Kevin cambió la orientación de su mirada y se fijó de forma muy clara y ostensible en la botella de bourbon y el vaso.

—¿Bebe usted, Beverly? —Ella se enderezó con prontitud—. ¿Incluso en el hotel?

—Tomo un trago de vez en cuando. Me ayuda a sobrellevar el día.

—¿Tal vez más de uno? La gente sabe esas cosas, Beverly —replicó Kevin con rapidez, inclinándose hacia delante.

—Nunca hasta el punto que me impidiera realizar mi trabajo, señor Taylor.

—Como enfermera, sabrá usted que las personas que beben a menudo no suelen admitir que lo hacen ni la medida en que ello les afecta a la salud.

—No soy alcohólica. No le va a servir a usted de nada decir que sí lo soy y que maté accidentalmente a la señora Rothberg.

—He leído los informes del médico de la señora Rothberg. Al parecer se mostraba muy crítico con usted.

—Nunca le caí bien. Era el médico del señor Rothberg —añadió—, no el de la madre de su esposa.

—Usted era la encargada de inyectarle a la señora Rothberg la insulina y bebía; el médico se enteró y no le hizo gracia —dijo Kevin, pasando por alto la trascendencia de las palabras de ella.

—Yo no maté accidentalmente a la señora Rothberg.

—Ya... El señor Rothberg me contó que había tenido una discusión con su mujer sobre su aventura y que ella lo amenazó con suicidarse y hacer que fuera él el principal sospechoso de haberla matado. Y cree que ésta es la razón de que la insulina estuviera en su armario. Todo sugiere que la dosis mortal salió de ahí. ¿Puede usted encontrar algún recoveco en su memoria que nos explique cómo llegó esa insulina al armario del señor Rothberg?

Ella tenía sus ojos clavados en los de él.

—¿La puso usted allí?

—No.

—Encontraron sus huellas digitales.

—¿Y qué? Mis huellas estaban por toda la habitación de la señora Rothberg.

Oiga, ¿por qué coño tenía yo que poner esa insulina allí? —preguntó, elevando el tono de la voz.

—Quizá la señora Rothberg se lo pidió.

—Ni ella ni yo hicimos lo que usted insinúa.

—¿Vio alguna vez a la señora Rothberg entrando con la silla de ruedas en el dormitorio de su marido?

—¿Cuándo?

—En alguna ocasión.

—Tal vez... sí, supongo que sí.

—¿Con la caja de la insulina en el regazo, quizá?

—No, nunca. Y si hubiera sido así, ¿por qué no estaban sus huellas dactilares en la caja?

—Podía haber llevado guantes de plástico.

—Venga ya, deje de decir sandeces. ¡También el señor Rothberg podía haberse puesto guantes de plástico!

Él rió para sus adentros. La mujer no tenía un pelo de tonta. «Bebía y a lo mejor no era tan eficiente como le habría gustado al médico —pensó—, pero no era estúpida».

Decidió utilizar otra táctica.

—A usted le caía bien la señora Rothberg, ¿verdad, Beverly?

—Desde luego. Era toda una señora, ya se lo he dicho antes.

—Y en cambio no le gustaba lo que hacía el señor Rothberg, que saliera con otra mujer mientras su fiel esposa estaba enferma, ¿no es así?

—Él es una persona muy egoísta; ni siquiera la visitaba a menudo. Siempre era ella la que me pedía que lo llamara o que lo mandara a buscar.

—Por tanto, tal vez usted entendería la razón de que ella quisiera quitarse la vida de forma que él fuera hallado culpable.

—No se suicidó. No me cabe en la cabeza.

—Usted siempre había sentido lástima por la señora Rothberg... antes había tomado una copa o dos, ella le pidió que le inyectara la insulina de la habitación del marido...

—No es cierto. Mire señor Taylor, no me gusta nada lo que está insinuando; creo que no tengo nada más que hablar con usted. —Se cruzó de brazos y le dirigió una mirada furiosa.

—Muy bien. Reservaré mis otras preguntas para el día del juicio, cuando esté usted bajo juramento —replicó él.

Lamentaba adoptar una postura tan dura, pero lo único que quería era tirarle de la lengua. Pero ¿y si no había nada que sonsacarle? En cualquier caso, arrinconó rápidamente sus dudas y guardó el bloc de notas en el maletín.

—Si lo hizo y esto queda demostrado ante el tribunal, la acusarán de cómplice en la comisión de un delito, de un delito grave —añadió.

—Yo no lo hice.

—Pero, por supuesto —prosiguió Kevin, ya de pie—, si lo hizo sin saber cuáles eran las intenciones de ella, nadie la puede acusar a usted de nada.

—Yo no puse la insulina en la habitación del señor Rothberg —repitió.

Kevin asintió.

—De acuerdo. Hay otras personas a quien preguntar y otros hechos que verificar.

—Acto seguido salió de la sala.

Beverly se levantó, lo siguió hasta la entrada y lo observó mientras se ponía el abrigo. Él la miró a su vez.

Allí estaba ella, una mujer negra que ya llegaba a la fase final de su vida y que no tenía muchos recuerdos felices que evocar. Había llegado a tener una profesión y había intentado criar a sus hijos en ausencia del marido, pero casi todo le había salido al revés. Bebía, pero conservaba su empleo. Sin embargo todo había terminado, y de un modo fatal. Con toda seguridad observaría el mundo con amargura, y cada día que pasara sería más gris la luz del sol. Era como si hubiera nacido en un día luminoso y poco a poco el mundo se hubiera ido doblando sobre ella hasta encerrarla en un túnel oscuro. Kevin lamentó el tono áspero que había utilizado con ella. Sin duda, la defensa de Stanley Rothberg no lo justificaba.

—El olor que viene de la cocina es estupendo.

La expresión de Beverly no se suavizó. Ella lo miraba con miedo, sus ojos revelaban un profundo recelo. Kevin no podía reprochárselo. Últimamente todo lo que él decía o hacía era artificial, obedecía a un plan trazado de antemano para lograr un objetivo concreto. Beverly no tenía ningún motivo para pensar que él era sincero. A Kevin su propia codicia le produjo un cierto malestar.

—Hasta pronto y gracias —dijo él, al tiempo que abría la puerta. Ella se acercó y permaneció allí mientras él recorría el corto trayecto que había hasta la limusina. Charon le abrió la puerta y después la miró a ella. Kevin advirtió que el rostro de Beverly pasaba de reflejar enfado y desconfianza a revelar miedo y terror. La mujer cerró la puerta con rapidez, y un instante más tarde él ya iba camino de vuelta.

Tan pronto como Kevin estuvo en el radio del alcance del móvil llamó a la oficina por si había algún mensaje para él, pues todas las secretarias se habrían ido ya antes de que él llegara.

—Mañana a las dos tiene una reunión con Tracey Casewell, la «amiga» del señor Rothberg —le informó Wendy—. Aparte de esto, no hay ninguna novedad.

—Muy bien. Entonces iré directamente a casa.

—Oh, señor Taylor, el señor Milton quiere hablar con usted. Espere un momento.

Kevin deseaba poder posponer esa conversación hasta el día siguiente. Después de la entrevista mantenida con Beverly Morgan se sentía algo abatido y tampoco podía sacudirse de encima la sensación de haber decepcionado al señor Milton.

No era una reacción racional. No había motivo alguno para recriminarse nada; sin embargo, en el hecho de trabajar para el señor Milton había algo especial que le hacía

desear el éxito.

—¿Kevin?

—Sí, señor.

—¿Cómo ha ido?

—No muy bien —contestó. Aunque sabía que Charon no podía oír la conversación, advirtió que miró por el retrovisor al oír esa respuesta.

—¿Ah, sí?

—Rothberg le desagrada, dice que es un egoísta, y no encuentra explicación alguna a que la insulina estuviera en el armario. Le he preguntado si había oído por casualidad alguna discusión entre ellos tal como dijo Rothberg, y ha respondido que no; un no categórico.

—Ya veo. Bueno, no te desanimes. Mañana hablaremos y veremos qué sacamos en claro. Esta noche relájate. No pienses más en ello. Disfruta de tu encantadora mujer.

—Gracias. Lo siento.

—No hay nada de que lamentarse, Kevin. Estoy seguro de que todo irá bien.

—De acuerdo. Adiós.

Colocó el auricular en el interfono y le dijo a Charon que lo llevara directamente al apartamento. El chófer se dio por enterado de la orden con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

Kevin recordó que Miriam había encontrado extraño que Charon casi sonriera cuando le preguntó acerca de la llave de oro del ascensor. En ese momento entendía la reacción de ella. El hombre no hablaba casi nunca. Tampoco preguntaba nada, y siempre que se le decía dónde tenía que ir parecía que ya lo supiera de antemano. El cristal que separaba los asientos delanteros de los de atrás estaba siempre subido, de modo que si había que comunicarse con él había que hacerlo mediante el interfono.

Kevin no podía evitar preguntarse sobre Charon: de dónde era, dónde vivía, cuánto tiempo llevaba trabajando como chófer para John Milton, aunque estaba convencido de que el hombre no había sido chófer durante toda su vida.

Su rostro despertaba interés. Seguramente había viajado mucho y había hecho cosas importantes. ¿Por qué los demás tampoco hablaban con él? Casi siempre actuaban como si él no estuviera presente. Sólo le decían «Charon, llévanos aquí» o «Charon, llévanos allá».

No intercambiaban con él ni el más mínimo parloteo.

¿Tenía familia? ¿Estaba casado?

Después de detener el coche frente al edificio de apartamentos, Charón abrió la puerta de atrás, y esta vez Kevin salió muy despacio.

—Bueno, Charon —dijo—, tu jornada también ha terminado, ¿eh?

—Sí, señor.

—Aunque tienes que volver y esperar al señor Milton para llevarlo a su casa, ¿verdad?

—No importa.

—¿Vives en la ciudad también?

—Vivo aquí, señor Taylor —respondió.

—¿En serio? ¿En uno de esos apartamentos?

—Sí. En uno al que se llega desde el garaje.

—No tenía ni idea. ¿Estás casado, Charon?

—No, señor.

—En todo caso, de lo que sí estoy totalmente seguro es de que no has nacido en Nueva York. ¿De dónde eres? Tu dicción es estupenda y no identifico en ti ningún dialecto.

—Soy de aquí, señor Taylor.

—¿De Nueva York? —Kevin sonrió, pero Charon no se relajó ni le devolvió la sonrisa.

—¿Desea algo más, señor Taylor?

«Este hombre no muestra ninguna emoción. Es como un *cyborg*», pensó Kevin.

—Oh, no, Charon. Que tengas una buena noche.

—Lo mismo digo, señor Taylor.

Kevin lo siguió con la mirada mientras volvía a la limusina y arrancaba. Después entró en el edificio.

—Hola, señor Taylor. ¿Ha tenido un buen día? —preguntó Philip, al tiempo que levantaba la mirada del aparato de televisión que tenía justo debajo del mostrador. A continuación se puso de pie y salió dando la vuelta al escritorio.

—Más bien un día duro, Philip. Todavía queda por ver si ha sido bueno o no.

—Sí... ya le entiendo, señor. —Pulsó el botón para llamar al ascensor.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Philip?

—Vine inmediatamente después de que el señor Milton comprara el edificio, señor Taylor.

—Acabo de enterarme de que Charon vive precisamente en uno de los apartamentos de abajo. No lo sabía. Es un hombre que habla poco —susurró Kevin mientras sonreía.

—Sí, es verdad, señor, pero le es fiel al señor Milton. Se podría decir que le debe la vida.

—¿Ah, sí? —La puerta del ascensor se abrió—. ¿Por qué?

—El señor Milton le defendió en un juicio y logró que lo absolvieran.

—¿En serio? No tenía ni idea. ¿Y de qué se acusaba a Charon?

—De asesinar a toda su familia, señor Taylor. Lógicamente estaba tan deprimido por la muerte de sus seres queridos que ya no le importaba demasiado lo que pudiera sucederle. Sin embargo, el señor Milton le infundió nuevas ganas de vivir.

—Ya.

—Prácticamente lo mismo que me sucedió a mí.

—¿De verdad?

—Me acusaron de aceptar sobornos de unos camellos. Trataron de ponerme en una situación delicada. No obstante, el señor Milton me sacó de ella al demostrar que todo había sido una trampa. Está usted trabajando con un tipo cojonudo, señor Taylor.

—Usted también, Philip —dijo Kevin, y se metió en el ascensor. Philip le sonrió en el momento que la puerta se cerraba.

Cuando entró en el apartamento estaba tan absorto que no reparó en la ausencia de Miriam. Dejó el maletín, se quitó el abrigo, fue a la sala de estar y se preparó un whisky con soda.

—¿Miriam?

Kevin recorrió el apartamento de arriba abajo. Ella no había dejado ninguna nota. «Tendría que estar en casa desde hace rato», pensó él. Volvió a la sala de estar y esperó. Al cabo de casi veinte minutos se abrió la puerta y Miriam entró, luciendo su albornoz azul de felpa y una toalla de baño alrededor del cuello.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó.

—Oh, Kev. Creí que tardarías una hora por lo menos en regresar a casa.

—He tenido una entrevista fallida. De lo contrario habría llegado más tarde, desde luego. Pero ¿de dónde vienes vestida así?

—Del ático... del jacuzzi —contestó con voz cantarína mientras atravesaba el vestíbulo en dirección al dormitorio.

—¿Qué? —Kevin la siguió, con el vaso todavía en la mano.

—¿Has ido al apartamento del señor Milton y has utilizado su jacuzzi?

—No es la primera vez, Kev —precisó ella mientras se quitaba el albornoz y lo dejaba caer a sus pies. No llevaba ninguna otra ropa, y su piel tenía todavía un fuerte color rojo por la temperatura del agua. Entonces se dio la vuelta y, ante el espejo, echó los hombros para atrás para hacer que los pechos se le levantaran—. ¿Crees que las clases de aeróbic se notan? ¿Verdad que la parte de atrás del muslo parece más delgada?

—¿Qué quieres decir con que no es la primera vez que has subido al ático, Miriam? Nunca me habías hablado de esto.

—¿No? —Ella se volvió hacia él—. Claro que sí. —Entonces sonrió—. Anteayer por la mañana, aunque posiblemente no lo recuerdes porque estabas muy agobiado. —Se encaminó hacia la ducha.

—Eh, espera un momento... —Kevin estiró la mano y le agarró del brazo. No la apretó con fuerza, pero ella gritó como si él le hubiera retorcido el codo con unas tenazas—. Lo siento.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó mientras las lágrimas llenaban sus ojos y se frotaba el brazo—. Seguro que me va a salir otro morado.

—No te he apretado tan fuerte, Miriam.

—Mira, yo no soy uno de tus colegas, Kevin. Además, ¿cómo es que a veces eres tan tierno y romántico y ahora te comportas así? ¿Quién eres, Jekyll y Hide? —Miriam prosiguió su camino hacia el cuarto de baño. Él fue detrás.

—Miriam, ¿qué has querido decir con «anteayer por la mañana»?

—Anteayer por la mañana significa hace dos días, Kevin —replicó ella, y abrió el grifo.

—Ya lo sé. No hables en ese tono, no pega contigo. Dices que me hablaste de tus visitas al ático.

—Todos tenemos las llaves de oro, y el señor Milton dijo que las utilizáramos siempre que nos apeteciera, que disfrutáramos del ático, que utilizáramos los jacuzzis, el equipo estéreo, todo. Subimos a menudo.

—¿Subimos? ¿Quiénes?

—Norma, Jean y yo. Bueno, ¿me dejas ducharme y así podré preparar después algo de cenar? Yo también tengo hambre.

—Yo no. Estoy desconcertado. Diste a entender que anteayer por la mañana hicimos el amor.

Ella lo miró fijamente y movió la cabeza en señal de desaprobación. Acto seguido se metió en la ducha. Él siguió tras ella.

—¿Miriam? —Abrió la puerta de corredera.

—¿Qué?

—¿Lo hicimos?

—¿Si hicimos qué?

—¿Hicimos el amor?

—No sabía que hicieras el amor tan a menudo que te olvidaras con quién y cuándo lo haces —espetó ella, y cerró de nuevo la puerta de la ducha. Kevin permaneció allí, mirándola a través del cristal. Después advirtió que aún tenía en la mano el vaso de whisky y lo apuró de un trago.

«Pero ¿de qué narices estaba ella hablando?

»¿De qué narices estaba hablando realmente?

A Miriam le salió un morado en el brazo, pero tan grande e intenso que Kevin se sintió culpable. Este había vuelto a la sala de estar a servirse otra copa y reflexionar un rato cuando oyó la exclamación que ella soltó en la cocina. Tenía puesto de nuevo el albornoz, y al alargar el brazo para coger un plato de la vitrina, la manga había caído para atrás y había puesto al descubierto el moratón.

—Dios mío, no creí que te hubiera apretado tan fuerte, Miriam.

—Pues está claro que lo has hecho —replicó ella sin volverse hacia él. Empezó a poner la mesa.

—Quizá tengas carencia de vitamina C, y por eso tus capilares están tan débiles.

—Ella no hizo ningún comentario—. Lo siento, Miriam, de veras.

—No tiene importancia. —Entonces hizo una pausa y lo miró—. Me he olvidado de preguntarte, cómo te ha ido hoy.

No respondió de inmediato. Desde que había empezado a trabajar en John Milton & Associates, ella le daba la bienvenida con esa pregunta, pero a continuación, antes de que él pudiera explicarse, ella lo cortaba y le decía que no hacía falta entrar en detalles concretos. Sin embargo, a Miriam le encantaba enterarse de todo lo relativo al trabajo de él cuando vivían en Blithedale. Al parecer, en Nueva York había adoptado sinceramente la actitud de Norma y Jean al respecto, y esto a Kevin no le gustaba. Era como si ya no compartieran nada, como si estuvieran disputando dos carreras distintas y sólo se juntaran para participar en actividades placenteras.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Puedo empezar sin el peligro de que a la mínima te niegues a seguir escuchando?

—Kevin, yo sólo intento...

—Ya lo sé, procuras que me relaje. Pero tú no eres una geisha, Miriam. Eres mi esposa. Deseo compartir contigo tanto mis éxitos como mis frustraciones. Quiero que seas parte de todo lo que soy y lo que hago, como yo quiero ser parte de lo que eres y haces tú.

—No quiero escuchar cosas desagradables, Kevin —replicó ella con firmeza—. No quiero, simplemente. El señor Milton tiene razón. Hay que quitarse los zapatos antes de entrar en casa y dejar el barro fuera. La casa de un hombre debe ser como un trozo privado de cielo.

—¡Oh, Dios!

—Pues a Norma y Jean les funciona bien así. Mira lo felices que parecen y lo bien que les va en sus matrimonios. ¿No quieres también esto para nosotros? ¿No es éste el motivo por el que me trajiste a Nueva York... una vida mejor, más feliz?

—De acuerdo, muy bien. Sólo que a veces me gustaría poder confiarte cosas y contar con tu ayuda y tu opinión sobre ciertos asuntos.

—¿Como en el caso de Lois Wilson? —soltó ella con brusquedad.

Él la miró con atención un instante.

—Reconozco que entonces me equivoqué. La verdad es que podía haber tenido en cuenta tu punto de vista y tomarme el tiempo necesario para explicar el mío, en vez de entrar al trapo de manera tan obstinada, pero...

—Déjalo, Kevin, por favor. Lo estás haciendo bien y todo el mundo está contento contigo. Ahora llevas entre manos un caso importante. Estás ganando un montón de dinero y vivimos cómodamente. Tenemos amigos nuevos y estupendos. No tengo ganas de sentirme deprimida por culpa de la mala suerte de alguien o a causa de los terribles crímenes que se cometen por ahí cada día. —Hizo una mueca y sonrió tan mecánicamente que parecía haberse convertido en un robot—. He traído este pollo estilo Kíev cocinado por el chef del Russian Tea Room, que estará para chuparse los dedos. En la Sexta hay una tienda que lo venden en la sección de congelados. Norma lo descubrió. Lo pondré en el microondas y en unos minutos estará listo —soltó con voz cantarina—, así que vete preparando para cenar.

Kevin apretó los labios y asintió.

—De acuerdo —respondió en voz baja—. Muy bien.

Hizo lo que ella le dijo, pero no pudo evitar sentirse frustrado, y ello a pesar de que la comida era deliciosa, y el vino magnífico. Miriam parloteó todo el rato sobre lo que había hecho durante el día, dónde había ido de compras, las clases de ejercicio físico, cosas que contaban Norma y Jean, rumores de que Helen Scholefield había empeorado, lo maravilloso que era el ático del señor Milton... Hablaba sin parar, envolviéndolo, y envolviendo también cualquier tentativa de hablar de los pormenores del caso de Kevin.

Tal vez debido a la decepción y la confusión que sentía, o quizá porque estaba más cansado de lo que creía, la cuestión es que el whisky y el vino acabaron tumbándolo y se quedó dormido en el sofá mientras veían la televisión. Cuando Miriam la apagó, se despertó de golpe.

—Kev, estoy cansada.

—¿Qué? Ah, claro. —Se levantó y la siguió al dormitorio. Se metió en la cama junto a ella y enseguida se quedó dormido, aunque de nuevo se vio inmerso en un sueño erótico en el que se despertaba en la cama y giraba ligeramente la cabeza al oír cierto movimiento a su lado.

Miriam estaba encima de un hombre, cuyas piernas estaban dobladas para mantener su erección en la posición adecuada. El hombre la agarraba unos dos o tres centímetros por encima de las rodillas, de modo que los pechos de ella se agitaban con energía debido al movimiento hacia arriba y hacia abajo, lo que se traducía en una cierta comicidad debido a la intensidad de la escena. Ella gemía y echaba la cabeza hacia atrás. De pronto se inclinó hacia delante para que él pudiera alcanzarla y acariciarle los pechos con los dedos y en torno a los pezones, que cogió suavemente con dos dedos.

Kevin no podía moverse. La visión le provocó una erección, pero era incapaz de girar el cuerpo o levantarse de la cama. Todos los esfuerzos eran en vano. Parecía como si estuviera pegado con cola a las sábanas y que tuviera los brazos atados al cuerpo.

Y al lado seguían igual. Miriam alcanzaba un orgasmo tras otro, gimiendo, gritando de placer, y finalmente se dejó caer sobre el hombre desnudo que tenía debajo para recuperar el aliento. Este deslizó una mano por los hombros de ella, y entonces Kevin vio sus dedos: en el meñique estaba su anillo de oro con la letra «K». Forcejeó para girar más la cabeza, hasta que poco a poco llegó a volverla totalmente y logró mirar a los ojos del amante de Miriam.

De nuevo estaba mirándose a sí mismo, sólo que en esa ocasión su doble sonreía con arrogancia. Kevin cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que la pesadilla terminara de una vez; por fin cayó en un sueño agitado. Cuando a la mañana siguiente se despertó y se volvió hacia Miriam, advirtió que estaba boca abajo, fuera de las sábanas, desnuda y extendida como la había visto sobre su doble en el sueño.

Kevin se quedó mirándola fijamente hasta que ella abrió los ojos.

—Buenos días —dijo ella, y le dirigió una sonrisa. Él no respondió. A continuación, ella se puso boca arriba y se frotó los ojos—. Después he dormido tan bien... —añadió. Se volvió hacia él y lo besó en la mejilla.

Kevin quería preguntar «¿después?», pero se contuvo.

Miriam se sentó en la cama y soltó un lamento.

—¿Qué pasa?

—Eres un animal —contestó ella.

—¿Qué?

—Mira... —Kevin se incorporó a su lado y miró sus piernas. Justo por encima de las rodillas de ella había dos pequeños moratones, causados por dedos que hubieran apretado demasiado fuerte—. Y ahora no me digas que es porque me falta vitamina C, Kevin Taylor. Eres un bruto.

Él no abrió la boca. En su cara sólo se adivinaba incredulidad. Miriam se levantó y fue al cuarto de baño, y Kevin se recostó contra la almohada sintiéndose tan agotado como si hubiera estado toda la noche haciendo el amor apasionadamente. Pero ¿por qué parecía todo una pesadilla? ¿Por qué estaba fuera de su cuerpo, observándose a sí mismo? ¿Estaba teniendo algún tipo de experiencia paranormal? Si eso seguía así, quizá tendría que ir a ver a un psiquiatra.

Después de la ducha se vistió, y durante el desayuno escuchó los proyectos de Miriam para ese día. No recordaba haberla visto nunca tan absorta en sí misma. Como cualquier otra persona, ella tenía también su cuota de vanidad, pero siempre había sido sencilla y consciente del momento en que la conversación se centra demasiado en uno mismo. Sin embargo, cuando aquella mañana Kevin salió del apartamento se dio cuenta de que Miriam no había hecho referencia a una sola cosa que no tuviera que ver con ella: no había hablado de otra cosa que del modo en que

iba a mejorar sus conocimientos sobre arte o sus muslos en las clases de aeróbic, o del nuevo vestido que quería comprarse. En lugar de Kevin, en la silla podía haber habido perfectamente un espejo.

Aquella tarde Kevin entrevistó a Tracey Casewell, la amante de Rothberg. No era una mujer especialmente atractiva, pero lucía una bonita figura y sólo tenía veinticuatro años; trabajaba en el hotel desde hacía algo más de tres años. Confirmó la historia de Rothberg, en la que incluyó la descripción del modo en que él había ido a verla directamente después de la discusión mantenida con su esposa, para explicarle los detalles de la misma. Kevin pensó que su versión era demasiado idéntica a la de su amante, y tuvo la sospecha de que se había limitado a memorizarla. Así pues, la acusación no tendría dificultades para convencer al jurado de que ella era culpable de conspiración para el asesinato.

Kevin la interrogó tan rápida y directamente como pudo, asumiendo el papel de fiscal y tratando de poner de manifiesto que estaba mintiendo para encubrir a su amante. La sorprendió en dos contradicciones de poca importancia, una de las cuales se refería a la hora en que supuestamente Rothberg le había contado lo de la discusión con su mujer. Cuando él le llamó la atención sobre ello, Tracey corrigió inmediatamente sus palabras.

Dio la impresión de que lamentaba sinceramente toda aquella situación y confesó que se sentía muy mal por el hecho de haber tenido una aventura con Rothberg mientras su esposa estaba inválida. Había conocido a Maxine antes de iniciar su relación con el marido, y lo cierto es que tenía muy buen concepto de ella. Kevin llegó a la conclusión de que si lograba que el jurado se tragara esa parte de la declaración de Tracey, ésta podría ser de ayuda, si bien no se sentía demasiado confiado al respecto.

De hecho, a medida que se acercaba la fecha del juicio, Kevin empezó a mostrarse más pesimista. Cuando hablaba con los periodistas ponía buena cara y aseguraba que demostraría que la inocencia del señor Rothberg estaba fuera de toda duda; sin embargo, por dentro tenía la sensación de que lo máximo que podía hacer era confundir a los miembros del jurado y evitar que éstos no tuvieran el pleno convencimiento de la culpabilidad de su cliente, con lo que tendrían que declararlo no culpable. Para el público, Rothberg siempre sería sospechoso de haber asesinado a su esposa, pero al menos él ganaría el caso.

Aunque le sorprendía el desinterés de Miriam por la marcha del asunto, poco a poco Kevin admitió que quizá sería mejor seguir el consejo del señor Milton. Al fin y al cabo, mientras iban y venían del trabajo en la limusina, los demás colegas del bufete hablaban de sus casos hasta el aburrimiento. Era una buena cosa atravesar el umbral de la puerta sabiendo que las preocupaciones y las tensiones podían dejarse fuera.

Aquella semana salieron un par de veces a cenar fuera con Dave, Norma, Ted y Jean. Paul fue con ellos el fin de semana y les explicó que Helen se hallaba casi en

estado catatónico. Hasta el momento se había resistido a ingresarla en un sanatorio, pero a pesar de que tenía una enfermera viviendo en la casa, no sabía cuánto tiempo más podría aguantar la situación.

—Ni siquiera ha vuelto a coger los pinceles —les dijo.

Miriam se preguntó en voz alta si sería conveniente que ella y las otras fueran a visitarla, pero Paul replicó que, aparte de infructuoso, podía resultarles algo deprimente. Entonces Kevin advirtió que la sola mención de la palabra «deprimente» enterró definitivamente la idea. Desde que se habían trasladado a la ciudad, el grado de tolerancia de Miriam hacia todo aquello donde anidara la tristeza o la desdicha había sufrido un fuerte descenso. Parecía no desear nada que implicara siquiera el más mínimo esfuerzo o compromiso. Por ejemplo, ir a cenar a casa de sus padres se convirtió de repente en un tormento.

—No quiero meterme en todo ese tráfico y moverme a tirones para ir a Long Island y volver —decía ella—. Que vengan ellos a la ciudad. Es mucho más fácil.

—Quizá para nosotros, pero no para ellos —señaló Kevin, aunque ella no hizo caso.

Kevin se daba cuenta de que normalmente en casa comían comida congelada calentada en el microondas. La mayoría de las veces Miriam compraba alimentos ya cocinados y simplemente los servía. Sus habilidades culinarias, algo de lo que en otro tiempo se había sentido orgullosa, se esfumaron por completo. Estaba demasiado ocupada. Si Kevin se preguntaba en voz alta qué es lo que la tenía tan atareada, ella se moría de ganas de recitarle una lista de cosas: clases de aeróbic, ir de compras, espectáculos y museos, comer cada día en un restaurante nuevo y, como novedad, clases de canto. Las demás chicas también lo hacían; menos Helen, por supuesto.

Si él la llamaba desde el despacho, Miriam casi nunca estaba en casa. En su lugar, Kevin oía el contestador automático. «¿Para qué necesitaba un contestador automático?», se preguntaba él. Nunca devolvía las llamadas que le hacían sus viejos amigos de Long Island, ni siquiera las de sus padres o sus suegros, con lo que normalmente éstos llamaban después por la noche y se quejaban. Si Kevin le hacía algún comentario sobre el asunto, Miriam respondía:

—Oh, estos días ando muy distraída, pero pronto me organizaré.

Y cuando era él quien expresaba sus quejas, ella replicaba:

—Pero ésta es la vida que tú querías para nosotros, ¿no, Kevin? Y ahora que estoy ocupada y haciendo cosas, tú te lamentas. ¿Sabes de verdad lo que quieres?

Kevin empezó a cuestionárselo todo. A veces, cuando llegaba a casa y ella aún no había vuelto de sus actividades, se ponía un whisky con soda, contemplaba el río Hudson y se hacía preguntas. ¿Sería más feliz en Long Island? ¿Qué pasaría cuando tuvieran niños? Miriam ya estaba hablando de trasladarse a un apartamento más grande dentro del mismo edificio y de contratar una canguro que viviera permanentemente con ellos para cuando tuvieran el primer bebé.

—Norma y Jean van a hacerlo —le señaló—. Hoy día, y a mi edad, un niño no ha

de suponer ninguna traba para la forma de vida que llevo.

—Pero si tú siempre has detestado esta forma de proceder —le recordó él—. Acuérdate de lo que criticabas a los Rosenblatt sobre el modo en que educaban a sus hijos, que prácticamente tenían que pedir día y hora para poder ver a sus padres.

—Son diferentes. Phyllis Rosenblatt es una persona... insípida. No sería capaz de distinguir entre un Jackson Pollock y una muestra de papel pintado.

Kevin no entendió lo que había querido decir, pero estaba claro que si él persistía con el tema, ella cogería la puerta y se largaría. Cada día que pasaba se sentía más disgustado con la conducta de su esposa, pero la noche anterior al inicio del juicio contra Rothberg ella experimentó un cambio repentino.

Cuando aquella noche Kevin regresó al apartamento se encontró con que Miriam había preparado una comida casera. Además, en vez de llevar el cabello con aquel nuevo estilo rizado, se lo había cepillado hacia atrás y le caía recto, como a él le gustaba. Se había maquillado muy poco y lucía uno de sus viejos vestidos. La mesa ya estaba puesta, y cenarían a la luz de las velas.

—Creí que estarías un poco nervioso y que querías llegar a casa y estar tranquilo —le dijo ella.

—Fantástico. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—Pollo con salsa de vino, como a ti te gusta.

—¿Y como tú lo haces?

—Sí. Lo he hecho yo, y también un pastel de manzana... desde el principio —añadió—. Hoy no he ido a ninguna parte con las chicas. Me he quedado aquí, esclavizada, como una fiel esposa y ama de casa. —Kevin se echó a reír, aunque le pareció detectar un ligero tono sarcástico. «En este tono hay más de Norma y Jean que de Miriam», pensó.

—Te quiero, cariño —le dijo, y a continuación la besó.

—Después de cenar —objetó ella, rechazándolo suavemente—. Primero lo primero. Ponte cómodo.

Después de ducharse y cambiarse, Kevin observó que Miriam había hecho un fuego en la chimenea y que había preparado cócteles y entremeses. La calidez del hogar, la magnífica cena, el whisky y el vino lo relajaron. Le confesó a Miriam que se sentía como si lo hubieran devuelto a la barriga de su madre.

Después de cenar tomaron un coñac y ella interpretó al piano su canción de boda. Era una vieja canción que a sus padres les encantaba y a la que ella guardaba un gran cariño desde el primer momento que la había escuchado.

—También te enseñaré el resultado de mis lecciones de canto —dijo, y empezó: «Estoy chiflada por ti y te quiero... Dime que tú también me quieres... Estoy chiflada por ti y te necesito... soy sincera...».

Los ojos de Kevin se llenaron de lágrimas.

—Oh, Miriam, he estado trabajando tanto que casi había olvidado para qué era todo esto... Es para ti. Nada tendría sentido si no estuvieras tú.

La besó, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Todo era fantástico. Ya no había dudas ni vacilaciones; iban a estar de maravilla. Todo sería extraordinario, tal como habían imaginado y deseado. Miriam era todavía Miriam, y estaban todavía enamorados. Comenzó a desnudarla.

—No, espera —dijo ella, al tiempo que se incorporaba y se inclinaba hacia él—. Hagámoslo como el miércoles por la noche.

—¿El miércoles por la noche?

—Cuando volvimos a casa, después de cenar con Ted y Jean. No me digas que también lo has olvidado.

Kevin aguantó la sonrisa. Ella empezó a desabrocharle la camisa.

—Yo te desnudé a ti y tú me desnudaste a mí —susurró Miriam, y prosiguió con la repetición de algo que él era incapaz de recordar por mucho que lo intentara.

Todos los del bufete asistieron al juicio de Rothberg en un momento u otro del proceso. Incluso a las secretarias se les concedieron algunas horas libres para ir a ver cómo se desarrollaba la causa. Sorprendentemente, el señor Milton no apareció. Daba la impresión de sentirse ya satisfecho con los informes que le llegaban. Pero lo que más molestó a Kevin fue la negativa de Miriam a asistir. Le dio la sorpresa cuando la mañana del primer día, después de desayunar, le hizo saber que no estaría en la sala de vistas. Kevin esperaba que cambiara de opinión antes de que el juicio llegara a su fin.

Bob McKensie empezó su primera intervención de una forma lenta y metódica, estructurando los hechos, teorías y argumentos sobre la base de lo que consideraba un caso de culpabilidad manifiesta. Kevin pensó que el planteamiento era muy inteligente, al organizar su razonamiento en un principio, una parte media y un final perfectamente definidos, guardando para lo último las pruebas periciales y forenses. El fiscal hablaba con prudencia y confianza en sí mismo, y tenía todo el porte de un abogado maduro y experimentado. Eso hacía que Kevin fuera más consciente de su juventud y de su relativa inexperiencia.

«¿Por qué había tenido John Milton tanta confianza en su capacidad —se preguntaba antes incluso de empezar su exposición—, y por qué estaba tan resuelto a que fuera él quien defendiera a Rothberg?». Kevin comenzó a sentirse paranoico con respecto a los auténticos motivos para asignarle el caso Rothberg. Quizás el señor Milton sabía desde el principio que se iba a perder y quería que fuera Kevin el que se estrellara para poder así echarle culpa a su juventud y a su falta de tablas.

—Ustedes verán, señoras y señores del jurado —empezó diciendo McKensie— cómo las semillas del abominable asesinato que vamos a juzgar fueron plantadas años antes de que éste se consumara. Comprobarán cómo el acusado fue desarrollando sus razones para hacerlo, tuvo la oportunidad y cometió el acto desmedidamente irracional de una manera fría y deliberada, confiando en que su culpa quedaría

ensombrecida por la confusión o la supuesta negligencia.

Se volvió hacia Rothberg y lo señaló.

—Este hombre depende de una palabra, duda, y espera que su abogado mantenga viva esa duda y apele a la conciencia de ustedes para evitar que lo condenen por ese crimen atroz.

La forma de hablar pausada y los movimientos lentos de McKensie pusieron un acento sombrío en un caso que estaba cargado de tensión. La gente de la televisión y los periódicos garabateaban notas con celeridad. Los dibujantes empezaron a captar los rostros de los miembros del jurado, así como la expresión ordinaria de Rothberg. Hubo un momento en que éste incluso bostezó, mientras el fiscal estaba haciendo sus observaciones iniciales.

Los dos primeros días, McKensie llamó a cuatro testigos que pusieron de relieve el carácter despreciable de Rothberg, al declarar que éste era un jugador que había perdido un montón de dinero de la familia Shapiro y que incluso había tenido que hipotecar el hotel por segunda vez, a pesar de la reputación nacional de éste y de lo próspero que era el negocio del pan de pasas. Buena parte de todo esto había sucedido después de que Maxine cayera demasiado enferma para tener un papel activo en la dirección del hotel y los negocios.

McKensie fue más lejos y se remontó a la época en que Rothberg trabajaba en el comedor, cuando por la noche jugaba a las cartas y perdía las propinas que había hecho durante el día. El fiscal contó la historia de Rothberg con prudencia, presentándolo como un individuo vulgar y repelente pero que también supo actuar con astucia para conquistar el corazón de Maxine Shapiro. En definitiva, aquello era un matrimonio de conveniencia; era evidente que se había casado con ella por el dinero. Cuando Kevin protestó diciendo que la caracterización de su cliente era infundada, McKensie llamó a un testigo que respaldara la acusación: un chef retirado juró que Rothberg le había confesado que seduciría a Maxine para ser un día el propietario de Shapiro's Lake House.

A continuación, después de una fase tranquila en la que se pusieron de manifiesto las aventuras extramatrimoniales de Rothberg, McKensie llamó al estrado a Tracey Casewell y rápidamente logró que ésta admitiera su relación con Stanley Rothberg en la época en que la esposa de éste había estado enferma.

Al día siguiente McKensie pasó a hablar de la enfermedad de Maxine Rothberg. Llamó al médico al estrado y obtuvo una descripción clara de los problemas y peligros de la dolencia en cuestión. El fiscal no llevó al testigo al terreno de sus críticas hacia Beverly Morgan, ya que desde luego no quería que en los miembros del jurado arraigara la idea de que la enfermera, debido a su afición a la bebida, podía haber matado accidentalmente a Maxine Rothberg. El objetivo principal del interrogatorio de Kevin sería conseguir que el médico reconociera que Maxine era capaz de ponerse ella misma la inyección de insulina.

Al llegar a ese punto, McKensie planteó la cuestión de las pruebas policiales, que

desvelaban la existencia de una provisión de insulina escondida en el armario de Stanley. El patólogo aportó el informe de la autopsia, lo que permitió comprobar fácilmente las relaciones entre una cosa y otra. Por último, para reforzarlas aún más, se llamó a Beverly Morgan, de quien McKensie logró que describiera la relación de Rothberg con su esposa y la poca frecuencia con que la visitaba o preguntaba por ella. Beverly refirió también los sucesos del día en que murió Maxine Rothberg, más o menos de la misma forma en que se los había contado a Kevin. Y llegó el turno de éste.

Antes de levantarse para interrogar a Beverly, notó que alguien le tocaba el hombro, se volvió y vio que Ted se hallaba de pie tras él.

—De parte del señor Milton —dijo en voz baja al tiempo que le indicaba con la cabeza la zona donde Dave, Ted y Paul se habían sentado cuando habían asistido a las sesiones del juicio. Dave y Paul estaban allí, pero en esa ocasión el señor Milton se encontraba sentado entre ellos. Éste sonrió y asintió.

—¿Qué? —exclamó Kevin después de coger el trozo de papel y leer la nota. Entonces volvió a mirar hacia el señor Milton y éste hizo un nuevo gesto de confirmación, aunque esa vez con más firmeza. Ted le dio una palmadita en el hombro a Kevin y volvió a su sitio. Kevin se levantó y se colocó frente a Beverly Morgan. Todavía echó un nuevo vistazo a la nota para asegurarse de que estaba leyendo bien. Acto seguido inició el interrogatorio, y las respuestas de Beverly Morgan le sorprendieron tanto como al mismo fiscal.

—Señora Morgan, usted declaró que había ocasiones en que el señor Rothberg visitaba a su mujer y después ella se quedaba muy triste. ¿Recuerda en especial alguna de esas visitas, quizás una de las más recientes?

—Sí —respondió Beverly Morgan, y contó los sucesos y la discusión que, según Stanley Rothberg, habían tenido lugar entre él y su esposa.

Sin pestañear ni cambiar en ningún momento la expresión de la cara, Beverly Morgan explicó que había visto a Maxine Rothberg entrar con su silla de ruedas en el dormitorio de Stanley.

—Llevaba la insulina en el regazo. —Hizo una pausa y miró a la audiencia—. Y llevaba un par de guantes de plástico de los míos —terminó diciendo.

Se hizo un silencio profundo, como el que precede a la tormenta, y de repente estalló en la sala un tremendo jaleo de periodistas que corrían a hacer llamadas telefónicas y de gente que exteriorizaba su asombro. El juez golpeó varias veces con el mazo para imponer orden y amenazó con desalojar a todo el mundo excepto a las partes afectadas. Kevin miró hacia el público y advirtió que, aunque los otros colegas sí estaban, John Milton ya se había ido. Una vez se hubo restablecido la calma, Kevin le dijo al juez que no tenía más preguntas.

McKensie volvió a interrogar a Beverly Morgan y quiso saber por qué no había contado esa historia antes. Muy tranquila, ella respondió que nadie se lo había preguntado. En aquel momento Kevin no sabía si McKensie sacaría el tema de las

críticas del médico a la enfermera y el problema de ésta con la bebida para desacreditar su declaración, en cuyo caso Kevin ya estaba presto a explicar el modo en que ella podía haber sido negligente y con ello haber provocado la muerte de Maxine. Parecía claro que así podría confundir a los miembros del jurado y crearles serias dudas acerca de la culpabilidad de Stanley Rothberg.

En vez de ello, McKensie decidió detenerse aquí. El juez suspendió la sesión, y Kevin le preguntó a Paul dónde estaba el señor Milton. Quería saber cómo se había enterado éste de que Beverly Morgan cambiaría su versión de los hechos.

—Ha tenido que marcharse a toda prisa para reunirse con un cliente —le explicó Paul—. Hablará contigo más tarde, pero me ha encargado que te diga que estás llevando el asunto muy bien.

—Pues hasta el final creía que iba perdiendo.

Paul sonrió y miró a Ted y Dave. Todos exhibían la misma expresión arrogante.

—Nosotros no perdemos —puntualizó Paul.

Kevin hizo una inclinación de cabeza.

—Estoy empezando a creerlo —replicó, paseando la mirada de uno a otro. Cuando volvió a la sala después del receso, se respiraba un aire de expectación. Echó un vistazo alrededor, al público, periodistas y técnicos de los medios de información, y de repente tuvo la misma sensación de poder y alborozo que había experimentado al defender a Lois Wilson. Todo estaba en sus manos. Cuánto le habría gustado que Miriam hubiera venido, al menos hoy...

Kevin empezó llamando a Stanley Rothberg. Después de que éste prestara juramento, Kevin se reclinó en la silla y cruzó los brazos.

—Señor Rothberg, un testigo ha declarado sobre su carácter. Primero le ha descrito como un jugador que perdía con frecuencia grandes sumas de dinero y que a menudo tenía deudas. ¿Es verdad todo esto?

—Sí —respondió Rothberg—. Siempre he sido un jugador. Es una enfermedad, y no negaré que lo he pasado muy mal por su causa. —Cuando pronunció la palabra «enfermedad» se volvió directamente al público, tal como Kevin le había aconsejado.

—Ha sido acusado de adúltero, lo que ha sido corroborado por la mujer que afirma ser su amante, Tracey Casewell. ¿Niega esta acusación?

—No. Tengo una relación sentimental con Tracey Casewell desde hace casi tres años.

—¿Por qué no se divorció?

—Es lo que yo quería hacer, pero no me veía capaz de ello mientras Maxine estuviera enferma, además de que Tracey no me lo habría permitido. Traté de ser lo más discreto posible.

—Pues me temo que no le salió demasiado bien —espetó Kevin. Era una táctica inteligente. Trataba a su cliente como si fuera el fiscal y no su abogado defensor, lo que daba a su interrogatorio una cierta credibilidad a los ojos del jurado y del público. No daba la impresión de que Stanley Rothberg le cayera bien, por lo que tampoco

parecía factible que fuera a ayudarlo a mentir.

—No, supongo que no.

—¿Y es cierto, tal como se ha declarado, que llegaron a oídos de su esposa informaciones sobre esa aventura? —Sí.

—Ha escuchado el testimonio de Beverly Morgan referido a una discusión mantenida entre usted y su esposa. ¿La descripción de esa discusión se ajusta a la realidad? —Sí.

—¿Tomó usted en serio entonces la amenaza de su esposa?

—No.

—¿Por qué?

—Era una mujer enferma. No la creía capaz de hacerlo.

—Señor Rothberg, ¿inyectó usted a su esposa una sobredosis de insulina?

—No, señor. Sentía repulsión incluso cuando veía que se inyectaba ella o que lo hacía la enfermera. Normalmente me iba de la habitación.

—No hay más preguntas, señoría.

McKensie se levantó despacio y se quedó de pie al lado de su mesa.

—Señor Rothberg, ¿advirtió usted que en su armario había insulina?

—Sí, aquella misma mañana, pero se me pasó por completo. Tenía que resolver varias cosas en el hotel y olvidé preguntarle a la enfermera sobre ello.

—¿Aun habiendo sido amenazado por su mujer con implicarlo en el suicidio?

—Simplemente no caí en ello. Parecía... —Se volvió hacia el jurado—. Parecía tan inverosímil...

McKensie se quedó un momento mirando fijamente a los ojos del acusado y después sacudió la cabeza. Mucha gente creyó que era un gesto de incredulidad, pero a Kevin le pareció que era de frustración.

—No haré más preguntas, señoría —dijo McKensie, y se sentó.

Kevin prosiguió con su táctica. Llamó a Tracey al estrado y la interrogó para obtener su testimonio, igual que había hecho en su despacho. Tracey contó cómo Stanley Rothberg había ido a verla después de la discusión con su esposa, y describió los mismos pormenores aunque en esa ocasión añadió que él se encontraba muy trastornado. Pareció sincera cuando manifestó los remordimientos que había sentido ante el curso que habían tomado los acontecimientos. Incluso Kevin notó que la estaba creyendo cuando hablaba de que tenía en gran estima a Maxine Rothberg.

Esa vez McKensie ya ni se molestó en hacer preguntas.

En sus conclusiones, Kevin desarrolló la argumentación en los términos que había sugerido John Milton. Sí, Stanley Rothberg era culpable de adulterio y no tenía la personalidad más admirable del mundo, pero no se le estaba juzgando por ello sino por asesinato. Y de eso era inocente.

Era evidente para todos que las revelaciones de Beverly Morgan habían frustrado las pretensiones de McKensie cuando éste llegó a su turno de conclusiones. Kevin se sorprendió de lo mal que lo hizo, de cómo tartamudeaba y se detenía, y del

desconcierto que mostraba. Después de que el fiscal se sentara, nadie parecía tener ninguna duda sobre cuál iba a ser el resultado final del proceso.

Y el jurado reaccionó en consecuencia, pronunciando un veredicto de inocencia en menos de tres horas.

Cuando Kevin llegó al despacho había una celebración en pleno apogeo. Con toda seguridad su victoria encabezaría los noticiarios televisivos locales, pero la verdad es que no estaba tan contento como había imaginado. Se había sentido mucho mejor cuando había logrado la absolución de Lois Wilson. Cuando analizó sus sensaciones y los motivos de las mismas, se dio cuenta de que esto era así porque aquel caso lo había ganado con su propio esfuerzo, husmeando, investigando, hurgando en la historia hasta encontrar formas de desarticular el planteamiento de la acusación.

Sin embargo, en esa ocasión era distinto; no se llevaba a engaño. Para ganar el caso había sido determinante el testimonio de Beverly Morgan, que confirmaba la declaración de Stanley. A pesar de las felicitaciones y enhorabuenas que recibía, no se sentía orgulloso de sí mismo. Era como haber ganado un partido importante de béisbol gracias a la lluvia después de la quinta entrada. No había supuesto un esfuerzo real.

—Simplemente he tenido suerte —le dijo a Ted.

—La suerte no ha tenido nada que ver. Has planteado la defensa de forma brillante.

—Gracias. —Se dirigió al despacho del señor Milton y llamó a la puerta. Oyó una voz que le indicaba que entrara, pero una vez dentro no vio a nadie.

—Por aquí —le dijo John Milton. De repente apareció de pie junto al gran ventanal—. Enhorabuena.

—Gracias. Esperaba encontrarlo durante el receso. Quería preguntarle algo sobre Beverly Morgan.

—No faltaba más.

Cuando Kevin llegó a su lado, el señor Milton le rodeó los hombros con el brazo y con un gesto le invitó a mirar la ciudad a través de la ventana. Era última hora de la tarde y caía la oscuridad. Ambos contemplaban un mar de luces.

—Deslumbrante, ¿verdad? —Sí.

—Mira cuánto poder, cuánta energía concentrada en un área tan pequeña. A nuestros pies se hallan millones de personas, una vitalidad increíble, decisiones que se toman y que afectan a las vidas de innumerables seres humanos. —Extendió la mano que tenía libre—. Todos los dramas de la vida, todos los conflictos conocidos, todas las emociones habidas y por haber, nacimientos, muertes, amor, odio... Estar aquí arriba me quita el aliento.

—Sí —dijo Kevin. De pronto se sintió abrumado. La sosegada voz del señor Milton tenía algo que hechizaba. Oírlo hablar al tiempo que se contemplaban las

luces de la ciudad centellando como estrellas resultaba hipnotizador.

—Pero no permaneces simplemente ahora por encima de todo, Kevin —prosiguió, hablando con un tono de voz ondulante que a Kevin le parecía que brotaba de su propio cerebro. Era como si John Milton hubiera entrado realmente en su alma, se hubiera instalado en alguna cámara vacía de su corazón y realmente lo poseyera—. Estás por encima de todo, y sabemos que todo será tuyo.

Entre ellos se hizo un largo silencio. Kevin tan sólo contemplaba la ciudad. John Milton seguía agarrándole los hombros con su brazo y lo estrechaba con fuerza.

—Ahora tendrías que irte a casa, Kevin —susurró finalmente—. Vete con tu mujer y organiza tu propia celebración íntima.

Kevin hizo una inclinación de cabeza. John Milton le soltó los hombros y, como una sombra, se dirigió a su mesa. Kevin todavía siguió mirando hacia fuera unos instantes y acto seguido, al acordarse de por qué había venido, se volvió.

—Señor Milton, esa nota que me ha hecho llegar... ¿Cómo sabía usted que Beverly Morgan iba a cambiar su declaración?

John Milton sonrió. La suave luz de la lámpara que había sobre el escritorio dibujaba en su rostro una especie de máscara.

—Kevin, no querrás que te revele todos mis secretos, ¿verdad? Entonces los advenedizos empezaríais a pensar por vosotros mismos y me quitaríais el sitio.

—Sí, pero...

—Hablé con ella —replicó con prontitud—. Le hice ver algunas cosas, y cedió.

—¿Qué le dije para que cambiara de opinión?

—Kevin, en última instancia, las personas siempre eligen hacer lo mejor para sí mismas. En el análisis final, los ideales, los principios, llámalo como quieras, no cuentan. Sólo hay una lección que aprender: todos tenemos un precio. Los idealistas creen que esto es puro cinismo, pero los tipos pragmáticos como tú, yo y los otros asociados del bufete sabemos que es la clave para alcanzar el poder y el éxito. Disfruta de tu victoria. —Se volvió para mirar unos papeles que tenía encima de la mesa—. Dentro de uno o dos días tendré otro caso para ti.

Kevin lo miró fijamente un instante mientras decidía si proseguir o no la conversación. Sin embargo, era evidente que John Milton no quería.

—De acuerdo —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches. Felicidades. Ahora ya eres un auténtico asociado de John Milton.

Kevin permaneció de pie junto a la puerta. «¿Por qué esas palabras no me sientan de maravilla?», se preguntó. Salió. Mientras recorría el pasillo recordó las luces de la ciudad y el rato que había estado mirando por la ventana junto a John Milton. Las palabras de éste le volvieron a la memoria. Era extraño, pero le sonaban. «¿Dónde...?».

Y entonces se acordó. Eran las palabras exactas que había utilizado Ted para describir una experiencia parecida junto a los ventanales del ático de John Milton. Y

el corazón le decía que no era una simple coincidencia.

¿Quién era John Milton? ¿Y los asociados? ¿En qué se estaba convirtiendo él?

El tiempo se había vuelto desapacible, y empezó a caer una lluvia fría. Aunque en la parte de atrás de la limusina se estaba bastante caliente, Kevin temblaba. Pararon en un semáforo, y se dedicó a observar a la gente que iba de acá para allá, que en su mayor parte había sido cogida desprevenida y no llevaba paraguas. A pesar de tener todos los motivos del mundo para estar contento, las gotas que veteaban por los cristales de los escaparates y de los otros coches le parecían lágrimas. Se reclinó y cerró los ojos el resto del camino que faltaba para llegar a casa.

—¡Señor Taylor! —gritó Philip mientras abría la puerta del vestíbulo tan pronto como salió de la limusina—. ¡Enhorabuena! Acabo de escuchar las noticias.

—Gracias, Philip. —Se sacudió las gotas heladas de su cabello.

—Debe usted de sentirse pletórico después de ganar un pleito importante como éste. Todo el mundo va a conocer su nombre, señor Taylor. Estará muy orgulloso.

—Todavía no me he hecho a la idea —dijo Kevin—. Estoy un poco aturdido. —Se dirigió hacia el ascensor.

—En todo caso, parece que el señor Milton va a tener un motivo para celebrar otra fiesta, ¿eh?

—No me extrañaría. Gracias, Philip. —Subió al ascensor y pulsó el botón de la planta 15. Empezó a ascender, y entonces Kevin, sintiendo aún una mezcla extraña de emociones y de regocijo envueltos en un manto de ansiedad, se serenó. Había algo que no cuadraba. Así de sencillo, algo no cuadraba. Se sorprendió a sí mismo haciendo girar a un lado y a otro el anillo de oro que llevaba en el dedo meñique.

Se abrieron las puertas y salió, pero, tuvo la sensación de que alguien susurraba su nombre y se detuvo de inmediato. Se volvió enseguida hacia la izquierda y se sobresaltó al observar a Helen Scholefield en camión, con la espalda apoyada en la pared, los ojos desorbitados y la mirada enajenada.

—¡Helen!

—He visto que usted y Charon llegaban —musitó. Volvió la vista atrás para echar una ojeada a su apartamento—. No tengo mucho tiempo. Seguro que ella enseguida se dará cuenta de que me he ido.

—¿Qué sucede?

—A Miriam le pasará lo mismo que a Gloria Jaffee. Esta vez yo me he negado a participar en esto y con mi cuadro he tratado de prevenirlos, pero si él la deja embarazada será demasiado tarde: devorará su bondad, le chupará la vida como hacen los vampiros con la sangre. Tiene usted que encontrar la forma de matarlo, de matarlo —le exigió con los dientes apretados y los puños cerrados—. De lo contrario, sólo le quedarán las mismas dos opciones que tuvo Richard Jaffee. Menos mal que él tenía demasiada conciencia para hacer otra cosa... sólo Richard tenía conciencia. —Sus

labios se pusieron a temblar—. Todos le pertenecen. Paul se ha convertido en el peor. Es Belcebú —añadió, inclinándose hacia él; la locura que expresaban aquellos ojos hizo que el corazón de Kevin latiera con fuerza.

—Helen, deje que la ayude...

—¡No! —gritó ella mientras retrocedía—. Para usted ya es demasiado tarde, ¿verdad? Ha ganado uno de esos casos. Ya le pertenece también... es suyo... ¡Maldito sea! ¡Malditos sean todos!

—¡Señora Scholefield! —gritó la señora Longchamp desde la puerta del apartamento de Helen—. ¡Oh, Dios mío! —Se precipitó hacia el pasillo—. Venga adentro, por favor.

—Apártese de mí. —Helen alzó las manos por encima de su cabeza, amenazando con golpear a la enfermera.

—Cálmese, señora Scholefield. Todo va a ir bien.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Kevin—. ¿Llamo al médico?

—No, no hace falta. Todo se arreglará, no se preocupe —contestó la señora Longchamp, reteniendo una sonrisa en el rostro—. ¿Verdad, señora Scholefield? Usted sabe que sí —añadió con una voz tranquilizadora.

Los brazos de Helen empezaron a temblar. Los bajó despacio y se puso a llorar.

—Venga, venga por aquí. Todo va a ir bien —dijo la señora Longchamp—. La llevaré a casa y podrá descansar. —Agarró a Helen con fuerza por la cintura y le hizo dar la vuelta. Entonces miró a Kevin—. No pasa nada —articuló con los labios sin emitir sonido alguno, y después de hacer una inclinación de cabeza tomó el pasillo en dirección al apartamento. Kevin las observó hasta que volvieron a entrar y la puerta se cerró. Antes de entrar en su casa se secó la cara con el pañuelo.

Justo en el momento en que cerró la puerta, Miriam vino corriendo, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Oh, Kev, estoy emocionadísima. Ha salido en las noticias de la tarde. ¡Y he visto que te preguntaban cosas cuando salías de la sala del tribunal! Tus padres han llamado hace apenas un minuto. ¡También se han enterado! ¡Igual que los míos! Vamos a salir fuera a celebrarlo. Ya he reservado una mesa en Renzo, te encantará. Es donde van siempre Norma y Jean con sus maridos cuando quieren festejar algo.

Kevin permanecía de pie, mirándola *fijamente*.

—¿Pasa algo malo? Estás... pálido.

—En el pasillo acaba de ocurrir algo tremendo. Helen Scholefield estaba ahí fuera, en camisón. Se había escapado de su enfermera.

—Oh, no. ¿Y qué ha sucedido?

—Decía cosas muy extrañas, pero...

—¿Qué cosas?

—Sobre nosotros, y también sobre el bufete de John Milton.

—Oh, Kevin, no dejes que esto te afecte. Hoy no. Y menos cuando tenemos tantas cosas por las que sentirnos felices —suplicó Miriam—. Ya sabes que está muy

enferma, que tiene alteradas las facultades mentales.

—No sé... ¿qué es este morado en el cuello?

—No es un morado, Kevin. —Miriam se volvió y se miró en el espejo del pasillo—. Creo que tendré que ponerme más crema.

—¿Cómo que no es un morado?

—Es un mordisco tuyo, Kev. —Ella se ruborizó—. Eres un vampiro. Pero no te preocupes, no es nada, Venga, dúchate y cámbiate. Tengo tanta hambre que estoy a punto de ponerme en trance.

Él no hizo ningún ademán de moverse.

—¿Kevin? ¿Te vas a quedar de pie en el pasillo toda la noche?

—Miriam, tenemos que hablar. No sé qué está pasando, no entiendo nada, pero te juro que no recuerdo haberte hecho esto.

—No pasa nada, tonto. La presión de ese caso te ha tenido distraído y preocupado. Es comprensible. Las chicas ya me advirtieron que al principio te sucedería algo así, que uno va de aquí para allá, agobiado, olvidando esto o lo otro... Ellas también han pasado por esa experiencia con Ted y Dave; pero tan pronto como tengas más confianza en ti mismo y más experiencia como abogado seguro que no se repetirá. Y vaya comienzo, ¿eh? Mi gran abogado de Nueva York —dijo llena de admiración, y lo abrazó—. Ahora, venga, hay que echarse a la carretera. Voy a maquillarme.

Kevin la observó mientras se iba, y acto seguido se puso en marcha con lentitud. Se detuvo en la entrada de la sala de estar y reflexionó de nuevo sobre la escena que se había producido en el pasillo con Helen Scholefield. Entró en la sala y fue a mirar el cuadro.

Pero no estaba colgado, ni tampoco en el suelo.

—Miriam. —Ella no respondió. Kevin se dirigió apresuradamente al dormitorio y la encontró en el tocador—. Miriam, ¿qué ha pasado con el cuadro de Helen?

—¿Qué ha pasado? —Se volvió, dando la espalda al espejo—. Ya no lo aguantaba más, Kevin. Era la única nota deprimente del apartamento. Norma y Jean coincidían en que habíamos sido muy considerados al tenerlo colgado tanto tiempo.

—¿Dónde está? ¿Lo has guardado en un armario?

—No, ya no está —replicó ella mientras volvía a mirarse al espejo otra vez.

—¿Qué quieres decir con que no está? En algún sitio estará. ¿Lo has tirado?

—No, yo nunca haría eso. A pesar de todo es una obra de arte, y aunque no te lo creas, hay personas a quienes les gustan esa clase de cosas. Norma sabía de una galería del Village que se lo podría quedar, así que decidimos que ella lo llevaría allí, y si se vende sorprenderemos a Helen con una buena noticia. Pensamos que esto le levantaría el ánimo.

—¿Qué galería?

—No sé el nombre, Kevin. Es Norma quien la conocía —dijo, en un tono de fastidio en la voz—. ¿Qué te preocupa? Tanto mi madre como la tuya opinaban que

era horrible para tenerlo colgado en una pared de la sala de estar.

—¿Cuándo se llevó el cuadro Norma? —preguntó él con insistencia. Miriam se volvió de nuevo.

—Esto demuestra lo observador que has estado últimamente. Hace dos días, Kevin. El cuadro ya no está ahí desde hace dos días.

—¿En serio?

Miriam apretó los labios e hizo un gesto de hastío con la cabeza.

—¿Te vas a duchar y vestir de una vez?

—¿Qué? Ah, sí... sí. —Empezó a desnudarse.

—Es emocionante, ¿verdad? Aparecerás en todos los periódicos y cadenas de televisión del país. El señor Rothberg estará agradecido, ¿eh?

—¿Rothberg?

—Rothberg, Kevin, el hombre a quien has defendido. —Miriam soltó una carcajada—. Vaya profesor despistado estás hecho...

—No, Miriam, es que no lo entiendes —dijo él, acercándose a ella—. He ganado el juicio porque una testigo ha hecho una revocación completa de su declaración inicial, y todavía ignoro los motivos. Además supe que iba a hacerlo cuando ya me hallaba en la sala. El señor Milton me hizo llegar una nota en la que me daba instrucciones sobre cuáles eran las preguntas que tenía que hacerle a la mujer. Él sabía que ella había cambiado de opinión. ¡Él lo sabía!

—¿Y qué? —Miriam sonrió—. Por eso es el señor Milton.

—¿Qué?

—Que por eso es el jefe. Tú, Ted, Dave y Paul, sólo sois asociados.

Kevin se la quedó mirando sin decir nada. Hablaba como si fuera una niña.

—No te preocupes —prosiguió ella, volviéndose de nuevo hacia el espejo—. Algún día tú serás como él. Será fantástico. —Entonces hizo una pausa y entrecerró los ojos como si con ellos estuviera mirando una bola de cristal en vez del espejo—. Tu propio bufete... Kevin Taylor & Associates. Y enviarás a uno de tus asociados a buscar nuevos talentos prometedores exactamente como hizo el señor Milton con Paul para localizarte a ti, porque para entonces tú ya sabrás a quién buscar.

—¿A quién buscar? ¿Quién te ha metido esta idea en la cabeza?

—Nadie, bobo. Bueno, Jean y Norma mencionaron algo el otro día, mientras comíamos. Decían que eso es lo que el señor Milton quiere que suceda. —Echó la cabeza hacia atrás y recitó de carrerilla—: Dave Kotein & Associates, Ted McCarthy Associates, Paul Scholefield & Associates y Kevin Taylor & Associates. Los cuatro cubriréis la ciudad entera. Desde luego, el señor Milton empezará otra vez con nuevos asociados, y antes de que te des cuenta no habrá en la ciudad ningún procesado que quiera acudir a otro bufete que no sea uno de los vuestros.

Miriam rió de nuevo levantándose del asiento.

—Kevin, ¿te duchas o no?

Él reflexionó un instante y acto seguido se acercó a ella.

—Escúchame, Miriam. Está pasando algo extraño. Ahora mismo todavía no sé lo que es, pero quizás Helen Scholefield no está tan loca como creemos.

—¿Qué? —Ella se apartó de él al instante—. Kevin Wingate Taylor, deja esto de una vez y dúchate. Ya te lo he dicho antes, me muero de hambre. Te espero en la sala de estar, estaré tocando el piano. Espero que hayas terminado y estés listo antes de que interprete un concierto completo. —Y se fue, dejándolo allí de pie, desnudo, junto al tocador.

Kevin se volvió y se miró en el espejo. La imagen reflejada le traía a la memoria sus extravagantes sueños eróticos. Pero ¿eran sueños? Decididamente, no para Miriam. Para ella todo era muy real, como los moratones de sus piernas.

Entonces, ¿cómo se podía explicar que, según ella, hubieran hecho el amor, y que él no se acordara? Nadie podía ser tan despistado. Uno de los dos se estaba volviendo loco.

«... pero si él la deja embarazada —había dicho Helen Scholefield—, será demasiado tarde». ¿Él? ¿A quién se refería?

Dejó de mirarse en el espejo. ¿Qué sentido tenía todo eso?

«Nosotros no perdemos», había dicho Paul, y los demás exhibían todos la misma expresión arrogante.

«Ha ganado uno de esos casos. Ahora también le pertenece —le había soltado Helen Scholefield—. ¡Maldito sea! ¡Malditos sean todos!».

En ese momento recordaba lo extraño que se había sentido al oír aquella frase: «Ahora ya eres un auténtico asociado de John Milton».

Volvió a mirarse en el espejo.

¿De qué hablaba Helen? ¿Era él diferente de los demás?

La imagen no respondió, pero ya era inquietante el mero hecho de hacerse aquella pregunta.

Tomó una decisión. Al día siguiente iría a ver a Beverly Morgan, y no se iría de su casa hasta enterarse del modo en que el señor Milton había logrado que ella cambiase su declaración.

Antes de salir con Miriam a cenar llamó por teléfono a sus padres y a los de ella. En ninguna de las dos conversaciones dijo nada que desvelara sus preocupaciones. La única nota negativa partió de su madre, que le dijo:

—Ahora que ya has acabado con este caso tan importante, a ver si dedicas más tiempo a Miriam. Cuando habla conmigo la noto muy nerviosa.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Es sólo instinto de madre, Kevin. Nadie puede estar tan agitado todo el tiempo; lleva una actividad casi febril. No sé, tal vez lo haga para satisfacerte. El caso es que Arlene ha tenido la misma sensación, aunque ella no ha dicho nada para no aparecer como una suegra entrometida.

—Pero me ha dicho que Miriam parecía muy feliz.

—Ya lo sé. No digo que no sea feliz. Simplemente... préstale más atención. ¿Lo harás, verdad?

—Desde luego, mamá.

—Y enhorabuena, hijo. Sé que esto era algo que siempre habías deseado.

—Sí. Gracias.

Kevin sabía que todo eso era cierto. Él debería haber estado más alerta ante la rapidez de los cambios que había experimentado Miriam. Había pasado por alto lo que estaba sucediendo debido a la vehemencia con que él había deseado todo aquello... la riqueza, el lujo, el prestigio. ¿Quién habría hecho lo contrario? Él la había traído a la ciudad, la había expuesto a una nueva vida. En gran medida, lo que estaba pasando —mejor dicho, lo que había pasado ya— era culpa suya.

Se dio la vuelta como si alguien le hubiera tocado el hombro. Dirigió la mirada a la terraza. Una vez más volvió a preguntarse por qué Richard Jaffee se había quitado la vida. ¿Qué habría querido decir Helen con «sólo Richard tenía conciencia»?

—Estoy esperando, cariño —gritó Miriam.

—Voy.

Salieron del apartamento, bajaron las escaleras hasta llegar al taxi que esperaba a la puerta y fueron a Renzo, un restaurante de cinco tenedores típico del norte de Italia. Kevin intentó dejar a un lado sus preocupaciones.

No obstante se pasó el rato observando lo distinta que era Miriam esa noche de aquella en que habían ido al Bramble Inn para celebrar la victoria en el juicio de Lois Wilson. Ya no había ni rastro de la preocupación de Miriam por si el cliente era o no realmente culpable. De todas formas, ella conocía muy poco o nada del caso Rothberg, por lo que no tenía muchos comentarios ni preguntas que hacer sobre el proceso.

Kevin tenía que admitir que Miriam tenía buen aspecto con su nuevo conjunto rojo de jersey y pantalones ajustados. También lucía una cinta de perlas entrecruzada sobre el pecho. Todavía llevaba más maquillaje del que solía, y él reparó en que el rojo del lápiz de labios disimulaba su palidez.

Kevin nunca hubiera pensado que a ella le gustaría un restaurante como el Renzo, ni que lo escogería para la ocasión. Era un lugar muy iluminado, con colores chillones y paredes llenas de espejos. A pesar del mal tiempo que hacía estaba de bote en bote.

Esa noche Miriam se mostraba mucho más extravertida que aquella del Bramble Inn y que en todo el tiempo que habían vivido en Blithedale. ¿Cómo era posible que Kevin hubiera pasado por alto un cambio tan espectacular en ella? Se reprochaba a sí mismo el haber estado tan absorbido por el trabajo. También, se sorprendía de la cantidad de gente que ella conocía y de los muchos que la conocían a ella, desde el jefe de comedor hasta los camareros. Había otros clientes que también saludaban y le sonreían. Según le contó, ella, Norma y Jean habían ido allí a comer y cenar aquellos

días que él había estado tan ocupado.

Sin embargo, observó que todo aquello la distraía mucho, y que ella tenía la atención muy dispersa: tan pronto hablaba con él como levantaba la vista para enterarse de quién había entrado, o de quién estaba sentado con quién o qué comían los demás. «Qué diferente de las cenas íntimas, a la luz de las velas, del Bramble Inn», pensó Kevin. No obstante, parecía que a Miriam no le importaba o que no caía en ello.

Incluso cuando después hacían el amor, todo había cambiado. Ella se mostraba impaciente, exigente, como si el tiempo apremiara. Se movía y retorció debajo de él asumiendo un papel dominante, moviendo y dirigiendo las manos de Kevin hacia donde ella quería que él la tocara con más agresividad. Llegó un momento en que la sensación de ser más bien un prostituto, alguien de quien se hacía uso sólo para obtener placer, le hizo perder todas las ganas. Había desaparecido la habitual consideración, la reciprocidad, el intento de ser uno.

Y después ella aún parecía frustrada e insatisfecha.

—¿Qué te pasa?

—Estoy cansada. Demasiado vino, supongo —contestó, y se volvió dándole la espalda. Él permaneció tumbado, pensando, con miedo de cerrar los ojos, temeroso de que si lo hacía, algo... alguien... vendría. Al final se quedó dormido, pero hacia las cuatro de la mañana se despertó y reparó en que ella no estaba a su lado.

Prestó atención un instante y oyó ruidos procedentes de la parte delantera del apartamento. Se levantó rápidamente y se puso el albornoz. Venía luz desde la sala de estar y la entrada. ¿Era otro episodio erótico? ¿Estaba realmente despierto o soñaba? Con el corazón latándole con fuerza por la expectación, empezó a moverse despacio hasta observar a Miriam, que permanecía de pie junto al umbral, sosteniendo la puerta abierta y mirando hacia fuera. Se distinguían también otras voces.

—Miriam, ¿qué pasa?

—Es Helen —respondió al tiempo que se volvía.

—¿Cómo?

Kevin se le acercó deprisa. Norma y Jean estaban también allí, con su albornoz.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha vuelto loca —respondió Norma—. Ha clavado las tijeras en el brazo de la señora Longchamp.

—¿Qué?

En ese momento se abrió la puerta del apartamento de los Scholefield y dos enfermeros de una ambulancia de Bellevue sacaron a Helen atada con correas a una camilla, a la que seguían por detrás Paul, Dave y Ted. Helen movía la cabeza rápidamente de un lado a otro, como intentando negar la realidad de lo que le sucedía. Kevin apartó a Miriam y se acercó a Paul.

—Ha sido algo horrible —explicó éste—. Se ha levantado de la cama y sin más ha atacado a la enfermera. Por suerte, la herida no ha sido grave; a pesar de ello, no

podía permitir que se quedara en el apartamento. Le han dado un sedante, pero aún no le ha hecho efecto.

Se abrieron las puertas del ascensor, y los enfermeros introdujeron la camilla dentro. Paul se dirigió a Ted y Dave.

—No hace falta que vengáis, es tarde. Ya me ocuparé yo de todo.

—¿Estás seguro? —preguntó Ted.

—No paséis cuidado. Volved todos a la cama. Por la mañana ya os contaré cómo ha ido.

Entró en el ascensor y se puso al lado de la camilla, obligando a los enfermeros a moverla para hacerle sitio. Entonces Kevin vio el rostro de Helen Scholefield: sus ojos se abrieron de par en par al cruzarse su mirada con la de él. Y de repente empezó a gritar. Era un chillido agudo, estridente y desgarrador que hizo estremecer a Kevin. Incluso después de haberse cerrado las puertas del ascensor y de que éste iniciara su descenso, todavía se escuchó el gemido hasta que fue desvaneciéndose poco a poco por las plantas que iba dejando atrás.

—Sabía que pasaría —dijo Dave, dándose la vuelta.

—Una auténtica pena —añadió Ted, reflejando la preocupación en su movimiento de cabeza—. ¿Jean?

—Voy.

Las tres mujeres se abrazaron en el umbral del apartamento de Kevin y Miriam, y acto seguido Norma y Jean se reunieron con sus respectivos maridos. Kevin los observó mientras se iban.

—¿Kevin?

Él miró a Miriam y después en dirección a la puerta del apartamento de los Scholefield. «¿Dónde estaba la enfermera?», se preguntó. Si la habían apuñalado en el brazo, ¿por qué nadie se preocupaba por ella? Se dirigió hacia la puerta de Paul y Helen.

—Kevin, ¿qué haces?... ¿dónde vas? ¡Kevin!

Llamó a la puerta y escuchó. Nada, ni sonidos ni voces. Tocó el timbre.

—¿Kevin? —Miriam había salido al pasillo. Él seguía sin oír nada. Se volvió hacia ella.

—Están mintiendo —dijo.

—¿Qué?

Pasó frente a ella y se metió en el apartamento.

—Kevin... —Miriam lo siguió hasta el dormitorio. Él se sentó en la cama y se quedó mirando fijamente las manos. Se puso a tirar del anillo de oro, pero el dedo estaba inflamado: tendría que ir a que le cortaran el anillo.

—Kevin, ¿qué estás diciendo? Ya has visto cómo estaba ella.

—Están mintiendo todos. Saben que me dijo algo; la enfermera se lo contaría.

Miriam se limitó a mover la cabeza, con una mezcla de censura e incredulidad en el rostro.

—Te estás comportando de una forma muy extraña, Kevin. Todo esto me da miedo.

—Es lógico que te lo dé. —Se levantó y se quitó el albornoz—. No espero que ahora mismo entiendas lo que digo, Miriam. De todas formas, mañana averiguaré unas cuantas cosas que tengo en la cabeza. De momento, lo mejor que podemos hacer es dormir.

—Muy buena idea —dijo ella antes de apagar la luz.

Por la mañana Kevin llamó a la oficina y le comunicó a Diane que no iría.

—Necesito un día de descanso.

—Lo entiendo perfectamente. El señor Milton tampoco vendrá hoy. Es terrible lo que le pasó a la esposa del señor Scholefield, ¿verdad?

—Ah, ya se ha enterado.

—Sí. El señor McCarthy ha llamado a primera hora. Aunque quizá sea mejor así. Tal vez en el hospital sean capaces de ayudarla.

—Oh, estoy seguro de que lo harán —replicó él, sin esperar que ella pillara su sarcasmo.

Se puso el abrigo. Miriam no preguntó dónde iba y él no dio ninguna información. En todo caso, ella tampoco parecía interesada en saber nada. Justo cuando él se disponía a salir, Norma y Jean llamaron por teléfono, y las tres empezaron a hacer planes para cobrar ánimo.

—Al fin y al cabo —oyó que decía Miriam—, después del palo de anoche...

—Advierto que estáis sobrecargadas de compasión —señaló Kevin tan pronto como ella colgó el auricular.

—Tampoco hay nada que podamos hacer, Kev. Bellevue no es un sitio para llamar y pedir hora de visita, y no creo que enviarle flores o bombones tenga mucho sentido.

—Ningún sentido en absoluto. —Entonces Kevin observó otro de aquellos morados, éste en la pantorrilla izquierda—. Aquí tienes otra marca —le indicó.

—¿Qué? —Miriam miró hacia abajo—. Ah, sí —dijo, y acto seguido soltó una corta carcajada.

—¿No te preocupa? Ya te advertí que podría ser un problema de alimentación o algo así.

Ella lo miró fijamente un instante y después sonrió.

—Kevin, deja de ser tan quisquilloso y de preocuparte por tonterías. No es nada, ya me ha pasado otras veces. Sobre todo antes de que me venga la regla.

—¿Ha de venirte la regla? —preguntó él con rapidez.

—Ya tenía que haberme venido. —Parpadeó con picardía, pero él no le devolvió la sonrisa.

—Te llamaré más tarde —dijo, y salió a toda prisa. Cogió el ascensor para bajar al garaje, subió al coche y se dirigió a casa de Beverly Morgan.

Era un día de invierno, claro y frío, y en el cielo azul oscuro las nubes

permanecían tan inmóviles que parecían estar congeladas. Durante el trayecto, Kevin reflexionó sobre los últimos meses y sobre todo aquello que lo había preocupado, todas aquellas cosas que, llegado el momento de ser sincero consigo mismo, admitía que había preferido ignorar. ¿Cómo logró John Milton & Associates saber tanto de él y de Miriam antes de conocerlos? ¿Cómo hizo John Milton para enterarse de tantas cosas del proceso de Lois Wilson? ¿Y qué era todo eso de ser tan perfecto, como lo de disponer un hermoso apartamento gratuito que además incluía un piano y otras cosas que Miriam siempre había deseado? ¿Había algo sobrenatural en las coincidencias y en la buena suerte, o era tan sólo que se estaba volviendo paranoico? ¿Tenía razón Miriam? ¿Daba él demasiado valor a los balbuceos de una persona deprimida y mentalmente enferma? Tal vez era cierto que trabajaba demasiado.

Sin duda tenía que haber una explicación para lo de Beverly Morgan. Quizás ella no había confiado en él al verlo demasiado joven. «En tal caso, tampoco ahora estará dispuesta a hablar», pensó.

Kevin aparcó enfrente de la pequeña casa de Middletown. A través de las ventanas no se veía luz al estallar persianas corridas. Kevin salió del coche y se dirigió a la puerta principal de la casa donde vivían Beverly Morgan y su hermana, mientras un delgado niño negro de unos diez años lo miraba receloso desde el refugio del porche. Llamó y esperó. Los golpes resonaban en el interior de la casa y se desvanecían sin traer respuesta alguna. Llamó de nuevo y a continuación miró dentro a través de una de las ventanas.

—No están en casa —soltó el pequeño—. Se han ido en una ambulancia.

—¿Una ambulancia? —Kevin se desplazó al instante hacia el lado del porche. El chico se retiró unos pasos, asustado por aquel movimiento brusco—. ¿Qué le ha pasado a la señora Morgan?

—Estaba borracha y se ha caído por las escaleras —respondió, mientras empujaba un coche de bomberos de juguete por la desportillada baranda.

—Así que se la han llevado al hospital, ¿eh?

—Sí. Mi madre también ha ido. Ha llevado a Cheryl en el coche.

—Ya. ¿Y a qué hospital la han llevado? ¿Lo sabes?

El niño se encogió de hombros.

—Lo más probable es que por aquí sólo haya uno —dijo Kevin pensativamente en voz alta. Se precipitó hacia el coche y arrancó a toda prisa. En el primer cruce advirtió la señal que indicaba hacia el Horton Memorial Hospital y se dirigió hacia allí lo más rápido que pudo.

La amable mujer mayor vestida de rosa que se encontraba tras el mostrador de recepción no tenía información acerca del ingreso de ninguna Beverly Morgan.

—Tal vez esté todavía en urgencias —sugirió como única explicación posible. Le indicó a Kevin cómo llegar allí, y éste empezó a recorrer apresuradamente el largo y amplio corredor.

La intensa actividad que reinaba lo sorprendió. «En todas las ciudades, grandes o

pequeñas, los servicios de urgencias son iguales», pensó. Había enfermeras que se desplazaban desesperadamente de una sala de reconocimiento a otra; un médico interno observaba preocupado una carpeta de pinza mientras una enfermera le refería los síntomas de un paciente de la habitación que se hallaba a su espalda. Nadie parecía reparar en la presencia del intruso. De repente, junto a la puerta de una sala de reconocimiento del otro extremo del servicio de urgencias, Kevin distinguió a dos mujeres negras que hablaban en voz baja y se dirigió hacia ellas.

—Perdonen.

Ellas se volvieron extrañadas.

—¿Esta ahí Beverly Morgan?

—Efectivamente. ¿Quién es usted?

—Kevin Taylor, abogado. Yo defendí a Stanley Rothberg.

—Ah, muy bien. ¿Y qué quiere ahora de mi hermana? Creo que en el juicio ya dijo todo lo que tenía que decir, ¿no?

—Ella... ¿está bien? —preguntó, esbozando una sonrisa.

—De ésta se va a librar —respondió la hermana, sonriendo con afectación—, pero si quiere seguir viviendo en mi casa van a tener que cambiar muchas cosas.

—No me cabe duda. —Kevin miró a la otra mujer, que lo observaba como si fuera un excéntrico—. ¿Podría hablar con ella unos minutos?

—Bueno, visto que tendremos que esperar siglos para lograr una habitación, supongo que sí. De todas formas, todavía no está del todo sobria —advirtió la hermana de Beverly.

Kevin no vaciló un instante y entró en la sala de reconocimiento.

Beverly Morgan estaba en una camilla, tapada hasta el cuello con una sábana blanca. Llevaba la cabeza vendada y en el lado derecho de la frente se apreciaba una mancha de sangre. Tenía la vista fija en el techo. La hermana y la vecina entraron tras él y se quedaron junto a la puerta.

Kevin se acercó a ella despacio.

—¿Beverly? ¿Cómo se encuentra? —Ella parpadeó, pero no se volvió hacia él—. Soy Kevin Taylor. Si no le importa, y aunque el juicio ha terminado, me gustaría hablar con usted. ¿Me oye?

Ella volvió la cabeza ligeramente.

—Está demasiado borracha para oírlo, señor. Ni siquiera sabe dónde está. Se cayó de cabeza por la escalera, pero no la encontré enseguida. Tiene suerte de estar viva.

—Beverly —dijo él, sin hacer caso de la hermana—. Usted sabe que estoy aquí, que soy yo. Tiene que hablar conmigo, Beverly. Esto es importante.

Ella giró algo más la cabeza hasta encontrarse con el rostro de Kevin.

—¿Lo envía él? —preguntó con un susurro ronco.

—¿Quién? ¿El señor Milton?

—¿Él lo ha enviado? —preguntó ella otra vez—. ¿Por qué? ¿Qué quiere ahora?

—Él no me ha enviado, Beverly. He venido por mi cuenta. ¿Por qué cambió su

versión de la historia, Beverly? ¿Dijo la verdad en el tribunal, o fue a mí a quien dijo la verdad cuando la fui a ver a casa de su hermana?

Ella clavó los ojos en los de él, y Kevin creyó por un momento que todo iba a ser inútil.

—¿De verdad que él no lo envía? —preguntó de pronto Beverly.

—No, he venido por mi cuenta —repitió él—. Yo no sabía que usted iba a cambiar su declaración hasta que la interrogué ante el tribunal. Y no la creí, Beverly. Aunque me ayudó a ganar el caso, no la creí. Mintió, ¿verdad?

Los ojos inyectados en sangre de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Eh, señor, ¿qué le está haciendo a mi hermana?

—Nada —respondió Kevin, casi con brusquedad. Acto seguido se volvió hacia las acompañantes—. Ha de contestar algunas preguntas, es muy importante que lo haga. Beverly, mintió, ¿verdad? ¿Sí o no? —prosiguió él.

—Señor, más vale que se vaya —exigió la hermana.

Beverly hizo un gesto de confirmación.

—Ya lo sabía. Pero ¿por qué? ¿Por qué mintió? ¿Cómo logró él hacerla mentir? —inquirió Kevin.

—Él sabe —susurró Beverly.

—¿Sabe qué?

—Señor, haga el favor de dejarla tranquila.

—¿Sabe qué? —insistió él.

Los labios de la mujer se empezaron a mover. Kevin bajó la cabeza y escuchó la confesión al oído como si fuera un sacerdote. Después ella se volvió hacia el otro lado.

—Pero ¿cómo sabía él todas esas cosas? —Kevin preguntó en voz alta. Beverly ni siquiera hizo tentativa alguna de contestar, pero a él no le hacía falta. En el fondo ya sabía la respuesta.

El viaje de vuelta a la ciudad fue extraño. Estuvo tan abstraído todo el rato que se confundió de trayecto y de repente reparó en que estaba acercándose al puente de George Washington, casi como si lo hubieran transportado hasta allí. Quizás era esto lo que había ocurrido. Se puso a temblar. ¿Cuál era la frontera entre realidad e imaginación? ¿Cómo saber lo que era magia y lo que no? ¿El señor Milton era simplemente alguien astuto, maquiavélico y despiadado... o algo más?

Parecía imposible que John Milton hubiera sabido qué pecados tenía secretamente ocultos Beverly Morgan: que le había robado a la madre de Maxine Shapiro mientras estaba al cuidado de ésta después de haber sufrido la apoplejía, y que había hecho lo mismo con Maxine... pequeños hurtos de joyas, dinero suelto...; en definitiva, que le robaba a los muertos. Porque era así como ella misma lo había definido, ya que ambas mujeres se hallaban ya en la antesala de la muerte. Sólo él conocía esas cosas,

por lo que fue enormemente fácil chantajear a Beverly advirtiéndole que si todo eso se llegaba a saber ella sería considerada la máxima sospechosa, pero no de haber matado accidentalmente a Maxine Rothberg por negligencia debida a su alcoholismo, sino de haberlo hecho de manera premeditada. Maxine lo había averiguado todo — pobre mujer—, como también lo había hecho su madre con anterioridad.

Demasiada digitalina... indetectable a menos que el patólogo tuviera algún motivo para ser más escrupuloso. Beverly había mandado a la anciana a la gloria, evitando al mismo tiempo ser descubierta.

Kevin lo había escuchado todo pero, a diferencia de lo que habría hecho un confesor, no le dio ninguna esperanza de redención a la mujer; en ese momento lo que quería saber era si tenía alguna esperanza de redimirse a sí mismo.

Sin embargo, en ese momento no tenía tiempo de pensar en sí mismo. El aviso de Helen Scholefield iba dirigido a Miriam, no a él. Helen había dicho que a Miriam le sucedería lo mismo que a la esposa de Richard Jaffee. ¿Cuántas cosas que Kevin sentía y sabía no habían sido desconocidas para Richard Jaffee?

Llegado a ese punto en que su curiosidad por el bufete y sus colegas había llegado al máximo, decidió ir al despacho a investigar por su cuenta. Tenía alguna idea de dónde buscar; sabía que debía tener algo más concreto en qué basarse, algo que además pudiera contarle a Miriam o a cualquier otra persona.

Diane se sorprendió al verlo.

—Oh, todos se han ido ya y hoy no van a volver, señor Taylor —dijo—. El señor McCarthy se acaba de marchar. —Kevin ya lo sabía. Había visto a Ted salir del edificio y se había demorado unos segundos para que el otro no advirtiera su presencia.

—No importa. Sólo he venido a atar unos cabos sueltos y a consultar un par de cosas.

Ella sonrió, y acto seguido movió la cabeza con tristeza.

—¿Se ha enterado de las últimas noticias sobre Helen Scholefield?

—No. He estado fuera de la ciudad la mayor parte del día. ¿Qué ha sucedido?

—Ha entrado en coma. No reacciona a nada. Quizás al final tengan que utilizar el tratamiento de electrochoque —explicó Diane en voz baja.

—Ya. Una verdadera lástima. ¿El señor Scholefield está todavía en el hospital?

—Sí. ¿Necesita algo, señor Taylor? Hoy Wendy se ha marchado temprano.

—No, gracias —respondió, y se dirigió a su despacho.

En la mesa encontró un nuevo expediente en cuya parte superior había una nota que ponía: «Kevin, es un nuevo caso para ti. Hoy hablaremos de ello. J. M.» Era evidente que el propósito del señor Milton era discutirlo al día siguiente. Kevin lo abrió y leyó con atención la primera página.

Elizabeth Porter, de cuarenta y ocho años, propietaria y directora de una residencia para ancianos, y Barry Martin, de cuarenta y cinco años, encargado de mantenimiento y amante de la primera, habían sido detenidos y acusados de haber

asesinado a cuatro de los ancianos para apropiarse de los cheques de sus pensiones de la seguridad social. Los cuatro cadáveres fueron encontrados en la parte de atrás de la casa. Kevin tenía que representar y defender al hombre, que en ese momento parecía estar dispuesto a dirigir las pruebas de cargo contra su antigua amante para salvar el pellejo.

El material contenido en la carpeta incluía una descripción de los asesinatos, la identidad de las víctimas, el tiempo durante el cual habían estado ocurriendo los hechos, y el historial tanto del hombre como de la mujer. Una vez más, Kevin observó informes detallados y minuciosos que habían sido elaborados y preparados casi al instante, lo que avivó sus sospechas. Se encaminó a la informatizada biblioteca jurídica de la oficina. Al llegar, encendió las luces de neón, que parpadearon unos segundos hasta acabar iluminando una larga y estrecha habitación, cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. El ordenador principal estaba exactamente a su derecha. Acercó una silla al teclado y puso la máquina en marcha. La pantalla empezó a lanzar destellos, y después de soltar un pitido se iluminó.

Las secretarias tenían al lado del teclado unos códigos de referencia. Ello le permitió pulsar las teclas adecuadas para que apareciera en la pantalla el menú de archivos del disco duro. Quería echar un vistazo a los casos pasados, a la historia del bufete, como quien dice, y advirtió que éstos se hallaban organizados a partir del nombre del abogado que los había llevado. Dado que Paul era el más antiguo, lo buscó en primer lugar.

Fue de un caso a otro fijándose en los clientes y los resultados de los procesos. Sin parar un momento, pasó después a los asuntos de Ted, y finalmente a los de Dave, leyendo y confirmando una hipótesis que en el fondo de su alma ya había dado por buena. Todos los clientes de John Milton & Associates o bien eran culpables y se trataba de llegar a un acuerdo beneficioso previa aceptación de culpabilidad o de conseguir una reducción en la pena, o bien eran supuestamente culpables y se lograba la absolución mediante maniobras legales. Nadie podía decir que John Milton & Associates había perdido un solo caso o que había actuado mal en alguno de ellos.

«No es extraño que los tres parecieran tan arrogantes cuando afirmaban, “Nosotros no perdemos”», pensó. Sabían que no perdían.

Kevin advirtió que su nombre también figuraba en la lista. Tecleó el archivo correspondiente y tuvo un tremendo sobresalto al encontrar la descripción del caso Lois Wilson. ¿Cómo es que estaba en esos archivos? En aquella época Kevin no trabajaba en el bufete. Evidentemente también aparecía el caso Rothberg, e incluso el de la residencia de ancianos.

Pero lo que le produjo una auténtica conmoción fue descubrir que el resultado del proceso ya estaba escrito. ¿Qué significaba esto? ¿Confianza, simplemente? ¿No era posible que él tuviera una mala actuación y perdiera el juicio, o que el fiscal planteara alguna cuestión que ellos no hubieran tenido en cuenta? Todavía faltaba bastante para que se fijara el día de la vista oral. ¿Cómo podía ser que ya estuviera escrito allí el

resultado?

Se apoyó en el respaldo de la silla y reflexionó un momento. A continuación se inclinó hacia delante y tecleó de nuevo el menú principal de archivos. Hubo uno que llamó su atención en especial: «Futuros».

Lo abrió, embargado por la tensión, y esperó a que apareciera. Leyó despacio fijándose en las fechas. Su corazón latía con fuerza cuando llegó al final de la primera página. Lo que mostraba la pantalla era inconcebible. ¡John Milton & Associates había elaborado una lista que abarcaba más de dos años de futuros casos basados en crímenes que todavía no se habían cometido!

—Me voy, señor Taylor —dijo Diane. De repente ésta había aparecido en el umbral de la biblioteca. Kevin estaba tan cautivado por lo que veía en la pantalla que no la había oído venir por el pasillo. A pesar de que ella habló en voz baja, él se dio la vuelta con tal brusquedad que tuvo la sensación de haberse salido de su propia piel. La hermosa secretaria le sonreía ingenuamente, como si no tuviera ni idea de lo que él estaba haciendo o mirando. Tal vez no sabía nada. «Quizá ninguno de ellos sabe realmente nada», pensó.

—Ah, sí, Diane. Dentro de un momento yo también me voy.

—No hace falta que se dé ninguna prisa, señor Taylor. La puerta tiene un mecanismo que la cerrará cuando usted se vaya.

—Gracias. Por cierto, ¿dónde ha estado el señor Milton todo el día?

—Tenía varias citas repartidas por diversos puntos de la ciudad, pero ha estado continuamente informado de todo, incluido lo referente a la esposa del señor Scholefield. Mañana seguro que vendrá. Hasta mañana, pues —añadió.

—Adiós. Buenas noches.

Esperó a que ella saliera antes de volver a la pantalla. Entonces cayó en la cuenta de que nadie creería una palabra de todo aquello a menos que pudiera demostrarlo de algún modo, así que decidió imprimir el archivo «Futuros». Sin embargo, cuando pulsó las teclas pertinentes se encontró con la frase: «Archivo no formateado para impresora». Acto seguido inició la serie de operaciones necesarias para realizar precisamente dicho formateo, pero de repente todo lo que había en la pantalla desapareció. Llamó otra vez a la lista de archivos y trató de recuperar «Futuros», pero en esa ocasión apareció en la pantalla una frase que le requería un código secreto.

«¿Cómo es eso?», se preguntó. ¿Cómo había sido capaz de hacerlo una vez y a la siguiente se le exigía conocer un código determinado? Daba la sensación de que el ordenador lo estuviera fastidiando, como si también formara parte de todo aquello tan siniestro.

Levantó los dedos del teclado, temeroso de que éste pudiera hacerle algo malo, pero la pantalla permaneció iluminada, conservando su aspecto inofensivo. Kevin movió la cabeza en un gesto de incredulidad. «Es una auténtica locura», pensó. Su paranoia creció con rapidez. Apagó el ordenador, salió de la biblioteca y fue a su despacho para llamar a casa.

Después de que el teléfono sonara cuatro veces se conectó el contestador automático de Miriam, que con una voz suave aunque extraña pedía al que llamaba el nombre, número y mensaje. A continuación, y después de una corta risa, decía «gracias» y se oía un pitido. Kevin sostenía aún el auricular en la mano, y escuchaba el silencioso zumbido de la cinta del contestador al girar. Había en la voz de ella algo

que no había notado antes... un tono débil y distante, el de alguien que está distraído, que apenas presta atención. ¿Le habían sometido a algún hechizo que se había roto al sentirse de pronto culpable de lo que había estado haciendo?

Un sudor frío le cubrió la frente y se le fue extendiendo hacia la nuca. Colgó el auricular lentamente, sin dejar ningún mensaje. ¿Dónde estaba Miriam? ¿Otra vez arriba, en el ático? ¿Quizá con él? ¿Qué clase de dominio ejercía John Milton sobre las mujeres? ¿Y cómo era posible que los demás asociados no repararan en ello? Y si se daban cuenta, ¿por qué lo pasaban por alto? Los tres eran inteligentes y perspicaces, por lo que con toda seguridad conocían esas cosas igual que él. No podía confiar en ellos, en ninguno de ellos, y menos que nadie en Paul, el que lo había traído al bufete y había permitido que encarcelaran a su mujer en Bellevue.

En todo caso, ¿qué iba a hacer con todo lo que había averiguado? Reflexionó unos instantes, miró el reloj y cogió la guía telefónica para buscar el número de la oficina del fiscal del distrito. Tan pronto como la recepcionista contestó, Kevin preguntó por Bob McKensie. Le pasaron con su secretaria.

—Acaba de salir —le dijo ésta—. Puedo dejarle el recado de que lo llame por la mañana a primera hora.

—No —soltó él con brusquedad, casi gritando—. Tengo que hablar con él ahora mismo, es muy urgente. Por favor...

—Un momento. —Por el ruido que oyó supuso que ella había cubierto con la mano el micrófono del aparato y que Bob McKensie se hallaba de pie junto a la mesa—. De acuerdo. El señor McKensie se pone ahora mismo. —Un instante después el ayudante del fiscal estaba al aparato.

—Kevin, ¿qué pasa?

—Ya sé que estaba a punto de terminar su jornada, pero créame Bob, no lo habría llamado si no hubiera una razón de peso.

—Bueno, sí, me iba a casa. Pero ¿de qué se trata?

—Tiene que ver con todos los procesos que usted ha iniciado contra algún sospechoso defendido por algún asociado de John Milton. Bien, no sólo usted, sino cualquier miembro de la oficina del fiscal —explicó Kevin con un susurro grave. Hubo una larga pausa—. Le aseguro que si nos vemos un momento no lo lamentaré.

—¿Cuánto tardarás en llegar aquí? No tengo prisa por ir a casa.

—Déme veinte minutos.

—De acuerdo, Kevin —dijo McKensie tras una pausa—. Para entonces todo el mundo ya se habrá ido, de modo que entra sin más. Mi despacho está en la tercera puerta, a la izquierda.

—Perfecto, gracias.

Colgó el auricular y salió a toda prisa al tiempo que apagaba las luces. Justo antes de cerrar la puerta principal a sus espaldas, se volvió y echó un vistazo al corredor oscuro. Tal vez fuera sólo fruto de su imaginación sobrecargada, pero le pareció que de la biblioteca surgía un resplandor que tal vez fuera el de la pantalla de un

ordenador. No obstante, estaba seguro de haberlo apagado, de manera que lo atribuyó a una fantasía exacerbada y no titubeó ni un segundo más.

Cuando le había dicho a McKensie que tardaría veinte minutos no había tenido en cuenta que era una hora punta. Casi había pasado el doble de tiempo cuando por fin llegó al aparcamiento de la oficina del fiscal. Dejó el coche, se precipitó hacia el vestíbulo y subió al ascensor. Entonces reparó en que su decisión de ver a McKensie lo antes posible no le había permitido pensar demasiado en el modo de explicarle a éste lo que había descubierto y cuáles eran sus hipótesis. Ya se encontraba frente a la oficina del fiscal cuando se sobrecogió ante las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, y la mano se le heló al coger el pomo de la puerta.

«Me tomará por loco —pensó Kevin—. No creerá ni una palabra. Sin embargo tengo que contárselo a alguien, a alguien que se preocupe de ello y quiera investigar más a fondo». ¿Y quién mejor que el hombre que el bufete John Milton & Associates había derrotado y puesto en un aprieto en multitud de ocasiones? Abrió la puerta y entró. En el vestíbulo todas las luces estaban aún encendidas, pero tras el mostrador ya no había ninguna recepcionista. Kevin se dirigió con celeridad a la tercera puerta del pasillo de la izquierda y la abrió.

McKensie estaba de pie junto a la ventana, con las manos a la espalda, contemplando la ciudad a oscuras. Cuando se abrió la puerta, el alto y desgarrado fiscal se volvió y enarcó las cejas. A Kevin le pareció que el rostro de McKensie era más largo y sombrío, y sus ojos más profundos y tristes que de costumbre.

—Lo siento. He quedado atrapado en un atasco.

—Sabía que pasaría. —Miró el reloj—. Bien, vayamos al grano, por favor. He llamado a mi esposa, pero había olvidado que tenemos invitados a cenar.

—Lo lamento, Bob. No habría venido si no...

—Siéntate, Kevin. Te escucho. ¿Qué te tiene tan agitado? —McKensie se sentó en su silla; Kevin hizo lo propio frente a él y se reclinó un momento para recuperar el aliento.

—No sé por dónde empezar. Hasta ahora mismo no he tenido tiempo ni de pensar en la mejor forma de explicarlo.

—Ve al meollo del asunto, Kevin. Más tarde analizaremos los detalles.

Kevin asintió con la cabeza, tragó saliva y se inclinó hacia delante.

—Le pido encarecidamente que me dé la oportunidad de contárselo todo —dijo, levantando la mano izquierda como si fuera un guardia de tráfico— sin rechazarlo a la primera, ¿de acuerdo?

—Te voy a prestar toda la atención —precisó McKensie con tono adusto mientras miraba de nuevo el reloj.

—Bob, he llegado a la conclusión de que John Milton es un hombre depravado que tiene poderes sobrenaturales. Quizá no sea un hombre; quiero decir que a lo mejor es algo más que eso. Es probable que sea el propio Satán en persona.

McKensie se limitó a mirarlo. La única reacción que mostró su rostro fue un

nuevo arqueo de las cejas. La ausencia de desdén o de mofa ante las palabras de Kevin animó a éste a proseguir.

—Hoy he hecho una visita a Beverly Morgan. Quiero que sepa que el testimonio de esa mujer me sorprendió tanto como a usted. En la entrevista que mantuve con ella antes del juicio me dijo que negaba validez a la declaración de Rothberg, que la encontraba incluso grotesca. Evidenció una profunda aversión hacia éste y no quería participar en nada que pudiera ayudarlo.

—Ya... bueno, quizá tuvo remordimientos de conciencia. Sabes tan bien como yo que a menudo hay testigos de crímenes que se niegan a testificar. La mayoría de ellos lo justifican de un modo racional —añadió, y se encogió de hombros—. Pero quizá cuando llegó el momento ella no pudo hacerlo.

—Pero es que justo antes de que yo empezara el interrogatorio de Beverly ante el tribunal, el señor Milton me envió una nota. Él sabía que ella iba a cambiar su declaración.

—¿Y crees que esto es una prueba de sus poderes sobrenaturales?

—No, esto no. Como le he dicho, hoy he ido a ver a Beverly Morgan. Ella había tenido un accidente... estaba bebida y se había caído por las escaleras. Cuando he llegado a su casa ya la habían llevado a la sala de urgencias del hospital. Me he dirigido allí a toda prisa, he hablado con ella y le he preguntado por qué había revocado su declaración. Fuera porque pensaba que estaba a punto de morir o porque finalmente ha recuperado la conciencia, el caso es que me ha confesado ciertas cosas, hechos acaecidos en el pasado. Bob —prosiguió Kevin, inclinándose sobre la mesa—, me ha dicho que asesinó a la madre inválida de Maxine Shapiro después de que la anciana descubriera que le había estado robando. Le dio una sobredosis de digitalina. Nadie se enteró ni sospechó nada. También le había robado cosas a Maxine, algunas joyas, pequeñas sumas de dinero...

—¿También fue ella quien la mató?

—No, Maxine no sabía lo que Beverly hacía, y si lo sabía no le importaba. Fue Stanley Rothberg el que la asesinó, estoy convencido de ello. Y también de que el señor Milton sabía que lo haría. A decir verdad, sé que él lo sabía todo de antemano.

—¿Cómo? —McKensie se reclinó en la silla—. ¿Me estás diciendo que John Milton estaba implicado?

—En cierto modo se podría expresar así. John Milton conoce el potencial de perversidad que anida en nuestros corazones —explicó Kevin; después reflexionó un instante y levantó los ojos enseguida—. Al principio creí que el hecho de encargarme a mí el caso Rothberg era una especie de error burocrático, pero lo cierto es que John Milton había estado recogiendo información antes de que Maxine Rothberg fuera asesinada. Él sabía lo que sucedería y que Stanley sería acusado del crimen.

—O quizá tienes razón cuando dices que fue simplemente un error burocrático, Kevin —replicó McKensie en voz baja.

—No. Estoy seguro de que no fue así. John Milton no sólo sabe lo que harán las

personas malvadas, sino también lo que hay de malvado y oculto dentro de todos y cada uno de nosotros. Fue a ver a Beverly Morgan y le hizo chantaje. Él sabía lo que ella había hecho, y ella entendió enseguida que se enfrentaba a una fuerza terrible y diabólica. Así que se sometió a sus deseos.

—¿Y eso es lo que te ha contado hoy en el hospital?

—Sí.

—Kevin, has dicho que esa mujer se ha emborrachado y ha tenido un accidente. En el juicio yo estuve a punto de desacreditar su testimonio poniendo de manifiesto que era una alcohólica incompetente, pero también sabía que tú utilizarías esto para sugerir que ella tal vez había matado a Maxine Rothberg accidentalmente, por lo que no me molesté en hacerlo. En todo caso, ¿qué clase de declaración podía hacer una mujer como ella contra alguien como John Milton?

—Bob, John Milton & Associates han ganado o han actuado con éxito en todos los casos penales en los que han tomado parte —replicó Kevin—. Si analiza usted con cuidado los archivos de los juzgados, lo podrá comprobar. Y fíjese en el tipo de clientes... muchos que eran sin duda culpables obtuvieron sentencias benévolas o...

—Cualquier abogado defensor trataría de conseguir esto, Kevin. Ya lo sabes.

—... o encontraron la forma de que las pruebas fueran rechazadas.

—Precisamente los buenos defensores, Kevin. Su trabajo consiste en esto. ¿Por qué crees que estoy siempre siguiendo de cerca los pasos de la policía? Están tan hasta la coronilla y van con tantas prisas que cometen errores, y les toca las narices que yo y otros fiscales les digamos lo que pueden hacer y lo que no.

—Lo sé, lo sé —dijo Kevin con impaciencia—. Pero aquí hay algo más, Bob. A los asociados del señor Milton, y sobre todo a él, les encanta lograr que la gente culpable resulte absuelta en un proceso. John Milton es el genuino defensor de los perversos, el abogado del diablo... suponiendo que no sea el propio diablo.

McKensie asintió y se inclinó hacia delante.

—Kevin, ¿con qué cuentas para respaldar una historia delirante como ésta?

—He venido aquí directamente desde el despacho. He ido allí para examinar en el ordenador todos los casos del bufete. Como acabo de decirle, no han perdido ni uno. También yo figuro en la lista, aunque no sólo se me atribuye el expediente de Rothberg. También se incluye mi primer asunto penal, el que llevé en Long Island.

—La defensa de una maestra de escuela primaria acusada de abuso sexual de niñas. —Kevin le lanzó una mirada penetrante—. Yo también di instrucciones de que me informaran sobre ti, Kevin. Quería saber con qué clase de abogado me iba a enfrentar.

—Ha sido realmente horripilante ver que el caso estaba en el archivo del señor Milton. Parecía como si él pensara que yo, cuando estaba defendiendo a Lois Wilson, ya trabajaba para él. Entonces me he dado cuenta de que quizás era así.

—No te entiendo.

—En el fondo yo sabía que ella era culpable de haber abusado de una de las

niñas, pero pasé deliberadamente por alto mi intuición y atacué el planteamiento de la acusación por donde me parecía más débil.

—Para eso te pagaban —soltó McKensie en tono socarrón.

—Sí, pero no me daba cuenta de que al mismo tiempo estaba haciendo una demostración práctica para obtener un puesto en John Milton & Associates, bufete que busca abogados dispuestos a hacer todo y más para lograr que un acusado sea absuelto, aunque sea culpable. En cualquier caso, lo que más me ha sobresaltado y asustado de lo que he visto en la pantalla ha sido un archivo titulado «Futuros», en el que se enumeraban crímenes que se cometerían a lo largo de los próximos dos años y los clientes que tendríamos.

—¿Predicciones?

—No eran simples predicciones sino hechos inequívocos: robos, violaciones, asesinatos, extorsiones, desfalcos... Estaba allí la estrategia completa a seguir parecía la descripción de una clase de graduados en la Universidad del Infierno.

—¿Había nombres de personas reales y las acusaciones de que iban a ser objeto?

—Sí.

—¿Has sacado una copia de esto?

—Lo he intentado, pero no he conseguido dar la orden de imprimir. Además he perdido el archivo y no he sido capaz de hacer que volviera a aparecer en la pantalla, pero si usted va allí...

—Claro, está chupado, Kevin. Aunque no me veo yo entrando resueltamente en la oficina de John Milton con una citación para mirar en el ordenador una lista de crímenes que todavía han de cometerse. No obstante, si tiene el poder que dices, lo habrá borrado todo antes de que lleguemos, ¿no crees?

Kevin asintió mientras su frustración crecía por momentos.

—La mujer de Paul Scholefield está en Bellevue —dijo al instante—. La noche pasada me la encontré y me contó que John Milton era un ser diabólico y que había lanzado un hechizo sobre todos nosotros, incluidas nuestras esposas. Afirmaba que era el responsable de la muerte de Richard Jaffee.

—¿Que John Milton empujó a Richard Jaffee por la terraza?

—No dijo literalmente esto pero sí que Jaffee se sentía responsable de lo que le había ocurrido a su mujer así como culpable de las cosas que había estado haciendo como abogado del bufete. Según palabras de la propia Helen, Richard era el único que tenía conciencia.

—¿Helen Scholefield te contó todo eso? —Sí.

McKensie movió ligeramente la cabeza en señal de confirmación, se inclinó de nuevo hacia delante y apoyó la larga mano derecha sobre la izquierda.

—Milt Krammer me ha hablado hoy de ella; en el mundillo jurídico las noticias vuelan. Ha sido una depresión nerviosa, ¿no?

—Esto es sólo una coartada.

—O sea, según tú todos están implicados... Dave Kotein, Ted McCarthy y Paul

Scholefield.

—Ahora estoy convencido de ello —le respondió Kevin.

—¿Y sus esposas?

—No estoy seguro.

—Pero la de Paul rotundamente no, ¿verdad?

—Verá... ella pintó un cuadro de tipo abstracto pero aterrador...

Al advertir que McKensie sacudía ligeramente la cabeza, Kevin se detuvo y se dio cuenta de que no estaba logrando su propósito.

—Kevin, a ver si conseguimos calmarnos un poco y repasamos todo lo que me has contado hasta ahora, ¿de acuerdo?

—Bob, tiene que escucharme.

—Y lo estoy haciendo. ¿Acaso me he reído de ti? ¿He llamado a los loqueros?

—No.

—Estás demasiado excitado. Bien, al parecer Beverly Morgan mintió para salvar el pellejo. John Milton conocía sus crímenes. Si ello se debía a sus poderes sobrenaturales o no es algo que todavía no sabemos. Podría haber encargado una investigación. Me consta que dispone de buenos detectives privados.

»Has mirado el historial del bufete y has descubierto que está lleno de éxitos. Sin embargo, tus colegas no han ganado ningún caso por medio de poderes sobrenaturales: cuando podían se aprovechaban de errores procesales cometidos por la policía; si las circunstancias lo permitían, negociaban acuerdos; y, por último, si eran capaces de poner en entredicho las pruebas alegadas por la acusación, ganaban la causa con rotundidad. Cuando creas que digo algo erróneo, córtame.

—Eso es lo que parece, ya lo sé, pero...

—Pero has visto ese otro archivo que no puedes reproducir ni llamar de nuevo, y en el que se enumeran posibles crímenes.

—Posibles no, seguros.

—Dices que son seguros porque crees que John Milton empezó a investigar el caso Rothberg antes de que Maxine Rothberg fuera asesinada, pero también admites que en un principio consideraste el encargo como un error burocrático. Te remites al testimonio de una mujer que se halla ahora en Bellevue y a la que han diagnosticado depresión nerviosa, o al de una conocida alcohólica que tal vez sea también ladrona y asesina. Kevin —añadió McKensie, al tiempo que se inclinaba hacia delante—, ¿por qué no te vas del bufete y en paz? Vuelve a ejercer en Long Island.

—¿Cuántos casos ha llevado usted contra clientes representados por el señor Milton? —preguntó Kevin lo más tranquilo que pudo.

—¿Personalmente? Cinco, incluido el tuyo.

—Y los perdió todos, ¿verdad?

—No tengo ninguna duda sobre las razones: todas fueron lógicas. No hubo nada sobrenatural. Mira, conozco a John Milton desde hace tiempo. Me viste en una de sus fiestas. Otros ayudantes del fiscal también han ido; incluso el jefe ha estado allí. Y,

créeme, nadie ha sentido jamás que estuviera en presencia del diablo o del abogado del diablo, a pesar de que algunas de esas fiestas fueran un tanto escabrosas.

Abatido, Kevin inclinó la cabeza sintiendo sobre él el enorme peso de la derrota. De repente se encontró muy viejo y cansado.

—Lo siento, Bob. Ojalá pudiera hacérselo entender de algún modo.

—Si crees sinceramente que tú y tu esposa os halláis ante un ser diabólico, deberíais iros.

—Ésta es mi intención, pero también quiero hacer algo más: poner punto final a todo eso, porque al fin y al cabo yo también he hecho mi aportación. —McKensie sonrió por primera vez.

—Ojalá todos los abogados defensores tuvieran estos mismos remordimientos de conciencia. Nuestro trabajo sería más fácil. —Por un momento se miraron fijamente uno a otro—. No debería hacerlo —añadió McKensie—, pero me doy cuenta de que al contarme todo esto has hablado en serio. Sé de alguien que quizá pueda ayudarte, aclararte ciertas cosas, darte alguna explicación sobre lo que crees que has visto o experimentado.

—¿De verdad? ¿Quién?

—Es un amigo mío, aunque debería decir amigo de mi padre. Es un sacerdote jubilado, el padre Vincent, que ha investigado y escrito sobre todo lo oculto, en especial sobre el diablo. Pero no es un chalado de esos que corren por ahí. Lleva a cabo lo que muchos científicos consideran un trabajo erudito, porque el hombre también es psiquiatra. A pesar de que ya tiene casi ochenta años, todavía atiende a algún que otro paciente.

—Cree que lo que necesito es un psiquiatra, ¿eh? —preguntó Kevin mientras inclinaba la cabeza en señal de asentimiento—. No se lo reprocho.

—No estoy diciendo que estés loco, Kevin, lo único que digo es que el padre Vincent puede ayudarte mucho. Acaso te explique lo que debes hacer para confirmar o refutar tus teorías, y a partir de ahí tranquilizar tu espíritu. ¿Tan malo es eso?

—No, supongo que no.

—Ahora hablas con sensatez —le dijo McKensie, y miró de nuevo el reloj—. Será mejor que mueva el culo.

—De acuerdo. Gracias por escucharme. —Kevin extendió la mano. El fiscal se levantó y se la estrechó.

—Kevin, no me malinterpretes. Me gustaría acabar con John Milton & Associates. Es sospechoso que sean tan buenos en su oficio, y estoy de acuerdo en que un buen número de sus clientes han conseguido la absolución a pesar de sus manifiestas actividades criminales, pero el sistema es así y hasta el momento es el mejor que conocemos. Tal vez hayas descubierto que no tienes estómago para cierto tipo de cosas. Ya suele pasar —dijo McKensie, encogiéndose de hombros—. Quizá deberías pensar en pasarte a nuestras filas. El sueldo no es tan bueno, pero se duerme más tranquilo.

—Quizá —replicó Kevin. Empezó a salir del despacho de McKensie.

—Espera. Salgo contigo.

McKensie se puso el abrigo y cogió su maletín. Apagó las luces y, una vez más, Kevin fue el último en abandonar un despacho, dejando tras él todo a oscuras y las puertas cerradas.

—¿Dónde vive el padre Vincent? —preguntó Kevin cuando entraron en el ascensor.

—En el Village —repondió McKensie, sonriendo—. One Christopher Street, apartamento 5. Su nombre es Reuben. Si lo llamas, dile que lo haces de mi parte.

—Sí, tal vez lo haga —dijo Kevin, aunque no parecía demasiado entusiasmado por hacer nada.

Sin embargo, cuando llegó a su apartamento y abrió la puerta, todo cambió.

Miriam estaba en la entrada, esperándolo.

—He oído que ponías la llave en la cerradura —explicó— y he venido corriendo. —Estaba radiante, arrebolada, y sus ojos brillaban.

—¿Por qué?

—No quería decírtelo hasta que fuera seguro, pero hoy lo he confirmado. Estoy embarazada —dijo, y antes de que él fuera capaz de reaccionar le lanzó los brazos al cuello.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Miriam se levantó antes de que él pudiera continuar. Después de controlarse, Kevin la había llevado a la sala de estar para hablar un momento, pero apenas había empezado cuando ella ya cerraba los puños y se apretaba los nudillos contra las sienes—. ¡Abortar!

—Creo que no es mío —precisó Kevin con toda la calma posible—. Y si Helen está en lo cierto, y creo que así es, el niño será la causa de tu muerte.

—¿Helen? ¿Helen Scholefield? Has dejado que Helen Scholefield te haya vuelto loco —soltó Miriam—. ¿Qué te contó la otra noche? ¿Cómo puede ser que el niño no sea tuyo? ¿Con quién crees que me he acostado? ¿Helen te dijo que yo había estado con otro? ¿Y tú la creíste? ¿A una mujer que está loca? ¡A alguien que ahora mismo está soltando incoherencias dentro de una camisa de fuerza en Bellevue! —Su rostro parecía a punto de estallar.

—Por favor, siéntate y escucha lo que tengo que decirte, ¿vale?

—Si tiene algo que ver con un aborto, no quiero escuchar. Queríamos este niño, queríamos formar nuestra propia familia. Ya tengo planificado detalladamente todo lo de la guardería. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. No escucharé, no, no lo haré —repitió, y de pronto abandonó la sala de estar.

Kevin se quedó allí sentado un rato y luego se levantó y la siguió hasta el dormitorio. Miriam estaba tumbada boca abajo en la cama, sollozando.

—Miriam. —Él se sentó a su lado y le acarició el cabello suavemente—. No es

culpa tuya. Yo no he insinuado que te hayas acostado voluntariamente con otro. En realidad no has sido infiel. Es algo distinto. Te tenía hechizada y hacía el amor contigo como si él fuera yo. Lo vi... en dos ocasiones, pero en ninguna de ellas pude hacer nada por evitarlo.

Ella se volvió lentamente y observó la cara de Kevin.

—¿Quién me tenía hechizada y hacía el amor conmigo mientras tú mirabas?

—El señor Milton.

—¿El señor Milton? —Kevin lo confirmó con una inclinación de cabeza—. ¿El señor Milton?... —La sonrisa incrédula de Miriam se convirtió en una risa abierta—. ¿El señor Milton? —repitió al tiempo que se incorporaba—. ¿Sabes cuántos años tiene? Hoy precisamente me he enterado: setenta y cuatro. Sí, setenta y cuatro. Ya sé que tiene un aspecto fantástico para esa edad, pero si quieres imaginarte que te soy infiel con alguien, ¿por qué no eliges a uno de los asociados?

—¿Quién te ha dicho su verdadera edad?

—El doctor Stern.

—¿Quién es el doctor Stern?

—El médico del bufete —respondió ella, y se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas, causadas tanto por la risa como por el enfado—. Norma y Jean me han acompañado. Primero quería saber algo sobre estos moratones que tanto te preocupaban, y después que me hiciera el test del embarazo. Te alegrará saber que ha estado de acuerdo con tu diagnóstico y me ha recetado unas vitaminas. Y esta carencia de vitaminas puede estar relacionada con la gestación. Ahora tengo que comer por dos —añadió, sonriendo.

—Oh, Miriam...

—Es un hombre muy agradable, y hemos estado hablando de ti y del señor Milton. Por eso me he enterado de la edad de tu jefe.

—¿Es el mismo doctor al que iba Gloria Jaffee? —Kevin hizo un gesto afirmativo con la cabeza como si ella ya hubiera confirmado su hipótesis.

—Desde luego. Sí, ya sé lo que me vas a decir —añadió rápidamente—. Pero la muerte de Gloria no fue culpa del doctor Stern. Las chicas y yo hemos hablado del asunto e incluso él lo ha sacado a colación, dado que todavía es un recuerdo que lo incomoda. Fue el corazón; simplemente algo extraño y del todo inesperado.

—Quizá fue extraño, pero no inesperado. Todavía no estoy seguro de por qué sucedió, pero sí de que el niño la mató y de que su marido sabía la razón.

—Pero ¿cómo es que nadie más piensa esas cosas tan horribles, ni Norma ni Jean ni sus maridos? Ellos trabajan con John Milton, y desde hace más tiempo que tú. Sin embargo, cuando llegan a su casa no empiezan a contarles a sus esposas lo diabólico que es. ¿O lo que pasa es que no lo conocen tan bien como tú, Kevin? —preguntó con desdén.

—Lo conocen —replicó él, al tiempo que asentía. De pronto le vino una idea a la cabeza—. ¿Norma y Jean hablan de sus maridos?

—Claro.

—Quiero decir, de su pasado, de su familia...

—A veces. ¿Por qué?

—¿Hay algo especial acerca de Ted o Dave que yo no sepa?

Miriam se encogió de hombros.

—Sabías que Ted era un hijo adoptado, ¿no?

—No. Nunca me ha contado nada que me hiciera pensar eso. Por la forma en que habla del bufete de su padre, siempre he dado por supuesto que tanto éste como su esposa eran sus padres biológicos. —Kevin miró a Miriam—. Ahora que lo pienso, Dave no habla demasiado de los suyos. Y cuando lo hace, es siempre sobre el padre. —Hizo un gesto de asentimiento—. La madre de Dave murió al nacer él, ¿verdad?

—Por lo visto ya lo sabías.

—Y estoy seguro de que Paul... —De repente abrió los ojos de par en par—. ¿Te das cuenta? —Se levantó. El impacto de su descubrimiento lo atravesó como una descarga eléctrica.

—¿Cuenta de qué, Kevin? Me estás asustando.

—Es precisamente esto lo que quieren decir cuando afirman que el bufete es una familia. ¡Él es su padre! ¡Su auténtico padre!

—¿Qué? —Miriam hizo una mueca.

—Tenía que haberme dado cuenta... por el modo en que hablan de él. «Es como un padre para mí», dijo una vez Paul. Creo que todos lo han dicho en alguna ocasión.

—Pero Kevin, date cuenta. Hablaban en sentido figurado.

—Que va, ahora es cuando todo adquiere sentido. Algún día el hijo de Gloria Jaffee también trabajará en el bufete, lo mismo que... —Entonces miró a Miriam—. Lo mismo que nuestro hijo, si lo tienes.

—¿El hijo de Jaffee... dentro de veinticinco o veintiséis años trabajará en el bufete del señor Milton? Pero vamos a ver —dijo ella, mientras cerraba los ojos y hacía cálculos—. Para entonces el señor Milton tendrá la bonita edad de ciento nueve o ciento diez años.

—Muchos más, Miriam. Es tan viejo como el mundo.

—Venga, Kevin, por favor —soltó Miriam, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿De dónde has sacado esas ideas? ¿De Helen Scholefield?

—No.

—¿De dónde, entonces?

—En primer lugar de mi propia intuición, si es que aún me queda algo de eso. —Hizo una pausa, y después de respirar hondo añadió—: Miriam, tenías razón con respecto a Lois Wilson.

—¿A qué viene esto?

—En el fondo yo sabía que ella era culpable de haber abusado de Barbara Stanley. Esta estaba en un aprieto y se sentía asustada ya que en un principio le había permitido a Lois que lo hiciera, de modo que implicó a sus compañeras

convenciéndolas de que mintieran para así poder salirse con la suya. Reparé en la mentira y la utilicé contra el razonamiento de la acusación. Fue algo despreciable, pero yo sólo quería ganar. Sólo me importaba eso, ganar.

—Sólo hiciste aquello para lo que estabas preparado y por lo que te pagaban —recitó Miriam.

—¿Qué? ¿Desde cuándo piensas así? ¿No sentías repugnancia ante la idea de que yo defendiera a Lois Wilson?

—Norma, Jean y yo hemos hablado de esto. Para mí ha sido positivo tener a esposas de otros abogados con las que compartir mis ideas y mis sentimientos. Me han ayudado mucho, Kevin. Estoy contenta de haber venido aquí y de estar rodeada de gente más inteligente y sofisticada.

—¡No! Ellos no son más inteligentes ni más sofisticados, sino más perversos.

—En serio, Kevin. No entiendo por qué dices todas estas cosas y sugieres algo tan terrible como... que aborte.

—Te lo contaré todo, y después estarás de acuerdo conmigo en lo del aborto. No obstante, primero tengo que ver a alguien, enterarme de más cosas, y saber qué debo hacer y cómo confirmar todo esto para que otras personas me crean, especialmente tú.

Se levantó, fue hacia el teléfono y llamó a información. Cuando la operadora se puso al habla preguntó por el número de Reuben Vincent. Miriam lo observaba con interés mientras él tomaba nota con rapidez y acto seguido colgaba y marcaba de nuevo.

—¿Quién es ése? —preguntó ella. Él le indicó que esperara.

—¿Padre Vincent? Buenas noches. Me llamo Kevin Taylor. Bob McKensie me ha dado su nombre y sus señas. ¿Tiene tiempo para hablar conmigo un rato? Perfecto. Tengo mucho interés en el trabajo que lleva usted a cabo y creo que necesito su ayuda. ¿Podríamos vernos ahora? Sí, esta noche. Llegaría a su casa en una media hora. De acuerdo. Muchas gracias. Hasta luego.

Cuando hubo colgado el auricular, Miriam le preguntó:

—¿Quién era?

—Alguien que quizá pueda ayudarme.

—¿Ayudarte a qué?

—A vencer al diablo —respondió, y la dejó allí sentada, con una expresión de asombro pintada en la cara.

A lo largo de su vida, a veces Kevin se había sentido como si hubiera estado moviéndose en un sueño. Enzarzado en la intensidad de un momento o haciendo algo que a menudo había imaginado, se vio fuera de los sucesos reales, como si fuera un observador de sí mismo, casi la misma clase de observador que había creído que era cuando contemplaba las escenas eróticas de Miriam. En ese momento se sentía igual.

Al detenerse en un semáforo de la Séptima Avenida advirtió que había alguien mirándolo desde una esquina. El hombre, con el cuello del abrigo levantado, las manos en los bolsillos y el rostro cubierto en parte por sombras y en parte por una luz débil, le recordaba a él mismo, y por un momento se imaginó tal como el hombre quizá lo veía: inclinado atentamente sobre el volante, con el pelo desaliñado, los ojos extraviados y una expresión desesperada en la cara.

El semáforo se puso verde y el conductor de detrás hizo sonar el claxon airadamente. Kevin apretó con fuerza el acelerador, pero en el mismo momento que el coche salía disparado hacia la noche levantó la vista hacia el retrovisor y vio cómo la sombría figura cruzaba la calzada velozmente, como si volara. Siguió conduciendo, pero esa imagen grabada en la superficie de sus ojos persistió como ocurre con la luz, que permanece una décima de segundo después de apagarla.

Kevin conocía bien esa parte del Village. Había ido a menudo a comer al mediodía a un restaurante cercano. Se dirigió directamente al aparcamiento que había al lado del edificio del padre Vicent, y al cabo de poco más de media hora desde la llamada telefónica pulsó el timbre de la casa de éste y entró tan pronto como se abrió la puerta principal franqueándole el paso. Cuando Kevin salió del ascensor, el padre Vincent ya estaba esperándolo junto al umbral del apartamento.

—Por aquí —dijo con una voz profunda y resonante. Kevin se apresuró hacia él.

Un hombre de poca estatura, calvo y robusto, que llevaba una camisa blanca limpia y bien planchada y unos pantalones negros, dio un paso atrás para que él pudiera entrar.

El padre Vincent tenía dos magros abultamientos de pelo blanco color almidón que le caían sobre las orejas, y que se combinaban en la parte posterior de la cabeza para subrayar la forma oval de su brillante coronilla, moteada de manchas que testimoniaban su edad. Las cejas eran grises y pobladas, pero los ojos, de un azul suave y juvenil, ponían de relieve el espíritu y la fuerza intelectual del personaje. Justo debajo de los ojos, las mejillas estaban hinchadas. De hecho, toda su cara tenía un aspecto abotargado, y sus facciones se revelaban un tanto voluminosas. La barbilla descendía y se curvaba con tersura, redondeando su semblante elíptico.

Medía apenas metro y medio y sus manos tenían algo propio de los enanos. Extendió la izquierda con rapidez y agarró la derecha de Kevin, moviéndola de arriba

abajo con unos dedos rechonchos sorprendentemente fuertes.

Cuando sonreía, en sus blandas mejillas se formaban dos hoyuelos, justo por encima de las comisuras de la boca. A Kevin le dio la impresión de que era un hombre mimoso, astuto, encantador... una versión imberbe, aunque un poco diminuta, de Papá Noel.

—Seguro que ahí fuera hace un frío de mil demonios —dijo el padre Vincent, frotándose las manos como señal de solidaridad.

—Sí. Esta noche el viento corta la cara que da gusto —respondió Kevin, y por un momento recordó la imagen del hombre sombrío de la esquina, con el cuello levantado para protegerse del aire helado.

—Pase a la sala y póngase cómodo —sugirió el padre Vincent mientras cerraba la puerta. ¿Le apetece tomar algo caliente, o tal vez prefiere algo más fuerte?

—Creo que... algo fuerte.

—¿Coñac?

—Perfecto. Gracias.

Kevin lo siguió a la pequeña y acogedora sala de estar. El mobiliario consistía en un gran sofá de módulos con almohadones de color de clara de huevo, a cuyos extremos había dos mesillas de cristal y madera, y otra a juego en el centro. En el rincón izquierdo más alejado se advertía un balancín de pino oscuro, y al lado una lámpara de pie. A la derecha y justo a la izquierda había montones de estanterías llenas de libros. En la pared más distante se observaba una chimenea falsa de mármol. Dentro de ella había un tronco también falso con una luz roja incandescente en su interior. La alfombra azul claro de nailon parecía vieja, aunque no estaba desgastada.

El padre Vincent se dirigió a una pequeña licorera que se hallaba inmediatamente a su izquierda y sirvió dos copas de coñac.

—Gracias —dijo Kevin mientras cogía la suya.

—Tome asiento, por favor. —El padre Vincent hizo un gesto en dirección al sofá, y Kevin se sentó y se desabrochó los dos botones de arriba del abrigo.

—Si lo prefiere, puede usted calentarse un poco antes de quitarse el abrigo.

—Sí, gracias —dijo Kevin—. Esto ayudará —añadió, señalando el coñac, que le estaba sentando de maravilla mientras le bajaba quemando por la garganta y le llegaba al estómago. Cerró los ojos y se relajó.

—Parece usted un joven muy preocupado por algo —indicó el padre Vincent. Se sentó frente a Kevin y lo observó mientras daba cuenta de su copa.

—Padre, se está quedando corto.

—Por desgracia para mí, esto es lo que pasa a menudo. —Sonrió—. Por lo general, la gente acude a los sacerdotes o los psiquiatras sólo como último recurso. Así que es amigo de Bob McKensie, ¿eh?

—No exactamente un amigo. Soy abogado defensor. Hace poco hubo un juicio en que fuimos contrincantes.

—¿Ah, sí?

—Padre Vincent —dijo Kevin, creyendo que lo mejor era coger el toro por los cuernos—, Bob me ha explicado que usted ha realizado importantes investigaciones sobre lo que llamaríamos «oculto».

—Sí, ha sido una de mis pasiones.

—Y también que además de ser sacerdote practica la psiquiatría.

—Para serle franco, como psiquiatra nunca he tenido mucha actividad; de vez en cuando constituye un pasatiempo. Y ya le habrá contado Bob que estoy retirado de mis funciones eclesíásticas.

—Sí, bueno... sinceramente, creo que Bob quería que lo viniera a ver en su calidad tanto de sacerdote como de psiquiatra.

—Ya. Bien, ¿por qué no empezamos por el principio? ¿Cuál es el problema?

—Padre Vincent —dijo Kevin, fijando su mirada en el hombre pequeño y corpulento—, tengo razones para creer que trabajo para el diablo o para el abogado del diablo. Al margen del nombre que le pongamos, es alguien o algo que tiene poderes sobrenaturales y que utiliza para ayudar a las fuerzas del mal que existen en nuestro mundo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Bob McKensie me ha hablado de sus trabajos relacionados con lo oculto y me ha asegurado que no se reiría de mí cuando le contara todo esto. ¿Puedo confiar en él? —Kevin se calló un momento y esperó la respuesta del anciano.

Reuben Vincent permaneció por unos instantes con semblante estoico y pensativo, y a continuación asintió.

—Supongo que sus palabras expresan literalmente la cuestión.

—Desde luego.

—No, no me reiré, ni tampoco daré por buena su afirmación como harían muchos... cómo los llamaría... fanáticos religiosos, si no responde satisfactoriamente a mis propios criterios. Sí creo en la existencia literal del diablo, aunque no estoy seguro de que se haya manifestado continuamente en forma humana desde la pérdida del Paraíso. Creo que ha escogido sus momentos, igual que Dios ha hecho con los suyos.

El padre Vincent se cogió las manos con actitud piadosa y se balanceó ligeramente mientras fijaba los ojos en Kevin.

Era un hombre tan menudo que a Kevin le resultaba difícil creer que de él pudiera salir algo eficaz para luchar contra los poderes de John Milton.

—Sin embargo —prosiguió, inclinándose hacia delante al tiempo que sus pequeños ojos observaban con atención—, no hay ninguna duda de que el diablo está siempre entre nosotros, de que parte de su esencia existe en todos los seres humanos. Algunos creen que ello es consecuencia del patinazo de Adán y Eva. No sé si suscribir esa teoría por cuanto me inclino más bien a creer que el potencial de ser buenos o malos anida en todos los hombres.

»De modo que, respondiendo a su pregunta, creo en el diablo y que vive en

nuestro mundo a la espera de su oportunidad. A veces, para tentarnos, adopta forma humana y de alguna manera se gana nuestra confianza. —El padre Vincent se reclinó y sonrió—. ¿Qué le hace pensar que trabaja para el propio diablo?

Kevin empezó explicando el caso Lois Wilson, su decisión de hacerse cargo del mismo y la asistencia de Paul Scholefield al juicio. Narró asimismo los sucesos que se produjeron a continuación: el cambio en la personalidad de Miriam, las enigmáticas advertencias de Helen Scholefield, el proceso de Rothberg, y por último relató sus descubrimientos en el ordenador de la oficina.

El padre Vincent escuchó todo el rato con atención, asintiendo de vez en cuando o cerrando los ojos en algún momento como si hubiera oído algo con lo que estuviera familiarizado. Cuando Kevin hubo acabado, el anciano se quedó en silencio unos instantes, y luego se acercó a la ventana a observar la calle. Permaneció allí unos minutos pensativo mientras Kevin aguardaba con impaciencia. Finalmente, el padre Vincent se volvió hacia él e hizo un gesto de confirmación con la cabeza.

—Todo lo que me ha contado tiene mucho sentido. Diversos relatos y anécdotas así como documentos históricos y filosóficos que he leído me han llevado a la convicción desde hace tiempo de que el diablo tiene una gran lealtad hacia sus seguidores. Tal vez usted recuerde una gran obra maestra de la literatura sobre el bien y el mal, *El Paraíso Perdido*, del poeta inglés John Milton.

—¡John Milton! ¡John Milton! —Kevin se levantó. Una sonrisa áspera y sombría apareció en su rostro. Después se sentó y estalló en una carcajada.

—No le veo la gracia.

—Claro que no. Sólo a él le gustan esa clase bromas, ese morboso sentido del humor. Padre Vincent, el hombre para quien trabajo se llama John Milton.

—¿En serio? —Los ojos del padre Vincent se iluminaron—. Esto se está poniendo interesante. Es evidente que usted no se acordaba de la obra.

—Debe de haber sido una de esas cosas que no me fueron demasiado bien en la universidad. Posiblemente leí una de esas versiones resumidas en vez de la obra completa.

—No es un libro fácil de leer... sintaxis latina, montones de referencias clásicas, metáforas surgidas de otras metáforas —dijo, haciendo la «ese» en el aire a modo de un director de orquesta—. De todos modos, según el poeta John Milton, después de que el diablo, Lucifer, fuera expulsado del cielo por encabezar una rebelión contra Dios, se vio a sí mismo junto a sus seguidores en el infierno y sintió pena por éstos. Milton lo describía como un líder clásico, ¿comprende? Tenía clarividencia, carisma, se consideraba predestinado a dirigir a sus incondicionales y a cuidar de ellos.

—John Milton se preocupa mucho de sus asociados: les proporciona casa, dinero, asistencia médica...

—Sí, claro... Lo que está contando es muy, pero que muy interesante. El conoce lo malvado que se halla escondido en el corazón de las personas, lo pronostica, quizás incluso lo estimula, y después, como un verdadero líder, está al lado de sus tropas, las

apoya y las defiende.

—Con independencia de lo atroz que sea el crimen o del grado de culpabilidad de quien lo haya cometido —añadió Kevin, como si él y el padre Vincent estuvieran descifrando al unísono un gran misterio.

El anciano apretó los labios y se agarró las manos por la espalda.

—Es curioso que se haya manifestado en forma de abogado. En cualquier caso, todas las posibilidades... —Sacudió la cabeza mientras el rostro se le iluminaba por la emoción—. Quiero que a partir de hoy se fije en algunas cosas. A medida que pase el tiempo...

—Oh, no, padre. No lo entiende. He venido esta noche porque estoy desesperado. Hay algo que todavía no le he contado. Tiene que ver con mi mujer. Creo que corre grave peligro y que tiene que abortar, sólo que no sé cómo hacer que crea mi historia.

—¡Un aborto!

Kevin explicó todo lo que sabía sobre la muerte de Gloria Jaffee y el suicidio de Richard Jaffee, y después se puso a describir el significado que inicialmente había atribuido a sus sueños eróticos. Insistió en las advertencias de Helen Scholefield con respecto a Miriam y terminó con la noticia de su embarazo.

—Tan pronto como me lo ha dicho, he sabido que tenía que venir inmediatamente.

—Hijos del diablo —dijo el padre Vincent, sentándose rápidamente de nuevo como si no pudiera soportar el peso de esa última información—. Completamente suyo, de su propia esencia. Niños sin conciencia que podrían imaginar cosas más perversas que la gente normal... Hitler, Stalin, Jack el Destripador, quién sabe.

—Niños inteligentes —añadió Kevin, con la sensación de que tenía que contribuir al razonamiento del padre Vincent— y hábiles, que conspiran dentro del sistema para ejecutar las órdenes del diablo.

—Sí. —Ante todo lo que se estaba poniendo de relieve, los ojos del padre Vincent se iluminaron de nuevo—. No sólo abogados sino también políticos, doctores, profesores... tal como usted señala: todos trabajando dentro del sistema a fin de corromper el alma de la humanidad y ganarle la batalla al propio Dios.

Kevin respiró hondo y se reclinó. ¿Podía ser que él hubiera descubierto la mayor conspiración de todos los tiempos? ¿Por qué había sido él el elegido para derrotar al propio diablo y defender a Dios? Pero tenía que pensar en Miriam. «Para protegerla, lucharé contra todos los diablos y demonios habidos y por haber», pensó, sobre todo porque había sido él quien la había traído a... ese infierno en la tierra, igual que le había sucedido a Richard Jaffee con su esposa. La diferencia estaba en que él no iba a suicidarse. Helen Scholefield le dijo que Jaffee había tenido dos opciones. Bien, pues había tres: suicidarse, unirse a Milton o destruirlo. El peligro inmediato que corría Miriam hacía que esta última fuera la única válida.

—La analogía que usted ha hecho entre la debilidad del cuerpo físico y la del alma puede ser mayor de lo que piensa —indicó Kevin. Entonces le explicó la

tendencia de Miriam a que le salieran morados—. Yo le decía que podía deberse a una deficiencia en la nutrición. El diablo vampiriza el bien, lo devora. Esta ha de ser la razón de que, en última instancia, el hijo del diablo sea responsable de la muerte de la madre.

—Esto es precisamente lo que yo había pensado —dijo Kevin, emocionado al comprobar que el padre Vincent había llegado rápidamente a la misma conclusión—. ¿Qué puedo hacer? —preguntó con una voz que era apenas algo más que un susurro.

—No tengo ninguna duda acerca de todo lo que me ha contado, de todo lo que ha visto y oído y de las cosas que ha sentido, y si me ha dicho la verdad sólo se puede actuar de una manera —afirmó el padre Vincent, inclinando la cabeza después de pronunciar esas palabras como si primero tuviera que convencerse a sí mismo—. Sólo de una manera... hemos de destruir al diablo en el cuerpo que ha elegido.

»En primer lugar —prosiguió el anciano sacerdote—, debe realizar dos pruebas adicionales para verificar que en efecto se encuentra en presencia de Lucifer.

Se levantó de la silla, se dirigió a las estanterías y sacó una vieja Biblia, cuya cubierta de cuero marrón estaba bastante descolorida. No obstante, las palabras «Biblia Sagrada» brillaban todavía de forma destacada, casi como si hubieran sido retocadas. Le entregó el libro a Kevin, y éste lo cogió despacio y se dispuso a esperar alguna explicación.

—El diablo no puede tocar el Libro Sagrado, le quema los dedos. Las palabras de Dios abrasan su alma corrompida. Si lo hace, aullará de manera espantosa.

—Pero, al saber esto, no la tocará.

—Sí, claro... Quiero que se lo entregue al señor Milton, pero... —Echó un vistazo por la habitación, se acercó a un armario y sacó de él una sencilla bolsa de papel marrón—. Eso es. Ponga la Biblia en esta bolsa y ofrézcasela como si fuera un regalo. Si de verdad es el diablo, cuando saque el libro y se dé cuenta de lo que ha tocado, lo dejará caer como si hubiera agarrado el centro de una llama y empezará a dar alaridos de dolor.

—Ya veo. —Kevin introdujo la Biblia en la bolsa con cuidado y la sostuvo con tanta cautela como si contuviera una bomba—. ¿Y si hace eso que usted dice?

El padre Vincent lo miró fijamente un instante, y acto seguido se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a las estanterías. Metió la mano en el rincón de una de ellas y sacó lo que parecía una cruz de oro con una reproducción en plata del Cristo crucificado. La cruz medía casi veinte centímetros de largo. El padre Vincent la cogió por la parte inferior con el puño fuertemente cerrado.

—Después saque esto y colóqueselo tan cerca como pueda de su cara. Si en verdad es el diablo, para él será como mirar directamente al sol. Quedará deslumbrado, y en un instante se convertirá en un viejo impotente.

—¿Y después?

—Después... —El padre Vincent abrió la mano. La parte posterior del crucifijo era un afilado puñal—. Clave esto en su corazón corrompido. No titubee, o usted y su

esposa se condenarán para siempre. —Se inclinó para acercarse más—. Para toda la eternidad —añadió.

Kevin apenas podía respirar. El corazón le latía con fuerza, pero alargó la mano lentamente y cogió la cruz que sostenía el padre Vincent. La pequeña cara de la figura del Cristo parecía diferente de las otras que había visto a lo largo de su vida. Su expresión era más de ira que de perdón; pretendía representar a un soldado de Dios. El crucifijo era pesado, y el extremo muy puntiagudo.

—Una vez haya clavado esto en su corazón, se desplomará.

—¿Y qué hay de mi esposa y... ese niño?

—Cuando el diablo muere en una de sus formas humanas, su progenie muere con él. Ella tendrá un aborto natural. De ese modo —concluyó el padre Vincent, al tiempo que se erguía— habrá salvado a su esposa. Sin embargo, si John Milton sale airoso de las dos pruebas que le he descrito, no haga nada. Vuelva aquí y seguiremos hablando del asunto. ¿Entendido?

—Sí —respondió Kevin—. Gracias. —Se levantó sin dejar de apretar bajo su brazo la bolsa que contenía la Biblia. Asió el puñal en forma de cruz de oro y lo introdujo entre el cinturón y los pantalones.

El padre Vincent inclinó la cabeza en señal de conformidad.

—Bien, vete, hijo, y que el Señor te acompañe. —Puso una mano en el hombro de Kevin y murmuró una especie de oración mientras soltaba el aliento.

—Gracias, padre —dijo Kevin en voz baja.

El edificio de apartamentos estaba más tranquilo que de costumbre. Cuando Kevin miró a través de los cristales, ni siquiera había rastro del guardia de seguridad, un hombre llamado Lawson que sustituía a Philip en el turno de noche. Se metió por el camino de entrada y pulsó el mando a distancia, con lo que se alzó la puerta y se metió en el aparcamiento. Éste estaba totalmente en silencio. El sonido de la puerta del coche al cerrarse resonó por todo el amplio espacio débilmente iluminado. Se oía el suave zumbido de los motores.

Kevin advirtió que los coches de los otros asociados estaban allí. Hacia abajo, en el rincón más alejado del lado derecho, había la limusina del bufete. Por primera vez observó una puerta que debía de conducir al apartamento de Charon. Charon... Caronte... se acordó de él porque en ese momento estaba pensando en definiciones. ¿Era Caronte el barquero mitológico que transportaba las almas muertas a través del Hades? Seguramente su nombre era otra broma del señor Milton, aunque no había duda de que Charon los llevaba cada vez más lejos en el camino del infierno. «Hemos sido nosotros las víctimas de la broma», pensó.

Kevin se dirigió al ascensor. Primero subiría a casa y le contaría a Miriam lo que sabía, y le haría comprender el peligro que corría, la obligaría a darse cuenta de todo. «Si hace falta, llamaré al padre Vincent para que también hable con ella», pensó, pero

cuando llegó al apartamento ella no estaba. Le había dejado una nota en la mesa de la cocina.

«Lo había olvidado. Esta noche las chicas y yo teníamos entradas para el ballet. No me esperes levantado. Después quizá nos paremos en algún sitio. En el frigorífico tienes lasaña. No tienes más que seguir las instrucciones y meterlo en el microondas, tal como se indica. Te quiero. Miriam».

«¿Se ha vuelto loca? Después de todo lo que le he dicho, después de la forma en que he salido corriendo, va y sigue con lo programado en la agenda en vez de esperarme».

«Está perdida», pensó. Hablar con ella no habría servido para nada. En ese momento todo dependía de él. Entonces la mirada de Kevin se posó en la pequeña mesa que se hallaba junto al teléfono de la cocina. Había allí algo como llovido del cielo: la llave de oro. Podía subir, enfrentarse a John Milton y acabar de una vez. La cogió, y con la Biblia dentro de la bolsa de papel y el crucifijo de oro metido en el cinturón, se dirigió a toda prisa hacia el ascensor.

Metió la llave y pulsó la «A» del ático. Las puertas se cerraron, y mientras subía se imaginó que se elevaba realmente desde los confines del infierno. Tenía que salvar su alma y la vida de su esposa.

Las puertas se abrieron despacio, mucho más despacio que en ninguna otra planta, pensó. La amplia habitación estaba poco iluminada, las luces del techo con la intensidad mitigada, y la mayoría de las lámparas apagadas. Sobre el piano había un candelabro con velas encendidas, cuyas pequeñas llamas reflejaban sombras enormes y distorsionadas en la pared más alejada. Por la sala corría una ligera brisa que hacía vacilar las llamas, causando la sensación de que las siluetas temblaban.

En el equipo estéreo, con el sonido muy bajo, se escuchaba una pieza de piano que al principio le resultó vagamente conocida. Sin embargo, al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que era el concierto que Miriam había interpretado la noche de la fiesta. En su recuerdo casi podía verla allí sentada, tocando en ese preciso momento.

Salió del ascensor y se detuvo por si oía algún otro sonido. Al principio no oyó nada. Después, como si se hubiera hecho realidad justo ante sus propios ojos, vio de pronto a John Milton sentado en el rincón derecho del sofá, bebiendo una copa de vino. Llevaba puesto un batín de terciopelo color borgoña.

—Hombre, Kevin. Qué sorpresa más agradable. Entra, entra. Estaba aquí sentado, descansando. Aunque, de hecho, pensaba en ti.

—¿En serio?

—Sí. Sé que te has tomado el día libre. ¿Te sientes mejor? ¿Más descansado?

—Sí, un poco más descansado.

—Perfecto. Enhorabuena de nuevo por tu espléndida defensa.

—No tuve que hacer tanto —dijo Kevin, dando unos pasos adelante—. Cuando leí la nota que usted me envió, todo fue fácil.

—Ah, sí, la nota. Todavía le estás dando vueltas a eso, ¿verdad?

—No.

—¿No? Magnífico. Como solía decir mi abuelo, a caballo regalado no le mires el dentado.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Era mi abuelo quien decía eso.

—¿De verdad? —John Milton esbozó una amplia sonrisa—. Probablemente todos los abuelos dicen cosas como ésta. Cuando tú seas abuelo también lo harás. —John Milton dejó su vaso de vino encima de la mesa—. Venga, ven para acá. Estás ahí de pie como si fueras un chico de los recados. ¿Te apetece un vaso de vino? —Levantó el vaso de modo que bajo la luz el líquido rojo parecía más deslumbrante.

—No, gracias.

—¿No? —Se reclinó y observó a Kevin unos instantes—. ¿Qué llevas en el brazo?

—Un regalo para usted.

—¿Ah, sí? Es muy amable de tu parte. ¿Cuál es el motivo?

—Llamémosle gratitud, reconocimiento de todo lo que ha hecho por Miriam y por mí.

—Para mí ya fue un regalo verte actuar con tanta brillantez ante el tribunal.

—A pesar de ello, quería que aceptara esto como prueba de nuestro... afecto.

Kevin se acercó a John Milton, que se encontraba de pie frente a él.

Poco a poco, sacó la bolsa marrón de debajo de su brazo y se la entregó.

—Parece un libro.

Kevin puso la mano bajo la chaqueta y agarró el crucifijo de oro.

—Sí, así es. Uno de los mejores.

—¿En serio? Bueno, pues gracias. —Metió los dedos en la bolsa y sacó la Biblia. Hasta que ésta no estuvo fuera del todo las palabras «Biblia Sagrada» no fueron visibles. En ese momento, los ojos de John Milton casi se salieron de las órbitas. Gritó exactamente como había pronosticado el padre Vincent y aulló como si hubiera tratado de coger el centro de una llama o un hierro al rojo vivo. La Biblia cayó al suelo.

Entonces Kevin sacó el crucifijo y extendió la mano, mostrando la cara y el cuerpo de aquel Jesucristo con expresión amenazadora ante el rostro de John Milton. Este volvió a gritar, llevándose las manos a los ojos para cubrirlos lo más rápido posible, y cayó para atrás encima del sofá. A continuación Kevin agarró el afilado puñal por la parte inferior y, sin vacilar un instante, lo clavó en el corazón de John Milton, atravesando la ropa y la carne con la velocidad y la precisión de un cuchillo caliente que cortara un helado blando. El crucifijo se fue enfriando a medida que entraba en el cuerpo.

La sangre salía a chorros y cubría los dedos de Kevin, pero no retiró la mano

hasta que la cruz ya no pudo penetrar más.

John Milton no bajó los brazos en ningún momento. Se desplomó y murió en el lujoso sofá, con las palmas de las manos fuertemente apretadas contra los ojos para evitar la luz.

Kevin retrocedió. La réplica de Jesucristo en la cruz, estaba hincada con firmeza en el pecho de John Milton, pero en ese momento a Kevin le pareció que la pequeña cara del crucifijo sonreía contenta, satisfecha.

Kevin se quedó allí de pie, mirando el cadáver, hasta que su propio cuerpo dejó de temblar. «Todo ha terminado», pensó. Había salvado su alma y la vida de su mujer.

Se dirigió rápidamente al teléfono para llamar al padre Vincent.

El pitido sonó con insistencia hasta que al otro lado se oyó por fin la voz del anciano.

—Estoy aquí —dijo Kevin—, en su apartamento, y todo ha ido tal como usted indicó.

—¿Cómo dice?

—Lo he hecho, padre. Ha sido incapaz de tocar la Biblia y cuando la ha tenido entre sus manos ha aullado. Después le he mostrado el crucifijo y ha quedado deslumbrado, y acto seguido le he clavado el puñal en el corazón de acuerdo con sus instrucciones.

Al otro lado del teléfono sólo había silencio.

—Es lo que tenía que hacer, ¿no?

—Claro, muchacho. —El padre Vincent soltó una carcajada cavernosa—. Es lo que tenías que hacer. Ahora no hagas nada más y quédate donde estás. Yo llamaré a la policía.

—¿La policía?

—Tú no te muevas de ahí —repitió, y colgó. Kevin sostuvo el auricular en la mano un instante y escuchó el zumbido. Después también colgó.

Miró hacia el sofá y el cadáver de John Milton. Algo había cambiado. Con lentitud, volvió hacia allí y observó el cuerpo.

Su corazón empezó a latir con fuerza, y de repente un escalofrío le subió por las piernas como si estuviera caminando por un estanque helado.

John Milton todavía estaba muerto. El puñal seguía clavado en el corazón.

Pero las manos ya no le cubrían la cara.

¡Y sonreía!

—No hay nadie mejor para defenderte —imploraba Miriam—. ¿Por qué no te avienes a razones? Teniendo en cuenta lo que has hecho, deberías estarles agradecido de que estén dispuestos a ello. Lo lógico sería que nos odiaran.

Kevin no decía una palabra. Se encontraba sentado en la sala de visitas de la cárcel y, con su cabeza hecha todavía un embrollo, miraba fijamente al frente. ¿Se había vuelto loco? ¿Volverse completamente loco era eso?

Había aparecido la policía, seguida de sus colegas, y a continuación de Miriam y las otras. No le había dicho nada a nadie, ni siquiera a Miriam, que se volvió histérica y tuvo que ser tranquilizada por Norma y Jean. Ted, Dave y Paul simplemente creían que era un acusado razonable que se negaba a hablar hasta estar representado por un abogado. Pero él no iba a hablar con ninguno de ellos, por mucho que Miriam se lo suplicara.

No le cabía ninguna duda de que sus asociados lo odiaban. Estaban mostrando simplemente su personalidad confabuladora de siempre. Sin embargo, en ese momento comprendía por qué Miriam no percibía nada de todo eso. «Es muy vulnerable», pensó mientras la miraba.

Todavía estaba embarazada. No se había producido ningún aborto inmediato, pero estaba convencido de que no faltaba mucho. Todo había sucedido tal como había previsto el padre Vincent. Esa idea le devolvió a la realidad del momento. Entonces observó la cara de Miriam más de cerca.

No parecía que se sintiera mal ni que tuviera ninguna clase de dolor. Había llorado y su rostro exhibía vetas de maquillaje a causa de las lágrimas, pero su aspecto no era preocupante. En realidad había desaparecido la palidez que él había observado últimamente. Parecía la típica embarazada, de aspecto saludable, radiante. Tal vez ello significaba que el feto diabólico que llevaba en sus entrañas estaba muriendo y por tanto perdiendo su poder para acabar con la salud de Miriam. Kevin se sentía optimista.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él.

—Fatal. ¿Por qué lo dices? ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—No me refiero a nada de todo eso. Quiero decir, físicamente... tu embarazo... ¿han aparecido más morados?

—No, estoy bien —contestó ella—. He ido a ver al médico, y me ha dicho que todo va con normalidad.

Entonces movió la cabeza en señal de preocupación. Él siguió mirándola, escudriñando la expresión de su cara.

Le parecía alguien completamente diferente. Kevin sentía que la intimidad de otro tiempo había desaparecido para siempre. Ya no formaban parte el uno del otro. Ella

se había convertido en una extraña. Los ojos de Miriam ya no tenían aquella dulzura que él había adorado. Para él era como si en el cuerpo de su mujer habitara otra persona, y creía que era... precisamente ese niño, que la estaba vaciando, sorbiéndole su calidez, su amor por él.

El médico era uno de ellos.

Quizás estaba haciendo todo lo posible para que el niño sobreviviera.

—Quiero que dejes de ir a ese médico, Miriam. No vuelvas con él —le ordenó.

—Dios mío, Kevin. No me había dado cuenta de lo loco que te habías vuelto. Dios mío...

—Mira, Miriam, no estoy loco en absoluto. Ya te darás cuenta. No estoy loco.

Ella se reclinó en la silla y se quedó mirándolo fijamente, ya sin ningún signo de indulgencia ni de comprensión hacia él. Kevin apreció en ella el espanto y la repugnancia.

—Kevin, ¿por qué lo hiciste? De tanta gente como hay en el mundo, ¿por qué mataste precisamente al señor Milton?

El guardia que permanecía de pie al lado de la puerta levantó las cejas, miró hacia donde ellos estaban, y después simuló interés en algo que había al otro lado de la habitación.

—No me creíste cuando te lo conté la primera vez y tampoco me creerás ahora, pero en el juicio todo saldrá a la luz.

—¿El juicio? —Miriam sonrió con afectación. Esta forma de reaccionar era impropia de ella. «Esa cosa la está dominando —pensó—, está poseyéndola como seguramente le ocurrió a Gloria Jaffee»—. ¿Qué clase de juicio esperas? Reconoces que lo has hecho y no dejas que Ted, Dave o Paul te defiendan, cuando son los mejores abogados de la ciudad, y quizá del país.

—He solicitado unos informes y he mandado llamar a un abogado.

—¿Quién es?

—Alguien a quien apenas se conoce como abogado penalista. No tiene poder, no es rico y, lo que es más importante, no es ninguno de ellos. —«Sin embargo —añadió para sus adentros—, si pierdo, sí puede llegar a serlo».

—Pero, Kevin, esto no es sensato.

—Es lo único sensato. Por esta vía tengo una opción, una oportunidad de demostrar la verdad.

—Según Paul, lo primero que deberían hacerte es un examen psiquiátrico. El fiscal va a acusarte de asesinato en primer grado. Al parecer, es probable que el psiquiatra que designe la acusación respalde su tesis de que sabías lo que hacías. Paul dice que obstruirán esa estrategia de la defensa, que en su opinión es la única que tienes.

—No me extraña que haya dicho eso. Y tampoco tengo ninguna duda de que incluso habrá sugerido algún psiquiatra para la defensa.

—Oh, sí. Ha propuesto a varios que por lo visto son magníficos —precisó ella—

y que ya han colaborado con el bufete en otras ocasiones.

A Kevin le pareció que Miriam le guiñaba el ojo. Se estaba convirtiendo en uno de ellos. Hasta que todo hubiera terminado, era inútil seguir hablando con ella.

—Médicos que afirmen categóricamente que estoy loco... Desean que ocurra esto, que se me declare mentalmente discapacitado para así impedir que se sepa la verdad, ¿no te das cuenta? —Kevin se inclinó hacia delante, acercándose a ella todo lo que pudo sin que los guardias lo advirtieran—. Pero eso no sucederá, Miriam. No me voy a someter a ninguna prueba psiquiátrica, a ninguna. —Y dio un manotazo tan fuerte a la mesa que se hallaba entre ellos, que Miriam saltó del asiento.

Luego soltó un gemido débil y tímido y apretó la mano derecha contra su boca. Tenía los ojos húmedos y vidriosos. El movimiento de su cabeza reveló su inquietud.

—Todo el mundo está destrozado... tus padres, los míos, los asociados, Norma, Jean...

—¿Y qué hay de Helen? —Kevin sonrió poniendo cara de loco—. No te habrás olvidado de ella porque te conviene, ¿verdad? Igual que han hecho los otros...

—No la he olvidado, y ellos tampoco. En el fondo le echo las culpas de todo esto, aunque debo admitir que en aquel momento estaba muy enferma y no era responsable de lo que decía o hacía. —Entonces abrió el bolso y sacó un pañuelo para frotarse ligeramente las mejillas, y a continuación un pequeño espejo del que se ayudó para enjugarse los rastros dejados por las lágrimas—. Pero gracias a Dios está mejor.

—¿Que está mejor? —Kevin se reclinó—. ¿Y eso qué significa? ¿Que se ha muerto?

—Oh, Kevin, por favor. Vaya cosas de decir... Está mejor significa que se está recuperando. El tratamiento ha sido eficaz; ha salido del estado de coma en que se hallaba. Come bien, y su conversación es completamente normal. Si continúa ese progreso, Paul espera poder llevarla a casa dentro de una semana.

—¿Llevarla a casa? Helen nunca volverá a ese edificio.

—Kevin, ella está pidiendo cada día volver a su casa. Norma y Jean la han visto y dicen que el cambio que ha experimentado es espectacular, poco menos que milagroso. ¿Te das cuenta? —soltó ella con rapidez e insistencia—. Por eso necesitas un examen y un tratamiento psiquiátricos y...

—¡No! —Kevin se levantó de la silla y sacudió la cabeza con furia.

—Kevin...

—Miriam, es mejor que te vayas. Estoy cansado y tengo que prepararme para la visita de mi abogado. Infórmame del más mínimo detalle de lo que te pase. No debe faltar demasiado.

—¿De lo que pase? ¿Qué me tiene que pasar?

—Ya lo verás —contestó él—. Ya lo verás —murmuró esperanzado, y se volvió para regresar a su celda.

Qué raro, pensó Kevin. ¿Cómo era posible que Helen Scholefield hubiera mejorado y, sabiendo todo lo que sabía, quisiera volver? ¿Le habían hecho en

Bellevue algo que borrara todo su conocimiento y sus recuerdos? Quizá le habían hecho una lobectomía. Sí, eso es, una lobectomía.

¿Y por qué Miriam seguía embarazada? El padre Vincent había dicho que, una vez se mataba al diablo en su forma humana, también moría toda su progenie. ¿Por qué tardaba tanto? El padre Vincent no habló de que el médico del bufete pudiera evitarlo. ¿Es posible que no lo supiera? Kevin tenía que hablar con el sacerdote. ¿Y por qué no había venido a verlo? ¿Por qué fue él quien llamó a la policía? ¿Formaba eso parte de todo el proceso?

Había tantas cosas que no entendía... Había que volver al presente y pensar, planear y reorganizarse. Tenía que preparar su propia defensa, cuyo objetivo sería evidenciar que había matado en defensa propia. Sería el sumario más importante de su carrera: él y un abogado desconocido tratarían de demostrar ante el estado y la gente que, matando al diablo, había salvado a la humanidad.

—Tenemos que lograr un mandamiento judicial para requisar los archivos del ordenador —susurró— y ponernos en contacto con Beverly Morgan.

Además, McKensie relataría la reunión que ambos habían mantenido, y también citarían al padre Vincent... un clérigo, hombre de autoridad, psiquiatra por derecho propio, que cree en la existencia del diablo.

—Sí, está claro, muy claro —concluyó—. Todo saldrá bien.

—Desde luego —replicó el guardia que caminaba tras él—. Todo va a ir espléndidamente, ahora que está en nuestras manos.

Kevin pasó por alto el comentario, y momentos después de que se cerrara la puerta de la celda ya se encontraba en su litera tomando notas fervorosamente y a toda prisa en un grueso bloc amarillo.

Su abogado se llamaba William Samson. Sólo tenía veintisiete años y parecía un Van Johnson joven, natural... un americano de pies a cabeza. Samson aún no se explicaba el golpe de suerte. Ese era un caso espectacular, de grueso calibre y al que rodeaba una gran publicidad. En realidad, hasta el momento, él había actuado ante los tribunales en un solo asunto penal, cuando defendió a un estudiante de diecinueve años al que se acusaba de robar a punta de pistola una tienda de bebidas alcohólicas que había cerca del campus. El ladrón llevaba un pasamontañas, y la policía, gracias a un chivatazo, había encontrado uno idéntico en el apartamento del chico, aunque ningún otro objeto relacionado con el esquí; no era aficionado a ese deporte. El joven encajaba además en la descripción física realizada por los testigos y había pruebas de que tenía importantes deudas de juego. Pero no se trataba de un caso obvio pues la policía no había encontrado ningún arma, y la novia del acusado afirmaba que en el momento de cometerse el robo estaba con ella.

No obstante, Samson sabía que la chica mentía, y no confiaba en la credibilidad que pudiera tener cuando se hallara en el estrado. Cuando le advirtió sobre cómo

castigaba la ley el perjurio y le explicó que la acusación ya estaba trabajando para refutar y/o desacreditar su declaración, a la chica le entró pánico. Un día antes de que empezara la vista oral, le aconsejó a su cliente que se declarara culpable para obtener una sentencia poco severa y se fue a la oficina del fiscal a negociar. Una vez allí, convenció a éste de que retirara el cargo de robo a mano armada y lo sustituyera por el de robo sin agravantes. Dado que el chico no tenía antecedentes, logró que la acusación pidiera seis meses de privación de libertad y cinco años de libertad vigilada.

Kevin no conocía realmente los pormenores de ese caso, pero le daba igual. Su idea era simplemente la de buscar un abogado penalista dispuesto a defenderlo y cuyas posibilidades de corrupción por parte del diablo fueran mínimas. En la primera reunión que mantuvieron, Kevin le explicó por qué quería alegar defensa propia. Samson escuchaba y tomaba notas, pero llegó un momento en que el hombre se vino abajo. Después de todo, era un asunto de demasiada envergadura para él. Llegó a la conclusión de que su cliente estaba loco y que sufría paranoia histérica. Con mucha cautela, le recomendó un examen psiquiátrico.

Kevin se negó.

—Esto es precisamente lo que ellos quieren que haga... que se declare mi incapacidad mental para que así nadie evalúe mis pruebas ni escuche a mis testigos.

—En tal caso, y en conciencia, no puedo hacerme cargo de su causa —dijo William Samson—. Nadie va a creer su historia ni sus razones. Bajo esas circunstancias, no soy capaz de elaborar ninguna clase de estrategia para la defensa, señor Taylor.

La reacción de Samson decepcionó a Kevin, pero también le dejó una impresión positiva. William Samson era un abogado joven e inteligente que habría hecho todo lo posible por su cliente, pero también actuaba dentro de un sistema de preceptos morales. «Es el tipo de abogado que yo habría podido ser», pensó. Eso le dio esperanzas y renovó la fe en sí mismo y en las acciones que iba a emprender.

—Entonces me defenderé yo solo —dijo—. Pero de todas formas, venga al juicio. Tal vez se sorprenda.

William Samson se asombró al saber que el psiquiatra de la acusación había llegado a la conclusión de que Kevin Taylor no estaba loco, que en el momento en que asesinó a John Milton conocía la diferencia entre el bien y el mal, y que lo que acaso estaba haciendo era esconder sus verdaderos motivos con ese acto y esa grotesca historia sobre Satán y sus secuaces.

Sin embargo, cuando Kevin leyó el informe psiquiátrico pensó que ahí estaba su primer golpe de auténtica buena suerte. Ahora ya podría defenderse. La gente lo escucharía y le daría la oportunidad de explicarse. Si había convencido a un hombre tan religioso y tan erudito como el padre Vincent, seguro que podría hacer lo mismo con doce ciudadanos corrientes. Se sentía alentado por la convicción de que, tan pronto como verificaran las pruebas y escucharan a sus testigos, los miembros del

jurado respaldarían su alegato de que había matado a John Milton en defensa propia. Podría llamar a testigos e interrogarlos, cosa que habría sido imposible si el informe psiquiátrico de la acusación lo hubiera declarado mentalmente discapacitado.

Sin embargo, después todo se desmoronó.

Consiguió que se requisaran los archivos del ordenador de John Milton & Associates, pero «Futuros» ya no estaba. Insistió en que no se los habían entregado todos y, acompañado por agentes judiciales, él mismo fue a la oficina y trató de localizar el archivo, pero sin éxito. Había desaparecido. Ni siquiera estaba en el menú.

—Lo han borrado —declaró—. Sabía que lo harían.

Nadie lo creyó, por supuesto, pero él pensó que podía seguir adelante aun sin el archivo.

El día que se iniciaron las sesiones del juicio, Todd Lungen, otro fiscal auxiliar, no mucho mayor que Bob McKensie pero bastante más apuesto, esbozó el planteamiento de la acusación. Cuando oía a Lungen, Kevin pensaba en sí mismo porque aquél exhibía una seguridad que rayaba en la arrogancia. El fiscal prometió que demostraría que iban a juzgar un asunto clarísimo en el que estaban implicados un hombre, su esposa y una víctima, de quien el primero sospechaba que había tenido una aventura con ella y que la había dejado embarazada. Lungen sostuvo que después de cometer el asesinato a sangre fría, Kevin había maquinado una historia ridícula con la esperanza de que fuera declarada su incapacidad mental. De ahí su extravagante afirmación de que había asesinado a John Milton en defensa propia. Su negativa a que la defensa dispusiera de un examen psiquiátrico propio se basaba en el convencimiento de que ningún especialista competente en salud mental habría descubierto si fingía o no.

Se llamó al estrado a Norma y Jean, y ambas declararon que Miriam les había hablado de los celos que Kevin sentía hacia John Milton. Contaron el modo en que, después de enterarse de que estaba embarazada, él incluso le había exigido a ella que abortara. Kevin la había acusado de acostarse con John Milton y había afirmado que el niño era de éste. Las dos mujeres dijeron que Miriam estaba completamente desquiciada, y que sobre el asunto en cuestión tenía miedo de lo que Kevin pudiera hacer.

En su turno de interrogatorio, Kevin intentó que ambas hablaran de Gloria y Richard Jaffee, pero las respuestas de ellas no confirmaron las hipótesis que él planteaba, y cuando abordó el asunto de Helen Scholefield y todo lo que ésta le había contado, las dos contestaron que Helen nunca les había referido a ellas nada parecido. Después Lungen volvió a preguntar a Jean, quien manifestó que Helen todavía se encontraba en Bellevue bajo tratamiento psiquiátrico.

—De modo que si fuera cierto que ella dijo todo eso en alguna ocasión, difícilmente podríamos dar por sensatas tales afirmaciones —concluyó Lungen. A continuación se dirigió al jurado y añadió—: Y probablemente el señor Taylor,

brillante y joven abogado que ha ganado un caso importante ante este tribunal, se habría dado cuenta de ello.

También fueron llamados al estrado Paul, Dave y Ted. Todos dieron fe de la gran persona que era John Milton y de sus actos caritativos. Hablaron también de su pasión por el derecho y de todo lo que había hecho por ellos y sus respectivas esposas. Subrayaron el carácter familiar del bufete y negaron con contundencia que John Milton fuera un mujeriego o que hubiera hecho alguna vez insinuaciones a Norma, Jean o Helen. Todos hicieron algún comentario sobre la supuesta incapacidad de Kevin de comprender dicho carácter y acerca de su desconfianza hacia las intenciones de John Milton.

Kevin anunció que no se molestaría en preguntarles nada a los asociados porque estaba seguro de que mentirían, tanto si estaban bajo juramento como si no. Eran hijos de John Milton, hijos del diablo, añadió. El juez tuvo que golpear varias veces con el mazo para acallar las risas disimuladas que se oyeron por la sala.

En ese momento la acusación presentó la prueba física: el puñal en forma de crucifijo. Aunque Kevin no negaba que había apuñalado con él a John Milton, se llamó a un forense para que testificara sobre las huellas encontradas. Según el informe, Kevin se hallaba en la escena del crimen. Los primeros policías en llegar declararon que éste tenía la mano ensangrentada y que no negó haber matado a John Milton, si bien no había querido contestar a ninguna pregunta.

Confiado, Lungen terminó con la presentación de pruebas por parte de la acusación.

Kevin iba a subir al estrado para dar su versión de la historia, pero decidió que sería mejor presentar primero alguna prueba de apoyo. Trató de empezar con Beverly Morgan. Pero cuando llegó el momento de declarar, la mujer se hallaba en el hospital, en estado de coma, debido a una intoxicación etílica aguda. El médico que la atendía no albergaba demasiadas esperanzas de que pudiera recuperarse.

Dado que el fiscal del caso era Todd Lungen, Kevin pudo llamar a declarar a Bob McKensie. No obstante, los recuerdos de McKensie de su reunión secreta eran bastante diferentes de los de Kevin. El fiscal admitió conocer las preocupaciones de Kevin sobre el bufete de John Milton y sus afirmaciones de que los miembros del mismo no tenían ninguna clase de escrúpulo para lograr la absolución de un cliente, al margen de lo culpable que éste pudiera parecer. En efecto, Kevin había ido a verlo para desacreditar al bufete.

—Pero para mí era muy evidente —añadió McKensie— que el auténtico motivo era la venganza. Creía que su mujer se acostaba con John Milton.

Kevin no daba crédito a sus oídos.

—¡Está usted mintiendo! ¡En ningún momento dije eso! —exclamó. Lungen protestó ante esas palabras, y el juez admitió la protesta.

—Siga interrogando al testigo. De lo contrario, éste abandonará el estrado.

—Pero, señoría, está mintiendo.

—Esto lo ha de resolver el jurado. ¿Hay más preguntas para el señor McKensie?

—Sí. ¿Me recomendó usted que fuera a ver al padre Reuben Vincent?

—Así es —respondió McKensie.

—Bien. Por favor, explíqueme a este tribunal por qué lo hizo.

—Porque creí que le sería de ayuda. Es licenciado en psiquiatría, y pensé que sería capaz de ayudarlo a encontrar algún modo de resolver sus problemas de celos.

—¿Qué?

McKensie devolvió la mirada con actitud impávida.

Kevin se dio la vuelta y miró a las personas del público, entre las que estaban sentados Paul Scholefield, Ted McCarthy y Dave Kotein. Estaba seguro de que se reían satisfechos. A su lado, Norma y Jean consolaban a Miriam, que al parecer de Kevin estaba tan triste como durante el juicio de Lois Wilson. En un cierto momento, se pasó el dorso de la mano por la mejilla para enjuagarse las lágrimas.

Entonces Kevin se imaginó que se hallaba en la vista de Lois Wilson, justo antes de empezar a interrogar a la niña. Podía hacerlo o no. ¿Estaba allí realmente? ¿Había sido todo un sueño? ¿Podía regresar atrás en el tiempo?

El juez le hizo volver a la realidad.

—¿Señor Taylor?

Miró de nuevo a McKensie, en cuyo rostro se dibujaba la misma sonrisa que exhibían Paul, Ted y Dave. «Claro... —pensó Kevin—. Claro...».

—Tenía que haberme dado cuenta. —Soltó una carcajada—. He sido un idiota, un perfecto idiota, una víctima perfecta, ¿verdad? ¿Verdad? —inquirió con insistencia a McKensie. El larguirucho cruzó las piernas y miró al juez en busca de ayuda.

—Señor Taylor... —dijo el juez.

—Señoría —replicó Kevin, dirigiéndose al estrado de los testigos y señalando a McKensie con el dedo—. El señor McKensie forma parte de todo esto... los casos que ha perdido, los acuerdos a que ha llegado... —Lungen se puso de pie.

—Protesto, señoría.

—Aceptada la protesta. Señor Taylor, ya le he advertido acerca de esas afirmaciones. Guárdelas para su turno de conclusiones. De lo contrario consideraré su actuación un desacato a este tribunal.

Kevin dejó de hablar y observó las caras de los miembros del jurado. La mayoría parecían asombrados, desconcertados. Algunos, indignados. Una sensación de derrota aplastante le cayó encima, como si una ola del mar lo engullera. Pero seguramente, el padre Vincent, un sacerdote... Era su última esperanza.

Lo llamó al estrado.

Con su corbata y su traje cruzado, el pequeño anciano iba muy elegante. Parecía mucho más un psiquiatra que un sacerdote.

—Padre Vincent, por favor, cuénteles a este tribunal lo esencial de la conversación que usted y yo mantuvimos con respecto a John Milton.

—Me temo que debo negarme a esta petición en base a la confidencialidad de la

relación médico-enfermo —contestó.

—Oh, no, padre. Puede usted decir lo que quiera. Renuncio a mis privilegios.

El padre Vincent miró al juez.

—El abogado está en lo cierto —añadió el juez—. Prosiga con su testimonio. — El padre Vincent movió la cabeza, revelando una actitud compasiva.

—Muy bien. —Se volvió hacia el jurado—. Bob McKensie me envió al señor Taylor. Tuvimos una sesión en la que detecté un antagonismo y una cólera grandes. Él me confesó su deseo de hacerle daño al señor Milton porque creía que éste había dejado embarazada a su mujer. Racionalizó ese deseo afirmando que el señor Milton era un hombre diabólico, un diablo disfrazado.

»Intenté señalarle esa racionalización y conducirlo a una comprensión de lo que sentía con la esperanza de que así podría enfrentarse con éxito a su cólera y sus celos. Ibamos a necesitar más sesiones.

»Pero aquella noche, el señor Taylor me telefoneó y me dijo que había matado a John Milton. Estaba histérico, pero en mi opinión era perfectamente consciente de lo que había hecho.

—No tengo interés en la finalidad psiquiátrica de todo eso —espetó Kevin—. Yo fui a verlo en su calidad de sacerdote, como experto en todo lo relacionado con lo oculto y con el diablo. ¿Se considera un entendido en esa materia? ¿Ha llevado usted a cabo investigación erudita al respecto?

—¿Investigación erudita sobre el diablo? ¡Que va!

—Pero... ¿no me dio usted una Biblia para que yo se la entregara al señor Milton y verificara de ese modo si era el diablo o no? —En vez de responder, el padre Vincent, empezó a esbozar una sonrisa. Kevin se le echó encima—. ¿Y no me dio también un crucifijo que a su vez era un puñal?

El padre Vincent lo miró, y a continuación se volvió hacia el jurado.

—Rotundamente no. Estas afirmaciones me suenan tan extravagantes como a cualquiera de ustedes.

Kevin se puso colorado. Se dio la vuelta para mirar a los asociados. En ese momento sonreían más ampliamente que antes. Norma y Jean estaban vueltas hacia Miriam, que se cubría la cara con las manos. Después clavó los ojos en Bob McKensie, que daba la impresión de estar riendo.

—¡Incluso los sacerdotes! ¡Incluso los sacerdotes! —gritó Kevin mientras levantaba las manos hacia el cielo—. También usted es hijo suyo, ¿verdad? —insistió, dirigiéndose de nuevo al padre Vincent—. ¿Sí o no? —Dio media vuelta—. ¿Cuántos hay aquí?

—Señor Taylor. —El juez golpeó con el mazo. Kevin se volvió hacia él y levantó un dedo acusador.

—Y usted también lo es. Todos lo son, ¿se dan cuenta? —gritó a los miembros del jurado—. Todos son hijos suyos.

Al final los guardias de la sala tuvieron que sujetar a Kevin y obligarlo a sentarse

para que la acusación pudiera interrogar al padre Vincent. Lungen le enseñó la Biblia.

—Esta es la Biblia que se encontró a los pies de John Milton. ¿Confirma usted que no se la dio al señor Taylor para que con ella hiciera una especie de test de vudú sobre el diablo?

—Sí.

Lungen abrió la Biblia.

—En todo caso, ¿quiere leerle al jurado lo que está escrito aquí? —Y le entregó la Biblia al padre Vincent.

—«Para John. Que te dé consuelo cuando lo necesites. Tu amigo, el cardenal Thomas».

—Lo que pone punto final a esa ridícula historia —dijo Lungen, cogiendo de nuevo la Biblia y devolviéndola a la mesa en la que se exponían las pruebas.

Kevin ya no tenía más testigos, nada más que alegar en su defensa, pero la acusación llamó a Paul Scholefield, Dave Kotein y Ted McCarthy, y todos declararon que habían visto el puñal en forma de crucifijo en el apartamento de John Milton desde el primer día que entraron en él. Lo había comprado en una de sus vacaciones en Europa, y todos coincidieron en que sentía un gran cariño por él.

—Está claro que no es algo que el padre Vincent le diera a Kevin para matar al diablo —afirmó Paul Scholefield.

En sus conclusiones, Lungen sostuvo que Kevin Taylor, reputado abogado penalista, había cometido un asesinato premeditado y a sangre fría, y que había inventado su estrafalaria historia sobre el diablo para lograr que el jurado lo considerara mentalmente discapacitado y lo declarara inocente.

—... mediante algunas de las técnicas más hábiles, aunque intrigantes, que solía utilizar como abogado para defender a sus clientes, pero que no lograrán confundir a este jurado —concluyó Lungen. Entonces señaló a Kevin—. Kevin Taylor, empujado por unos celos insensatos que tenía de un hombre anciano, gallardo y de gran talento, maquinó contra la vida de éste, y es culpable de asesinato. Esta vez, la habilidad de un abogado defensor no conseguirá manipular la verdad.

El jurado estuvo de acuerdo. Kevin fue declarado culpable de asesinato en primer grado y condenado a veinticinco años de cárcel.

EPÍLOGO

Se movía de un lado a otro como si estuviera aturdido. Al principio, nadie se preocupaba de él; prácticamente nadie le dirigía la palabra. Creyó que a lo mejor se había vuelto invisible, o quizá que no se encontraba realmente ahí, en una cárcel de máxima seguridad del estado de Nueva York.

El tercer día fue a visitarlo Miriam, pero casi todo el rato estuvieron tan sólo mirándose el uno al otro. Ella parecía hallarse a mil kilómetros, y cuando habló se perdieron algunas de las palabras, como cuando un televisor está averiado. Lo que Kevin recordaba de la conversación estaba fragmentado en frases como «tus padres y los míos... He intentado tocar el piano... Helen ya está en casa».

—¿No es fantástico —señaló ella al final— que John Milton creara ese fondo de fideicomiso para nuestro hijo? Es algo que había hecho por el hijo de Jaffee, y que también hizo por Ted y Jean, y por Norma y Dave. Paul y Helen están pensando en adoptar uno.

Desde luego, estaba todavía embarazada. No había razón alguna para que no lo estuviera. En ese momento lo vio claro: ya era demasiado tarde para ella.

—No quiero que mis padres cuiden nunca del bebé —dijo él finalmente.

—¿Cuidar el bebé? —Miriam sonrió desconcertada—. ¿Qué bebé, Kevin?

—El bebé de Milton —respondió.

—Oh, no, otra vez con eso... —Ella sacudió la cabeza en una mezcla de rechazo y desaprobación—. Creía que ahora que ya ha terminado todo dejarías de repetir esas cosas.

—Sí, todo ha terminado, Pero, repito, no quiero que mis padres eduquen a ese niño.

—Muy bien, no lo harán —replicó ella, sin disimular su enfado—. ¿Por qué tendrían que hacerlo?

—No deberían, ni tú tampoco.

—Yo educaré a nuestro hijo.

Kevin negó con la cabeza.

—Miriam, lo intenté. Al final lo intenté por ti, para salvarte. Pero llegará un momento, cuando ya estemos cerca del fin, en que te darás cuenta de todo y pensarás en mí tal como soy ahora, y si aún eres capaz gritarás mi nombre. Te oiré, pero ya no habrá nada que pueda hacer.

—Kevin, ya no puedo aguantarlo más. Ya es bastante duro para mí venir aquí, pero soportar esto es excesivo. No volveré hasta que dejes de hablar así, ¿me entiendes?

—Ya nada importa. Es demasiado tarde —repitió él. Ella se levantó de un salto.

—Me voy. Si quieres que vuelva, escribe y prométeme que cuando venga no me

dirás estas cosas —dijo, y se encaminó hacia la puerta.

—¡Miriam!

Ella se volvió.

—Pregúntales dónde está el cuadro de Helen y ve a mirarlo si todavía no lo han destruido. Obsérvalo con atención.

—No lo ha destruido nadie. Se lo vendieron a Bob McKensie. Le gustan esa clase de cosas.

Kevin soltó una carcajada. En realidad, fue el sonido de aquella risa descontrolada lo que la hizo salir a toda prisa.

Se pasaba el tiempo intentando comprender. ¿Por qué apartarle a él de la circulación satisfacía los intereses de toda esa gente? A ver, había descubierto quién era realmente John Milton y lo que estaba haciendo el bufete. ¿Qué podía hacer con esa información? ¿Llevársela a McKensie y, si no conseguía lo que se proponía, intentarlo con otro ayudante, o con el propio fiscal del distrito? ¿Cómo podía él saber quién era sobornable y quién no? No podía obligar a Miriam a abortar, y además ella no creía nada de lo que él le decía. Por tanto, aunque se la hubiera podido llevar de la ciudad, el niño igualmente la habría matado. En cualquier caso, el hijo de John Milton habría nacido.

Nadie daría crédito a lo que él había descubierto, y tampoco podía hacer nada para detenerlos; luego, ¿porqué lo utilizaron a él para matar a John Milton?

Las respuestas a todo eso llegaron unos días más tarde. Estaba sentado en el comedor, masticando mecánicamente, impermeable a los sonidos y señales que lo rodeaban.

De repente se dio cuenta de que muy cerca de él se hallaban otros hombres, uno a la izquierda y otro a la derecha, hombro con hombro, y otros dos de pie justo a su espalda.

Unos momentos antes había percibido vagamente la presencia de los dos primeros. Cuando se fijó en ellos advirtió que lo miraban fijamente, sonriendo de forma lasciva, de modo que desvió los ojos de inmediato. Con todo, no parecían distintos de los demás internos: todos tenían un aspecto borroso.

—¿Cómo vamos? —preguntó el que estaba a su derecha, al tiempo que sonreía poniendo al descubierto una boca llena de dientes amarillo-verdosos. Sus labios se abrieron y dieron a su rostro una expresión libidinosa.

—Me parece que ya te han dejado solo —dijo el del otro lado mientras ponía su mano derecha sobre el muslo de Kevin.

Intentó retirar la silla, pero el interno que tenía a su espalda se lo impidió con las piernas que le presionaban la espalda. Era consciente de que, fruto de ese contacto, el hombre estaba teniendo una erección. Su estómago se retorció de asco. El de la izquierda apretaba el muslo con la mano. Kevin quería gritar, pero la pequeña multitud de presos que se había reunido tras él, a los lados e inmediatamente enfrente, impedían cualquier posibilidad de rescate.

Entonces, la media docena aproximada de individuos que estaban de pie delante de él se apartaron, y el que se hallaba sentado justo frente a él se levantó y retrocedió para que pudiera acercarse y sentarse a la mesa un negro musculoso, cuyos bíceps sobresalían de las mangas y cuyos músculos del cuello se tensaban marcadamente contra su piel suave y delgada. Parecía un hombre invencible, endurecido, esculpido por la vida carcelaria, curtido y en plena forma. Tenía unos ojos negros y brillantes, rodeados de un blanco tan claro y puro como la leche fresca.

El hombre sonrió, y los demás hicieron lo propio. Todos los ojos estaban puestos en él. Era como si transmitiera la energía, la auténtica fuerza vital, a todo el grupo.

—Hola, señor Taylor —dijo. Kevin asintió—. Le hemos estado esperando.

—¿A mí? —preguntó con la voz quebrada. Los rostros que lo rodeaban exhibieron amplias sonrisas.

—O a alguien como usted.

—Oh —dijo, mirando primero al hombre de su derecha y después al de su izquierda. Así que se lo iban a pasar de uno a otro como si fuera una puta.

—No, no, señor Taylor —aclaró el negro—. Aquí hay un malentendido. No lo queremos para eso. Éstos pueden conseguir eso cuando les dé la gana de cualquiera de los otros —añadió, y entonces el hombre de la izquierda levantó de inmediato la mano del muslo de Kevin. A continuación los dos que tenía a los lados se movieron algo en su sitio para no estar tan arrimados a él, y el de detrás retrocedió un paso. Kevin soltó un suspiro de alivio—. No, usted nos hace falta para cosas más importantes, señor Taylor.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Verá, todos los que estamos aquí hemos sido condenados a partir de pruebas amañadas, señor Taylor, igual que usted. —La multitud que había alrededor estalló en una carcajada. Después todos le sonrieron—. Hemos tenido unos abogados infames. —Algunos movieron la cabeza con enojo—. Todos necesitamos presentar una apelación.

—¿Qué?

—Sí, señor, lo ha entendido bien. Sin embargo, lo gracioso es que disponemos de una de las mejores bibliotecas jurídicas que hay, pero carecemos de la preparación y los conocimientos que usted tiene.

»Pero... —Se reclinó y colocó las palmas de sus enormes manos encima de la mesa—. Por fin ha llegado y nos va a ayudar a todos y, en la medida en que lo haga, todo el mundo lo conocerá como señor Taylor y lo tratará con respeto. ¿Sí o no, chicos?

Todos los del grupo asintieron.

—Bien. En cuanto acabe de comer, dése una vuelta por la biblioteca y busque a Scratch. Es el interno que está en funciones de bibliotecario y está esperando para ayudarlo a usted, señor Taylor. Usted y Scratch... Joder, a partir de ahora van a ser como dos hermanos siameses.

Sonaron más carcajadas.

—Vaya por allí y Scratch le dirá por dónde empezar y a quién ayudar primero. ¿Entendido, señor Taylor?

Todos se inclinaron y clavaron sus ojos en él con aplomo y serenidad.

—Sí —dijo—. Lo haré, desde luego.

—Formidable, señor Taylor, sí señor. —Se levantó—. Salude a Scratch de mi parte. —Guiñó un ojo y la multitud se disolvió. Algunos lo siguieron y otros se alejaron a derecha e izquierda hasta que Kevin se quedó solo de nuevo.

«Éste tenía que ser el papel de Richard Jaffee», pensó. Esto era lo que había querido decir Paul Scholefield la primera vez que se le acercó y le dijo que en John Milton & Associates había una vacante. Helen Scholefield tenía razón: Richard Jaffee tenía conciencia y eligió la muerte en lugar de eso.

El padre Vincent tampoco le había mentado. El diablo es fiel a sus seguidores y siempre está a su lado.

Se puso de pie. Tuvo la sensación de que toda la gente que había en la enorme sala dejaba de comer para observarlo mientras salía, incluso los guardias. Caminaba como un hombre que se dirige a la guillotina. La velocidad con que cayera la cuchilla dependería por completo de su propio coraje y de su propia conciencia. En ese preciso momento no tenía el valor de hacerla bajar.

Eso era lo lamentable. Se acordó de Sísifo, el personaje mitológico griego, castigado para toda la eternidad con hacer girar la noria de un pozo sólo para que a cada vuelta la cuerda retrocediera lo que había avanzado. Sin embargo, siguió dando más y más vueltas, creyendo que cualquier existencia era mejor que ninguna en absoluto.

¿Seguro que era mejor?

Mientras se desplazaba por el pasillo que conducía a la biblioteca supo lo que le esperaba. Quizá siempre lo había sabido. El diablo escondido en su corazón había disimulado ese conocimiento, pero siempre había estado ahí.

«Ya es hora de dejarse de disimulos y de enfrentarse a la verdad», pensó.

Entró en la biblioteca. Para ser la de una cárcel era impresionante, y estaba tan tranquila como hubiera sido de esperar en cualquier biblioteca. Al otro lado de la sala fuertemente iluminada se abrió una puerta, y el encargado se le acercó despacio.

Scratch.

Sonreía. Sabía que Kevin iba a venir. Por supuesto que lo sabía.

A medida que se aproximaba, su rostro se volvía cada vez más familiar, hasta que estuvo justo frente a él.

Y una vez más, Kevin examinó los ojos magnéticos y paternales de John Milton.



ANDREW NEIDERMAN (EE. UU, 1940 -). Es uno de los más renombrados especialistas de ese género que se ha dado en llamar *thriller* psicológico. Licenciado por la Universidad del Estado de Nueva York, en Albany, ha sido profesor de inglés durante más de veinte años. Con la publicación de *Pin*, en 1981, Neiderman inicia una prolífica carrera literaria, que actualmente cuenta con cerca de treinta títulos publicados. Varias de sus novelas han sido objeto de adaptaciones cinematográficas o televisivas, como *The Maddening*, con Burt Reynolds y Angie Dickinson o, más recientemente, *Pactar con el diablo*, protagonizada por Keanu Reeves y Al Pacino.